

Heartbreak



Hill

*a Novel*

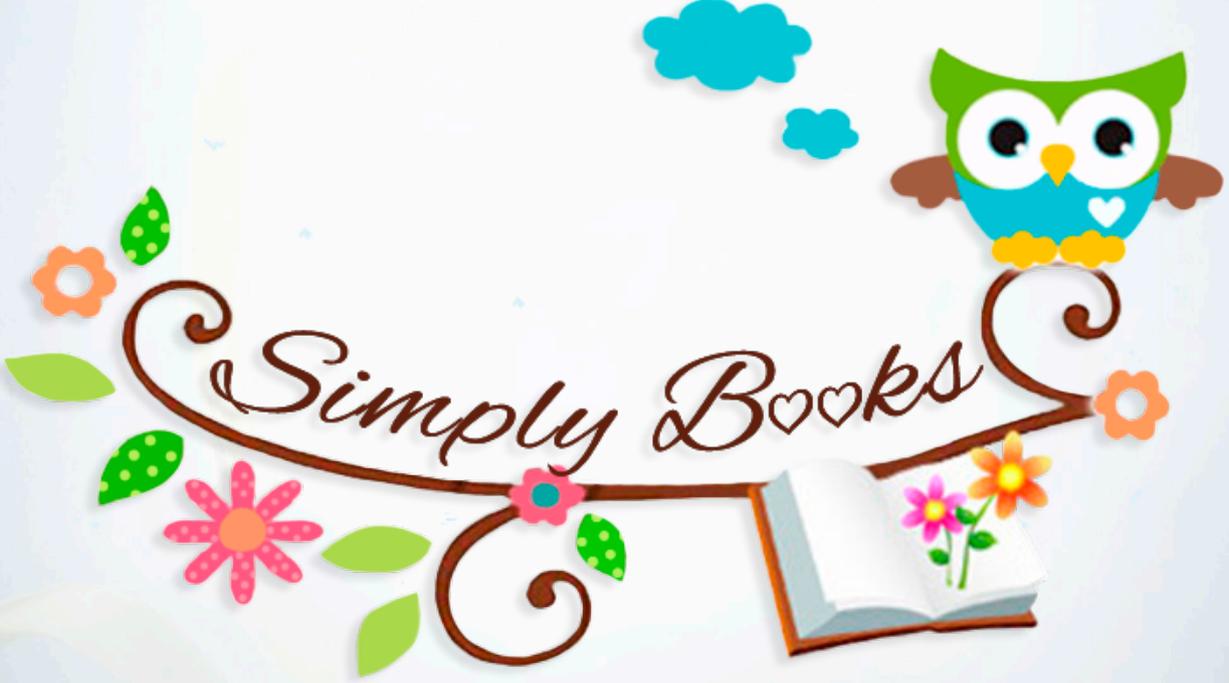
HEIDI  
MCLAUGHLIN

AUTHOR OF BEFORE I'M GONE

HEIDI  
MCLAUGHLIN

Hill

ESTE LIBRO LLEGA A TI  
GRACIAS A



*¡Descubre tu próxima aventura!*

Heartbreak

Hill

# Importante

Esta traducción fue realizada por un grupo de personas fanáticas de la lectura de manera **ABSOLUTAMENTE GRATUITA** con el único propósito de difundir el trabajo de las autoras a los lectores de habla hispana cuyos libros difícilmente estarán en nuestro idioma.

Te recomendamos que si el libro y el autor te gustan dejes una reseña en las páginas que existen para tal fin, esa es una de las mejores formas de apoyar a los autores, del mismo modo te sugerimos que compres el libro si este llegara a salir en español en tu país.

Lo más importante, somos un foro de lectura **NO COMERCIALIZAMOS LIBROS** si te gusta nuestro trabajo no compartas pantallazos en redes sociales, o subas al Wattpad o vendas este material.

**¡Cuidémonos!**



Heartbreak

HEIDI  
MCLAUGHLIN

Hill

*Créditos*

*Traducción*

Mona

*Corrección*

Karikai

*Diseño*

Bruja\_Luna\_



*Heartbreak*

# Hill

## Índice

Importante _____	3	Diecisiete _____	131
Créditos _____	4	Dieciocho _____	137
Sinopsis _____	6	Diecinueve _____	142
Uno _____	9	Veinte _____	148
Dos _____	16	Veintiuno _____	156
Tres _____	26	Veintidós _____	162
Cuatro _____	32	Veintitrés _____	170
Cinco _____	42	Veinticuatro _____	178
Seis _____	52	Veinticinco _____	183
Siete _____	61	Veintiséis _____	189
Ocho _____	70	Veintisiete _____	193
Nueve _____	75	Veintiocho _____	200
Diez _____	84	Veintinueve _____	207
Once _____	89	Treinta _____	213
Doce _____	95	Treinta y Uno _____	223
Trece _____	103	Treinta y Dos _____	231
Catorce _____	111	Treinta y Tres _____	239
Quince _____	117	Epílogo _____	250
Dieciséis _____	124	Acerca de la Autora _____	254



# Hill

## Sinopsis

De la autora de Before I'm Gone llega un romance intensamente conmovedor sobre el amor, la pérdida y las segundas oportunidades, que sin duda provocará un buen llanto.

**Grayson Caballero** ve el vaso medio vacío. Nacido con un defecto cardíaco que pone en peligro su vida, ha estado viviendo un tiempo prestado. La incertidumbre del mañana lo hace alejar a la gente, lo que ayuda a Grayson a evitar cualquier compromiso real.

Entonces conoce a **Reid Sullivan** y se enamora perdidamente. Los dos trabajan juntos en Wold Collective, Grayson como jefe de proyecto y Reid en Recursos Humanos. Incluso viven en el mismo complejo de apartamentos. Pero Grayson sigue manteniendo las distancias, a pesar de su evidente atracción. Y a Reid no le interesa esperar.

Cuando Grayson se desmaya en un partido de baloncesto, Reid descubre que le ha estado ocultando cosas. Ahora su vida pende de un hilo... y una extraña de Boston tiene la clave de su supervivencia.

Nadia Karlsson toma una decisión que cambiará su vida después de que su esposo, Rafe, sufra un trágico accidente cerca de Harvard Square. Sin saberlo, su elección alterará el curso del futuro de Grayson y unirá inesperadamente su destino al de ella.



# Heartbreak

HEIDI  
MCLAUGHLIN

*Hill*

*Heartbreak  
Hill*  
*a Novel*

HEIDI  
MCLAUGHLIN



*Heartbreak*

HEIDI  
MCLAUGHLIN

# Hill

*A mi cariñoso y comprensivo esposo... Bubby Dog*



# Heartbreak

## Hill

## Uno

## GRAYSON

Con su metro noventa y ocho de estatura, Grayson Caballero se comparaba a sí mismo con un dios del baloncesto, como si el mundo necesitara otro Michael Jordan, LeBron James o Larry Bird.

El único problema era que no era ni de lejos tan bueno como sus jugadores favoritos, no lo habían dejado jugar en la universidad y no tenía aspiraciones de probar en la G League, o la “baby NBA” como la llamaban todos sus amigos. Sin embargo, era una potencia en la liga recreativa local que se reunía todos los domingos durante el invierno.

Antes de cada temporada, los directivos de otros equipos se ponían en contacto con él para rogarle que formara parte de su equipo. Los equipos odiaban jugar contra él. Era capaz de subir al tablero, bajar el balón de golpe y lanzar de tres puntos desde cualquier punto más allá de la línea de media cancha. Todos lo querían en su equipo porque ganarían si jugaba para ellos, y nadie podía cubrirlo. Aunque Grayson se lo permitía hasta que se *encendía* por así decirlo.

Grayson observó cómo se desarrollaba la jugada. Atravesó la llave, manteniendo las manos en alto en busca de un pase. Cuando éste no llegaba, eludía el bloqueo y se colocaba. Finalmente, alguien se lo pasó. Tomó el balón de cuero y lo mantuvo fuera del alcance de su oponente, que saltó, lo golpeó y trató de trepar por Grayson para alcanzarlo.

—Quítate. —Grayson dio un pequeño empujón al hombre que tenía detrás y se rió del sonido *umph* que hizo.

—¡Falta! —gritó el hombre del otro equipo mientras caía al suelo. Grayson se aprovechó de ello, giró hacia el aro, saltó y metió el balón en el aro. Por desgracia para el hombre en el suelo, el balón aterrizó en el lugar donde nadie quiere ser golpeado.

Se dio la vuelta y gimió. Grayson se rió. No sentía simpatía por su oponente, sobre todo porque a los hombres de la liga les gustaba jugar sucio y, además, Grayson había atrapado al hombre hablando con Reid.

Reid Sullivan. El amor de la vida de Grayson.

—Me has pellizcado —señaló Grayson mientras se inclinaba para recoger el balón, sin dejar de mirar a Reid. Se quedó de pie con el balón en la cadera, observando a la mujer de la que estaba profundamente enamorado mientras



## Hill

sonreía y charlaba animadamente con un tipo al que Grayson no había visto antes.

—¡Balón! —gritó alguien desde detrás de Grayson. Lanzó el balón en dirección al otro equipo y se dirigió a la cancha para jugar en defensa. No importaba en qué equipo estuviera; siempre jugaban en zona, con Grayson en el centro. Esta configuración obligaba a los otros equipos a tirar desde fuera, a menos que tuvieran a alguien que pudiera igualar la altura de Grayson.

Cuando sonó la bocina del descanso, Grayson miró el marcador. Ganaban por veinte. No era ni de lejos la ventaja que quería. Tenían otros veinte minutos para aumentar su ventaja.

Grayson se dirigió a las gradas de madera, donde Reid estaba sentada, observándolo jugar. Cuando él no estaba en el partido, ella leía en su tableta. No le interesaba mucho el baloncesto. Cada fin de semana le pedía que fuera con él, y cada fin de semana ella decía que sí.

Ella sonrió cuando él se acercó. Para él, ella era *Sully* porque en su mente eso la mantenía en la zona de amigos, donde necesitaba que se quedara. Era más seguro para ellos de esta manera, especialmente para ella.

Se habían conocido en el trabajo, durante su primer día de orientación en Wold Collective, donde él era jefe de proyectos especializado en mesas de juntas a medida, y ella trabajaba en Recursos Humanos. Hicieron buenas migas. La atracción palpable que sentían el uno por el otro no tardó en multiplicarse por diez a medida que pasaban más tiempo juntos. Se hicieron amigos rápidamente. Incluso los mejores amigos. Se lo contaban todo y podían terminar las frases del otro. Pasaban incontables horas juntos, lo que no había hecho sino aumentar la atracción que Grayson sentía por ella.

Entonces, una noche, todo cambió.

Grayson no se arrepentía de haber pasado la noche con ella. Sabía que era la indicada para él y se lamentaba de no poder darle la vida que quería de él. Le había dicho que lo mejor que podía ofrecerle era el estatus de mejor amiga. Una amistad con todas las ventajas, menos los enredos románticos de corazones rotos y sentimientos que él no sería capaz de mostrarle.

No es que no le gustara. Le gustaba, más de lo que jamás le admitiría a ella o a nadie. Era que no podía.

Sully metió la mano en su bolsa de fin de semana y sacó una botella de agua para él. Mientras ella se la entregaba, él le tiró de las puntas del cabello castaño, le guiñó un ojo y se sentó una fila delante de ella, estiró las piernas y se apoyó en el banco de detrás.

—Gracias, Sully.

## Heartbreak



## Hill

Esta era una de las veces que odiaba ser tan alto. Si se hubiera sentado a su lado, habría tenido que encorvarse para verla. Sentado así, todo lo que tenía que hacer era inclinar la cabeza, y podía verla claramente.

Ella lo miró y sonrió.

—Ni lo menciones.

Lo haría. Repetidamente. Era la única forma de demostrarle o decirle cuánto la apreciaba.

Antes de quitarle el tapón y bebérsela de un trago, la miró un instante más de lo debido. Sus ojos eran de un marrón cálido, dos tonos más claros que los suyos. Si no tenía cuidado, acabaría mirándolos fijamente. Mirar fijamente podría llevar fácilmente a inclinarse, lo que podría llevar a besarse.

No.

No había nada que no le gustara o incluso que no amara de Sully. Era compasiva, paciente y ferozmente leal a sus amigos y a su familia. Incluso después de que él intentara distanciarse de ella, seguía siendo una presencia inquebrantable en su vida.

Despreciaba absolutamente a cualquier hombre con el que ella hablara, de ahí el codazo que había dado antes del descanso, y sentía una rabia asesina cada vez que ella tenía una cita. Ninguno de ellos era lo bastante bueno para ella, en su opinión, y su opinión era la única que importaba. Ella le tomaba la palabra, valoraba su opinión y compartía con él sus secretos más profundos y oscuros, a pesar de que él odiaba sus historias sobre los hombres con los que salía. A petición suya, él había hecho lo mismo, casi todo mentiras para que ella no pensara que pasaba algo. Claro que había tenido algunas citas, pero las había tendido su mejor amigo, Pearce Carey, que también era su compañero de trabajo y el homólogo masculino de Reid en la vida de Grayson, y que tampoco tenía ni idea de lo que sentía por ella.

—¿Cómo se llama? —Grayson asintió hacia el banquillo del otro equipo, pero no específicamente hacia el tipo que había recibido un balonazo en la ingle después de que Grayson bajara el balón.

—No sé —dijo Sully mientras le entregaba a Grayson una naranja pelada.

—Te vi hablando con él.

—No —dijo con un suspiro—. Lo viste a él hablando conmigo. Lo escuché mientras hablaba de que tenía un barco y que podía verme en él.

—¿Esa fue su frase para ligar?

Sully se encogió de hombros.

—Parecía que sí.

—Bueno, me alegro de que no cayeras con el queso —dijo.



## Hill

—¿Y eso por qué? —Sus cejas se alzaron desafiándolo.

Tenía que pensar rápido. No podía confesar que estaba celoso.

—Me pellizó. —Para probar su punto, Grayson se levantó la camiseta. Reid miró y negó con la cabeza.

—No veo nada.

—¿Lo estás defendiendo? —Grayson se hizo el dolido, pero sabía que ella nunca se pondría de parte de nadie más que de él.

—No, sólo señalaba lo obvio.

—Gracias, Capitán Sul...

—No lo digas. —Si Reid odiaba el apodo que le había puesto, nunca decía nada. Excepto cuando la llamaba Capitán Sully, en honor al famoso piloto que aterrizó un avión en el Hudson. Ella odiaba esa referencia.

Pearce dejó su bolsa en las gradas y se tiró de la corbata.

—Siento llegar tarde.

—¿Dónde has estado? —preguntó Reid.

—Cita para comer con el padre de Emelia.

Los ojos de Grayson y Reid se abrieron de par en par.

—¿Le estás pidiendo que se case contigo? —preguntó Reid antes de que Grayson pudiera hacerlo.

—No, y ese es el problema. Su padre me invitó a comer para hablar del futuro. Llevamos juntos un año, no vivimos juntos, y quiere saber cuáles son mis planes para su hija.

—¿Qué dijiste? —preguntó Grayson.

—No mucho. No había mucho que decir. Balbuceé algunas tonterías sobre que somos felices, estamos enamorados y nos tomamos las cosas día a día.

—¿Crees que le pidió a su padre que dijera algo? —Reid preguntó.

Pearce agachó la cabeza.

—No lo sé. No quiero pensar que lo hizo, pero vamos. La invitación fue inesperada y más una exigencia que un 'Oye, quedemos para comer'. Y era la primera vez que me tendía la mano. Claro, hemos jugado golf, pero Emelia lo organizó y estuvimos juntos. —Se bajó los pantalones, aparentemente sin importarle quién viera sus calzoncillos.

Grayson se rió mientras Reid ponía los ojos en blanco. Le dio un codazo en la pierna y él le guiñó un ojo, pero ella negó con la cabeza.

—Dame un gajo —dijo ella mientras señalaba su naranja. Él le dio dos, sabiendo que le pediría más.



# Hill

—De todos modos —dijo Pearce mientras se sentaba para atarse las zapatillas—. Emelia ha estado llamando y enviando mensajes de texto desde que salí del restaurante. Me da miedo mirar o escuchar lo que tiene que decir.

Grayson empezó a tararear la marcha nupcial, lo que hizo que Pearce frunciera el ceño.

—No estoy listo —dijo—. Ni siquiera estoy pensando en mudarme con ella. ¿Cómo pudo hacerme esto? —gimió.

—Buena suerte —dijo Reid. Grayson se atragantó y ella le dio una palmada en la espalda.

—Grosera —le respondió Pearce.

Sonó la bocina, indicando que el descanso había terminado. Grayson le dio a Reid el resto de sus gajos de naranja, se terminó el agua y volvió a la cancha. Se detuvo a medio camino y se pasó la mano por el pecho. La punzada le resultaba familiar, pero hacía tiempo que no la sentía. Intentó ubicar el recuerdo; habían pasado más de diez años, si no más.

Sintió una mano en el hombro mientras cerraba los ojos, con la esperanza de aliviar la presión que sentía. Grayson respiró hondo, y luego otra vez.

—Oye, hombre, no tenemos tiempo para el Juramento... —Pearce se detuvo y se movió para ocultar a Grayson de los curiosos—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —Grayson se alejó de Pearce sin mirarlo. No quería ni necesitaba su compasión ni sus preguntas. Pearce lo siguió, pero Grayson levantó la mano—. He dicho que estoy bien.

Caminó hasta el centro de la cancha, extendió los brazos para mostrar a todo el mundo su impresionante envergadura y demostrar a cualquiera que lo observara que, de hecho, estaba bien, y luego apoyó las manos en las rodillas. Pensó que nadie le preguntaría por qué se quedaba así. La mayoría de los atletas lo hacen cuando están cansados. Pero él no estaba cansado. De repente estaba agotado.

—¡Vamos! —Aplaudió con fuerza, esperando que los demás se dieran cuenta.

A lo largo del partido, vio no sólo al chico de antes charlando con Reid, sino también a otros dos. El último se sentó a su lado y le quitó toda la atención a Grayson, cosa que no le gustó. Cuando debería haber estado concentrado en el partido, se distrajo con lo que vio que ocurría en las gradas.

Cuando sonó la bocina final, Grayson miró el marcador e intentó sonreír. Habían ganado, pero el margen de victoria no era el que él esperaba. Se cambió las zapatillas, se puso el chándal y esperó a que Reid se reuniera con él.

—¿Quién es? —preguntó por segunda vez hoy.

—Alaric.

# Heartbreak



## Hill

—¿Qué clase de nombre es Alaric? —No se podía ocultar el tono sarcástico que emanaba de él.

—El que le dieron sus padres. ¿Cuál es tu problema? —Reid dejó de caminar.

Grayson se volvió hacia ella, esperando a que los demás pasaran de largo.

—No me gusta que los hombres te hablen. Que te coqueteen.

—Entonces haz algo al respecto —lo retó mientras cruzaba los brazos sobre el pecho y sonreía satisfecha.

Sacudió lentamente la cabeza. Sabía que no debía seguir por ese camino con ella.

—Mira, Grayson... —La puerta detrás de ellos se abrió, y Pearce salió.

—¿Van a casa o a la Green Turtle?

—Turtle —dijo Grayson sin hacer contacto visual—. Nos encontraremos allí.

Pearce los miró y asintió. En cuanto salió, Grayson miró a Reid. No estaba seguro de qué decir, y no estaba seguro de querer que terminara su perorata.

—Voy a empezar a tener citas —soltó—. Y no voy a escucharte quejarte de los hombres con los que salgo. Hay alguien ahí afuera que es el hombre adecuado para mí. —Sus ojos se clavaron en los de él.

—La piscina de citas apesta.

—Sí, bueno... —Pasó junto a él, se detuvo y se dio la vuelta—. Si no vas a salir conmigo, entonces voy a tener citas. Hay cosas que quiero en la vida, y una de ellas es enamorarme, casarme y tener una familia. Tú no quieres eso, al menos no conmigo, así que necesito seguir adelante y cerrar la puerta a estos sentimientos que tengo por ti.

Grayson no encontraba las palabras para decirle que no iba a tener ninguna cita. Sacudió la cabeza y empezó a hablar, pero las palabras se le atascaron en la garganta al mismo tiempo que se le paralizaba el corazón. Se puso la mano sobre el corazón y se apoyó en la pared para estabilizarse. Grayson jadeó.

—Déjalo ya —le espetó Reid—. No puedes fingir que estás dolido —le dijo ella—. Todos los días me despierto preguntándome si éste va a ser el día en que empieces a salir con otra o en que por fin me digas que estás enamorado de mí, que sé que lo estás, pero eres demasiado gallina para decirme las palabras.

Los ojos de Grayson se humedecieron mientras jadeaba.

—Ayuda.

—¿Ayuda, con qué? ¿Ayudarte con tu corazón roto? No, no lo haré. No puedes hacerme esto.

Heartbreak



# Hill

Cayó de rodillas y de algún modo consiguió murmurar:

—Nueve uno uno.

Aquellos tres números llamaron la atención de Reid. Estaba a su lado y lo guió hasta el suelo al instante.

—¿Qué ocurre?

Sólo pudo acariciarse el pecho.

—¡AYUDA! ¡ALGUIEN AYUDEME!



## Hill

## Dos

REID

Sus gritos habían sido contestados cuando un conserje vino corriendo hacia ella con el teléfono pegado a la oreja. Le había hecho preguntas a Reid sobre Grayson, que ella había respondido. Daba miedo lo mucho que sabía de él. Su mejor amiga, Melanie Scott, solía decirle a Reid que se entrometía demasiado en la vida de un hombre que no quería estar con ella. Reid sabía que Melanie tenía buenas intenciones, pero aun así siempre le parecía una bofetada.

Ahora, su conocimiento de la vida de Grayson sería útil.

Cuando llegó la ambulancia, los médicos se hicieron cargo rápidamente. Grayson tenía la mirada perdida y movía la cabeza de un lado a otro. Reid trató de mantenerse en su línea de visión, con la esperanza de mostrarle que todavía estaba allí. Lo cargaron en una camilla y Reid los siguió fuera del centro recreativo.

—¿Puedo ir con él? —preguntó mientras caminaba a paso ligero junto a Grayson, sujetándolo de la mano.

—¿No eres su esposa?

La pregunta la hizo reflexionar. Reid quería serlo. Desde que se conocieron. Se había enamorado perdidamente de él. La única noche que habían pasado juntos después de la fiesta sólo había empeorado sus sentimientos por Grayson. Pensaba que empezarían el año como pareja, pero seguían siendo amigos. Grayson mantenía a Reid alejada del lado romántico y la trataba como a la mejor amiga sin la que no podía vivir.

Reid tampoco podía o quería vivir sin él, y se había resignado a pensar y sentir que él valía la pena de alguna manera indirecta. Además, las relaciones eran complicadas. Sobre todo con tu mejor amigo. Al menos eso se decía a sí misma.

Si mentir significaba que podía quedarse con él, que así fuera. Asintió rápidamente.

El viaje en ambulancia fue sin duda el más largo, ruidoso, accidentado y aterrador de su vida. Reid se agarró a la mano de Grayson y le habló, haciéndole saber que todo iría bien, aunque estaba segura de que su expresión no correspondía a sus palabras. Ella no quería pensar en cómo había pensado que él había estado fingiendo lo que el médico llamó un *infarto del miocardio* cuando habló en su radio. Sabía que eso significaba *ataque al corazón*, pero Grayson era



## Hill

joven y estaba en forma. Hacía ejercicio todo el tiempo; sólo las personas con mala salud sufrían infartos. No hombres como él. No alguien de treinta y tantos años con toda la vida por delante.

—Ya casi hemos llegado —le dijo, aunque no tenía ni idea de adónde iban. Había varios hospitales en la región de Washington y no tenía ni idea de cuál era el más cercano—. Todo va a salir bien.

Grayson parpadeó. Yacía con la camiseta cortada por la mitad. Era una de sus favoritas, y se iba a enojar cuando descubriera que ahora era un guiñapo hecho jirones. Llevaba pegados en el pecho y los brazos unos parches de electrodos, con cables que conducían a una máquina, y una máscara de oxígeno.

Reid sonrió y le agarró la mano con más fuerza mientras lo miraba a los ojos. Unos ojos carentes de vida y vitalidad. *¿Qué le pasa?*

—Todo va a salir bien —volvió a decir, más para sí misma que para él. Sus palabras eran sólo eso, palabras. No le cabía duda de que el miedo invadía a Grayson. Ella tenía que ser la fuerte, en la que él buscara consuelo. Cuando estuviera sola, tendría su crisis. Hasta entonces, sonreíría y le pasaría la mano libre por el cabello.

»Cuando lleguemos al hospital, voy a llamar a tu mamá. Seguro que cuando llegue, estarás listo para irte a casa. —Incluso mientras pronunciaba las palabras, no las creía—. Apuesto a que te llevará a tomar un helado, porque al fin y al cabo, sigues siendo su niño.

Reid quería a Sydney y pensaba en ella como en una mamá. Habiendo perdido a su propia mamá antes de cumplir los tres años, no sabía lo que era tener una. Su padre, Luther, nunca se había vuelto a casar y rara vez salía con alguien. Recordaba una vez que su padre había salido con una mujer durante un año, pero un día se había ido. Reid ni siquiera recordaba su nombre.

—Estamos aquí, señora —dijo el médico.

—¿Has oído eso? Los médicos van a atenderte y luego nos pondremos en camino.

Las puertas traseras de la ambulancia se abrieron y, en un abrir y cerrar de ojos, Grayson salió de la parte trasera y los médicos lo sacaron por la puerta. Reid apenas podía seguir el ritmo. Intentó seguirlo a través de las puertas dobles, pero una enfermera con cara de pellizco y bata azul se lo impidió.

—Es mi amigo —dijo Reid, mirando por encima del hombro de la enfermera hacia las puertas dobles, en las que se leía **SALA DE URGENCIAS**—. Necesito estar con él.

La mujer puso la mano en la espalda de Reid y la guió hacia la sala de espera. Reid tropezó, incapaz de apartar los ojos de las puertas.

—Entiendo tu preocupación, pero es mejor dejar que los médicos trabajen con él. Espera aquí y alguien saldrá para hablar contigo cuando sepan algo.

Heartbreak



## Hill

—Pero... —Reid se sentó y siguió mirando el espacio donde, a la vuelta de la esquina, habrían estado las puertas de Urgencias.

—¿Hay alguien a quien podamos llamar por ti?

Reid negó con la cabeza.

—Um... no, pero llamaré a su mamá.

La enfermera asintió y dejó a Reid allí sentada. Miró a los demás, que estaban allí por una razón u otra. Algunos probablemente estaban enfermos y esperaban que los vieran, mientras que otros esperaban noticias de sus seres queridos.

Se levantó y salió al pasillo, lejos de la gente, y marcó el número de Sydney. Le saltó el buzón de voz. Colgó y volvió a marcar.

—¿Hola?

—Hola, Sydney, soy Reid.

—Cielos, querida. ¿Qué te pasa?

—Es... —Reid miró por encima del hombro cuando oyó a alguien lamentarse.

—Reid, ¿qué pasa? ¿Qué le ha pasado a Grayson?

¿Era intuición materna o Sydney lo sabía por la incoherencia de Reid? Tragó saliva.

—Grayson posiblemente tuvo un ataque al corazón. Eso es lo que dijo el paramédico en la ambulancia. Estamos en... —Reid no tenía ni idea de dónde estaban. Miró a su alrededor en busca de una señal, cualquier cosa que se lo dijera. Caminó frenéticamente por el pasillo hasta que vio una—. MedStar —le dijo a Sydney—. Se lo llevaron y no me dejan verlo.

—Estamos de camino —dijo Sydney y colgó.

Reid tardó un minuto en sacudirse la niebla de la mente y volver a la sala de espera. Pero no podía sentarse. Así que paseó. Pero no había ningún lugar donde hacerlo sin molestar a los demás o al personal.

Se sentó y rebotó la pierna, molestando a la persona sentada a tres asientos de ella.

—Lo siento —murmuró cuando el hombre soltó un suspiro.

Reid tocó la pantalla de su teléfono y pensó en enviarle un mensaje a Pearce. Él querría saberlo, y ella creía que Grayson querría que su mejor amigo estuviera allí si... no, no pasaría nada. Repitió sus pensamientos anteriores: Grayson era un hombre joven, fuerte y sano. La gente como él no sufría infartos. Envío un mensaje a Pearce para contarle lo que había pasado, dónde estaban y que lo mantendría informado cuando supiera más.



## Hill

Cuando su pierna empezó a rebotar de nuevo, se puso de pie e intentó caminar de nuevo. No tenía elección, como tampoco la tenían las personas de la sala de espera. Tenía que hacer algo porque, allí sentada, su mente vagaba por lugares que no debían.

Cada vez que se abrían las puertas, Reid esperaba oír *familia de Grayson Caballero*, pero esas palabras no llegaban. El personal buscó a los demás, con noticias contradictorias. Las familias volvían con el médico o se derrumbaban.

—Reid.

Recorrió la habitación en busca de quien la había llamado por su nombre y sintió una insuperable oleada de consuelo, como una manta de alivio, cuando vio que Sydney se acercaba a ella. Reid cayó en los brazos extendidos de Sydney y lloró. Debería estar consolando a la mamá de Grayson, no al revés.

Sydney Haney era el tipo de mujer que tomaba la vida por los cuernos y la llevaba por el camino que ella misma creaba. Cuando descubrió que estaba embarazada a los diecisiete años, eligió ser mamá. La primera vez que Reid la conoció, se quedó asombrada por su belleza y celosa de su larga y frondosa melena rizada oscura y sus cautivadores ojos marrones. Sydney había sido dada en adopción y criada a las afueras de Annapolis y nunca se había molestado en buscar a sus padres biológicos. Grayson fue favorecido, con el mismo cabello oscuro y el mismo tono de piel aceitunado, excepto que él sobresalía por encima de su mamá. Su padre ya no existía y había desaparecido mucho antes de que Grayson naciera. Por lo que Reid sabía, Grayson nunca había conocido a su padre.

Unas manos fuertes guiaron a las mujeres de vuelta a las sillas. El olor de la colonia Polo se filtró por sus sentidos, relajándola. Sólo había dos olores capaces de hacer eso: Polo y Old Spice, que era lo que llevaba su padre.

Reid se secó los ojos e intentó sonreír a Gilbert, el padrastro de Grayson. Le agarró la mano con fuerza y le ofreció una sonrisa amable pero triste.

—¿Has llamado a tu padre?

Gilbert Haney no podía ser más guapo. Derrochaba encanto y carisma y era capaz de convertir una situación triste en un momento alegre. Conoció a Sydney cuando Grayson tenía diez años y llevó el papel de padrastro a un nivel completamente nuevo. Grayson adoraba a Gilbert y nunca lo presentó como su padrastro. Con su cabello sal y pimienta y sus ojos marrones que hacían juego con los de Grayson, Gilbert era casi tan alto como su hijo.

Sacudió la cabeza. ¿Por qué no se le había ocurrido llamarlo?

—Yo me encargo. Quédate con Sydney. —Se inclinó y susurró a través del cabello de Sydney antes de dejarlas para hablar.

—Cuéntame lo que pasó.

Heartbreak



## Hill

—Ni siquiera lo sé —empezó—. Los domingos, Grayson tiene su liga de baloncesto. Estábamos en el centro recreativo y todo iba bien. Después del partido, discutimos. A él no le gustó que esos chicos charlaran conmigo y yo me puse a la defensiva. Le dije que hay cosas en la vida que quiero y que ya no voy a sentarme a esperar, que voy a empezar a salir con alguien. —Reid tragó saliva con dificultad—. Se puso la mano sobre el pecho, y pensé que estaba bromeando, actuando como si le estuviera rompiendo el corazón o algo así, y le dije, ya basta. Sólo que no era una broma, y él no podía hablar. Pedí ayuda a gritos. Había un conserje allí, y llamó a una ambulancia. De camino aquí, el paramédico dijo que mostraba signos de haber sufrido un infarto, lo cual no tiene ningún sentido porque sólo tiene treinta y cinco años, y la gente de su edad que está sana y en forma no sufre infartos.

—Respira —dijo Sydney mientras secaba las lágrimas de Reid, a pesar de que las suyas mojaban sus mejillas—. Respira, cariño.

Reid tuvo hipo y se estremeció.

—Lo siento mucho, yo debería estar consolándote, y aquí estás, diciéndome que respire.

—Es cosa de mamá —le dijo Sydney. Se sentó en la silla y rodeó a Reid con el brazo—. Gilbert ha ido a ver qué puede averiguar y va a llamar a tu papá. Debería estar aquí.

—Sí y no. Quiero decir, está bastante enfadado con Grayson porque cree que está jugando conmigo.

Sydney asintió.

—Lo entiendo, pero lo querrás aquí.

Tardó un momento en asimilar esas palabras. Levantó la cabeza y miró a Sydney.

—¿Por qué?

Sydney se limitó a negar con la cabeza y volvió a acercarse a Reid a su hombro.

Cuando Gilbert regresó, les dijo que Grayson estaba en el quirófano y que podría tardar un rato. Se sentó junto a su mujer y le sujetó la mano, mientras ella sujetaba a Reid.

La televisión emitía las noticias, pero el sonido se había silenciado. La gente había ido y venido. Hubo más lágrimas y algo de euforia. El ruido de las puertas, el ulular de las sirenas y el pitido constante empezaron a crisar los nervios de Reid.

Se había puesto en pie y empezaba a caminar de nuevo cuando entró su padre, recién llegado del trabajo. Se abalanzó sobre ella y la rodeó con sus



## Hill

grandes y fornidos brazos. Ella se acurrucó en su chaqueta de trabajo. El olor a Old Spice, aceite y naturaleza la tranquilizó.

Luther Sullivan era un hombre muy trabajador y había hecho todo lo posible para proporcionar a Reid la mejor vida posible. Medía un metro ochenta y tenía el cabello castaño oscuro, igual que Reid. Era lo que ella llamaba un hombre rudo y prefería estar al aire libre, a menos que fuera temporada de fútbol americano y estuvieran jugando sus amados Ravens, y entonces lo encontrarías frente al tubo. No le interesaban muchos otros deportes, a menos que fuera algo que Reid quisiera ver. Cuando murió su mamá, se tomó muy a pecho el papel de único proveedor y juró no defraudarla nunca.

—Estoy tan contenta de que estés aquí.

—Estoy aquí por ti. —A Reid no se le escapó el trasfondo. Tampoco lo culpó.

Luther condujo a Reid hasta donde estaban sentados Sydney y Gilbert. Estrechó la mano de Gilbert y sonrió amablemente a Sydney.

—¿Qué sabemos? —preguntó mientras se sentaba.

—Estamos esperando. —Sydney se secó las lágrimas. Ni ella ni Reid habían podido dejar de llorar.

—Bueno, ninguna noticia es una buena noticia. ¿Han comido? —preguntó Luther.

Reid y Sydney dijeron que no tenían hambre.

—Café será. —Luther se levantó, con Gilbert siguiéndolo.

Reid se levantó y empezó a pasearse de nuevo. Sydney le rogó que se sentara, pero no pudo. Había un nivel de malestar latente bajo la superficie y Reid sabía que, si no oían algo pronto, iba a perder la cabeza.

—Está tardando demasiado —le dijo a Sydney—. Sea lo que sea... algo va mal. —Reid caminó hacia la sala de enfermeras, se detuvo y regresó. Lo hizo hasta que su padre y Gilbert regresaron con vasos de papel llenos de café rancio. No le importó porque necesitaba algo para mantener la cordura.

—Esto sabe horrible —dijo mientras se llevaba de nuevo el vaso a los labios.

—Cuanto peor sepa, más ganas tendrás. —Su padre se rió y bebió—. Vamos, siéntate. Caminar de un lado para otro no nos va a ayudar a ninguno ahora.

Dejó que su padre la condujera de nuevo a las sillas de piel y tela. Mientras observaba la sala, pensó que no era sólo el juego de la espera lo que inquietaba a la gente; era el hecho de que los asientos de la sala de espera eran lo más incómodo posible. Otros se encorvaban, sus cuerpos se contorsionaban en



# Hill

posturas antinaturales, y uno se sentaba en el suelo y utilizaba el asiento como almohada.

—Uno pensaría que el hospital podría ofrecer un lugar mejor a las personas que tienen que sentarse aquí y esperar para saber si su ser querido está bien —dijo Reid con disgusto—. Imagina cuánto dinero gana el director general o lo que sea. Quienquiera que sea probablemente esté viviendo en el regazo del lujo en Georgetown o Potomac.

—Sabes que lo hacen —asintió Gilbert.

Reid se levantó y se dirigió a la cafetería para rellenar su vaso cuando un médico se acercó a la sala de espera. Se quedó paralizada, pensando que había llegado el momento: la noticia que llevaban horas esperando. El hombre se paró en el umbral de la sala y miró el expediente que tenía en la mano. Los ojos de Reid estudiaron a Sydney.

—Estoy buscando a la familia de Grayson Caballero.

—Esa soy yo —dijo Sydney mientras se levantaba—. Esos somos nosotros. —Gilbert la siguió y Reid se adelantó. Ella no era su familia, al menos no en el sentido del significado según el hospital.

—Soy el Dr. Wynn, el cardiólogo del personal. ¿Tú debes ser Sydney?

Ella asintió.

—Si me sigues.

Todos dieron un paso adelante, pero el médico negó con la cabeza.

—Sólo familiares.

Reid abrió la boca para protestar, pero la cerró rápidamente.

—Ella es de la familia —dijo Sydney—. Todos aquí lo son.

El médico asintió y les indicó que lo siguieran. Bajaron por el pasillo hasta los ascensores, subieron y se dirigieron a la unidad de cuidados intensivos. Cuando bajaron, el ambiente era muy distinto del que habían experimentado abajo. Era tranquilo, apagado. Reid tuvo la necesidad de susurrar y caminar de puntillas por el suelo de linóleo blanco. El médico les indicó la sala de espera, que tenía un poco más de atractivo que la de urgencias. El suelo de madera era de baldosas y los sofás parecían lo bastante grandes como para que alguien pudiera tumbarse en ellos. Sin embargo, era la tranquilidad lo que inquietaba a Reid. Ella quería ruido y acción. Quería ver que las enfermeras y los médicos estaban trabajando. En esta planta, nadie lo sabría.

Entraron en una pequeña habitación que tenía una mesa redonda igualmente pequeña con tres sillas alrededor. Sydney y Gilbert se sentaron, como era de esperar. Reid se apoyó en la pared, mientras su padre permanecía en la puerta.

# Heartbreak



# Hill

—Permítanme empezar diciendo que Grayson está vivo y en cuidados intensivos. Cuando llegó esta tarde, lo evaluamos y determinamos que tenía angina inestable. Comenzamos el tratamiento y realizamos un ecocardiograma. Fue entonces cuando vimos un pequeño agujero en la pared que separa las dos cámaras superiores de su corazón. Inmediatamente, lo llevamos a cirugía. Fue entonces cuando hice el diagnóstico de que Grayson padecía un defecto del seno venoso, que es un tipo raro de comunicación interauricular. Es probable que estuviera presente al nacer y a menudo no se diagnostica a menos que el paciente presente algún síntoma. Esta anomalía se considera un defecto cardíaco congénito, lo que, si no se trata, nos lleva a este momento. Por desgracia, cuando iba a reparar el orificio, descubrí que su corazón es muy débil. He hecho lo que he podido por el momento. Grayson está en oxigenación por membrana extracorpórea-ECMO es el término que usamos. Es un puente hasta que Grayson pueda recibir un trasplante de corazón.

El jadeo colectivo resonó en la sala. Seguido de un sollozo desgarrador de Sydney. Las lágrimas que Reid pensaba que se habían secado volvieron de golpe. Su padre estaba a su lado cuando el primer sollozo se apoderó de ella. Se abrazaron hasta que Reid fue hacia Sydney y la abrazó con fuerza. Las dos se quedaron así hasta que Gilbert preguntó:

—¿Podemos verlo?

—Pueden. Tenemos un límite de dos personas en su habitación. Tendrán que llevar una bata protectora mientras esté allí. Está muy sedado y puede entrar y salir de la conciencia, pero es poco probable que sea coherente. Esto es por su seguridad y bienestar. La enfermera jefa vendrá y les dará más información sobre cómo funciona la UCI y dónde pueden esperar los demás familiares.

—¿Y ahora qué? —preguntó Gilbert mientras se aferraba a Sydney, que lloraba en silencio.

—A partir de este momento, es un juego de espera. Mi personal está trabajando ahora para subirlo en la lista. Es lo mejor que podemos hacer en este momento. Estoy consultando con mis colegas sobre posibles tratamientos, pero a falta de un milagro, Grayson necesita un corazón nuevo. —El Dr. Wynn cerró su carpeta—. Ojalá tuviera mejores noticias para ustedes. —Se levantó, puso la mano en el hombro de Sydney durante un breve instante y se marchó sin decir nada más.

Nadie sabía qué decir. ¿Debería Reid consolar a Sydney? ¿Decirle cuánto lo sentía? ¿Existía un protocolo para algo así? Sabiendo que tal vez no volvería a hablar con Grayson se sentía como si tuviera una carretilla llena de ladrillos sobre el pecho. Reid tenía miedo de respirar por temor a que el peso se hiciera aún más insoportable.

Cuando llegó la enfermera, Sydney y Gilbert la siguieron fuera de la habitación. Reid y su padre se sentaron en los asientos vacíos y no dijeron nada



## Hill

hasta que Reid dijo que tenía que llamar a Pearce. No bastaría con enviarle un mensaje de texto. Cuando contestó, ella contó lo que el doctor Wynn les había dicho lo mejor que pudo. Cuando colgó, otra oleada de lágrimas corría por su rostro. Volvió a llamar a su mejor amiga, Melanie.

—Estoy en camino.

—No tienes que venir —le dijo Reid.

—Quiero estar ahí para ti.

Reid sonrió.

—Te lo agradezco. Por ahora estoy bien. Bastante entumecida, en realidad.

Después de algunas idas y venidas, Melanie dijo que esperaría a que Reid le dijera cuándo sería un buen momento para visitarla.

La siguiente llamada fue al jefe de Grayson, que parecía un poco desanimado por todo el asunto y tuvo la osadía de preguntarle si se presentaría el lunes. Reid le colgó y pensó que ya se ocuparía de él cuando volviera a la oficina.

—Reid.

Se volvió al oír la voz de Gilbert. Llevaba una bata amarilla y parecía listo para operar.

—¿Te gustaría entrar y ver a Grayson?

Se levantó y corrió hacia delante. Gilbert salió de la puerta y señaló el pasillo. Reid recordó que su profesora de guardería le recordaba que no debía correr por los pasillos. Ignoró la voz en su cabeza y corrió hacia las puertas dobles de madera. Pulsó el botón y esperó ansiosa a que alguien respondiera.

—Estoy aquí para ver a Grayson Caballero. Soy Reid Sullivan.

—Un momento.

Un minuto después, las puertas se abrieron y una enfermera la saludó.

—Sígueme. —Llevó a Reid a una habitación, le indicó que se lavara las manos y luego la ayudó a ponerse una bata sobre la ropa. Luego la llevó por otro pasillo hasta la habitación de Grayson.

Todas las habitaciones daban al puesto de enfermeras, y cada una tenía las persianas bajadas. Reid agradeció no poder ver a nadie porque no estaba segura de poder soportarlo.

Respiró hondo y dobló la esquina. Se tapó la boca con la mano en un intento fallido de contener el grito ahogado que soltó. Grayson... *su Grayson* yacía en la cama, sin vida. La máquina que estaba a su lado, extrayendo y filtrando la sangre para que volviera a su cuerpo, hacía todo el trabajo por él.

## Heartbreak



# Hill

—Reid. —Sydney dijo su nombre en voz baja—. Tengo que saberlo...  
¿Grayson estaba tomando sus medicamentos?

—¿Qué medicamentos?

—Grayson nació con una cardiopatía congénita.

Reid asimiló las palabras y sacudió ligeramente la cabeza.

—No tenía ni idea —dijo en un susurro.



# Heartbreak

## Hill

## Tres

## RAFE

Rafe Karlsson se despertó segundos antes de que sonara su despertador. Lo apagó, rodó hasta donde dormía Nadia y la besó en la mejilla.

—Déjame dormir —murmuró en la oscuridad.

—Puedes dormir mientras me ducho. —Salió de la cama y entró en el cuarto de baño, que el antiguo propietario había añadido junto con un bonito vestidor.

Abrió el grifo de la ducha, se dirigió al cuarto de baño y se metió en el piso de baldosas de mosaico azul marino y blanco que él y su padre habían construido unos años después de que Rafe y Nadia compraran la casa de estilo artesano. Habían conservado la mayor parte del encanto y el carácter de la casa y sólo habían cambiado la cocina, modernizándola con electrodomésticos nuevos, encimeras de granito y azulejos blancos. Rafe y Nadia se habían enamorado de las vigas vistas del techo, los amplios armarios empotrados, los grandes ventanales y el espacioso porche con sus gruesas columnas cónicas.

Rafe se puso bajo el chorro de agua caliente y se ejercitó los músculos del hombro mientras imaginaba el circuito de carretera que había recorrido muchas veces antes de esta mañana. Este año iba a ganar. Nada de quedar segundo o tercero. Este era su año.

La Copa de la Commonwealth comenzó hace cien años, cuando dos ciudadanos se enzarzaron en una discusión sobre la ubicación de Heartbreak Hill. Según el mapa y todos los bostonianos, la famosa colina estaba en la ciudad de Newton. Algunos de los dudosos que no sabían distinguir la cabeza de la... decían que estaba *en las afueras* de la ciudad. En Boston no es así. O estás dentro de los límites de la ciudad o no lo estás.

Newton no lo estaba.

En lugar de pelearse a puñetazos, decidieron echar una carrera cuesta arriba de 800 metros. Cuando ambos cruzaron la línea de meta inventada, siguieron corriendo a lo largo de Commonwealth Avenue, pasando por delante de la Universidad de Boston, cruzaron el puente y continuaron a lo largo del río Charles hasta llegar a Harvard Square, donde ambos se desplomaron de agotamiento. Ninguno de los dos declaró la victoria y ambos prometieron volver a correr después de un año de entrenamiento. Así nació la Copa de la Commonwealth. A lo largo de las décadas, el recorrido se había modificado para



# Hill

crear una carrera por carretera de dieciséis kilómetros desde Newton hasta Harvard.

En algún momento, la carrera dejó de ser cosa de dos ciudadanos. Se trataba de dos comunidades que se unían y recaudaban fondos para ayudar al desarrollo de parques y actividades recreativas para los jóvenes. Se trataba de policías que se jactaban de ser mejores que sus homólogos. Se trataba de un padre que empujaba a su hijo en silla de ruedas hasta la línea de meta.

Rafe no tenía ningún objetivo, aparte de ganar. Le encantaba correr, pero sobre todo le gustaba ver a su familia a lo largo del recorrido, animándolo. Incluso si no cruzaba la línea de meta el primero, tendría a sus hijas, Gemma y Lynnea, allí al final, diciéndole lo orgullosas que estaban de él.

Aun así, quería ganar. Quería que la Copa estuviera orgullosa en su mesa y que sus nuevos clientes le preguntaran por ella. Así tendría la oportunidad de animarlos no sólo a invertir su dinero en su empresa, sino también a retribuir a su comunidad.

Salió de la ducha, se secó y se vistió con unos pantalones cortos de correr con compresión incorporada, una camiseta de manga larga que absorbe la humedad, calcetines, y sus zapatillas de correr de su marca favorita, que eran bastante nuevas y estaban perfectamente rotas.

Cuando salió del baño, encontró la cama vacía, pero oía risas procedentes del piso de abajo. En cuanto entró en el pasillo, olió a tocino, huevos y café. Le rugió el estómago.

La mayoría de las mañanas, cuando bajaba a saludar a sus hijas, se encontraba con el caos. Las mañanas eran agitadas, con él intentando llegar al trabajo y Nadia tratando de llevar a dos niñas revoltosas al colegio antes de irse a trabajar. Cuando podía, llegaba una hora más tarde para quedarse y ayudar a su mujer.

Rafe entró en la cocina y se dirigió al desayunador, que tenía un banco empotrado que les ofrecía un espacio privilegiado para sentarse, donde encontró a su hija menor vestida con el disfraz de pirata de Halloween del año pasado, con parche en el ojo. Se quedó mirando, inseguro de cómo proceder. Nadia y él fomentaban el proceso creativo de Lynnea: su *individualidad* como la había llamado el pediatra. Era una fase que superaría con la edad, al menos eso les habían dicho. Le dio un beso en la coronilla y luego se acercó a Gemma e hizo lo mismo.

Con ocho y seis años, respectivamente, eran de lo más opuestas. Gemma era fría, tranquila, cariñosa y sabia más allá de su edad, mientras que Lynnea era el huracán en su casa. Tenía una boca descarada, le encantaba ver películas de terror (aunque estuvieran estrictamente prohibidas) y sacaba de quicio a su mamá con frecuencia. Lynnea pasaba de cero a cien y allí se quedaba hasta que se producía el choque, que afortunadamente llegaba sobre las ocho de la noche,

# Heartbreak



## Hill

como un reloj. Lynnea los agotaba la mayoría de los días, pero Rafe y Nadia no lo habrían hecho de otra manera.

—Papá —dijo Gemma, llamando su atención—. Sabes que se acerca el baile padre-hija en el colegio. ¿Quieres ir?

—No sé. ¿Sabes bailar?

Gemma asintió y se levantó de la mesa. Empezó a moverse de un lado a otro y a agitar los brazos con algún movimiento extravagante que sin duda había visto en un vídeo. Rafe le sujetó la mano y le dijo que pusiera los pies sobre los suyos. Rafe la tomó de la mano y le dijo que pusiera los pies sobre los suyos. Ella lo hizo y Rafe los paseó por la habitación.

—¿Tenemos que bailar así? —preguntó Gemma.

Rafe se encogió de hombros.

—Puede que sí, puede que no. Puedo bailar así. —Empezó a agitar los brazos y a contorsionar el cuerpo. A Lynnea le encantó. A Gemma no tanto.

—Mami, haz que pare.

Nadia negó y se rió junto con Lynnea.

—¡Papi! —Gemma gimió. Rafe se detuvo y la estrechó entre sus brazos—. Me encantaría ir al baile contigo, Gemma. Dile a mamá la fecha y me la apuntará en el calendario.

—¿Puedo tener un vestido nuevo?

Rafe miró a Nadia, que se encogió de hombros.

—Sólo si te aseguras de comprarme una corbata a juego.

Gemma sonrió alegremente.

—Podemos hacerlo, ¿verdad? —Miró a su mamá.

—Por supuesto. Tenemos tiempo. Creo que el baile es en mayo.

—Mucho tiempo —dijo Rafe.

—¿Y yo qué? —preguntó Lynnea.

—El tuyo empezará el año que viene —le dijo Nadia—. Entonces papá te llevará.

—¿Tengo que llevar vestido?

—No —dijo Rafe—. Puedes ponerte lo que quieras. —Probablemente se arrepentiría de esas palabras más tarde.

Rafe ayudó a Nadia a terminar de preparar el desayuno. Hizo tostadas y sus copos de avena, mientras ella emplataba huevos y beicon para ella y las chicas, y luego lo llevó todo. Antes de sentarse, se fijó en las camisetas de Gemma y Nadia: **RAFE KARLSSON ES EL Nº 1 EN MI CORAZÓN.**



## Hill

Sus ojos se empañaron.

—Me encantan sus camisetas —dijo mientras retiraba la silla, se sentaba a la mesa y recogía el jugo de naranja y un plátano de la cesta de fruta que había sobre la mesa. Se lo tendió a Lynnea, preguntándole en silencio si quería un poco. Ella asintió.

Peló un plátano, le dio la mitad superior a Lynnea y añadió trozos del resto a sus copos de avena, junto con una cucharada de mantequilla de maní. Era su desayuno habitual. Nadia le dio dos tostadas, también con mantequilla de maní. Durante los dos últimos meses, mientras se entrenaba para la carrera, había cambiado su dieta.

El teléfono de Rafe sonó. Miró la pantalla y gimió.

—¿Qué pasa? —preguntó Nadia.

—Kiran —dijo Rafe con un suspiro—. Hoy no corre. —Kiran Dunlap había sido el mejor amigo de Rafe desde su primer año en la universidad, cuando se conocieron en el equipo de remo. Esta habría sido la primera vez que Kiran corría en la Copa de la Commonwealth. Rafe se lo había pedido, con la esperanza de que pudieran convencer a más compañeros de trabajo para que se unieran a ellos el año que viene y participaran como equipo.

—¿Por qué?

Rafe negó con la cabeza. No importaba qué excusa se le ocurriera a Kiran; Rafe correría a pesar de todo. Volvió a centrar su atención en Nadia y las chicas.

—No puedo esperar a esta noche.

—¿Por qué, qué hay esta noche? —preguntó Nadia.

—Nachos —dijo con un guiño—. Ni siquiera me importa dónde vayamos a comer, mientras haya nachos.

—¿Podemos ir contigo? —preguntó Gemma.

Rafe asintió.

—Gran cena familiar. Los abuelos se unirán a nosotros.

—Sí —dijo Lynnea con la boca llena de plátano.

Desayunaron y se lavaron, Nadia convenció de algún modo a Lynnea de que no se permitían piratas en la carrera. Se cambió a regañadientes, se puso la misma camiseta que llevaban su mamá y su hermana y bajó las escaleras a regañadientes.

Rafe se paró al pie de la escalera. Cuando estuvo a tres pasos de él, se lanzó a sus brazos.

—¿Vas a ganar? —Le puso las manos en la mejilla y le rascó el cabello con las uñas.

## Heartbreak



# Hill

—No —le dijo, a pesar de querer hacerlo. Pensó que si ganaba, ella se alegraría muchísimo por él. Y si no ganaba, ella seguiría estando orgullosa y él no la habría defraudado—. Hay corredores mucho mejores que yo.

—El año que viene —dijo—. Podrás practicar mejor.

Rafe no se molestó en corregirla, aunque sabía que debía hacerlo. Acercó a su hija menor y la estrechó contra su pecho, le besó la frente y luego la acercó a su cadera. La cargaría mientras ella se lo permitiera.

Rafe no podría haber planeado mejor su mañana.



Rafe las condujo hasta la zona de parada, no lejos de la línea de salida. Nadia salió del auto y se acercó al lado del copiloto. Buscó a su esposo.

—Hoy va a ser un gran día. Nos vemos en la meta —le dijo. Rafe la besó, para disgusto de sus hijas, que los abucheaban desde el asiento trasero.

—Gracias.

—Estoy muy orgullosa de ti.

—Todavía no he corrido —le recordó.

—No importa. Cuando corriste por primera vez, hace tres años, dijiste que mejorarías tu tiempo cada año. Ahora tienes la oportunidad de ganar.

Sonrió ante su cumplido.

»Querías algo y trabajabas para conseguirlo. Ese es exactamente el tipo de ética de trabajo que trabajamos para inculcar a nuestras hijas. Eres un muy buen modelo a seguir, Rafe Karlsson.

Rafe volvió a darle las gracias y se hizo a un lado para abrir la puerta trasera. Se inclinó hacia ella.

—Las veré en la línea de meta, chicas.

—Buena suerte, papá —dijeron las niñas al unísono antes de que cerrara la puerta.

Le dio a Nadia un último beso.

—Corre rápido —le dijo ella.

Rafe se rió.

—No debería llevarme más de una hora.

—Estaré esperando.

Rafe volvió a besar a Nadia. Esperó a que ella volviera al auto y se marchara antes de salir del estacionamiento. Dejó pasar un par de autos y se dirigió a la tienda donde tenía que registrarse. Después de darle su nombre a la



# Heartbreak

# Hill

joven de la mesa, ésta le dio un dorsal para que se lo prendiera en la camiseta y lo dirigió a la línea de salida.

Se hizo a un lado y miró los números de su dorsal: 777. Rafe estaba lejos de ser supersticioso, pero tomaría esto como una señal.

—Sietes de la suerte —murmuró para sí mismo. De camino a casa, compraría un boleto de lotería.

—Todo el mundo en fila, por favor —dijo alguien con un altavoz. Despreocupadamente, todos se dirigieron hacia la línea de salida. Rafe miró a su alrededor. El año pasado habían corrido mil trescientos corredores y, si tenía que adivinar, la cantidad era la misma este año.

Rafe tenía un plan: seguir el ritmo de quien se pusiera por delante; luego encendería sus potenciadores, como los llamaba Lynnea, y los adelantaría hasta la línea de meta.

Sonó el disparo y todo el mundo se puso en marcha. Entró y salió de los grupos de gente y enseguida encontró un buen ritmo. A Rafe le gustaba correr solo. Disfrutaba de la soledad, pero también de la libertad que sentía. Después de pasar a un par de corredores más, contó a cinco personas por delante de él. La mujer a su derecha llevaba esos auriculares de botón y había establecido un buen ritmo. Él la igualó con facilidad. En dos o tres manzanas, adelantaría a la siguiente persona, y así sucesivamente hasta que le quedara un kilómetro y medio por recorrer. A menos que el líder tuviera unos impulsores más grandes que él.

A lo largo de la ruta, la gente animaba. Llevaban pancartas, megáfonos en miniatura y otros ruidos artificiales. Oyó cencerros, muchas palmas y el claxon de un auto. Esto último le pareció extraño, hasta que vio al grupo de gente que bloqueaba la calle apartarse del camino.

En una fracción de segundo, vio cómo el auto se dirigía hacia él y los demás corredores. Fue como si el tiempo se hubiera detenido y no existiera nada más que el auto y el sonido confuso de su claxon. En un instante, la corredora a la que había adelantado, la de los auriculares, pasó a toda velocidad.

Rafe lo vio todo. Se precipitó hacia ella y la apartó de un empujón. Ella se volvió y lo miró con el horror grabado en el rostro. Gritó, pero él no pudo oírla por encima de los gritos y el claxon. ¿Por qué no le agradecía que la hubiera apartado?

# Heartbreak



Hill

## Cuatro

NADIA

Nadia aceleró por las calles laterales, acercándose todo lo que pudo a Harvard Square. Lo habían planeado mal. Rafe debería haber tomado el auto, mientras que ella y las chicas deberían haber tomado el metro. Era difícil encontrar estacionamiento cualquier día de la semana, pero si a eso le añadíamos una carrera anual por carretera, el estacionamiento se volvía inexistente. El pánico aumentó a medida que avanzaba por las estrechas calles de Cambridge. Se metió por una calle lateral y luego por otra, y finalmente optó por entrar en uno de los estacionamientos de Harvard. Si le ponían una multa, no importaba. No iban a estar allí mucho tiempo.

Después de reunir a las niñas (y contra las airadas protestas de ambas), casi las arrastró hasta Harvard Square, donde estaba la línea de meta. Por suerte, sus suegros ya estaban allí, guardándoles un sitio.

—Creíamos que no lo conseguirías —le dijo Cleo, su suegra. Su tono era mordaz, lo que a Nadia no le gustó. Durante el último año, la actitud de Cleo hacia Nadia se había enfriado por razones desconocidas. Nadia se lo había comentado varias veces a Rafe, que había sido testigo de un par de encuentros. Él tampoco entendía el cambio de actitud. Tampoco Otto, el padre de Rafe.

—No nos lo perderíamos —dijo Nadia mientras luchaba por no poner los ojos en blanco. Trasladó a las chicas al frente y se colocó junto a Otto, disculpándose con los que estaban detrás de él.

—¿Cómo estaba nuestro chico esta mañana? —Otto preguntó. Rafe era su único hijo. Era el hermano mayor de Freya. Tío de Leif y Astrid. Cuñado de Lars.

—Muy bien. Dispuesto a divertirse. Dijo que terminaría en menos de una hora. —Nadia miró la hora en su teléfono—. Lo que debería ser pronto. —Pulsó el botón de su cámara de vídeo y les dijo a las chicas que empezaran a vigilar la llegada su papá.

Nadia se inclinó hacia delante, pero no vio a ningún corredor acercarse a ella. Se preguntó si la carrera habría empezado tarde, lo cual era posible. Hoy en día, rara vez algo empezaba puntual.

Sonó un tono de alerta médica. Nadia miró al otro lado de la calle, hacia la carpa médica que se había instalado en la línea de meta para ayudar a los corredores si necesitaban atención. Vio cómo el personal médico recogía sus



Heartbreak

## Hill

bolsas. Dos médicos corrieron calle arriba, mientras otros subían a uno de esos vehículos utilitarios conocidos como side-by-sides. Sus ojos los siguieron hasta la mitad del recorrido de la carrera, donde se agolpaban los espectadores.

Entonces lo oyó.

Los gritos.

Las sirenas.

—Algo va mal —dijo a Otto, a Cleo, a quienquiera que la oyera—. Alguien está herido.

Lynnea se acercó a Nadia, con las manos tapándole los oídos. Otto la levantó.

—El abuelo te recogerá en brazos —le dijo.

Muy poca gente se alejó de la línea de meta, y los que se quedaron observaron absortos, esperando alguna noticia. Un silencio incómodo se apoderó de la multitud.

—¿Dónde está Rafe? —preguntó Cleo.

Nadia sacó su teléfono del bolsillo y miró su ubicación. Estaba cerca de donde la ambulancia bloqueaba la calle. Su esposo estaba allí arriba, probablemente ayudando a quien necesitara ayuda.

—Ahora vuelvo —dijo a sus suegros. Se abrió paso entre la multitud, mirando de vez en cuando su teléfono y hacia dónde se dirigía. Cuando vio un hueco en la calle, lo tomó y caminó a paso ligero hacia la conmoción. A medio camino, pulsó el nombre de Rafe y se llevó el teléfono a la oreja.

Sin respuesta.

—Hola, cariño. Soy yo. Sólo comprobaba dónde estás. Sabemos que algo pasó en la carretera. Llámame. —Colgó tras dejar el mensaje de voz y volvió a llamarlo. De nuevo, no contestó.

Cuanto más se acercaba a la conmoción, más ansiosa se sentía. Un agente de policía le impidió acercarse más a la ambulancia.

—Lo siento, pero no puede pasar por aquí.

—Mi esposo... —empezó a decir y luego se detuvo. Nadia tocó su teléfono y localizó a Rafe—. Esto dice que está ahí, en alguna parte. Tengo que encontrarlo.

El agente negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no puede entrar ahí. Todos los corredores han sido enviados de vuelta hacia la línea de salida.

Nadia volvió a mirar su teléfono.

—Pero él está ahí.

Heartbreak



## Hill

En lugar de repetirlo, la dirigió hacia la acera, donde se había congregado una horda de gente. Se abrió paso entre la multitud hasta llegar a la acera. Si Rafe contestara al maldito teléfono, podría dejar de preocuparse por él.

—Rafe. —Ella dijo su nombre en voz alta—. Rafe Karlsson. —Esta vez su voz fue un poco más fuerte. Continuó diciendo su nombre hasta que vio el auto, que no debería estar allí. La parte delantera estaba empujada contra la calle, con el frontal hundido. Las ventanillas estaban destrozadas y la puerta del conductor abierta.

Médicos y bomberos se reunieron a su alrededor; algunos charlaban, mientras otros recogían trozos del auto destrozado.

—Oh, Dios —dijo en voz alta.

—Lo sé. Es muy triste. No creo que sobreviva —dijo una señora junto a Nadia.

Nadia miró a la mujer y preguntó:

—¿El conductor?

Ella negó con la cabeza.

—No, el corredor. Salvó la vida de esa mujer. —Señaló a otra corredora, que estaba sentada en la carretera, visiblemente conmocionada. Lloraba mientras hablaba con la policía y señalaba.

Las puertas de la ambulancia se cerraron de golpe y la sirena rugió, haciendo que Nadia se estremeciera. El penetrante sonido le crispó los nervios y le produjo escalofríos. Pulsó la pantalla de su teléfono para localizar a Rafe. Se estaba moviendo. Miró en la dirección en la que se dirigía y no lo vio, pero se dio cuenta de que se movía a cierta velocidad. ¿Estaba corriendo hacia ella?

No, no había manera. No cuando giró por la calle lateral más cercana a ella. Rafe se movió en la dirección equivocada para llegar hasta ella. Ella se puso de puntillas, pero lo único que veía era la ambulancia. No había nadie allí.

—El corredor, el que se acaba de llevar la ambulancia, ¿dijiste que era un hombre?

La mujer asintió e intentó marcharse, pero Nadia le puso las manos sobre los hombros y la retuvo.

—¿Qué llevaba puesto?

—Oh, no lo sé. Había tanta sangre que era difícil de decir. Si tuviera que adivinar, algo oscuro.

—¿Como el azul marino?

La mujer se encogió de hombros y se zafó del agarre de Nadia. Nadia volvió a mirar su teléfono y se le encogió el corazón al ver que la foto de Rafe se alejaba cada vez más de ella.

Heartbreak



## Hill

Nadia se dio la vuelta, mirando en todas las direcciones posibles en busca de ayuda. Se bajó de la acera y se dirigió hacia la mujer, la que estaba sentada en la carretera hablando con el agente.

—Perdona, pero ¿este es el hombre que te ayudó? —preguntó mientras le enseñaba una foto de Rafe.

—Señora, por favor, apártese. —Dos manos mantuvieron a la fuerza a Nadia en su sitio mientras sostenía su teléfono.

—Mire esto, por favor —le dijo a la mujer mientras luchaba contra la ira y las lágrimas que amenazaban con apoderarse de ella—. Por favor, ¿este es el hombre?

—Señora, por favor. —El oficial se puso delante de ella—. Tiene que dar un paso atrás.

Levantó el teléfono.

—Lo estoy buscando, y según su ubicación, se mueve más rápido de lo que corre. ¿Le resulta familiar? —El agente miró su teléfono y frunció el ceño. Luego hizo un gesto a otro agente para que se acercara. Los dos hablaron en privado.

—Venga conmigo —dijo el otro agente—. ¿Cómo se llama?

—Nadia Karlsson.

—Soy el oficial Luca DeMarco. Puedes llamarme Luca.

—¿A dónde me llevas, Luca?

—Transportamos a una docena de corredores al hospital para que recibieran tratamiento —dijo mientras le abría el lado del pasajero de su auto. Antes de cerrarlo, le dijo—: Te llevo a Mass Gen.



Nadia nunca había estado en un auto de policía. Nunca había conducido a toda velocidad por las calles de Boston con las sirenas a todo volumen y nunca había visto autos moverse tan despacio para apartarse del camino, hasta ahora. Sonó su teléfono y, sin mirar, contestó.

—¿Rafe?

—No, soy Otto. ¿No está contigo?

Su corazón se hundió mientras cerraba los ojos.

—No, tengo problemas para localizarlo. Voy de camino al hospital. Hubo un accidente en la pista y algunos corredores tuvieron que ser trasladados. Vuelve a nuestra casa y te llamaré en cuanto lo encuentre.

Heartbreak



## Hill

—Bien, vamos a ir a comer algo. Llámame.

—Lo haré, Otto. Besa a mis chicas por mí.

—Lo haré. —Colgaron y ella se quedó mirando por la ventanilla el río Charles. Una tripulación de ocho personas se deslizaba río abajo. En seis meses, la regata de tres días más importante del mundo llegaría a la ciudad, trayendo consigo a miles de personas. El acontecimiento era divertido y Rafe y ella esperaban con impaciencia asistir todos los años, y todos los años le había dicho a su esposo que quería aprender a remar. Él había sido remero en la universidad y a menudo bromeaba diciendo que él y su mejor amigo, Kiran, iban a formar un equipo y competir en la categoría de *viejos*. Quizá este año lo consiguieran.

El agente DeMarco entró en la zona de urgencias del hospital y apagó la sirena, pero dejó las luces encendidas. Ayudó a Nadia a salir del auto y la introdujo en el hospital, donde reinaba el caos. La sala de espera estaba llena de gente que hablaba por encima de los demás, algunos lloraban y otros se paseaban. Todos querían o necesitaban ayuda.

DeMarco habló brevemente con una mujer vestida con una bata estampada de flores y luego se abrieron las puertas dobles. Tras ellas, el alboroto había alcanzado su punto álgido. Los pitidos procedían de todas partes, el personal se movía y chocaba con otros. La gente ladraba órdenes, mientras algunos corrían con las máquinas hacia las habitaciones.

Dirigió a Nadia a la sala de enfermeras. Luca le sirvió una taza de café y se la entregó, pero ella negó con la cabeza.

—¿Dónde está mi esposo?

—La enfermera con la que hablé cuando entramos, lo está localizando.

Nadia se paseaba frente a la puerta, esperando ver a Rafe. Miró su ubicación y se dio cuenta de que, de hecho, estaba en el hospital. Intentó llamarlo, pero el buzón de voz volvió a saltar. Entró un médico y Nadia se quedó helada. El agente DeMarco se levantó y se presentó a sí mismo y a Nadia.

—Hola, soy el Dr. Costa. ¿Puedo ver una foto de su esposo?

Nadia cambió de pantalla en su teléfono y le mostró la foto más reciente de Rafe. El doctor Costa miró rápidamente. Demasiado rápido para el gusto de Nadia.

—Por favor, venga conmigo.

Lo siguió fuera de la habitación y miró a Luca por encima del hombro. Por alguna extraña razón, lo quería con ella. Él se puso en la retaguardia, casi como si supiera que tendría que alcanzarla.

—¿Cómo está Rafe?

Heartbreak



## Hill

—Rafe —murmuró el Dr. Costa—. ¿Tiene más familia en la sala de espera?  
—Ella negó con la cabeza mientras él la conducía por el pasillo hasta una pequeña habitación en la que no cabían más de tres o cuatro personas.

Antes de que él pudiera decir nada, ella lo supo.

—Está malherido, ¿verdad?

No asintió ni movió la cabeza, pero la respuesta estaba en sus ojos.

»¿Cómo de mal?

El Dr. Costa cerró la puerta tras ellos y le indicó que tomara asiento. Ella se negó.

—No sé todo lo que ocurrió antes; lo que sí sé es que Rafe sufrió graves traumatismos en la cabeza y el cuello. A pesar de los rápidos esfuerzos de los transeúntes y los paramédicos, no pudimos salvarlo.

Nadia no lo oyó bien.

Seguramente, no había...

Pero lo había hecho.

—¿Qu...qué?

—Siento mucho decírselo, pero su esposo tiene muerte cerebral.

Nadia negó con la cabeza.

—No. No. Estaba corriendo y... —Se paseó por la pequeña habitación—. Está sano y corre. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas, mojando su camiseta—. No está... —No se atrevía a pronunciar la palabra. Se negó.

*Salvó la vida de esa mujer.*

—Siento mucho su pérdida. —El Dr. Costa alargó la mano y le tocó el codo.

—¿Pero cómo?

—No lo sabremos hasta que llegue el informe del accidente. Alguien vendrá a hablar con usted sobre esto en breve. Sin los detalles, sólo puedo suponer por los daños en el cuerpo de Rafe... sus piernas están destrozadas, que es donde se llevó la peor parte del impacto. Según los paramédicos que lo trajeron, Rafe voló una distancia y aterrizó de cabeza. Ahora mismo está con respiración asistida —le dijo—. Las máquinas están respirando por él hasta que podamos encontrar a sus familiares. ¿Quiere que la lleve con su esposo?

La finalidad de sus palabras se hundió en su mente. Su esposo, su mejor amigo, su amante, su compañero, se había ido.

Nadia cayó de rodillas y Luca la agarró antes de que cayera al suelo.

—La tengo, señora Karlsson —le dijo mientras la ayudaba a levantarse. Apenas podía caminar y se apoyaba en Luca para sostenerse. Siguieron al Dr.

Heartbreak



## Hill

Costa hasta la habitación de Rafe. Sujetó la puerta mientras Luca guiaba a Nadia al lado de su esposo.

—Rafe. —Su nombre salió de su boca en un gemido. Cubrió su cuerpo con el suyo y lloró al sentir los latidos de su corazón. No le importaba que una máquina lo mantuviera con vida; para ella, él estaba allí. Sano, en cuerpo y alma.

Su bello rostro, el que le había encantado desde que lo conoció, estaba manchado por las rozaduras de la carretera. Lo tocó suavemente, necesitaba sentirlo bajo las yemas de sus dedos.

»Abre los ojos, cariño —le dijo, sabiendo en el fondo que nunca la abandonaría.

Nada.

Nadia lo estudió. Estaba inmóvil, con un tubo saliendo de su boca. Sus brazos, quietos a los lados, descansaban sobre la manta blanca. Le acarició la cara y le besó los labios secos.

»Vuelve —susurró—. Vuelve conmigo, Rafe. No me dejes. —Ella había visto suficientes programas de drama médico para saber que hablar con los pacientes siempre los hacía despertar milagrosamente, pero en el fondo de sus huesos, sabía que no conseguirían un milagro. Hoy no.

—¿Hay alguien a quien podamos llamar por usted?

Nadia negó con la cabeza. Tendría que ser ella quien hiciera las llamadas. Aunque no quería decirlo en voz alta, las noticias sobre Rafe tenían que venir de ella.

—¿Qué opciones tenemos? —preguntó al Dr. Costa—. ¿Cirugía?

—No, lo siento. No hay nada más que podamos hacer por él.

—¿Nada de nada?

Sacudió lentamente la cabeza.

—De nuevo, siento su pérdida.

Nada de esto tenía sentido. ¿Cómo podía su esposo, alguien que corría con cientos de personas, ser atropellado por un auto?

Miró al Dr. Costa y luego a su esposo.

—Se despertará.

El Dr. Costa se acercó a una de las máquinas.

—Esta monitoriza su corazón. Muestra el ritmo porque la máquina lo mantiene con vida. Ésta de aquí —señaló otra, que tenía una línea recta continua que atravesaba la pantalla—, es su actividad cerebral. El cerebro no es como el corazón, que podemos reiniciar. El trauma que sufrió es irreparable.

Su esposo se había ido.

Heartbreak



## Hill

Una enfermera le trajo una silla, una jarra de agua y un vaso.

—Hay un baño al otro lado de esa puerta por si necesita ir al baño —le dijo a Nadia—. Si necesita algo, pulse este botón y vendré corriendo. ¿Cómo te llamas?

—Nadia Karlsson —le dijo.

—¿Y el de tu esposo?

Nadia sabía que la enfermera le había preguntado porque necesitaban su nombre para sus registros. Ahora se convertiría en alguien para ellos, y no sólo en *Paciente X* o el típico *desconocido*.

—Rafe Karlsson —dijo Nadia entre una respiración temblorosa.

La enfermera (Nadia no recordaba si le había dado un nombre o no) le puso una mano en el hombro.

—Siento mucho tu pérdida. Si necesitas algo, pulsa el botón.

Si pulsaba el botón, ¿volvería su esposo con ella?

Nadia no dijo nada.

Las palabras, aunque probablemente genuinas, parecían vacías.

No supo cuánto tiempo permaneció allí sentada, mirándolo fijamente. En su mente, él sufría y compartía su dolor. Nadia aplazó la llamada a sus padres porque su esposo iba a despertarse en cualquier momento. Abriría los ojos y esbozaría una débil sonrisa al verla.

En cualquier momento.

Su teléfono vibró. La foto de Otto apareció en su pantalla. Era una que Nadia le había hecho hacía semanas, con él y las chicas. La miró un momento antes de contestar.

—Hola, Otto.

—¿Lo has encontrado? —La impaciencia en la voz de Otto era evidente.

—Sí, estamos en Mass Gen. Deberías venir ahora. Pero, eh... ¿puedes pedirle a Hazel que cuide a las niñas? —Hazel Pittman era la mejor amiga de Nadia de la universidad y había comprado una casa a una manzana de distancia de ella y Rafe. La hija de Hazel, Hayden, era la mejor amiga de Lynnea.

—Nadia, ¿qué pasa?

—Vengan. Tú y Cleo.

Nadia colgó y pulsó el icono de contacto de su mamá.

—¿Ha ganado? Hemos estado buscando los resultados, pero no han puesto nada en Internet. No entiendo por qué tardan tanto o por qué no han retransmitido la carrera. ¿No saben que la gente de fuera quiere verlo? —Lorraine Bolton parloteaba sin respirar.

## Heartbreak



## Hill

—Mamá —dijo Nadia en voz baja.

—Nadia, ¿qué pasa?

Se ahogó en un sollozo.

—Warren, tenemos que irnos ahora —gritó—. Nadia nos necesita, ha pasado algo. ¿Dónde estás? —le preguntó a su hija.

—Mass Gen —le dijo a su mamá—. Está muerto, mamá. —Nadia lloraba desconsoladamente al teléfono con su mamá. Había oído las palabras del doctor, pero no le habían llegado hasta que se las dijo a su mamá. Unos brazos fuertes la rodearon. Sin mirar, supo que era la enfermera de antes, la que había dicho que estaría allí si Nadia necesitaba algo.

Tomó el teléfono de Nadia y habló.

—Hola, soy Geri, la enfermera asignada a Rafe. Siento tener que decírselo por teléfono, pero ha fallecido a causa de las heridas sufridas en un accidente esta mañana. Sí, señora, la veremos entonces.

Geri volvió junto a Nadia y la abrazó.

—Tus padres están en camino. Vamos, te tengo.

Nadia lloraba mientras Geri la abrazaba. Se agarraba a sus brazos y lloraba, preguntando repetidamente: ¿Por qué Rafe? ¿Por qué ella? Por qué sus hijas. Eran buenas personas y no se merecían esto. Ninguno de ellos lo merecía. Él sólo quería ganar la carrera y comer nachos con su familia después.

Ahora se había ido.

—La policía necesita hablar contigo cuando estés preparada —le dijo Geri cuando Nadia se calmó un poco.

—¿Cuánto tiempo tengo con él?

Geri sonrió amablemente y apoyó la mano en el brazo de Nadia.

—Todo el tiempo que quieras. Hay un equipo que querrá hablar contigo sobre la donación de órganos cuando y si estás preparada.

—Oh.

—Es una decisión que deben tomar en familia —dijo Geri—. Rafe era joven, estaba en forma y gozaba de buena salud. Podía ayudar a otros. Pero la donación de órganos no es para todo el mundo, y nadie dice que tengas que hacerlo.

—No quiero decidir todavía. Necesito tiempo.

Geri tranquilizó a Nadia.

—Entonces tiempo es lo que te daremos. —Por lo general, a Nadia no le gustaba que la tocaran extraños, pero Geri era diferente. Tenía un aire maternal que a Nadia le resultaba relajante.

Heartbreak



# Hill

Geri se quedó en la habitación con Nadia, haciendo preguntas sobre Rafe y las niñas. Llamaron a la puerta; otra enfermera la abrió de un empujón y dejó entrar a los padres de Rafe. Cuando Cleo gritó y se arrojó sobre el cuerpo de su hijo, Nadia se excusó en silencio para dar a sus padres el tiempo que necesitaban con su hijo.



Hill  
Cinco

NADIA

Nadia dormía en la habitación de Rafe. El sonido de las máquinas que lo mantenían con vida la mantenía extrañamente tranquila. La hacían sentir que él seguía allí con ella, aunque no fuera así. Geri, la enfermera, le ofreció a Nadia un catre, pero ella lo rechazó. Quería abrazarlo. Tumbarse a su lado por última vez. Aún no se había hecho a la idea de lo que había pasado y, sinceramente, esperaba no entender nunca por qué había tenido que morir su esposo. Nadia tampoco había visto las noticias y había dejado de escuchar a Otto después de que dijera *extraño accidente*. Accidente o no, Rafe había perdido la vida haciendo algo que amaba, pero no lo suficiente como para ser arrancado de su familia.

Mientras Otto y Cleo pasaban su tiempo con Rafe, Nadia se había reunido con la policía. Aunque la investigación del accidente aún estaba en sus fases preliminares, le dijeron que el auto que había atropellado a Rafe se había quedado sin frenos. El conductor, al que no nombraron, había tocado el claxon e intentado alertar a la gente. La mayoría pudo apartarse. Incluso Rafe.

Excepto la mujer a la que salvó. Ella no oyó el auto y él la apartó de su camino, pero no pudo ponerse a salvo antes de que el auto le atropellara.

Rafe estaba siendo promocionado como un héroe.

Nadia tenía ganas de vomitar. No quería que fuera un héroe para nadie más que para ella y las chicas.

Cuando Hazel llevó a las niñas al hospital, Nadia hizo todo lo que pudo. Las abrazó con fuerza y les contó lo que había pasado, y cómo su papá ya no estaba con ellas. Gemma lloró al instante, mientras que Lynnea tenía preguntas. Cada una empezaba con: *Por qué*.

¿Por qué ocurrió esto?

¿Por qué papá?

¿Por qué no se despierta papá?

¿Por qué no pueden ayudarlo los médicos?

¿Por qué?

¿Por qué?

¿Por qué?

Heartbreak



# Hill

Nadia se hacía las mismas preguntas. Las niñas se habían despedido, le habían dado un último beso a su papá y se habían ido a casa con Hazel, que había prometido protegerlas de la televisión. Por mucho que Nadia quisiera que sus hijas estuvieran con ella, por el momento estaban mejor con Hazel. Nadia necesitaba ser una esposa para Rafe en sus últimos momentos.

Más tarde, cuando todos parecían agotados y nadie sabía qué se suponía que debían hacer, Nadia, Otto y Cleo se reunieron con el personal para que Rafe se convirtiera en donante de órganos. Le dieron a la familia folletos de la Red Unida para la Compartición de Órganos (UNOS siglas en inglés).

Cleo se opuso con vehemencia, diciendo que no quería que descuartizaran a su hijo como si fuera un experimento científico que hubiera salido mal, mientras que a Otto le preocupaba quién se quedaría con los órganos de Rafe. No quería que alguien que no merecía sus órganos los obtuviera en lugar de alguien que sí los merecía.

Nadia estaba entumecida. Puede que estuviera presente en la habitación, oyendo al personal hablar del regalo final que sería para Rafe la donación de órganos, pero no estaba escuchando. Su mente y su alma estaban en la habitación con él. Deseando que desafiara todo lo extraño que había y se despertara. Como sabía que no volvería a verlo sonreír, ni a oír su voz, ni a sentir su tacto, no tenía ninguna prisa por desconectarlo.

Aun así, había que tomar una decisión, y ella era la indicada para hacerlo. A menos que Cleo encontrara una manera de detenerla.

Se habían peleado en el pasillo. Cleo le dijo a Nadia que ella era la mamá de Rafe y que debía ser ella quien decidiera qué le pasaba. Nadia la dejó decir lo que pensaba. Tenía que hacerlo. Su mamá estaba afligida, y Nadia imaginaba que se sentiría igual si fuera una de las chicas de allí y ella y su esposo tuvieran que tomar esa decisión. No era fácil y, sin embargo, parecía muy sencillo. Rafe tenía órganos que ayudarían a otros a vivir más y mejor. ¿Por qué su memoria no debería vivir de esta manera?

¿Habría querido esto?

A Nadia le costó hacerse la pregunta. La donación de órganos no era algo de lo que hubieran hablado nunca y no figuraba en sus licencias de conducir. Nunca había pensado en ello porque no se suponía que esto, la situación en la que se encontraban, les ocurriera a ellos. Eran buenas personas que amaban a sus hijos, sus trabajos, su comunidad. Hacían donaciones y voluntariado. Donaban ropa, libros y juguetes durante todo el año, no sólo en vacaciones. Se suponía que Dios cuidaría de ellos.

Miró a su esposo, tranquilo y descansando. Con la ayuda de Geri, le habían limpiado la cara y las manos. Ya no parecía un atropellado, sino un hombre que dormía profundamente. Cómo deseaba poder despertarlo.

# Heartbreak



# Hill

La puerta de su habitación se abrió y entraron sus padres, Warren y Lorraine Bolton. Habían conducido hasta Boston desde Washington, DC, parando por el camino para recoger al hermano de Nadia, Reuben, y a su hermana mayor, Sienna.

Nadia se levantó y cayó en los brazos abiertos de su mamá. Los sollozos sacudieron su cuerpo y lágrimas que creía secas desde hacía tiempo corrieron por sus mejillas. Su padre las envolvió a las dos en sus fuertes brazos y la tranquilizó. Normalmente, su tacto la tranquilizaba, pero hoy no. Probablemente nunca más.

—¿Qué voy a hacer?

Nadia no esperaba que le respondieran. No había ninguna que dar. Nadie sabía cómo afrontar algo así. Su sano esposo había corrido en una carrera anual de carretera y ahora estaba muerto porque a alguien le habían fallado los frenos. ¿Fue culpa del conductor? En cierto sentido, sí. Para empezar, ¿qué hacía yendo por la calle a gran velocidad? ¿Por qué no redujo la marcha? ¿Aplicar el freno de emergencia? ¿Cómo puede alguien no escuchar a su auto cuando necesita frenos nuevos? ¿Cómo puede alguien ser tan irresponsable?

Ahora, Nadia sonaba como Lynnea con todas sus preguntas.

—Lo resolveremos sobre la marcha —le dijo Lorraine Bolton a su hija—. Papá y yo no iremos a ninguna parte hasta que estés preparada.

—¿Y si nunca estoy preparada? —Nadia dio un paso atrás y observó sus expresiones.

—Entonces supongo que nos mudaremos a Boston —dijo Warren—. Dondequiera que nos necesites, estaremos allí.

Nadia se hizo a un lado y dejó a sus padres un momento con Rafe. Sus padres sollozaron al ver a su yerno. Warren y Rafe, junto con Reuben, eran compañeros de golf y el año pasado habían viajado a Georgia para asistir al Masters. Este año, el plan era que todos tomaran un crucero, y mientras los chicos jugaban al golf en alguna isla tropical, las mujeres irían de compras. Lorraine había conseguido que viniera la hermana pequeña de Hazel para que hubiera una niñera para las dos niñas de Nadia y los dos niños de su hermana.

—¿Cómo están Cleo y Otto? —preguntó Lorraine.

—Otto está bien, pero Cleo... —Nadia respiró hondo y sacudió la cabeza—. Los órganos de Rafe son viables para donación. Su corazón, pulmones, riñones e hígado, y el médico dijo algo sobre tejidos. —Nadia se pasó la mano por la cara—. Cleo no quiere que lo abran y dice que es su decisión como mamá, pero yo soy su esposa y es mi decisión. Sin embargo, no sé qué hacer. No debería ser mi esposo el que está ahí tirado.

Nadia lloraba. Su mamá se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos.

# Heartbreak



## Hill

»Se suponía que íbamos a envejecer juntos, y ahora él no verá a nuestras hijas graduarse ni casarse. Probablemente ni siquiera se acordarán de él dentro de diez o quince años. Y sé que voy a olvidar cómo suena su risa o su voz, cómo huele. Incluso ahora, intento oír su voz en mi cabeza y no puedo. Está borrosa y confusa, como si estuviera bajo el agua.

—Una vez que pase el shock, todo lo que te gusta de él estará fresco en tu mente.

Nadia no le creía a su mamá.

—No sé lo que él querría. Nunca hablamos de esto ni de qué canciones sonarían en nuestros funerales. ¡Sólo tiene cuarenta años! No debería estar muerto, mamá. —Nadia miró a su mamá y empezó a llorar de nuevo—. Mira a mi esposo. —Señaló el cuerpo de Rafe—. Ni siquiera puede abrazarme por última vez.

Warren se acercó y rodeó a Nadia con sus brazos, mientras Lorraine se apartaba para secarse los ojos. Se excusó de la habitación, dejándolos solos.

—No es justo, cariño.

—Todo lo que quería hacer era correr, papá. Y ahora míralo. Se ha ido. He perdido a mi esposo, y mis hijas han perdido a su papá. ¿Cómo es esto justo?

—No lo es —dijo Warren—. Fue un accidente, cariño. Rafe salvó a una mujer.

*Pero no a sí mismo.*

*Salvó a una mujer.*

—¿Estás diciendo que debería donar sus órganos?

Warren condujo a su hija hasta unas sillas y se sentaron. La sujetó de la mano.

—Creo que Rafe querría ayudar a la gente, siempre que sea gente que vaya a usar el don de la vida en su beneficio.

—Otto dijo lo mismo. Les dijo a los médicos que no quería que alguien que ha maltratado su cuerpo tuviera una segunda oportunidad frente a alguien que no puede evitar necesitar un trasplante o lo que sea.

—Si decides hacer esto, ¿Cleo será un problema?

Nadia se encogió de hombros.

—No lo sé. Perdió a su hijo. Su orgullo y alegría. Puede que no piense con claridad. Yo tampoco. Anoche le pregunté a la enfermera si podía llevármelo a casa porque creo que querría morir allí, donde está cómodo, pero no lo sabe. Ahora mismo ni siquiera está vivo. La máquina respira por él hasta que les dé el visto bueno para desconectarlo.

—¿Hay alguna posibilidad...

Heartbreak



## Hill

Nadia negó con la cabeza.

—Yo había pensado lo mismo. Sinceramente, esperaba un milagro en cuanto oyera mi voz. Los médicos me enseñaron una radiografía o lo que fuera del lugar donde sufrió la mayor parte del traumatismo. —Nadia se cubrió la cara con las manos—. Se ha ido, papá.

Warren moqueó y apoyó la cabeza en el hombro de su hija.

—Lo siento mucho, pequeña.

—No es justo. No habíamos terminado de vivir. Él no había terminado de ser padre.

—No, definitivamente no lo hacía —dijo su padre—. Cualquier cosa que tú y las niñas necesiten de mí, ahí estaré.

Cuando llamaron a la puerta, Nadia y Warren se incorporaron. La enfermera, Geri, entró y sonrió suavemente. Había tomado a Rafe como paciente durante su turno, aunque hacerlo no era lo normal. El personal rotaba a los pacientes para evitar acercarse demasiado a ellos.

—Hola, Nadia —dijo Geri al entrar. Se acercó y comprobó las máquinas, que Nadia imaginaba que no habían cambiado. Había estudiado los monitores durante mucho tiempo y todas las líneas se mantenían estables.

—¿Alguna señal de un milagro en nuestro camino? —Warren soltó una risita al final de su pregunta, con la esperanza de aligerar el ambiente. Nadia le apretó la mano en señal de agradecimiento. Necesitaría risas, amor y cualquier otra cosa que sus amigos y su familia pudieran proporcionarle para seguir adelante.

Geri sonrió sombríamente.

—Cada vez que vengo, me gustaría poder dar un poco de esperanza. —Sacudió ligeramente la cabeza y suspiró—. Así las cosas, soy portadora de malas noticias. La hermana de Rafe y sus hijos están en la sala de espera y quieren pasar un rato a solas con él.

Nadia se esforzó por no poner los ojos en blanco.

—Esos niños no necesitan ver a su tío así.

Esta vez, Warren le apretó la mano.

Nadia suspiró.

—¿Qué más?

—Los médicos quieren reunirse contigo de nuevo en relación con la donación de órganos.

Nadia se cubrió la cara con las manos y gimió. Warren le rodeó los hombros con el brazo y se inclinó hacia ella.

—Vamos, démosle tiempo a Freya con su hermano.

## Heartbreak



## Hill

Asintió, pero seguía sin tener ni idea de qué era lo correcto. Rafe era un hombre desinteresado que haría cualquier cosa por cualquiera, así que para ella tenía sentido que quisiera ayudar a tanta gente como fuera posible. Por otro lado, la idea de que los médicos descuartizaran a su esposo la inquietaba. Aunque sabía que las cosas no funcionaban así.

Con una profunda inspiración, asintió.

—Puedes dejar entrar a mi cuñada y decirles a los médicos que estoy lista para tomar una decisión.

Warren le besó un lado de la cabeza.

—Estoy orgulloso de ti, decidas lo que decidas.

—Gracias.

Momentos después, Freya Andersen entró con su hijo Leif y su hija Astrid. Leif era tres años mayor que Gemma, y Astrid un año menor que Lynnea. Detrás de los niños, Lars, el esposo de Freya, ocupaba casi toda la puerta.

Nadia abrazó a Freya y a los niños, y luego a Lars. Rafe y él habían estado muy unidos, y ella se imaginaba que probablemente quería pasar tiempo a solas con su cuñado.

—Les daré algo de tiempo con él.

—Tía Nadia. —La vocecita de Astrid detuvo a Nadia en seco—. ¿Seguirás siendo mi tía después de que el tío Rafe se vaya al cielo?

Nadia se agachó a la altura de su sobrina y le apartó el cabello rubio y liso de los ojos azules como el cristal.

—Siempre seré tu tía, Astrid. Siempre y para siempre. —Besó la frente de la niña y contuvo un sollozo. Si los adultos no entendían la muerte, ¿cómo iban a entenderla los niños? Nadia salió de la habitación, cerró la puerta tras de sí y se dirigió a la sala de espera, donde estaba la mayor parte de su familia.

Cuando dobló la esquina, unos fuertes brazos la rodearon por la cintura en señal de sorpresa.

—Hola, ¿qué hacen aquí? —preguntó a sus sobrinos de doce y diez años, Lincoln y Jaxon.

—Hola, Nadia. —Adam, su ex cuñado, se acercó por detrás—. Sienna llamó y me pidió que trajera a los chicos. —Nadia abrazó a Adam. Siempre le había caído bien y se entristeció cuando él y su hermana se divorciaron.

—Gracias, Adam. Me alegro de que estés aquí. Cuando Freya termine, puedes ir a despedirte.

—Te lo agradecemos —dijo mientras agarraba el hombro de Lincoln.

Nadia condujo a sus sobrinos a la sala de espera, donde estaban sentados su hermano Reuben y su hermana.

## Heartbreak



## Hill

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —le preguntó Sienna a Nadia.

—Ni siquiera lo sé. —Sacudió la cabeza—. Tal vez voy a caminar hasta la cafetería.

Sienna miró a Adam. Él se aclaró la garganta.

—¿Qué tal si te traigo algo?

—Estoy bien, me vendría bien un descanso. Creo. —Nadia se levantó y se encontró cara a cara con Cleo; su angustia era evidente en su rostro. Nadia no podía ni imaginarse cómo se sentía Cleo y no quería imaginarse a sí misma en la misma situación. Se supone que los hijos sobreviven a los padres. Se acercó a su suegra y la abrazó con fuerza. Las dos mujeres empezaron a sollozar y fueron arrojadas por los demás. Nadie tenía por qué ver su dolor.

Cuando se separaron, Cleo ahuecó el rostro de Nadia. Abrió la boca para hablar, pero no hubo palabras. Nadia asintió. Lo comprendía. Warren estrechó a Nadia entre sus fuertes brazos y la abrazó. Nadia necesitaba a sus padres. Y a los de Rafe.

—Voy a buscarnos un café —dijo Adam, dándose un pequeño respiro de la habitación llena de tristeza.

—Adam. —Sienna dijo su nombre en voz baja—. Tal vez pedir en el Dunkin más cercano. Creo que todo el mundo se merece algo fresco y no esa mierda aguada del sótano.

—Buena idea. —Sacó su teléfono del bolsillo y tecleó mientras Warren dirigía a Nadia a una silla.

—¿Por qué no estás ahí con Rafe? —Otto preguntó.

—Freya, Lars y los niños están dentro ahora. Quería que pasaran tiempo a solas con Rafe.

—Voy a verlos —dijo Cleo, y se marchó. Una vez más, Nadia se resistió a poner los ojos en blanco. Cleo le daba vueltas a la cabeza. Era una abuela increíble, pero una entrometida como mamá. Freya y Rafe no podían hacer nada sin que Cleo esperara algún tipo de consulta. Cuando las mujeres bromeaban diciendo que mamás e hijos deben cortar el cordón umbilical... bueno, no era una broma cuando se trataba de Cleo y Rafe. Nadia le había organizado una fiesta para cortar el cordón la primera vez que le dijo a su mamá que no. Una vez que lo dijo la primera vez, lo decía más a menudo.

Nunca a Nadia.

Para cuando llegó el café, Freya y su prole habían salido de la habitación de Rafe, con los ojos rojos y las mejillas manchadas de lágrimas. Los demás intercambiaron saludos. Freya se sentó junto a Sienna, mientras Adam y Lars se quedaban de pie y los niños se sentaban en el suelo. Los niños no tenían por qué



## Hill

estar allí, pero no eran suyos, y no había mucho que ella pudiera hacer al respecto.

Sonó la voz de su sobrino Lincoln.

—Tía Nadia. —Ella lo miró—. ¿Crees que está bien si entramos y nos despedimos del tío Rafe ahora?

Las lágrimas caían de sus ojos mientras asentía.

—Por supuesto que sí.

Sienna besó a su hermana en la mejilla al pasar y se llevó a sus chicos y a Adam hacia la habitación de Rafe. Nadia los observó hasta que desaparecieron.

—Probablemente debería llamar a la funeraria —dijo Cleo al resto.

—Por favor, no —dijo Nadia en voz baja.

—Ya tienes bastante con lo tuyo —respondió Cleo.

Nadia sacudió ligeramente la cabeza y suspiró.

—Quiero organizar el funeral de mi esposo. Es algo... —Hizo una pausa, cerró los ojos y dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

—Es algo que Nadia necesita hacer —dijo Warren por su hija—. Por mucho que todos queramos ayudar, creo que nuestros esfuerzos van a ser mejor utilizados en lo que concierne a las niñas, en el hogar, y ayudando a Nadia en lo que necesita.

Cleo no dijo nada.

Nadia no podía estar con ella en ese momento y se levantó.

—Me voy... —Señaló hacia el pasillo—. Necesito un momento.

Recorrió el pasillo, pasó las puertas de madera que conducían a cuidados intensivos, la pequeña habitación donde un médico había destrozado su mundo y dobló una esquina, donde encontró un solárium iluminado por el sol. No tenía ni idea de que estaban en la última planta del hospital hasta que abrió la puerta y entró.

Dentro del solarium había un sofá y un par de sillas, con una fuente en una esquina y un jardín de flores en otra. Podía ser un lugar de oración o un santuario alejado de la locura del pasillo. Tenía sentido que esta habitación estuviera cerca del tejado, más cerca de donde la gente creía que estaba el cielo.

El sol la envolvió en calor. Cerró los ojos y absorbió la energía, deseando poder retroceder hasta el sábado por la mañana y pedirle que no corriera. Podrían ir a Cape Cod y dejar que las niñas jugaran en la arena y surfearan.

Hacía tiempo que Nadia había renunciado a secarse las lágrimas. Las dejó correr por sus mejillas, por la camiseta que su mamá había traído de casa e incluso por sus brazos.

Heartbreak



# Hill

Se tumbó en el sofá y miró el cielo azul y despejado a través del techo de cristal. Si estuvieran en casa, las niñas estarían afuera y Rafe estaría en su terraza, encendiendo la parrilla para hacer hamburguesas y perritos, mientras Nadia estaba sentada en su columpio con un libro en el regazo, admirando en secreto a su esposo. Se atragantó con un sollozo y no se molestó en intentar detenerlo. Era la única en la habitación, así que no había nadie para juzgarla.

Se suponía que llorar era catártico. Pero no lo era. Temía que nada pudiera aliviar el dolor que sentía. Su esposo se había ido hacía un día y lo echaba mucho de menos. Tuvo que aceptar que, una vez apagadas las máquinas, nunca sentiría el latido de su corazón en ni el calor de su tacto. Cuando lo encerraran en un ataúd, no volvería a verlo.

—Rafe, por favor, dime qué se supone que tengo que hacer aquí.

Se oye un silbido y aparece una sombra. Captó la cola de un helicóptero que pasaba volando. Nadia se levantó, se dirigió a la esquina de la habitación y observó cómo aterrizaba en el helipuerto. Cuando las aspas se detuvieron, dos personas que llevaban una nevera corrieron hacia el helicóptero y subieron. Luego volvió a despegar. Sabía por sus muchos programas que la nevera contenía un órgano destinado a salvar la vida de alguien.

Nadia nunca había creído en las señales, hasta ahora. Respirando hondo, salió de la habitación y caminó hacia donde la esperaba su familia, sintiendo un nuevo propósito. Cuando llegó al borde de la sala de espera, se aclaró la garganta.

—He decidido donar los órganos de Rafe. Es lo que él querría. —Miró directamente a los padres y a la hermana de Rafe. Otto asintió, mientras Freya le enviaba puñales y consolaba a su mamá.

A sus propios padres les dijo:

—Por favor, que Hazel traiga a las niñas. Las quiero aquí. —Luego se fue a buscar al doctor.

Una hora más tarde, Nadia, Gemma y Lynnea se tomaron de la mano y siguieron la cama de Rafe hasta el ascensor. Cuando llegaron a la planta de cirugía, las puertas se abrieron y a ambos lados del pasillo se alineaban extraños: enfermeras, camilleros, médicos y demás personal del hospital, así como el agente de policía que la había ayudado ayer, junto con otros policías, bomberos y médicos. Al final del pasillo estaba su familia. Al pasar Rafe, todos se despidieron por turnos.

Antes de que el doctor pulsara el botón para abrir las puertas y llevarse a su esposo y al padre de sus hijas, les dijo a las niñas que se despidieran por última vez.

—Baila conmigo desde el cielo, papá —dijo Gemma mientras besaba a su papá.

# Heartbreak



# Hill

—Te amo, papá —gritó Lynnea al despedirse.

Nadia agarró la cálida mano de Rafe.

—Te amaré siempre —le dijo mientras le pasaba los dedos por el cabello—. Gracias por amarme, Rafe Karlsson.

Asintió al cirujano y se apartó de la cama. Se quedó mirando al suelo, incapaz de verlo desaparecer tras las puertas.



## Hill

## Seis

REID

Por mucho que odiara admitirlo, Reid despreciaba estar en casa o en el trabajo sin Grayson. No ayudaba el hecho de que vivieran en el mismo complejo de apartamentos, un pequeño detalle que habían descubierto el primer día que se conocieron. Desde entonces, habían caído en una rutina fácil. Cada mañana, ella le enviaba un mensaje diciéndole que se iba y él la esperaba en el ascensor. Caminaban hasta la estación de tren, parando a tomar un café por el camino. Tenían un equilibrio entre el trabajo y la vida personal que les funcionaba. A Reid le gustaba la rutina y, ahora mismo, la suya no funcionaba.

Había pasado casi un mes, sin final a la vista. Reid mantenía el teléfono a su lado, con el timbre a todo volumen, por si Sydney llamaba. Todos los días, después del trabajo, Reid iba al hospital y se sentaba al lado de Grayson, leyéndole, mientras Sydney iba a casa, se duchaba y veía a su esposo antes de volver a dormir junto a su hijo. Sydney era optimista y cada día le decía a Reid:

—Hoy es el día, puedo sentirlo.

Reid también detestaba oírle decir esas palabras porque significaba que alguien tendría que perder a un ser querido para que Grayson viviera. En los tiempos que corrían, la ciencia ya debería haber resuelto las cosas y creado alguna forma de que la gente pudiera vivir sin corazón. En cuanto lo pensó, se dio cuenta de lo ridículo que sonaba. La ciencia y la tecnología mantenían vivo a Grayson por el momento.

Durante el día, cuando sus pensamientos se desbocaban, pasaba demasiado tiempo en Internet, buscando información sobre la enfermedad y el pronóstico de Grayson. La primera noche fue directamente a su casa y rebuscó en cajones y armarios hasta que encontró las pastillas por las que Sydney había preguntado. Estaban debajo del lavabo, escondidas en el fondo. Había rellenado el frasco hacía más de seis meses, pero no se había tomado ninguna de las pastillas. Las contó. Más de una vez. Y cada vez se enfadaba más con él porque todo esto se podía haber evitado. Reid se imaginó despertándolo y sacudiéndolo hasta la mierda por lo que les había hecho a su mamá y a ella.

Reid había leído que los pacientes de trasplante de corazón pueden experimentar algunos cambios después del hecho. Como pasar de amar algo a odiarlo. Esperaba que Grayson no empezara a odiar el baloncesto. Le encantaba el juego y le encantaba jugarlo. Pero no era eso. ¿Y si, después del trasplante, ya no quería ser su amigo? Se sentía culpable de que él estuviera allí. Quizá si ella



## Hill

no hubiera sacado el tema de las citas, él estaría ahora en el trabajo. No, ella sabía que no era cierto. Grayson tuvo suerte de que ella estuviera allí cuando le dio el infarto.

Su teléfono sonó, sobresaltándola. En la pantalla apareció la foto de Melanie. Cuando su corazón recuperó el ritmo normal, se puso el auricular y contestó.

—Hola.

—¿Estás ocupada?

—No, sólo me dedico a lo mío. Aunque finjo que estoy ocupada, para que no me despidan.

—¿Lo harían?

—Espero que no. Honestamente, estar aquí apesta.

—Lo entiendo. Probablemente pasas todo tu tiempo leyendo obituarios.

Reid no dijo nada.

—¡No me digas que lo haces! Estaba bromeando.

—No. No había pensado en hacerlo. Creo que sería raro saber que alguien murió y que Grayson está vivo.

—Incómodo.

Reid gimió.

—¿Qué haces? ¿Por qué no estás trabajando? —Melanie vendía inmuebles de lujo en Baltimore. Se había licenciado en Empresariales y había caído en el mercado inmobiliario poco después de graduarse.

—Esperando mi próxima exhibición.

—¿A qué futbolista le estás vendiendo ahora una mega casa?

Melanie se rió.

—Nada de eso. Aunque pensaba ir después de mi exposición. Pasar el fin de semana.

Por mucho que quisiera ver a su mejor amiga, no quería perderse tiempo con Grayson.

—Yo... uh.

—Lo sé, quieres sentarte en el hospital con Grayson. Estoy bien con eso, pero también vamos a pasar el rato con Pearce, conseguir algo de comer, sentarnos en tu sofá, y comer Dibs. No voy a aceptar un no por respuesta.

Reid suspiró mientras cedía.

—De acuerdo.



## Hill

—Y cómo te quiero tanto, iré directamente al hospital. Asegúrate de que estoy en la lista de Grayson.

—Lo haré. Llámame cuando llegues.

—Te quiero. —Melanie desconectó la llamada.

Reid se quitó el auricular, descolgó el teléfono y marcó la extensión de Pearce.

—¿Puedes venir a mi despacho? —preguntó cuando él descolgó.

—¿Voy a RRHH porque tengo problemas o es una visita social?

—Social —le dijo. Cada vez que RRHH tenía que hablar con Grayson o Pearce, Reid se aseguraba de que fuera uno de los otros empleados. No quería dar a ningún empleado una excusa para acusarla de favoritismo.

Momentos después, Pearce entró en el despacho, que tenía un gran mostrador de recepción y cuatro cubículos, uno para cada empleado. Sólo el director tenía un despacho privado a puerta cerrada.

—Hola, he venido a ver a Reid —oyó decir a Pearce. Se inclinó sobre su silla, con la cabeza colgando más allá de su cubículo.

—Hola —dijo ella cuando lo vio.

—¿Qué pasa? —Pearce se sentó en la silla extra de su despacho. Tanto él como Grayson se sentaban allí a menudo cuando venían a charlar con ella. Una parte de ella odiaba que la trataran como a uno más, pero si no lo hicieran, no pasaría tanto tiempo con Grayson. Tal vez ése era su problema: ella era uno de los chicos, cuando quería ser la única mujer en la vida de Grayson. Aparte de su mamá.

—Mel viene a la ciudad esta noche. Quiere pasar el fin de semana. ¿Tienes planes para mañana?

Pearce enarcó las cejas.

Reid le dio un manotazo en las piernas.

—Uh, ¿has olvidado que te vas a casar?

Su cara se arrugó.

—Sí, sobre eso.

—¿Qué?

—¿Recuerdas cuando fui a comer con el padre de Emelia?

*El día que Grayson tuvo su ataque al corazón.*

Reid preferiría no recordar aquel día. Ella asintió.

—Bueno, el almuerzo fue una prueba, y fallé. Emelia quiere un anillo, quiere comprar una casa y tener tres hijos, todos con dos años de diferencia, a menos que tenga gemelos a la primera. —Pearce se cubrió la cara con las manos



## Hill

y gimió—. Aquí está el truco: no necesito comprar la casa, ni siquiera dejarla embarazada, pero sí necesito ser su esposo porque no va a rejuvenecer y el tiempo corre.

—Espera —dijo Reid—. ¿Pensé que tenía veinticinco años?

—Lo hace.

La boca de Reid hizo una O, y luego la cerró rápidamente.

—Lo siento, Pearce.

—Yo también. Supongo que hay más peces ahí fuera.

—Los hay. Una vez que dejes de pensar que las mujeres somos peces. No somos peces.

Las mejillas de Pearce se sonrojaron.

—Tienes razón. De todos modos, estoy adentro para pasar el rato. ¿Qué hacemos?

—Mel va a reunirse conmigo en el hospital más tarde. Ella dijo que cenar, comer helado, ese tipo de cosas. Sé que está tratando de mantener mi mente fuera de Grayson.

—¿Estamos colgados en el hospital?

Reid negó con la cabeza.

—No, me quedaré hasta que vuelva Sydney. Entonces Mel y yo nos iremos a mi casa. Mañana, Gilbert estará por aquí, así que no tengo por qué ir al hospital.

—Pero lo harás.

Pearce no se equivocaba.

—Eres muy amable al hacer eso por él, considerando todas las cosas.

Pearce no tuvo que dar más detalles. Reid lo sabía. Sus sentimientos hacia Grayson eran obvios para cualquiera que se cruzara en su camino. La mayoría de la gente que los veía juntos pensaba que eran pareja.

—No lo hago por él —dijo Reid—. Lo hago por Sydney.

Pearce asintió. A Reid no le importaba si le creía o no. Si Reid no se ofrecía de voluntaria para quedarse con Grayson unas horas cada día, Sydney nunca se iría. Eso no era sano. Gilbert hacía su parte los fines de semana, pero con la excedencia de Sydney en el trabajo, no podía estar allí todos los días. Tal y como lo veía Reid, Grayson era su mejor amigo, a pesar de estar enamorada de él. Después de que él superara esto, ella empezaría a alejarse de su vida. Por mucho que le doliera.

—Él te ama. Lo sabes, ¿verdad?

Reid inhaló rápidamente, la afirmación la tomó desprevenida. Ella no sabía nada. No cuando se trataba de Grayson.

## Heartbreak



## Hill

»Las ruedas están girando, Reid. Puedo verlas. Mira, no sé por qué mintió sobre lo de su corazón o por qué no tomaba sus medicinas. Lo sé desde hace tiempo, pero dijo que todo estaba bajo control. Los chicos no se acosan unos a otros sobre este tipo de mierda. Aunque ojalá lo hubiera hecho. Hace seis meses, mencionó ser una mejor persona. Lo presioné y me dijo que quería tener una relación. Otro empujón y finalmente admitió que era contigo con quien quería estar. Dijo que estaba enamorado de ti pero que temía haberlo arruinado todo. Significara lo que significara.

Reid asimiló las palabras de Pearce, insegura de a quién debía creer, a él o a las acciones de Grayson, porque las acciones a menudo hablaban más alto que las palabras. En los últimos seis meses, Grayson no le había demostrado que estuviera interesado en ningún momento. A menos que ella no hubiera estado prestando atención.

—En fin. —Pearce se levantó y se estiró—. Me apunto para este fin de semana. Llámame con los detalles.

—Lo haré. Hasta luego.



Más tarde, se encontró sentada en una silla junto a la cama de Grayson mientras esperaba la llegada de Melanie. Reid hojeó el último número de su revista favorita. Hizo el test del amor y descubrió que el tipo fuerte y varonil con un lado blando era el tipo de hombre al que estaba destinada. Se burló y miró a Grayson. Era del tipo fuerte y varonil, sin duda, y tenía un lado blando, pero rara vez se lo mostraba a nadie. De vez en cuando, cuando estaban solos viendo una película, hacía algo como sujetarle la mano o frotarle los pies, pero luego hacía algún comentario gracioso sobre cómo olían o cómo necesitaba una pedicura, y el momento se arruinaba. Cuanto más pensaba, más se repetía en su mente su vida juntos. Habían pasado muchos momentos juntos, demasiados para contarlos, pero cada vez que se acercaban o ella tenía los ojos de ensueño como decía Grayson, él daba un giro de 180 grados.

Reid se levantó y se apoyó en la cama. Lo estudió durante un largo rato, celosa de lo largas que tenía las pestañas y envidiosa porque si alguna vez quería tener las suyas tan largas, necesitaba una máscara especial o postizas.

—Grayson Caballero, estoy enfadada contigo. Los médicos dicen que esto podría haberse evitado, pero tu testarudo trasero no ha estado tomando tus medicinas. Y ahora mírate. Para complicar más las cosas, Pearce me dice que me amas. ¿Lo haces? —Ella esperó una respuesta que no llegó—. Sabes lo que siento por ti. Estoy enamorada de ti desde el día que nos conocimos. —Reid soltó una leve risita—. Bien, sí. Sabemos que eso no es cierto. Atracción instantánea seguro, pero los sentimientos surgieron bastante rápido. Al menos para mí.

## Heartbreak



## Hill

Reid sujetó la mano de Grayson. Estaba caliente, gracias a las máquinas que lo mantenían vivo.

»Y entonces nosotros... —No se atrevía a pronunciar las palabras mientras su cuerpo se calentaba al recordar la noche que habían pasado juntos.



La fiesta de Navidad del Wold Collective fue todo un récord. Cena, baile y un sinfín de champán y barra libre. Los propietarios saben cómo tratar a sus empleados. La música retumbaba, y el DJ de la esquina pinchaba todos los éxitos, mezclándolos de vez en cuando con algunos jingles navideños.

El vestido rojo de Reid era ajustado, acentuando cada curva que tenía y empujando a sus chicas hacia arriba para llamar la atención. Sólo quería la atención de Grayson. Después de meses y meses de coqueteos e insinuaciones, era el momento adecuado para que ella hiciera algo al respecto. Terminó el último sorbo de champán de su copa.

—Es ahora o nunca —se dijo Reid.

Se acercó a él, asegurándose de mover las caderas de forma seductora. Grayson estaba apoyado en la barra, hablando con Pearce y con un tipo nuevo que había empezado hacía poco. Reid no recordaba su nombre. Nada de eso le importaba. Estaba concentrada únicamente en Grayson.

Sexy no era una palabra que utilizara para describirse a sí misma. *Simple, normal, corriente*, eran más su estilo. El champán la animó a soltarse, a ser más sexy. Cuando se acercó, Grayson se inclinó para saludarla. Su sonrisa le dijo que le gustaba lo que veía.

Reid le pasó el dedo por la corbata negra, luego la rodeó con las manos y tiró de él hacia delante.

—Bueno, chicos, el deber me llama —le oyó decir mientras la seguía. Grayson acertó la distancia que los separaba y acercó sus caderas a la ingle de él. Ella podía sentirlo, presionando su trasero.

Ella lo llevó a la pista de baile. Para su sorpresa, él entrelazó sus dedos con los de ella y le dio una vuelta. Ella se rió, adorando la sensación de esta nueva coquetería de él. Reid se apartó de Grayson y empezó a mover las caderas al ritmo de la música. Era una canción rápida, y se arrepintió de haberlo hecho mover entonces en vez de durante una lenta.

Grayson no lo toleraba. Le rodeó la espalda con el brazo y la acercó a él. Ella jadeó y lo miró lentamente a los ojos. Más tarde, se preguntaría cuánto tiempo había mirado sus ojos marrones antes de darse cuenta de que la canción había terminado y se habían ido.

## Heartbreak



# Hill

Afuera, Grayson llamó a un taxi y la abrazó en el asiento trasero. No se quitaban los ojos de encima y ella no impedía que la mano de él se deslizara por su vestido. Reid lo deseaba.

En cuanto entraron en su apartamento, tenía a Reid pegada a la pared. Sus labios estaban sobre los de ella. Eran todo manos, lenguas y necesidad. Le sujetó el vestido con las manos, se lo subió por las caderas y la levantó. Le rodeó la cintura con las piernas y sus dedos jugaron con la corbata y los botones de la camisa cuando sintió que él se burlaba de ella. Reid se levantó un poco y empujó hacia él.

Grayson gimió.

—Necesito que te quites este vestido —dijo cuando sus rodillas tocaron el borde de la cama. La dejó en el suelo, dio un paso atrás y empezó a arrancarse la camisa. Reid miraba, perdida en el momento. Habían esperado tanto tiempo para llegar a esta parte de su relación, y por fin estaba sucediendo. Cuando Grayson se desabrochó el cinturón y el botón de los pantalones, se bajó la cremallera lentamente, mostrándole su bulto.

Reid tragó saliva y se lamió los labios con impaciencia. Se puso de rodillas y se subió lentamente el vestido hasta que se lo pasó por la cabeza. Estaba allí, desnuda excepto por la tanga negra de encaje que llevaba. Reid no podía mirarlo. No quería ver su expresión.

—Mírame —le dijo mientras le levantaba lentamente la barbilla con el dedo—. Eres jodidamente hermosa. No te escondas de mí.

Reid hizo lo que le pidió y no vio más que adoración y anhelo.

Empujó los pantalones y los calzoncillos al suelo. Su polla se liberó, golpeando contra su estómago. Reid quería verlo, todo él, cada parte de él, y no sabía dónde mirar. En lugar de eso, lo observó mientras abría la mesilla de noche para recoger un preservativo.

Reid se acercó a él, y la diferencia de estatura jugó a su favor. Le besó el pecho con la boca abierta hasta llegar a sus labios. Él le sonrió, con los ojos brillantes de entusiasmo y deseo. Las yemas de sus dedos recorrieron el contorno de sus labios, haciendo que su corazón se agitara salvajemente en su pecho.

Su olor, una embriagadora mezcla de almizcle familiar y el reconfortante aroma de su colonia, despertó algo en lo más profundo de su ser. Recorrió la curva de sus labios con los suyos y la dulzura de su conexión se convirtió en un calor embriagador. Estar allí con él, desnuda y vulnerable, sabiendo que estaban a punto de cruzar una línea, era abrumador, pero reconfortantemente real.

Sus manos se aferraron a su cintura y la acercaron hasta que sus cuerpos se fundieron. El aire entre ellos chisporroteaba de electricidad, la tensión era

# Heartbreak



## Hill

palpable. Su respiración se entrecortaba cuando sus pieles desnudas se encontraban.

—Te deseo, Reid —susurró contra sus labios.

—No tienes ni idea...

Grayson no esperó a que terminara su declaración. Le metió la lengua en la boca y deslizó un dedo por debajo de su tanga y entre sus pliegues. Grayson se tragó su grito lascivo y empujó hábilmente la mano con un movimiento ascendente. Si no hubiera estado arrodillada, se habría desplomado en el suelo. Al ser tocada por él, se sintió como ningún hombre la había tocado antes.

Gritó su nombre cuando el pulgar de él rozó su sensible capullo. Sonrió contra sus labios y colocó lentamente a Reid boca arriba. Grayson retiró los dedos, se sentó sobre las rodillas y le besó el muslo hasta llegar a su centro. La acarició y besó su tanga de encaje antes de quitársela.

—No sabes cuánto tiempo llevo queriendo hacer esto, Reid —dijo Grayson contra su piel, haciéndole cosquillas con el cabello. Le pasó los dedos por el cabello, tirando de las puntas.

—Espero que tanto como yo.

Grayson abrió el condón y se colocó entre sus piernas. Se inclinó hacia delante, flotando sobre ella, y luego acercó su boca a la de ella. Ella lo sintió allí, en su entrada. Sus caderas se agitaron en un intento de guiarlo hacia donde ella quería. Donde lo necesitaba.

Sonrió y soltó una pequeña risita.

—¿Ansiosa?

—Dios, sí —dijo entre respiraciones—. Y cachonda.

—Yo también —le dijo mientras le besaba el cuello hasta llegar a su pecho, llevándose el tenso pezón a la boca.

—Mierda —murmuró mientras su cuerpo se retorcía.

Grayson se rió de nuevo.

—Ah, a ella le gusta esto. Tomo nota. —Prestó atención a su otro pecho y luego volvió a subir por su cuerpo—. Mírame, Reid. Quiero verte cuando...

Ella se encontró con su mirada, y él no necesitó terminar su frase.



Reid se limpió una lágrima de la mejilla. Había pensado que ése iba a ser su punto de inflexión. Volvió a mirar a Grayson.

—Pensé que las cosas iban a ser diferentes para nosotros, y en cierto modo lo fueron. Siempre estabas ahí, pero nunca lo bastante cerca. Me dejás

Heartbreak



# Hill

entrar y me mantienes ahí, pero siempre al límite. Siento que siempre estás esperando que caiga el próximo zapato, y supongo que ha caído. Este era el zapato. Por fin ha caído, y no hay nada que podamos hacer al respecto, a menos que tengas un corazón nuevo. Y si no... —Reid se interrumpió.

Estaba enamorada de Grayson, pero estaba lista para sentar la cabeza y formar una familia. Reid quería hijos, una casa, un esposo que la amara. En ese momento, ella quería un novio. Alguien que la adorara, que la venerara, que la hiciera sentir como si nadie más importara en su mundo.

Grayson no le daría lo que necesitaba, y era una tontería pensar que podría tener todo lo que deseaba con él como amigo. Cualquiera que los viera supondría que eran pareja o, al menos, que estaban tonteando. Su cercanía iba mucho más allá de la amistad. Nadie la creería si le dijera que sólo eran amigos.

Amigos eran todo lo que serían a menos que...

Pensar en la alternativa le hizo un nudo en el estómago. No quería que su última conversación con Grayson fuera sobre su no noviazgo. Habían discutido y ella lo había acusado de fingir el infarto. Era propio de él gastar bromas. Ya le había gastado bromas tontas antes. Esta vez, había una pizca de pánico en su voz que la había hecho ir hacia él.

Reid suspiró y volvió a su silla. Se le habían acabado los temas de conversación. El tiempo primaveral sólo le servía hasta cierto punto para conversar, y no tenía ni idea de lo que pasaba en su departamento en el trabajo. Pearce tendría que informarle al respecto.

Tomó la manta que Sydney tenía al final de la cama y se envolvió en ella. Reid se arrellanó en la silla y se puso lo más cómoda que pudo antes de cerrar los ojos. Se había acostumbrado a los pitidos y silbidos de las máquinas y le resultaban extrañamente tranquilizadores. Por mucho que odiara lo que significaban aquellos ruidos, había aprendido a aceptarlos. Grayson se recuperaría. Tenía que hacerlo. Reid no estaba preparada para que la dejara. Se negaba a renunciar a amarlo o a que él la amara. Si lo que Pearce dijo era cierto, entonces tal vez Grayson y Reid tenían un futuro juntos. Por supuesto, una vez que estuviera fuera del hospital. Necesitaba un milagro, y ella confiaba en que llegaría.

Cuando se despertó, estaba oscuro. Buscó su teléfono en el bolso. Melanie debería estar en la ciudad y Sydney ya debería haber vuelto. Reid se levantó, se estiró y miró a Grayson, y aunque no había movido ni un músculo, secretamente esperaba que estuviera despierto. Estaba a punto de dirigirse a la puerta cuando Sydney irrumpió en la habitación, sobresaltando a Reid. Las dos mujeres se miraron con los ojos muy abiertos y el corazón palpitante.

—Hay un corazón, y es compatible.

# Heartbreak



## Hill

## Siete

REID

—¿Qué? —Reid estaba segura de que no había oído bien a Sydney.

—Tenemos un corazón, y es compatible —repitió Sydney—. Recibimos la llamada justo cuando entramos en el estacionamiento. —Gilbert se inclinó y saludó a Reid, aportando un poco de humor a una situación muy delicada.

—¿Se va a poner bien? —preguntó Reid mientras rompía a llorar. Se levantó y fue hacia Sydney, abrazándola con fuerza—. Se va a poner bien —volvió a decir, pero esta vez era más por la mamá de Grayson que por otra cosa, aunque Reid también necesitaba que la tranquilizaran.

Por muy felices que estuvieran de que Grayson tuviera una segunda oportunidad en la vida, alguien había muerto. Una familia, en algún lugar ahí fuera, estaba pasando por lo impensable. Habían perdido a alguien a quien amaban y seguirían adelante con sus vidas sin él, mientras que Sydney, Gilbert y Reid tendrían días interminables con la persona a la que amaban.

Reid esperaba que la operación fuera a primera hora de la mañana y se sorprendió cuando el personal entró momentos después y empezó a preparar a Grayson para la operación. Se movían como robots bien entrenados y, en cuestión de segundos, estaban empujando la cama de hospital de Grayson fuera de la habitación antes de que Reid pudiera parpadear.

—¿Qué acaba de pasar?

—Lo están llevando a cirugía —le dijo Gilbert—. El corazón está en transporte.

—¿Así de fácil? —Reid negó con la cabeza—. ¿Los médicos lo dejan todo? Sydney asintió.

—El tiempo es esencial.

Reid parpadeó y despejó la borrosidad. Estaba durmiendo la siesta cuando Sydney la sorprendió con la noticia más asombrosa y desgarradora a la vez. Pensar en esto último no les haría ningún bien, así que se lo quitó de la cabeza. Sin saber qué hacer, recogió sus cosas, dobló la manta que había tomado de la cama de Grayson y fue a ponerla en su sitio, pero vio que ya no estaba. Se sentó en la silla y suspiró.

—Vaya.

Heartbreak



## Hill

—Lo sé, es mucho para envolver mi mente también —dijo Sydney—. Ven, vamos al atrio. El restaurante está abierto las veinticuatro horas. Al menos podemos tomar un café y comer algo mientras esperamos. Va a tardar un rato.

Reid asintió y se levantó. Siguió a Sydney a la salida, con Gilbert detrás de ellas.

—No entiendo cómo los médicos están alerta a estas horas para operar.

—Estarán bien —dijo Gilbert cuando entraron en el ascensor—. No arriesgarían la vida de nadie.

Esperaba que tuviera razón.

Al entrar en el restaurante, pidieron comida y café y encontraron un reservado cerca de la ventana, cosa que Reid agradeció. Su cuerpo acogió el banco acolchado con un suspiro. Por fin se sentía más relajada, sacó el teléfono y envió un mensaje a Pearce para ponerlo al día. Esperaba que volviera al hospital, sabía que querría estar allí, y luego envió uno a su papá. Por último, envió un mensaje a Melanie para informarle de lo que estaba pasando.

Llegó su comida: pasta para ella, y un surtido de galletas y pasteles para Sydney y Gilbert.

—Están muy tranquilos —les dijo Reid a los dos—. ¿Cómo pueden comer sabiendo que su hijo está...? —Reid no pudo terminar su pregunta.

—Manos ociosas significa mentes ociosas —le dijo Gilbert—. Si no estoy haciendo algo, voy a sentarme aquí y pensar en lo que están haciendo en el quirófano. Preferiría no hacerlo ahora.

Sydney asintió y apoyó la cabeza en el brazo de su esposo.

—Me gusta pensar que solo cenamos y tomamos el postre con una amiga. —Sonrió a Reid, que apreció el optimismo de Sydney.

Comieron, charlaron y miraron el reloj. El tiempo corría a su favor. Los médicos habían dado a Sydney un plazo de tres a cinco horas para la operación. Pero todo lo que había en Internet le decía a Reid que podrían acabar esperando hasta ocho horas. Eso era lo que tardaban las operaciones complicadas, las que requerían más tiempo, y su instinto le decía que Grayson necesitaría todo el tiempo que los médicos pudieran reunir.

Cuando Pearce y Luther llegaron, una hora después de que ella les hubiera enviado el mensaje, los tres llevaban un par de horas picoteando. Melanie había optado por ir al apartamento de Reid y esperar. Reid intentó no mirar el reloj cada diez minutos. En vez de eso, miraba cada once, quince o veinte minutos.

Luther trajo más café y acercó una silla al extremo de la mesa. Pearce se sentó junto a Reid.

—¿Deberíamos hacer algo? —Pearce preguntó.

## Heartbreak



## Hill

—¿Cómo qué? —preguntó Reid.

Pearce miró a cada uno de ellos y se encogió de hombros.

—Creo que Grayson querría que jugáramos a las cartas o algo así.

Reid se rió entre dientes.

—¿Jugar a las cartas?

Pearce recogió el envoltorio de su pajita, la enrolló en una bola y luego la desenrolló.

—Mi opción es el baloncesto, pero está demasiado oscuro —dijo—. Además, quiero estar aquí y no hay cancha, y no me apetece tratar con nadie del trabajo ahora mismo.

—Grayson estará contento cuando pueda volver al trabajo —añadió Sydney.

—¿Sabes cuándo será? —preguntó Pearce.

—Al menos seis meses —dijo—. A menos que pueda trabajar desde casa; entonces puede volver después de tres. Gilbert y yo liquidamos algunos bienes para asegurarnos de pagar el alquiler de Grayson.

—¿Lo hiciste? —preguntó Reid.

—Sí, en realidad no conocemos su situación económica ni cuántas bajas laborales tiene —dijo Sydney.

—Todos contribuimos a su baja por enfermedad —dijo Pearce antes de que Reid pudiera contestar. Era contrario a la política de la empresa que ella hiciera o dijera algo sobre la baja por enfermedad de Grayson. Sin embargo, Pearce se había encargado de enviar un correo electrónico a toda la empresa pidiendo a la gente que contribuyera con un día a la baja de Grayson.

—Tiene tiempo suficiente hasta que entre en vigor la baja médica —dijo Pearce mientras miraba a Reid en busca de confirmación. Ella asintió.

—Ya he presentado el papeleo —le dijo a Sydney—. Grayson debería tener todo listo hasta que pueda volver al trabajo.

—Qué alivio. —Sonrió amablemente a Pearce y Reid.

Luther se aclaró la garganta.

—Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar, ¿me lo harán saber? —Dirigió su pregunta al grupo de ellos.

—Por supuesto —dijo Gilbert—. Este va a ser sin duda uno de esos momentos de pueblo en los que todos arrimamos el hombro.

—También podemos organizar su programa de fisioterapia —añade Reid—. Hay un sitio cerca de nuestra oficina; si podemos reservarle allí, Pearce y yo podemos ayudarlo la mayoría de los días. Sólo tenemos que llevarlo allí. —



## Hill

Se dio cuenta de que ninguno de ellos tenía auto, excepto los padres del grupo. Viviendo en la ciudad, todo lo que necesitaban estaba a poca distancia o se podía llegar en tren. Podía hacer que le entregaran cualquier compra importante.

—Puedo pedir prestado el auto de mi hermana, si es necesario —dijo Pearce al grupo—. Ella tiene una guardería en casa y no sale durante el día. No creo que le importe, siempre y cuando le dé un buen lavado de vez en cuando. Además, es uno de esos monovolúmenes, así que es súper fácil entrar y salir de él.

Sydney se puso la mano sobre el corazón y cerró los ojos un momento.

—Grayson realmente tiene los mejores amigos y sistema de apoyo.

Reid pensaba lo mismo, aunque tenía un aluvión de preguntas para Grayson. Por mucho que lo amara, estaba enfadada con él por ocultarle esta situación. Ella se habría asegurado de que tomara sus medicinas y cuidara su dieta. ¿Por eso no se lo había dicho?

Podría haber estado más preparada cuando se desmayó, en lugar de pensar que estaba fingiendo. ¿Qué habría pasado si se hubiera alejado de él? ¿Habría muerto? Seguramente, alguien habría intervenido y lo habría ayudado, pero ¿entonces qué? ¿Dónde estaría ella ahora? Acribillada por la culpa.

Cuanto más pensaba en la situación, más se enfadaba. Mucho de lo que estaba ocurriendo podría haberse evitado fácilmente si Grayson hubiera sido sincero.

Reid movió su vaso de café vacío de un lado a otro entre las manos y se quedó mirando la alfombra hasta que se le nubló la vista. En su mente se filtraban pensamientos desenfrenados sobre Grayson, ella y los dos juntos. Cada día se esforzaba por recordarse a sí misma que eran amigos, los mejores amigos, a pesar de la atracción que sentían el uno por el otro. Él podía decirle hasta la saciedad que no sentía nada por ella, pero ella sabía que no era cierto. Sus sentimientos por ella eran evidentes en la forma en que se comportaba con ella, especialmente cuando otros hombres estaban interesados. El *machismo* ni siquiera arañaba la superficie de su personalidad cuando otros hombres entraban en escena.

Mientras sus pensamientos la llevaban en una dirección que no deseaba, trató de concentrarse en la conversación que se desarrollaba a su alrededor. Pearce les contó a todos que uno de sus compañeros de trabajo había sugerido que organizaran una cena para él o que hicieran donaciones a un fondo para comprar alimentos.

—Es muy amable por su parte —dijo Reid y se preguntó por qué no había oído hablar de ello. Aunque no era raro que la gente del Wold Collective dejara al margen a Recursos Humanos. Los empleados de la empresa solían considerar a Recursos Humanos como los guardianes, y eso a la gente no le gustaba.



## Hill

Reid miró la hora en el reloj y suspiró.

—Llevamos tres horas —dijo al grupo.

Sydney golpeó la pantalla de su teléfono.

—Van a llamar cuando salga del quirófano. Lo llevarán a recuperación y empezarán a quitarle la anestesia.

—¿Recuperará la conciencia? —Pearce preguntó.

—Sí, si todo va según lo previsto, Grayson estará coherente por la tarde —dijo Gilbert.

—Genial —dijo Pearce con una media risita—. Va a estar enojado por haberse perdido el March Madness<sup>1</sup>.

Reid y Gilbert gimieron.

—No se lo digamos enseguida —sugirió Gilbert.

—Me hace apreciar la falta de televisión en la UCI —añadió Reid.

Luther se rió entre dientes.

—Se va a enojar, eso seguro, pero no es ni seguidor de UConn ni de San Diego State, así que quizá no se enfade tanto.

—Eso es lo que diremos cuando se dé cuenta de que se ha perdido algo de tiempo —dijo Gilbert—. Lo interpretaremos como si no mereciera la pena ver el partido.

—Me gusta cómo piensas —añadió Pearce.

Permanecieron sentados una hora más, mirando el reloj y el teléfono de Sydney. Cuando por fin se encendió la pantalla, ella esperó un par de timbres, con el miedo por no saber, más que claro en sus grandes ojos marrones. Con mano temblorosa, tomó el teléfono y contestó. Todos en la mesa esperaban con la respiración contenida a que mostrara algún tipo de reconocimiento en su rostro. Cuando colgó, cuatro pares de ojos la estaban estudiando.

—¿Y bien? —Gilbert dijo antes de que Sydney pudiera abrir la boca.

—La cirugía fue un éxito.

Todos exhalaban aliviados.

—El nuevo corazón comenzó a latir tan pronto como las arterias y las venas se unieron. Era como si este corazón estuviera hecho para Grayson. — Sydney sollozó al final, y Gilbert trajo a su esposa a sus brazos. La abrazó y derramó sus propias lágrimas.

---

<sup>1</sup> **March Madness:** Es un torneo de baloncesto masculino universitario de la Asociación Nacional Atlética Colegial (NCAA) de Estados Unidos. Se trata de una competencia de eliminación directa en la que los 68 mejores equipos de basquetbol colegial se enfrentan en siete rondas para determinar al campeón nacional.



# Hill

Reid, Pearce y Luther se dieron cuenta de que también estaban llorando. Reid nunca admitiría esto ante nadie, pero hubo un tiempo en que pensó que este día nunca llegaría, o que sería demasiado tarde. Cuanto más tiempo necesitaba Grayson las máquinas para seguir vivo, más se deterioraba su cuerpo.

Limpieron su espacio, dieron las gracias a los trabajadores nocturnos por alojarlos durante horas y se dirigieron a la UCI. Una vez que Grayson saliera de recuperación y volviera a su habitación, Sydney y Gilbert se quedarían con él hasta que despertara; entonces Reid y Pearce podrían entrar. Luther se despidió, besó a su hija y se dirigió a casa para tomar una siesta antes de ir a trabajar. Les dijo que esperaba un mensaje de texto más tarde, haciéndole saber que Grayson se había despertado, y dijo que estaría feliz de compartir las noticias del March Madness cuando fuera el momento adecuado.

Ahora, esperaban.

De vuelta a la planta, se sentaron en la sala de espera, con la televisión silenciada y junto a otros familiares que esperaban a que empezara el horario de visitas. Había una norma no escrita de no preguntar por los demás en la unidad, pero después de estar allí tanto tiempo, era agradable hablar con la gente. Reid se había enterado de la vida de un par de personas de la planta. Una mujer había recibido un trasplante de riñón. Su hija, que no tenía una buena relación con su mamá, era la donante. Reid pensó que la situación era un poco extraña, pero se guardó sus pensamientos. Otra mujer tenía una neumonía grave y necesitaba vigilancia constante.

Cuando Sydney y Gilbert por fin recibieron la llamada, salieron de allí como si les ardiera el trasero, dejando a Pearce y Reid esperando. Ansiosa, se pasó las manos por los pantalones y le dijo a Pearce que no podía seguir allí sentada.

La siguió fuera de la habitación y la dirigió al puesto de café, aunque ya habían bebido bastante durante la noche y realmente no necesitaban más. Pearce la guió hasta el final del pasillo, donde había un gran ventanal y un banco. Se sentaron y se quedaron mirando por la ventana.

Las nubes cubrían el cielo e impedían que el sol brillara al salir. Reid se concentró en la bola de fuego naranja e intentó recordar la última vez que había visto el amanecer. Necesitaba el sol y quería sentir su calor en la cara. Reid se inclinó hacia delante y miró hacia arriba, con la esperanza de ver algún rayo.

Nada.

Resignada, se apoyó contra la pared y dio un sorbo al café rancio.

—Sabes, alguien debería encargarse de la estación de café.

—Seguro que tienen a alguien que debe hacerlo, cuando no están cubriendo un millón de otras cosas —dijo Pearce mientras se apoyaba en el cristal—. Malditas nubes —murmuró.

—Al menos hará algo de calor afuera.

# Heartbreak



## Hill

—Aunque estoy listo para el verano, no lo estoy para la humedad.

—No —estuvo de acuerdo Reid—. Por no mencionar que el verano va a ser muy diferente este año. Grayson no podrá ir al lago. Quiero decir, supongo que podrá ir al lago, pero no podrá salir en barca ni al agua.

—Probablemente este año me quede en la ciudad durante las vacaciones —dijo Pearce.

—No querrá que lo hagas.

—Lo sé, pero es lo correcto.

Reid asintió. Ella también cambiaría sus planes para quedarse con Grayson.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Dijiste antes que estaba enamorado de...

Antes de que pudiera terminar su pregunta, Pearce empezó a asentir.

»Si es así, ¿por qué no dice nada? ¿Por qué me mantiene a distancia?

Pearce la miró a ella, a la ventana y luego al suelo.

—No lo sé, Reid. Sé que está enamorado de ti. Lo ha dicho. Cada vez que le preguntaba por qué no estaban juntos, me daba largas. Durante mucho tiempo, pensé que era porque no querías salir con una compañera de trabajo, pero sé que no es verdad.

—Eso es lo que pensaba de él —dijo—. No es una política. Quiero decir, definitivamente no les gusta, pero no hay nada exigible en nuestro reglamento.

—Siempre puedes preguntarle.

Reid negó con la cabeza.

—Eso no cambia nada —le dijo—. Sigo queriendo tener citas y encontrar a la persona con la que se supone que debo estar. Solía pensar que ese era Grayson, pero ha dejado claro a lo largo de los años que no somos más que amigos.

—Con beneficios —señaló Pearce.

Abrió la boca y la cerró rápidamente.

—Por supuesto que no. Hemos estado juntos una vez —le dijo—. Y al día siguiente me dijo que no volvería a pasar.

Pearce se quedó con la boca abierta.

—No, nos ha hecho creer a todos que estás en una situación de beneficios.

—Qué idiota —murmuró—. Sabes que lo dijo para que nadie me persiguiera.



## Hill

Pearce asintió.

—Sin ninguna duda. Mierda. Sé que hay un puñado de tipos que te habrían pedido salir.

Reid puso los ojos en blanco.

—Imbécil. Tengo en la cabeza la idea de decirle que estoy viendo a alguien ya que ha estado fuera de él durante tanto tiempo.

Pearce se rió.

—¿Te lo imaginas? Creo que deberías golpearlo más fuerte. Hacer todo eso de *no sabía si lo conseguirías*. Se cagaría encima.

Reid hizo una mueca.

—Le dije que iba a empezar a tener citas, así acabamos aquí. —Se pasó la mano por la cara—. Soy tan estúpida.

—No lo eres —le dijo—. Creo que todos hemos pasado por eso en algún momento de nuestras vidas. Sólo tienes que seguir adelante con tu vida y dejarlo hacer lo suyo. Tarde o temprano se dará cuenta de que metió la pata.

—Sí, tal vez. —Se sentía culpable por querer tener citas y por la reacción de Grayson, aunque sabía que ella no tenía la culpa.

Gilbert los encontró al final del pasillo. Tenía una sonrisa radiante en la cara.

—Reid, si quieres, puedes entrar. Grayson pregunta por ti.

—¿Sí? —Se levantó y dio un paso tembloroso hacia Gilbert, que asintió.

—Después de preguntar qué pasó, preguntó dónde estabas.

Reid miró a Pearce.

—Te lo dije.

Okey, tal vez Grayson estaba enamorado de ella, y había hecho falta este momento colosal para que se diera cuenta.

—Vaya, de acuerdo. —Reid tenía visión de túnel. Tiró su vaso de café en la papelera más cercana y caminó a paso ligero hacia las puertas dobles. Una vez dentro, la enfermera la ayudó a restregarse las manos y a ponerse una bata, que sería necesaria hasta que se curaran las suturas.

Reid se detuvo en la puerta. Grayson estaba despierto y las máquinas que lo mantenían con vida habían desaparecido. Seguía teniendo oxígeno, pero ahora los tubos descansaban a lo largo de sus mejillas e impulsaban aire a través de sus fosas nasales. Se aclaró la garganta y Sydney se asomó. Sonrió.

—Grayson, Reid está aquí ahora.

—¿Sí? —Sus ojos se abrieron ligeramente y sonrió—. Hola —dijo mientras intentaba levantar la mano hacia ella. Reid corrió a su lado y agarró su mano entre



# Hill

las suyas. Lágrimas que creía que hacía tiempo que se habían secado corrieron por su rostro.

—Hola —dijo.

—Voy a darles unos minutos. —Sydney salió de la habitación.

—Nunca me había alegrado tanto de ver esos ojos marrones tuyos. —Le pasó la mano por el cabello, como había hecho muchas veces durante su estancia.

—Lo siento —dijo en voz baja.

—No lo hagas —le dijo ella—. Todo está bien ahora.

—Sí —dijo mientras empezaba a dormirse de nuevo.

Reid se sentó a su lado y se negó a soltarle la mano.

—Debería haberle dicho que la amaba —dijo en voz baja.

—¿A quién no se lo dijiste? —preguntó Reid. Esperó a que él respondiera. Cuando él no dijo nada, ella insistió—. ¿A quién amas, Grayson?

—Sully.



## Hill

## Ocho

NADIA

Nadia se despertó sobresaltada, con el corazón acelerado y gotas de sudor cayéndole por la frente. Sus ojos se enfocaban y desenfocaban. Sombras de colores bailaban en la pared y voces hablaban en voz baja, con palabras confusas y desconocidas. Parpadeó y sus ojos recorrieron la habitación, absorbiendo la familiaridad de su dormitorio. Nadia exhaló y rodó sobre su espalda. Era una pesadilla. Sólo eso. El sonido del metal aplastado, los gritos agónicos y asustados de los heridos... se lo había inventado todo. Ella no estaba allí. Sus chicas no estaban allí. Buscó a Rafe.

*No está aquí.*

¿Dónde estaba?

Se incorporó rápidamente, se levantó de la cama y corrió al baño.

Vacío.

Su ropa colgaba en el armario. Tenía que estar en la casa.

Abrió la puerta de su habitación. Más voces. Más sonidos desconocidos.

—¿Rafe? —gritó mientras avanzaba por el pasillo hacia el ruido—. ¿Rafe?

Nadia bajó sigilosamente las escaleras y entró en la sala de estar. Rafe estaba sentado en el escritorio que compartían con la cabeza agachada.

»¿Rafe?

Levantó la vista con los ojos más negros posibles. Dio un paso atrás.

»¿Rafe?

Se levantó y se acercó a ella. Con los brazos extendidos, esperándola.

El corazón le latía desbocado en el pecho. Una voz le dijo que corriera, y que corriera deprisa. Pero no podía mover las piernas.

»¿Rafe? —dijo ella, con voz temblorosa. Él se detuvo y se volvió. Tenía un lado de la cabeza hundido y ella podía ver las profundidades de su cráneo. Su cuello se contorsionaba en ángulos que no debería. Le salían bichos, serpientes y gusanos.

Nadia gritó.

—Despierta, Nadia.

Sintió presión en los hombros y luchó contra quien intentaba sujetarla.



Heartbreak

## Hill

»¡Nadia, despierta!

Abrió los ojos al oír la voz de su padre. Se cernía sobre ella, con el miedo grabado en el rostro. Una oleada instantánea de emoción se apoderó de ella y la comprensión se apoderó de sus sentidos. El sueño no había sido una pesadilla, sino su realidad. Sollozó mientras su padre la estrechaba contra su pecho.

—No pasa nada. Te tengo —le dijo mientras le recorría la espalda con la mano. El lado de la cama se hundió donde Rafe debería haber estado, y ella olió el familiar aroma del champú de fresas con nata. Unos pequeños brazos le rodearon el torso y su cuerpo suspiró, casi como si necesitara a sus hijas.

Nadia soltó a su padre y acercó a sus bebés a ella, abrazándolas y acariciándolas lo mejor que pudo. Gemma era alta para su edad, pero no Lynnea. No era la pequeña de la familia. Se acurrucó junto a su mamá, se metió el pulgar en la boca y lloró en silencio. Gemma se colocó al otro lado de su hermana y apoyó la cabeza en el pecho de su mamá. Ella también lloró.

Cuando Nadia volvió a despertarse, no era consciente de la hora, ni siquiera del día. Por lo que sabía, habían pasado semanas desde que su mundo se había trastocado. Cuando miró la televisión, se dio cuenta de que habían pasado días.

Sobre una dormida Lynnea, Nadia recogió el mando a distancia y apagó la televisión. Recordaba vagamente haberla encendido hacía horas y haberse quedado dormida viendo *Rudy*, la película favorita de Rafe, con sus hijas acurrucadas a su lado.

Nadia miró a Lynnea, con el pulgar en la boca. Una costumbre que le habían quitado cuando tenía tres años. Nadia dejó el pulgar allí y ya se ocuparía de él más tarde. Se volvió hacia Gemma, que la miraba fijamente con los mismos ojos marrones y conmovedores que los suyos.

—Hola —dijo en voz baja para no despertar a Lynnea.

—Hola —contestó Gemma—. Hoy no quiero ir al colegio. —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No tienes por qué —le dijo Nadia—. Puedes quedarte en casa el resto de la semana.

Gemma asintió ligeramente. Nadia le besó la frente. Si pudiera elegir, sus hijas no se perderían nunca de su vista.

—Y Lynnea.

Nadia negó con la cabeza.

—No. Y yo tampoco. —No quería volver al trabajo. En su mente, una cosa sería que su esposo hubiera fallecido, pero que muriera mientras salvaba a otra mujer durante una carrera anual por carretera porque a alguien le habían fallado los frenos -alguien que, para empezar, no debería haber estado conduciendo por



## Hill

la carretera- ponía la situación de Nadia en primer plano. Todo el mundo sabía cómo había muerto Rafe. Había salido en las noticias y seguía emitiéndose mientras se llevaba a cabo una investigación. Los canales de noticias entrevistaron a personas que habían estado allí, recordándole a Nadia una y otra vez que la gente había presenciado la muerte de su esposo.

—¿Le harán un funeral a papá? —Fue después de que regresaran a casa del hospital cuando Nadia explicó a las niñas lo que los médicos le estaban haciendo a Rafe. A Lynnea no le gustó, y Gemma dijo que estaba orgullosa de su padre y de cómo iba a salvar la vida de alguien más. Esas palabras sólo provocaron el arrebató de Lynnea, que se preguntaba por qué alguien no podía salvar la vida de su papá. Nadia pensó lo mismo.

—Sí, lo haremos.

—¿Tengo que ir?

Nadia meditó su pregunta y asintió.

—Si no vas, podrías arrepentirte después, y no es algo que puedas cambiar.

—Pero no quiero ver a papá en el ataúd.

—Entiendo. Puedes sentarte en el banco, a mi lado. No tienes que verlo si no quieres.

—De acuerdo. —Su voz era pequeña, nada que ver con la niña extrovertida que era hace unos días. Nadia se imaginó a Rafe y a ella bailando en la cocina, y a él diciéndole que pusiera los pies encima de los suyos. La había hecho girar como a una princesa.

—Lo siento mucho, Gemma —se encontró diciendo Nadia—. Sé que me duele, pero no puedo ni imaginar cómo se sienten tú y Lynnea.

—Lynnea está enfadada. Estaba tirando cosas en su habitación.

—Eso también está bien —le dijo Nadia a Gemma—. Estoy enfadada. Triste. Dolida. Tengo el corazón roto por ti, por tu hermana, por papá y por mí. Papá no quería esto.

—La persona que hizo esto tiene que morir.

Por muy enfadada que estuviera Nadia, no quería eso. En el fondo, sabía que había sido un accidente evitable. La persona que atropelló a Rafe tendría que vivir el resto de su vida sabiendo que había matado a alguien.

—Entonces su mamá estaría muy triste. No le deseamos la muerte a nadie, por mucho daño que nos hagan.

A Gemma le tembló el labio inferior.

Heartbreak



# Hill

—De acuerdo —dijo con voz quebrada. Nadia tiró de Gemma hacia sí e hizo todo lo posible por acunar a su hija sin molestar a Lynnea. Nadia lloró con la mayor y se preguntó cómo iban a superar la siguiente etapa de sus vidas.

Estaban allí tumbadas, esperando a que Lynnea se despertara. La tragedia había golpeado a su familia, pero Nadia y Gemma sabían que despertar a Lynnea antes de que estuviera preparada nunca era bueno. En lugar de eso, Nadia volvió a encender la televisión, eligió una película en una de las plataformas de streaming y se acurrucó en la cama con Gemma.

Gemma se reía de las partes graciosas, lo que alegraba a Nadia, a pesar de la pesadez que sentía en el pecho. Antes de lo que ella quería, tendría que empezar a hacer planes para el funeral de Rafe y averiguar cómo gestionar la casa con un solo ingreso. Tenían seguros de vida el uno para el otro, que Nadia nunca pensó que alguno de los dos tendría que utilizar. Todo ese papeleo podía olvidarse hasta mañana o pasado mañana. No quería perder tiempo con sus hijas.

Cuando Lynnea por fin se despertó, se quejó de que tenía hambre. Nadia podría haber mandado a sus hijas abajo, donde sus padres se habrían ocupado de ellas. Si lo hubiera hecho, su mamá habría subido y le habría dicho que las niñas necesitaban a su mamá.

Con un esfuerzo hercúleo, Nadia se levantó de la cama. Se dirigió al cuarto de baño, vio la ropa de Rafe e inmediatamente volvió a su habitación. Gemma y Lynnea observaban todos sus movimientos. Nadia tendría que atravesar el armario para ir al baño, pero hoy no era el día.

—Vamos, bajemos. —No tuvo que decírselo dos veces a Lynnea. Gemma, por su parte, miraba a su mamá con recelo. Después de pararse para ir al baño en el pasillo, Nadia se quedó de pie en lo alto de la escalera, preguntándose por qué estaba fuera de la cama. Había muchas voces procedentes del salón y de la cocina. Se mezclaban unas con otras. La vajilla chocaba contra la encimera, las sillas rozaban el suelo de madera y el televisor emitía las noticias a todo volumen.

—¿Te vas a quedar ahí arriba? —preguntó Gemma desde el final de la escalera.

Nadia negó con la cabeza y bajó lentamente. Gemma la tomó de la mano y condujo a su mamá al manicomio que era la cocina.

—Cariño. Me alegro de verte levantada. —Su mamá llevaba un delantal que Nadia no recordaba poseer. La hermana de Nadia y la hermana de Rafe estaban sentadas en el rincón del desayunador donde Nadia y las niñas habían compartido su última comida con Rafe.

—¿Dónde está papá?

—Los hombres están en la otra habitación, viendo las noticias —dijo Sienna—. Cleo también está allí.

# Heartbreak



## Hill

—No quiero eso encendido cuando las chicas estén en la habitación — dijo Nadia a todos los presentes.

—¿Por qué? —Freya preguntó.

Nadia miró incrédula a su cuñada. Freya tenía que estar bromeando, ¿no? Nadia miró de Freya a Gemma y Lynnea, y luego negó con la cabeza.

—No me encuentro bien. Voy a volver arriba.

—Nadia, cariño —empezó su mamá, pero Nadia ya se dirigía a las escaleras. Sintió que Gemma la miraba a cada paso que daba, pero nunca se volvió. Nadia no necesitaba ver la decepción en la cara de su hija.

Nadie te prepara para la muerte. Al menos para una muerte inesperada. Claro, si tu ser querido tiene una enfermedad terminal, puedes ir a un grupo de apoyo o leer un libro sobre cómo prepararte. Pero no hay un manual sobre cómo manejar tu dolor, y el dolor de los demás, cuando alguien fallece inesperadamente.

Nadie te prepara para la vida después de la muerte. Las cosas que alguien debe hacer antes de poder hacer el duelo como es debido. Las llamadas telefónicas, el papeleo, las reuniones... es una lista interminable de *necesitamos esto, dame aquello... todo ello* mientras intentas aceptar la pérdida de tu esposo, tu amante, el padre de tus hijas... tu mejor amigo.

Rafe se había ido, y para Nadia nada volvería a ser lo mismo. Ni su forma de dormir, ducharse, vestirse o arreglarse por las mañanas. Su cabello, antes brillante y vibrante, el color que tanto le gustaba a su esposo, estaba apagado y sin vida. Sus mejillas, antes sonrosadas por naturaleza, estaban pálidas.

Nadia se miró en el espejo del baño de invitados. Lo que tuviera que hacer hoy, podría hacerlo mañana o pasado mañana. ¿Qué haría la morgue con el cuerpo de Rafe si ella no hacía los arreglos de inmediato? ¿Tirlo? Los médicos ya le habían abierto una enorme Y en el torso para extraerle el corazón, los pulmones, el hígado, los riñones, y todo lo que quisieran. Desmenuzaron las partes de su cuerpo, las esparcieron por todo el país a otras personas. Gente que necesitaba un órgano para vivir, para reiniciar sus vidas. El que Rafe necesitaba no podía existir sin su huésped natural.

Se agarró al borde del mostrador y se balanceó. No estaba preparada y probablemente nunca lo estaría. ¿Qué prisa había en enterrar a su esposo? No había ninguna. Al menos no para ella. Nadia podía seguir adelante y fingir que Rafe estaba de viaje de negocios o que se había ido de fin de semana con sus amigos. El fin de semana no acabaría nunca y ella estaría de acuerdo.



# Hill

## Nueve

GRAYSON

—Buenos días —dijo una voz desconocida.

—Hola —dijo con voz ronca—. ¿Dónde estoy?

—MedStar —dijo la voz—. ¿Cómo te sientes?

—Cansado. Adolorido.

—¡Grayson! —Su mamá saltó de la silla de gran tamaño y estaba en su cara. Cerró los ojos al sentir su mano en el cabello.

—¿Qué ha pasado?

—Estás en el hospital. ¿Recuerdas que te lo dije el otro día?

*¿El otro día?*

—No —murmuró mientras trataba de acomodarse en la cama—. ¿Por qué me duele la garganta? —Grayson miró a su mamá y frunció el ceño. Nunca la había visto con aspecto de... mujer mayor. Siempre había sido joven para su edad, y la gente a menudo la confundía con su hermana. Una vez alguien le preguntó si era su novia, y Grayson sintió ganas de darle un puñetazo. No porque se sintiera insultado, sino porque el hombre insinuó que su mamá le había hecho algo inapropiado.

Sydney había criado sola a Grayson cuando su novio la abandonó tras dejarla embarazada. Joven (aún en el instituto) y sin un lugar donde vivir, había trabajado y continuado su educación. Siempre puso a Grayson en primer lugar y no lo había abandonado cuando los médicos le dijeron que estaba enfermo. Sydney trabajó duro para darle una buena vida.

Ahora, sus rasgos la hacían parecer mayor de lo que era. Grayson estaba preocupado.

Se acercó, cerró los ojos cuando le dolió estirarse y le frotó el pulgar bajo los ojos.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, mi dulce niño.

—¿Entonces por qué has estado llorando? ¿Y por qué parece que no has dormido en días?



## Hill

—Estoy bien. Te lo prometo. —Le pasó la mano por el cabello e inhaló profundamente—. Te desmayaste después de uno de tus partidos de la liga masculina.

—¿Lo hice?

Sydney asintió, y las lágrimas cayeron de sus ojos.

—Sí, y te trajeron aquí en ambulancia.

—Oh.

—Eso no es todo —le dijo a su hijo—. Tu problema cardíaco... —Hizo una pausa y lo miró a los ojos. Grayson vio la mirada de su mamá y supo que se acercaba un sermón. Hacía tiempo que no tomaba la medicación y, cuando lo hacía, era de forma esporádica, en el mejor de los casos. Por alguna razón, vivía de acuerdo con su actitud machista: nada podía derribarlo. Estaba ascendiendo en la empresa Wold Collective, tenía un grupo de amigos increíble y, por alguna razón, la mujer de la que estaba enamorado le dedicaba su tiempo, aunque no se lo mereciera. Grayson no necesitaba pastillas para sentirse mejor porque se sentía genial. Además, estaba sano y era feliz. Aquellos frascos, escondidos en su cuarto de baño, le recordaban que era débil, y no le gustaba cómo lo hacían sentir.

Y entonces recordó cuando no se sentía muy bien o cuando le dolía el pecho, y lo había ignorado. Apartó la mirada de su mamá antes de que ella pudiera ver algún tipo de comprensión en su mirada.

—¿Todo bien ahora? —preguntó con voz superficial.

Sydney dudó y luego ofreció una débil sonrisa.

—Tienes una larga recuperación por delante, Grayson.

—¿Por un ataque al corazón? —preguntó—. Eso parece extremo.

—Cariño. —Sydney se sentó a un lado de su cama y tomó su mano entre las suyas—. Tu corazón... —Hizo una pausa y su respiración se entrecortó. Se aclaró la garganta—. Tu corazón estaba demasiado dañado para repararlo. Te indujeron al coma por varias razones, pero sobre todo para mantenerte inmóvil y permitir que tu cuerpo se fortaleciera.

—¿Mi corazón está dañado?

Sydney negó con la cabeza.

—Ya no. Ahora es saludable.

—¿Cómo?

Inhaló profundamente y sonrió.

—Porque recibiste un trasplante.

Grayson dejó que las palabras calaran. Se hundieron. Y siguió haciéndolo hasta que se volvieron borrosas y sin sentido. Miró alrededor de la habitación.



## Hill

Estéril. Sencilla. Estaba solo, aparte de su mamá y un aluvión de máquinas. Grayson siguió las líneas hasta debajo de la manta que lo cubría, y entonces vio los tubos con líquido teñido de rosa que viajaban por la carcasa.

—Mamá —dijo asustado—. ¿Qué es eso?

Sydney se inclinó sobre él y vio dónde señalaba.

—Un tubo de drenaje.

—¿Tengo un tubo dentro de mí?

Le puso la mano encima.

—Es mejor que mantengas la calma. ¿Quieres que llame al doctor?

Grayson negó rápidamente con la cabeza.

—No, pero ¿qué demonios está pasando? —En cuanto su respiración se hizo más profunda, los monitores empezaron a pitar. Los miró con pánico y sintió que le subía la tensión.

La puerta de su habitación se abrió.

—Hola, Grayson —dijo la enfermera al entrar. Pulsó unos botones y el pitido se detuvo—. Soy Jillian. ¿Cómo te encuentras?

—Asustado.

—Es normal. Voy a echar un vistazo a tu incisión.

—¿Mi qué?

Jillian le levantó la manta y retiró el vendaje que le cubría el pecho. Observó cada movimiento y se preguntó cómo no se había dado cuenta de que tenía un enorme trozo de gasa cubriéndole el torso.

—Será mejor que no mires —le dijo Sydney mientras le acercaba la cara a la suya.

—Pero...

—Más tarde. Puedes mirar más tarde, una vez que hayas procesado todo.

Asintió y mantuvo la atención en su mamá. Era hermosa y la persona más importante de su vida, aparte de Reid. Aunque ella no lo sabía. Grayson había querido decirle lo que sentía, pero no había podido. Al menos no entonces.

Cuando la enfermera terminó, le dijo que volvería enseguida.

—Mamá. —Grayson la miró en busca de respuestas.

—Sé que es mucho para asimilar, cariño. Vas a estar bien.

—¿Con el corazón de otra persona?

Ella asintió.

—¿De quién?

Heartbreak



## Hill

- No lo sabemos, cariño. Las donaciones son anónimas.  
—¿Pero alguien murió para darme un corazón?  
—No funciona así, Grayson. Alguien falleció, y tú eras compatible.  
—¿Y simplemente me abrieron?

Sydney no dijo nada. Grayson quería estar solo, pero no tenía valor para pedirle a su mamá que lo dejara. No es que esperara que lo hiciera, dadas las circunstancias. Tampoco podía darse la vuelta, porque mirar a las máquinas que hacían quién sabía qué tampoco era una opción. Grayson intentó levantar la cabeza para mirar su cuerpo cubierto de mantas, pero el esfuerzo era demasiado. Se sentía débil, algo que nunca había sido y que se había prometido a sí mismo que nunca sería.

Una lágrima le goteó por el rabillo del ojo. No hizo el esfuerzo de secársela, ni siquiera le importó que estuviera allí. Se le pasaron muchas cosas por la cabeza mientras miraba al techo. ¿Amaría su nuevo corazón a Reid? ¿A su mamá? ¿A su padrastro? ¿Seguiría siendo capaz de jugar baloncesto? ¿Acaso le seguía gustando el baloncesto?

¿Y su trabajo? ¿Cómo iba a pagar el alquiler o los gastos médicos si no podía trabajar? ¿Cuánto tiempo estaría sin trabajo?

Y entonces le vino a la mente la pregunta que más le estrujaba el alma: ¿acaso quería este corazón?

Quería vivir, pero no a costa de otra persona. ¿Había alguien más digno que él a quien le hubiera venido bien un nuevo corazón? Grayson estaba seguro de que sí.

—¿Quieres ver a Reid? —Sydney preguntó.

¿Lo hacía? Esperó a sentir la emoción que normalmente lo invadía cuando pensaba en ella. ¿Era el golpe extra que sintió la forma en que su nuevo corazón le decía que seguía sintiendo lo mismo?

»¿Grayson? —Sydney dijo su nombre en voz baja—. Sé que es mucho para asimilar. Pero todos estamos aquí para ti. Reid ha estado aquí todos los días desde que llegaste. Gilbert viene todas las noches después del trabajo. Yo me quedo aquí. Pearce viene cada dos días después del trabajo. Todos te queremos mucho.

- ¿Cuánto tiempo he estado en el hospital?  
—Poco más de un mes —dijo en voz baja.  
—¿Un mes? —Apenas pudo formular la pregunta.  
—Sí —dijo ella.  
—Jesús. ¿Perdí treinta días de mi vida?

Heartbreak



## Hill

—Nosotros no lo vemos así —le dijo—. Tu cuerpo necesitaba descansar para prepararse para tu nuevo corazón.

—No es mío —le dijo.

—Lo es —replicó ella.

—No, pertenece a algún muerto. —Hasta ahora, nunca había pensado en la donación de órganos. Siempre supuso que cuando su tiempo se acababa, se acababa. Por eso mantenía a Reid a distancia, porque se suponía que no debía estar aquí. ¿Su mamá había alterado el orden natural de las cosas?

—Voy a buscar a Reid para ti. —Sydney se levantó y dejó a Grayson solo en su habitación. Todo lo solo que podía estar con las máquinas sonando a su lado. El tubo que salía de su pecho chapoteaba, y agradeció haber sido lo bastante listo como para no mirar.

Grayson pudo oler a Reid antes de verla. Ella le agarró la mano y apareció ante él. Dios, era condenadamente impresionante, con su cabello castaño y sus expresivos ojos del color del chocolate con leche. Esperó a que su nuevo corazón reaccionara, a que estuviera en la misma página que su cerebro. Se sintió aliviado cuando sintió que lo invadía una oleada de amor mientras ella le acariciaba la cara con los dedos.

—Hola —dijo melodiosamente—. Estoy muy feliz de ver esos hermosos ojos tuyos.

—¿Eso es todo? —preguntó, soltando su primera broma.

Reid sonrió y soltó una risita.

—Acabas de tener una cirugía mayor, ¿y ya estás bromeando?

Grayson se habría encogido de hombros, pero le costaba moverse.

—¿Qué puedo decir? Lo sacas de mí.

Ella le pasó los dedos por el cabello. Él cerró los ojos y esperó... anticipando que su cuerpo la apartaría, la rechazaría. Su mente sabía que la amaba, pero ¿lo sabía el resto de él?

Sí, decidió que sí.

—¿Me responderías a algunas preguntas?

Reid asintió.

—Lo mejor que pueda.

—¿Por qué me duele tanto la garganta?

Sonrió.

—Tuviste un tubo de respiración hasta ayer.

—No me acuerdo.



## Hill

—No, supongo que no. Te lo pusieron cuando te llevaron a operar la primera vez.

—¿La primera vez?

—Sí, te metieron en el quirófano a toda prisa cuando llegamos. Así descubrimos que necesitabas un trasplante.

—Oh.

—¿Por qué no me dijiste que estabas enfermo? —preguntó.

Grayson cerró los ojos.

—No quería que me juzgaras o me molestaras por esas cosas.

—No lo habría hecho.

La miró inquisitivamente y ella se encogió de hombros.

»Bien, de acuerdo. Lo habría hecho. Pero sólo porque me importas mucho. Esto realmente me asustó, Grayson. Pensé que iba a perderte, y lo último que habrías recordado que te dije fue que dejaras de fingir.

—¿Fingir?

—Pensé que cuando me pediste ayuda estabas fingiendo porque te dije que iba a empezar a tener citas.

—Oh. —Su corazón se hundió, y supo que este nuevo la amaría igual porque él/ la amaba. Grayson no necesitaba que un órgano que bombeaba sangre le dijera cómo sentirse—. ¿Estás teniendo citas?

Negó con la cabeza, para alivio de él.

—No.

—¿Vas a hacerlo?

—¿Quizás? Ahora mismo no lo sé, Grayson. Hay cosas que quiero de la vida.

*¡Dile cómo te sientes!*

Le apretó la mano. Aunque en ese momento no supiera qué cosas eran, supuso que probablemente podría darle algo que ella necesitara o quisiera.

—Cuando salga de aquí, ¿quieres tener una cita?

—Por supuesto. Iré a prepararte una comida baja en grasas, y al final volveremos a hacer la noche de trivias en Green Turtle.

—Qué asco.

Sonrió.

—Muchas cosas tienen que cambiar, Grayson. Vas a tener que llevar un estilo de vida totalmente distinto. Seguro que los médicos te pondrán al corriente antes de que te den el alta. Ya limpié de basura tu apartamento.

Heartbreak



# Hill

Debería haberse enfadado, pero no tenía ganas de enfadarse con ella. Sin embargo, quería una respuesta a su pregunta.

—Entonces, ¿acerca de esa cita?

—¿De qué estás hablando, Grayson? Estoy contigo todo el tiempo.

Grayson intentó ajustarse, pero sintió un tirón y se lo pensó mejor. En lugar de eso, inclinó la cabeza, deseando por todos los diablos estar coqueteando con ella.

—Quiero llevarte a una cita de verdad —le dijo—. No salir a cenar después del trabajo, sino los dos solos, arreglarnos un poco, ir a bailar y cenar bien.

—Claro, pero primero vamos a curarte —dijo ella, un poco menos entusiasmada de lo que él esperaba.

Grayson levantó la mano hacia su cara. Le dolía mover el brazo y, por suerte, Reid se dio cuenta y se acercó. Cuando estuvo lo bastante cerca, le sujetó la nuca y tiró de ella.

—Reid —dijo antes de que sus labios se pegaran a los de ella.

Ella no jadeó como él pensó que lo haría. No como él imaginó que lo haría cuando por fin se besaran de nuevo. No como lo había hecho cuando habían pasado una noche juntos.

Odiaba que sus labios fueran ásperos contra los suaves de ella. Suavemente, movió sus labios con los de ella. Acariciándolos ligeramente, como si fuera ella la frágil en ese momento. El latido de su nuevo corazón se sintió más fuerte, sonó más fuerte, afirmando que, de hecho, seguía muy enamorado de ella.

Grayson fue a profundizar el beso, pero Reid se apartó bruscamente. Ella sabía dulce como las manzanas con canela, lo que le recordó el otoño pasado, cuando habían ido a recoger manzanas y luego habían hecho una tarta en su cocina. Le echó harina encima, coquetearon y, aunque entonces quería besarla, su vida era muy complicada.

Un nuevo corazón eliminó la complicación entre ellos. Tenía una nueva oportunidad en la vida. Una segunda oportunidad. Y algo en lo más profundo de su mente le decía que no la desperdiciara.

Se cubrió los labios con los dedos, y entonces fue como si un velo hubiera descendido sobre ella. El momento cambió.

—Deberías descansar —le dijo—. Necesitas curarte.

Se merecía la frialdad, el desprecio. Si él estuviera en su lugar, actuaría de la misma manera.

Llamaron a la puerta y entraron tres médicos. Se presentaron y Reid dijo que volvería enseguida. En cuanto se fue, el equipo médico empezó a detallar su recuperación, la necesidad de fisioterapia y la estricta dieta que tendría que



# Hill

seguir. El tercer punto hizo que Grayson pusiera los ojos en blanco. No era un anciano y no debía comer como tal.

—También sugerimos terapia —dijo uno de los médicos—. Necesitará ayuda para sobrellevar los cambios que está sufriendo su cuerpo y aceptar la magnitud de lo que ha pasado. La mayoría de nuestros pacientes conocen de antemano sobre su trasplante y se reúnen con un terapeuta antes de la operación. Usted no tuvo la oportunidad de hacerlo.

Grayson no decía mucho. Todo lo que decían los médicos era una razón por la que no tomaba sus medicinas, nunca vigilaba lo que comía y disfrutaba bebiendo cerveza cada noche después del trabajo. Quería vivir a su manera, no a la manera de una asociación médica que le dijera lo que tenía que hacer.

Pero ahora tenía una segunda oportunidad en la vida después de haber sido imprudente con la primera. Había besado a Reid y le había dicho que le gustaba, o al menos se lo había insinuado, aunque no estaba del todo seguro de que ella le hubiera creído. Tendría que demostrarle que lo decía en serio. Ahora no podía decepcionarla. Nunca se lo perdonaría.

Así que asintió y escuchó lo que le decían los médicos. Grayson iría a terapia, tanto física como mental. Comería mejor, porque su mamá y Reid se encargarían de ello. Seguiría las normas y directrices y acudiría a todas sus citas de seguimiento. Grayson sería mejor para su mamá. Para Reid. Y para la persona que había muerto para que él tuviera una nueva oportunidad en la vida.

Eso fue pesado. Tener pensamientos sobre una persona que había muerto. Se puso la mano sobre el corazón y todo le dolía.

Excepto que no era así.

La mente de Grayson le estaba jugando una mala pasada. Las drogas lo mantenían sin dolor. Todo lo que sentía era producto de su imaginación. Claro, le habían abierto el pecho, le habían extirpado el segundo órgano más vital y le habían puesto uno nuevo. Debería sentir el dolor de la incisión, de que le rompieran las costillas y luego lo volvieran a coser.

Sintió anhelo. Deseo. Amor.

Reid volvió a la habitación cuando los médicos se fueron y se sentó a su lado. Se tomaron de la mano y se miraron.

—Estoy vivo —le dijo.

—Lo estás, y estoy tan malditamente feliz por ello.

—Siento haberte asustado.

—No pasa nada —le dijo—. Ahora estás bien, y eso es lo que importa.

Grayson le preguntó por su trabajo y ella lo puso al corriente. Todos en el trabajo estaban contentos de que hubiera superado la operación. Habían donado días por enfermedad para cubrir lo que le faltaba hasta que entrara en vigor su



# Hill

baja médica. Pearce tenía una cuenta atrás para cuando pudieran volver a la cancha, y las mujeres habían empezado un calendario de comidas que planeaban hacerle.

Todo sonaba bien, excepto por el hecho de que tendría que pasar los días solo. Uno de los aspectos de su trabajo que tanto le gustaba era el hecho de que trabajaba con Reid todos los días. Estaba a punto de volver a preguntarle por la cita cuando entraron su mamá y su padrastro. Más tiempo a solas con Reid tendría que esperar.



# Heartbreak

## Hill

## Diez

NADIA

Nadia estaba tumbada en la cama, viendo la televisión sin pensar y cambiando de canal sin rumbo cada vez que aparecía un anuncio. Se arrepintió inmediatamente del último cambio de canal cuando en un telediario local de última hora de la mañana apareció una foto de Rafe en la pantalla. Se le encogió el corazón al ver a su esposo, sonriente y perfecto. Debería haber seguido desplazándose, pero no podía apartar los ojos de la pantalla. Y entonces oyó las palabras: *La ciudad de Boston planea honrar al héroe Rafe Karlsson, y la Copa de la Commonwealth está considerando cambiar su nombre.*

Nadia se incorporó. Nadie la había llamado para preguntarle si quería esto. Si sus hijas querían esto. Ya le había costado bastante que calificaran a Rafe de *héroe* y ahora iban a honrarlo. ¿Con qué, con la llave de la ciudad? Lo último que quería era que los medios le recordaran cada año que su esposo había muerto. No quería que las niñas crecieran, año tras año, oyendo que su padre había muerto mientras corría una carrera. Nadia tampoco quería que Rafe fuera la imagen del evento anual. Quería olvidar y volver a la última mañana que habían pasado juntos en la cama y rogarle que no fuera.

Los pensamientos le revolviéron el estómago. Apenas pudo llegar al baño antes de perder lo poco que le quedaba en el estómago. Su mamá entró con ella y le sujetó el cabello. Nadia se sentó en el suelo y lloró. No había nada que nadie pudiera hacer o decir para cambiar las cosas, no ahora. Ni nunca.

—Tienes que comer —le dijo Lorraine a su hija—. Tienes que ser fuerte por las niñas, Nadia.

—No quiero —sollozó—. Quiero recuperar a mi esposo.

—Lo sé, cariño. Créeme, lo sé.

¿Pero lo hacía? Lorraine Bolton se había casado con su novio del instituto. Eran felices con sus tres hijos y sus cuatro nietos. Hacían exactamente lo que Rafe y Nadia habían planeado: envejecer juntos.

—No sabes lo que se siente. —Miró a su mamá y se puso el puño sobre el corazón—. Duele mucho y siento que no puedo respirar. —Para demostrarlo, su cuerpo se estremeció y jadeó—. Se ha ido y... —No pudo terminar la frase. Su esposo se había ido.

Lorraine sacudió la cabeza y lloró con su hija.



## Hill

—Lo sé, cariño. Lo siento mucho.

Finalmente dejó que su mamá la ayudara a levantarse del suelo. Fueron a la cocina y luego al comedor formal, donde todos estaban reunidos a la mesa. Su familia y la de Rafe estaban apiñadas una junto a otra, mientras que los seis niños estaban sentados en la mesa infantil que utilizaban para Acción de Gracias. Mientras Nadia observaba a cada uno de ellos, se preguntaba por qué había tanta gente en su casa y dónde se suponía que debía sentarse ella. El único sitio libre era donde se había sentado Rafe el año pasado, cuando habían comprado aquella monstruosidad de mesa para poder acoger a las dos familias en Acción de Gracias. Como familia, los cuatro rara vez cenaban en el comedor, siempre optaban por el juego de comedor de la cocina. Era informal y, sin embargo, daba una sensación de intimidad porque siempre estaban muy cerca.

—Hola, mamá —dijo Lynnea al acercarse. Nadia levantó a la más pequeña y la abrazó. Vio a Gemma entre sus sobrinos. Cuando Lincoln, el mayor, miró en dirección a su tía, la expresión de su cara le dijo que no se preocupara por su hija. Él cuidaría de ella.

—Se está chupando el dedo otra vez —dijo Cleo mientras le daba palmaditas en la espalda a su nieta.

—Sí, y voy a dejar que lo haga. La reconforta. —Nadia no había querido enfadarse con Cleo, pero lo último que necesitaba o quería era que alguien le señalara lo obvio.

—Lo sé, sólo estaba... —Cleo sacudió la cabeza y fue a ver a los otros nietos.

—Sólo intenta ayudar —dijo Warren al pasar junto a su hija—. Vamos, ven a sentarte. Come algo de pizza.

Le tendió una silla a Nadia. Se sentó, moviendo a Lynnea para acunarla. Apartó el cabello de la cara de su hija y la estrechó contra su pecho.

—¿Has comido? —le preguntó Nadia.

Lynnea negó con la cabeza.

—Toma, comamos esto juntos. —Compartieron un trozo de pizza. Era todo lo que Nadia podía aguantar. Cuando Cleo sacó una bandeja de brownies, Lynnea se animó. Nadia le dio uno.

—Están riquísimos, abuela —dijo Lynnea mientras se metía el cuadrado en la boca. A Cleo se le humedecieron los ojos. Nadia se quedó mirando y se preguntó qué estaría pasando por la cabeza de su suegra. Había perdido a su hijo y, últimamente, su relación con Nadia era inestable. No siempre coincidían en la crianza de los hijos y Cleo a menudo se ponía del lado de Freya.

El año pasado, cuando Rafe y Nadia habían querido organizar Acción de Gracias, Freya había tenido problemas con todo. El menú era un problema, a pesar de que era lo mismo que Cleo siempre cocinaba en su casa. La hora a la



## Hill

que comían, que era una hora más tarde que el año anterior. Pero lo que puso a Nadia al borde del abismo fue la insistencia de Freya en que sus hijos se sentaran en la mesa principal con los adultos y no en la mesa de los niños con el resto de los niños. Rafe le dijo a su hermana que madurara, pero Cleo defendió a su hija, diciendo que Leif y Astrid no conocían tan bien a Lincoln y Jaxon y que se sentirían incómodos. Rafe sugirió a su hermana que se quedara en casa o fuera con la familia de Lars durante las vacaciones y, desde entonces, había notado cierta tensión entre ellos. Cleo culpaba a Nadia, aunque no quería admitirlo.

Miró al otro lado de la mesa y descubrió a Freya mirándola fijamente. Nadia le sostuvo la mirada un momento y luego volvió a centrarla en su hija. En un abrir y cerrar de ojos, todo había cambiado. Si antes las vacaciones le habían parecido tensas, ahora se habían alterado para siempre. Cleo y Otto vendrían para los cumpleaños de las niñas, pero nada más. Cleo o Freya organizarían Acción de Gracias y Navidad, y Nadia no estaría allí. Tampoco sus hijas. Su familia estaría aún más fracturada que antes.

Llamaron a la puerta. Otto fue a abrir y dio una alegre bienvenida a Kiran Dunlap a la casa. Nadia tuvo sentimientos encontrados cuando establecieron contacto visual. Era el mejor amigo de Rafe y debería haber tenido la oportunidad de despedirse de él. Nadia le había fallado a él y a su esposo. Kiran se acercó a ella mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Se ahogó en un sollozo y se escabulló de debajo del regazo de Lynnea y se dirigió apresuradamente a la cocina.

Nadia se agarró al borde del mostrador, respirando hondo en un intento de alejar el inminente ataque de pánico.

—Nadia. —La voz de Kiran era suave y tranquilizadora cuando no debía serlo. Ella no se merecía su amabilidad. Ni ahora, ni probablemente nunca. Su mano le tocó el hombro y sus rodillas se doblaron. Kiran la agarró antes de que cayera al suelo. Enterró la cara en su chaqueta, inhalando su aroma limpio y fresco. Nada como la colonia picante y almizclada de Rafe que tanto le gustaba.

Kiran rodeó a Nadia con sus fuertes brazos y la abrazó. Su corazón latía rápidamente en su pecho, vibrando contra el de ella.

—Lo siento mucho —murmuró entre sus ropas. Repitió su sentimiento hasta que otra oleada de lágrimas la inundó.

—Nadia —dijo en voz baja—. Lo comprendo.

Nadia volvió a respirar hondo y se zafó de él, ocultándole la cara mientras se secaba la humedad de las mejillas. Estaba harta de llorar. Cansada de sentirse destrozada. Cansada de todo aquello.

—No deberías —dijo mientras miraba por la ventana de la cocina—. Debería haber llamado. Alguien debería haberte llamado. Tenías derecho a estar allí. A despedirte de él. Yo te lo quité, y ni siquiera tengo una excusa válida de por qué.

## Heartbreak



## Hill

—No estoy enfadado, Nadia.

—Deberías.

Sus miradas se encontraron.

—¿Por qué? ¿Para poder decirle palabras que él no oiría? ¿Para decirle que debería haber estado allí, con él, pero que me escapé en el último momento porque no quería correr? Ahora mismo me siento muy culpable, Nadia. No puedo evitar pensar que, si yo hubiera estado allí, quizá me habrías llorado a mí y no a él. Que sus hijas —Kiran hizo una pausa y señaló la otra habitación—, no estarían echando de menos a su papá.

—¿Por qué dices eso?

—No tengo nada que perder —le dijo—. No tengo una mujer esperándome ni dos niñas que me necesiten. Vida de soltero aquí —dijo mientras se señalaba el pecho—. Si no hubiera salido la noche anterior, no habría tenido resaca y habría estado allí.

—Kiran...

Levantó la mano.

—Es mi culpa, y tengo que vivir con ella. Cualquier culpa que tengas por no haberme llamado, déjala ir. Sinceramente, no merecía estar allí.

—No digas eso. Él te hubiera querido allí.

—Te agradezco que lo digas, y quizá algún día me lo crea. Ahora mismo... —Sacudió la cabeza.

—Kiran —dijo suavemente—. No deberías sentirte culpable por algo que no pudiste evitar. Rafe hizo lo que Rafe siempre hacía. —Mientras Nadia hablaba, la palabra *héroe* apareció en su mente. Por mucho que no quisiera que fuera verdad, Rafe era un héroe. Pero eso no significaba que quisiera que sus esfuerzos se difundieran o se volvieran a mencionar el año que viene. O el año siguiente. Ella y su familia necesitaban curarse. Necesitaban encontrar algo parecido a la normalidad, y eso no existiría si tenían un recordatorio constante del hombre que habían perdido.

—¿Mamá? —Lynnea entró en la cocina, interrumpiendo a Kiran y Nadia. Lynnea le hizo señas a su mamá para que se pusiera a su altura. Nadia se arrodilló y sonrió al oír lo que Lynnea le decía.

Nadia permaneció agachada.

—Puedes preguntarle.

Lynnea se inclinó hacia su mamá y apoyó la cabeza en su hombro, casi haciendo caer a Nadia.

—¿Quieres un brownie? —le preguntó a Kiran.



# Hill

Se puso en cuclillas y quedó a la altura de Lynnea. Extendió la mano y le tocó el dobladillo de la camiseta. Kiran tenía el estatus de tío en la casa, pero aún no había desarrollado un vínculo estrecho con Lynnea. Era más cercano a Gemma, ya que ella era mayor y a menudo iba a lugares con Rafe cuando Kiran estaba cerca.

—¿Los hiciste tú?

Lynnea negó con la cabeza.

»¿No? ¿Quién lo hizo?

—Abuela Cleo —dijo después de sacarse el pulgar de la boca, y volvió a metérselo. Nadia frunció el ceño al verlo, sabiendo que no iba a ser un hábito fácil de romper. Ni atajarlo. Si chuparse el dedo reconfortaba a su hija, lo dejaría por el momento. Además, tenía asuntos más urgentes de los que ocuparse, como la planificación de un funeral, que podía esperar hasta mañana.

—Sabes, creo que me gustaría uno.

Lynnea apoyó la cara en el cuello de Nadia y luego se apartó de su mamá. Lynnea tomó a Kiran de la mano y lo sacó de la cocina. Kiran se volvió, miró a Nadia por última vez y le sonrió suavemente.

Nadia se apoyó en el armario y se deslizó hasta sentarse en el frío y duro suelo. Escuchaba a su familia, sus charlas y risas en la otra habitación, y se preguntaba cuándo volvería a reír. No una risita aquí o allá, sino una carcajada que le provocara lágrimas de felicidad y dolor de costado. El tipo de risa que contabas a tus amigos. El tipo de risa que compartes con alguien especial.

Su alguien especial se había ido. Su roca. La persona con la que más contaba. Ni en sus sueños más salvajes pensó que a los treinta y cinco años sería viuda con dos niñas pequeñas y tendría que aprender a vivir sin pareja.



## Hill

## Once

NADIA

Había pasado una semana y un día desde la última vez que Nadia oyó la voz de Rafe. Desde la última vez que le había dicho que la amaba, la había besado, la había estrechado entre sus brazos. Ella había pasado por un aluvión de emociones. Tristeza, soledad, nostalgia y rabia. Ésta, junto con la completa y absoluta angustia, estaba a la cabeza de sus sentimientos. No había pasado ni un segundo sin que pensara en su esposo. De vivo y vivaz a frío y muerto. Cada vez que se imaginaba al amor de su vida, lo veía como la última vez, en una cama con cables y máquinas que lo mantenían con vida. Todo lo que veía eran las puertas dobles que se lo habían tragado mientras ella estaba allí, observando cómo los médicos se lo llevaban para extraerle los órganos.

Ahora, ella y su familia tenían que asistir a un funeral y reunirse con la conductora, que quería expresar su sincero arrepentimiento por el accidente. No aceptaba la culpa por no mantener su auto en buen estado. En el fondo, sabía que había sido un accidente. Sin embargo, era evitable, y no podía evitar pensar que había que exigir responsabilidades a la persona. Nadia ni siquiera había enterrado aún a su esposo, y la ciudad quería unirse y mostrar a los ciudadanos cómo la gente de Boston era fuerte y se recuperaría. Cómo el legado de Rafe uniría a la comunidad. Cómo los organizadores aprenderían de la tragedia y seguirían adelante.

Nadia no se recuperaría. No tenía nada que reconstruir. Su esposo había desaparecido. La vida que habían planeado para ellos voló en pedazos. Destrozada.

Ella no quería estar allí, pero sus padres habían insistido. Este homenaje debía ser catártico. Le ayudaría a comenzar su proceso de curación. Ella pensaba que era una pérdida de tiempo. Lo último que quería era ver dónde había muerto su esposo. Sin embargo, allí estaban, sentados en sillas negras plegables, bajo una carpa, escuchando al alcalde hablar de la ciudad que Rafe tanto había amado. Aparte de la familia, no conocía a nadie sentado detrás de ella. Quizá eran los otros, los que habían resultado heridos cuando el auto se abrió paso entre la multitud.

Lynnea gimió y tiró del brazo de Nadia. Ella levantó a la pequeña y la abrazó. En una semana, Lynnea había pasado de ser una escandalosa que ponía a prueba todos los nervios de su mamá a una niña que no quería hablar con nadie, que lloriqueaba más que cuando era pequeña y que era un caparazón de



# Hill

sí misma. Y luego estaba Gemma, su hija, antes cariñosa y vivaracha, que quería bailar y cantar y siempre tenía una sonrisa en la cara, pero que ahora escupía veneno, pegaba a su hermana e insistía en dar portazos repetidamente mientras gritaba a pleno pulmón.

Como familia, necesitaban asesoramiento. Nadia lo sabía. No sobrevivirían sin él. Su familia le había dicho que las chicas estaban de luto a su manera, cosa que Nadia entendía hasta cierto punto, pero que necesitaban ayuda para aceptar lo que les había ocurrido. Sólo tenía que recoger el teléfono. Pero no se atrevía a hacerlo.

Quizá la semana que viene o el mes que viene.



Las mujeres de su familia habían planeado el funeral de Rafe. Nadia había esperado resistencia por parte de Cleo cuando le dijo a su suegra que quería incinerar a Rafe, pero Cleo dijo que era lo correcto. El velatorio, sin embargo, sería a caja abierta. Nadia quería dar a los amigos, compañeros de trabajo y familiares de Rafe la oportunidad de despedirse, a pesar del dolor que sentía.

Nadia llegó una hora antes a la funeraria, sola. Su padre la llevó en auto, la acompañó y la dejó allí. Era donde quería estar, con su esposo, por última vez. Sólo ellos. Se sentó en una silla y se quedó mirando el ataúd de madera oscura. La empresa que lo había fabricado se lo había donado a Nadia para Rafe. Era una de las muchas cosas que les habían regalado desde la muerte de Rafe. Además de comida y flores, habían recibido regalos como inscripciones a clases de gimnasia, danza y teatro para las niñas, ropa para las tres, un año de suministro de esto o aquello. La lista crecía cada día. Estaba agradecida, pero quería saber qué pasaría al final del año, cuando se acabaran las inscripciones gratuitas: ¿quién pagaría entonces esos regalos? Su hogar de doble ingreso tenía ahora un único ingreso, y ni siquiera estaba segura de permitirse vivir sólo con sus ingresos en la casa que ella y su esposo habían comprado para criar a su familia.

Suspiró, se secó las lágrimas y se levantó. Cada paso doloroso la llevaba hasta su esposo. Lo había vestido con su traje negro favorito, el que usaba para las ocasiones especiales, y la corbata que las chicas le habían comprado la Navidad anterior. En cuanto lo abrió, dijo con orgullo que era su favorita y la llevaba al trabajo dos veces por semana. Su hermana había llevado la colonia de Rafe a la funeraria el día anterior y, cuando Nadia se inclinó hacia él, aspiró. Oía como el hombre del que estaba enamorada, y no como la muerte. Rafe llevaba su anillo de boda, pero mañana se lo darían en una bolsita, junto con su reloj. Ella guardaría estas cosas y se las pasaría a sus hijas o nietos.

Sus dedos recorrieron la madera lisa y pulida, y luego el forro de satén. El ataúd era hermoso, si es que uno podía ser hermoso. Cuantificar la muerte y la belleza no era algo que Nadia supiera hacer muy bien.

# Heartbreak



# Hill

Se arrodilló y apoyó la barbilla en las manos. A pesar de la muerte, Rafe seguía siendo guapo. Le pasó los dedos por el cabello, sin preocuparse de la gomina y la laca que el funerario había utilizado para mantenerlo en su sitio. Nunca estaba perfectamente peinado y no tenía sentido que lo estuviera ahora. Además, nadie recordaría que Rafe Karlsson llevaba el cabello desordenado en su ataúd. Ella, sin embargo, recordaría el aspecto que tenía su esposo antes de que el director de la funeraria cerrara el ataúd.

—Mírate —dijo ella, tratando de encontrarle algo de humor al momento—. Nunca te había visto tan quieto en todos los años que te conozco. Espero que estés haciendo cualquier cosa menos estar quieto donde quiera que estés, mi amor. Pero, por favor, no corras más. —Esta vez no se secó las lágrimas. Necesitaba llorar, necesitaba sentir la opresión en la garganta, en el pecho. Necesitaba que el dolor le recordara que seguía viva y que dos pequeñas humanas dependían de ella.

—Dios, te echo tanto de menos, carajo. —Se ahogó en un sollozo—. No entiendo por qué te alejaron de mí. De nosotras. ¿Qué hicimos para merecer esto?

Nunca habría una respuesta satisfactoria.

Nada tendría sentido para ella.

—Quiero despertar de esta pesadilla y encontrarte tumbado a mi lado en la cama, amándome. Quiero mirarte a los ojos y ver que me amas, volver a oír tu voz diciéndome que todo va a salir bien, y sentir tus brazos rodeándome mientras nos mecemos al ritmo de la música que tenemos en la cabeza. Esas son las cosas que quiero ahora mismo. Mañana serán las mismas, excepto que no podré decírtelas porque tu cuerpo ya no estará. —Nadia se desplomó contra el ataúd—. Esta es la última vez que veo tu hermoso rostro, que toco tus fuertes manos, que paso mis dedos por tu cabello. Van a volver a separarte de mí y no puedo hacer nada para impedirlo.

—Te amo, Rafe —le dijo—. Y estoy fracasando sin ti a mi lado. No sé cómo ser yo sin ti. No sé cómo ser mamá soltera y criar a nuestras hijas como discutimos criarlas. Están sufriendo, cariño. Nuestras fuertes bebés están sufriendo mucho. Todos lo estamos. Sólo queremos que vuelvas.

—Sra. Karlsson. —El Sr. Mahar, el director de la funeraria, se aclaró la garganta y esperó. Cuando ella no le contestó, continuó—. El resto de la familia está aquí.

Nadia asintió y esperó a que se marchara. Pasó los dedos por la cara de Rafe e hizo lo que nunca pensó que haría: se inclinó hacia delante y lo besó.

—Te amo —volvió a decirle antes de alejarse.

Encontró al Sr. Mahar en el pasillo, esperándola.

# Heartbreak



## Hill

—Puede dejarlos entrar. Necesito refrescarme. —Se dirigió al cuarto de baño y se miró en el espejo. La mujer que la miraba no era la Nadia que ella conocía. No, esa mujer hacía tiempo que se había ido y era poco probable que volviera.

Con la respiración tranquila, regresó al salón, donde los miembros de su familia se despedían de Rafe. Buscó a sus hijas y se acercó a ellas, tomando a cada una de la mano. Serían las últimas, antes de que entrara el público.

—Mami, hay mucha gente afuera esperando a papá —le dijo Gemma. Nadia se inclinó hacia delante para mirar por la ventana y vio una fila de gente.

—Papá apreciará que hayan venido a despedirse.

Gemma asintió, mientras Lynnea se aferraba al costado de Nadia. Tiró de la falda de su mamá.

—Quiero irme a casa.

—Lo sé, cariño. —Nadie quería estar allí—. Todo esto casi ha terminado. —Y luego tendrían que encontrar una manera de sanar.

Cuando llegó el turno de despedirse, las chicas subieron los escaloncitos que había delante del ataúd. Al principio, Lynnea insistió en que no quería verlo, pero Nadia le enseñó lo que eran los remordimientos y cómo, si no aprovechaba la oportunidad, podría arrepentirse más tarde. Después del velatorio, no tendría otra oportunidad, a menos que mirara sus fotos.

De algún modo, Nadia mantuvo la compostura mientras las chicas se despedían. Se hicieron a un lado, con Nadia al frente de la fila de recepción, Gemma a su lado y luego Lynnea. Reuben se colocó detrás de sus sobrinas, dispuesto a llevárselas cuando se cansaran de estrechar manos y abrazar a desconocidos. Otto y Cleo estaban junto a Lynnea, seguidos de Freya, Lars y sus hijos. Los Bolton se situaron al fondo de la sala, dispuestos a saludar a la gente que conocían.

—Sra. Karlsson, ¿está lista?

Nadia negó con la cabeza.

—Desgraciadamente.

Kiran entró primero, haciendo contacto visual con Nadia antes de volverse hacia el ataúd. Cuando llegó a la línea de recepción, la estrechó entre sus brazos y lloró. Nadia jadeó. Kiran no había hecho eso la otra noche, cuando estaban en la casa, cuando la había abrazado. Había sido fuerte con ella y ahora ella sentía que tenía que ser fuerte por él.

Kiran también había perdido a Rafe. El abrazo fue necesario. Lloraron juntos.

—Gracias por venir —le dijo a su chaqueta.

—Estoy donde tengo que estar, Nadia.

## Heartbreak



## Hill

Kiran se agachó delante de Gemma y Lynnea.

—Si ustedes o su mamá necesitan algo, me llaman. ¿Entendido?

Las chicas asintieron.

»Sigo siendo su tío, pase lo que pase. —Los estrechó entre sus brazos y los abrazó. Nadia no podía mirar, no sin perderse.

No lloraría. No hoy, y no delante de gente que no conocía.

Hoy, sería la fuerte esposa de Rafe Karlsson.

Nadia observó cómo Kiran se abría paso a través de la fila y luego se mezclaba con sus padres. Él la sorprendió con la mirada y sonrió. De algún modo, en medio de la angustia, encontró fuerzas para devolverle la sonrisa.

Su mejor amiga, Hazel Pittman, vino con su hija, Hayden, que tenía la misma edad que Lynnea. Las chicas estaban muy unidas. Las mejores amigas, según Lynnea. Cuando entró Aida McGee, la mejor amiga de Gemma, los *Dioses míos* hicieron que Nadia pusiera los ojos en blanco. Las niñas de ocho años no siempre sabían expresarse muy bien y a menudo imitaban a los demás, sobre todo a los de los programas de televisión que veían.

Después de que los compañeros de trabajo y los amigos salieran adelante, Nadia no vio más que un mar de azul. La policía, los bomberos y las ambulancias habían venido a honrar a Rafe. Sabía que estarían allí mañana, encabezando la procesión, pero no tenía ni idea de que estarían en el velatorio. Cuando Luca DeMarco, el agente que la había ayudado y se había quedado con ella aquel fatídico día, se puso delante de Nadia, dijo el típico:

—*Siento su pérdida.* —No sólo le sorprendió a él, sino a sí misma, cuando la abrazó. Le estaría eternamente agradecida por estar a su lado cuando necesitaba a alguien.

—Gracias.

Unos desconocidos vinieron a presentar sus respetos a un hombre al que no conocían, pero por el que habían sentido algo. Cada persona le estrechaba la mano y le decía cuánto lo sentía. Algunos dijeron que habían corrido con Rafe en carreras anteriores o que habían remado con él en el Charles.

Cuando la última persona se marchó, Nadia volvió a sentarse en la habitación con Rafe. Esta vez, las velas ardían a su alrededor, el cielo se había oscurecido y ella estaba físicamente agotada. Se arrodilló en los escalones y apoyó la barbilla en las manos. Rafe habría odiado la atención que había recibido hoy y habría dicho algo sobre que no se la merecía. Pero lo merecía. Era querido por muchos, y eso era evidente por la cantidad de gente que había venido a presentarle sus respetos.

## Heartbreak



# Hill

Por última vez hasta que volviera a verlo, le pasó los dedos por el cabello. En su mente, estaría desordenado para siempre. Se inclinó hacia delante y lo besó.

—Te amo.

Un carraspeo la hizo mirar por encima del hombro. El director de la funeraria estaba de pie, con las manos juntas delante de él.

—¿Quiere ahora su anillo y su reloj? —le preguntó.

Nadia asintió. Sujetó la mano de Rafe y le quitó el anillo de boda, incapaz de recordar una sola vez que no lo hubiera llevado desde el día en que ella se lo había puesto en el dedo. A continuación, le desabrochó el reloj y se lo puso en la muñeca. Se lo habrían dado mañana, pero ahora era mejor.

—La veré por la mañana —le dijo el director—. La limusina la recogerá y la traerá aquí, y empezaremos la procesión desde aquí.

—Gracias.

Mañana, la limusina familiar seguiría a un destacamento policial en su camino por la ciudad hasta la Catedral de la Santa Cruz, donde se rendiría homenaje a su esposo.

Seis portadores del féretro llevarían el ataúd vacío hasta la entrada de la iglesia, donde la familia y los amigos de Rafe se colocarían frente a los bancos llenos de gente, algunos conocidos y otros en su honor y en apoyo de su mujer y sus hijas. Se leerían discursos, hablando a todos los que quisieran escuchar sobre el hombre que les había sido arrebatado.

Al concluir la misa, Nadia caminaba por el pasillo, con una hija a cada lado, mientras el ataúd vacío de su esposo abandonaba la iglesia.

Y entonces, empezaría de nuevo.

Si pudiera averiguar cómo.



Hill

Doce

GRAYSON

Grayson se sentó en el borde de la cama de la consulta del médico. Mientras esperaba a que entrara el cardiólogo, jugaba con su teléfono. Más aún, pensó que era el momento de buscar cosas al azar en su teléfono, como si la cama en la que estaba sentado se llamaba realmente *mesa de tratamiento de gabinete ahorrador de espacio*. La siguiente búsqueda era algo que había pospuesto, pensando que era lo suficientemente inteligente como para resolverlo por su cuenta, pero había fracasado estrepitosamente, y era el romance con Reid. Había sido tan ingenuo como para pensar que invitarla a salir -lo que aún no había sucedido- sería suficiente para demostrarle que estaba interesado. Por supuesto, entendía sus dudas. Demonios, si los papeles se invirtieran, mantendría el muro de cemento entre ellos y tiraría cualquier herramienta que ella tuviera para un posible derribo. Grayson tenía que encontrar la manera de hacerle saber que iba en serio con lo de la cita y lo de salir, porque sus sutiles indirectas habían seguido cayendo en saco roto.

Entró el médico, seguido de una enfermera. Grayson tiró el teléfono en la silla donde había dejado la camisa. Odiaba mirarse el pecho. La cicatriz no era tan nudosa como antes, pero seguía enrojecida en algunos puntos y a veces le picaba como una perra. Reid le había comprado una crema para ponérsela, que parecía funcionar. Pero ella lo obligaba a aplicársela en lugar de hacerlo ella. Eso no le gustaba.

—Hola, Grayson. ¿Cómo te encuentras? —El doctor Wynn estaba de pie junto al carrito del ordenador y pulsó el mouse lo que parecieron un millón de veces. Grayson estuvo a punto de inclinarse para que el doctor lo mirara, pero se lo pensó mejor. Mientras le hacía preguntas, la enfermera le tomó la temperatura, le tomó el pulso y la tensión y le pidió que se subiera a la báscula. Transmitió las cifras al cardiólogo.

—Bien.

—¿Cómo va el dolor?

Grayson se encogió de hombros.

—Va y viene. Es más como un shock o una puñalada.

—Eso va a ser normal. ¿Cómo están las costillas?

—Están bien, creo. No es que haga nada físico.

Heartbreak



## Hill

—¿Qué haces de ejercicio?

—Caminar mucho —le dijo Grayson. Entre su mamá y Reid, lo único que hacían era caminar.

—¿Estás saliendo y disfrutando del tiempo?

Grayson asintió, aunque el médico no lo miraba. Tampoco parecía importarle, porque no le pidió que repitiera su respuesta. Se acercó y sonrió a Grayson.

—Parece que la cicatriz está sanando bien.

—Gracias. Reid me dio una crema que encontró. Parece hacer el truco.

El Dr. Wynn puso su estetoscopio en el pecho de Grayson.

—Vamos a escuchar.

Durante los dos primeros meses después de que Grayson recibiera su nuevo corazón, había tenido que ir al médico todas las semanas para que le hicieran una biopsia y asegurarse de que su cuerpo no rechazaba su nuevo corazón. Saber que su cuerpo podía renunciar al corazón en cualquier momento le había infundido el temor de Dios. Estaba decidido a hacer lo correcto con el don que se le había concedido. Aunque odiaba su nueva alimentación sana, Reid se había unido a él en el cambio y cenaban juntos todas las noches. A Grayson le gustaba que no fuera sólo él el que seguía la dieta blanda; lo hacían como pareja... bueno, como futura pareja, si es que él tenía algo que decir al respecto.

El Dr. Wynn sonrió mientras movía el estetoscopio.

—Me encanta lo que oigo.

—Gracias.

—Todo suena como debería, pero vamos a seguir con una radiografía. No quiero correr riesgos.

—Yo tampoco, Doc.

El Dr. Wynn se sentó en su taburete médico.

—¿Alguna pregunta para mí?

Grayson asintió.

—Tengo curiosidad por el sexo.

—Ah, sí. Probablemente sea la pregunta más frecuente, y rara vez se trata durante el alta. En general, doce semanas es lo normal, siempre que te sientas bien. Si no experimentas dificultad para respirar o fatiga, yo diría que probablemente estás bien para iniciar la actividad sexual.

Por un momento, Grayson pensó en preguntarle a su médico si podía anotarlo, pero luego pensó que no tenía sentido, al menos por el momento. Ni siquiera conseguía que Reid se sentara a su lado en el sofá como solía hacer;



# Hill

probablemente tenía miedo de hacerle daño o algo así. Esta noche, eso cambiaría. El viejo Grayson emergería, el jugueteón y amante de la diversión al que Reid estaba acostumbrado.

Y le diría que estaba interesado en ella.

De alguna manera.

Cuando salió, bajó al laboratorio para que le sacaran sangre, de lo que estaba harto, y luego fue a radiología para que le hicieran las radiografías. Una vez terminadas las citas, envió un mensaje a su mamá para que lo llevara a casa y contó los días que faltaban para que no necesitara una niñera. A las seis semanas le habían dado el visto bueno para hacer cosas solo, pero su mamá había insistido y él no tuvo valor para decirle que no.

Grayson se sentó en el banco y observó a la gente. El verano estaba en su apogeo y, por lo que parecía, iba a ser increíble. Con una nueva vida, Grayson planeaba aprovechar todo lo que pudiera. Los picnics en el parque, los paseos románticos y cualquier otra cosa con Reid estaban en lo más alto de su lista.

Cuando la vio, sonrió.

—¿Qué haces aquí?

—Tu mamá tenía que hacer unos recados y hace demasiado buen tiempo para estar en el trabajo.

Durante las primeras seis semanas después de su operación, había estado allí todas las noches con él. Reid le había dicho a Sydney que le resultaba más fácil quedarse en casa de Grayson, ya que vivían en el mismo edificio y, además, hacía mucho tiempo que Sydney no dormía en su propia cama.

Cuando Grayson se enteró de que su mamá había pasado todas las noches en su habitación del hospital, había tenido sentimientos encontrados. Quería a su mamá más que a la vida misma y sabía que haría cualquier cosa por él y él por ella, pero odiaba saber que había dormido en un catre o en una silla incómoda por su culpa. En cuanto pudo, le pidió a Reid que le comprara a su mamá una escapada de una semana para ella y Gilbert, un regalo que aún no habían aprovechado.

En cuanto a Reid, Grayson sabía que también se había tomado mucho tiempo libre en el trabajo para estar con él y que había pasado todas las noches en su habitación mientras Sydney corría a casa para comer y ducharse. Después de cómo la había tratado, en el sentido de rechazar sus insinuaciones, Grayson sabía que no se merecía a alguien como Reid. Sin embargo, quería cambiar y demostrarle que sí, o que podía ser digno de su amor y afecto, como pareja. El muro que los separaba tenía que derrumbarse, y lo haría en cuanto encontrara la forma de hacerlo.

—Bueno, esto es una hermosa sorpresa —dijo mientras le sujetaba la mano. Ella se la dio de buena gana durante un segundo o dos y luego la apartó.

# Heartbreak



## Hill

Grayson se levantó, se estiró y le pasó el brazo por los hombros. Para él no era algo fuera de lo común, así que las probabilidades de que ella se encogiera de hombros eran escasas.

—¿Cómo fue tu cita?

—Genial —dijo con entusiasmo—. Hice los análisis de sangre y radiografías habituales. El nuevo corazón está haciendo su trabajo. El doctor dice que suena bien, y tengo que decirte, Sully, que me gusta cómo me hace sentir.

*Sully* era el apodo que le había puesto cuando se conocieron, y cada vez que la llamaba *Sully* sus mejillas adquirían un precioso tono rosado, y ella movía las pestañas en respuesta. Grayson estaba bastante seguro de que ella no tenía ni idea de esto último y él no iba a decírselo.

—Eso está bien —dijo ella—. ¿Algo más? ¿Tensión arterial bien?

—Perfecta —dijo—. Sano como un caballo.

—Son muy buenas noticias, Grayson.

Se detuvo en medio de la acera. Ella dio un paso atrás y lo acercó a ella para despejar el camino a los demás.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Nada en absoluto, Sully. —Le apartó el cabello del hombro y sonrió—. ¿Recuerdas cuando estaba en el hospital y te pregunté si querías tener una cita?

Ella asintió sin comprometerse.

»Hablo en serio, Reid. Es decir, a menos que no quieras explorar esto conmigo, lo cual entendería totalmente.

—Grayson... —Hizo una pausa y se mordió el labio inferior—. No creo que este sea el lugar para tener esta conversación.

Miró hacia arriba y hacia abajo de la calle, y luego a través de ella.

—Entonces la tendremos en el parque o en el metro o en mi apartamento. No importa dónde, pero la tendremos a menos que me digas que no estás interesada, porque lo entendería si no lo estuvieras. Fui un imbécil, y aunque tuve mis razones personales para serlo, eso no niega que te hice daño, y quiero arreglar las cosas. O compensarte.

—¿Arreglarlo o salir conmigo?

—Ambas. Una y luego la otra o al mismo tiempo. Lo que me permitas.

Reid resopló y se apoyó en la pared con los brazos cruzados.

—¿Por qué ahora?

—Porque alguien me ha dado el regalo de la vida, una segunda oportunidad de hacer esto de la manera correcta, y no quiero desperdiciar ni un



## Hill

solo segundo de ella. Y todos esos segundos, quiero que estén llenos de ti a mi lado. No sólo como mi mejor amiga, sino también como amante y compañera.

Ella lo miró con recelo. Aceptó el escrutinio. Se lo merecía y mucho más. Pero le daría tiempo, porque ahora lo tenía de sobra. Mientras mantuviera un estilo de vida saludable, su nuevo corazón le daría otros veinte años, y para entonces, los avances en medicina le permitirían otros veinte o más. Grayson no estaba preocupado.

Empezaron a caminar de nuevo. En la esquina de la calle, cuando les tocó esperar, él le puso la mano en medio de la espalda. Quería sujetarla de la mano, pero temía el rechazo. Esto era lo mejor que iba a pasar por el momento. Si iban a salir o incluso tener una relación, tendría que moverse al ritmo de Reid y no al suyo. Su ritmo de saltar de nuevo a la cama no iba a funcionar. Ya habían estado allí, y su recuerdo de la noche era nada menos que mágico. Fue él quien frenó el desarrollo de cualquier cosa. Incluso una relación de amigos con beneficios. Nunca salían como las partes pensaban. Era inevitable que alguien saliera herido.

Ahora todo lo que tenía que hacer era no estropear las cosas.

Por primera vez desde su operación, Grayson pasó su tarjeta del metro y subió a él. Su incisión cicatrizada le permitía una mayor exposición a los elementos y a la sociedad. Encontraron un asiento de dos plazas y se sentaron. Normalmente, se sentaba en el pasillo. Era lo correcto, pero Reid insistió en que se sentara cerca de la ventanilla.

—Siempre existe la posibilidad de que alguien pase con una bolsa grande o algo así y te golpee.

—Mis ojos todavía funcionan —le dijo bromeando.

Rodó los suyos para dar efecto.

—Sígueme la corriente.

Grayson lo hizo, pero no sin cierta exageración.

Por su parte, no tendría que cambiar su forma de acercarse a ella. Seguiría abriéndole la puerta, haciéndole cumplidos y bromeando con ella, al tiempo que activaba el encanto romántico que había mantenido oculto. Estaba listo para desatar a la bestia. Para demostrar su valentía, le sujetó la mano y se la llevó a los labios, besando el dorso de la suya. A pesar del estruendo del tren, no se le escapó un suspiro cuando sus labios tocaron su piel.

—No hagas eso —le dijo.

—¿Hacer qué?

—Actuar como si estuviéramos en camino de ser esta pareja antes de que te operaras. No lo éramos. —Ella no necesitaba recordárselo—. Hay cosas que quiero, Grayson. Cosas que necesito como mujer. Lo siento, pero vas a tener que



## Heartbreak

## Hill

hacer algo mucho mejor que decirme que quieres salir conmigo, que quieres ser mi pareja, y besarme el dorso de la mano, para que yo lo acepte.

Levantó una ceja, desafiándola.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? ¿Eso es lo mejor que se te ocurre? —Reid puso los ojos en blanco.

Ella tenía razón. Le faltaba una respuesta. Necesitaba cambiar su forma de pensar. Esta no era Reid, su mejor amiga. Era Reid, una mujer con la que quería salir. Grayson tenía que abordar la situación como si nunca hubiera pasado nada entre ellos. Iba a tener que enamorarla. Cenar con ella.

Grayson iba a tener que trabajar. Asintió.

—Te veo, Reid Sullivan.

Sacudió la cabeza y volvió a poner los ojos en blanco.

Tras transbordar de tren y hacer algunas paradas que los llevaría a su complejo de apartamentos, salieron y caminaron calle arriba. Desde su puesta en libertad, no había caminado mucho al aire libre, sobre todo en el patio del complejo o del auto a la consulta del médico.

Grayson caminaba despacio, saboreando la naturaleza, la belleza de la ciudad en la que vivían y la compañía de Reid. Se le ocurrió una idea y dejó de caminar. Se volvió, y una mirada de horror la inundó.

—No, estoy bien —le dijo antes de que pudiera preguntar—. Sólo tuve una idea.

—¿Y no pudiste decir eso antes de parar bruscamente y hacerme pensar que algo va mal?

—Tienes razón, lo siento. —Grayson se aclaró la garganta—. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—Uh, ¿hacerte la cena?

¿De verdad? ¿En eso se había convertido su vida: en cuidar de él? Él tenía que cambiar esto porque ella no necesitaba vivir así. Y él tampoco.

—Esta noche vamos a salir —le dijo, para sorpresa de ella. Grayson le sujetó la mano—. Reid, ¿te gustaría salir conmigo esta noche?

Asintió.

—Nada loco, sin embargo, ¿de acuerdo?

—Lo prometo. Nada extravagante. —Ella lo mataría si la llevaba a un club de baile. Por no mencionar que no estaba seguro de que su nuevo corazón estuviera listo para bailar.

## Heartbreak



# Hill

Subieron las escaleras de su complejo y él le sostuvo la puerta. En el ascensor, eligió el piso de ella, pero no el suyo, con la esperanza de que ella no lo cuestionara. Cuando llegaron a su planta, la acompañó hasta la puerta.

—Hasta luego.

—¿A qué hora?

Se miró la muñeca, plenamente consciente de que no llevaba reloj, pero lo hizo con la esperanza de que ella le llamara la atención por ser tonto. No lo hizo.

—Te recojo a las cinco —le dijo.

—Vivimos en el mismo edificio —le recordó—. Puedo ir a tu casa.

Sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no. Es una cita. Te recogeré. —Grayson guiñó un ojo y se dirigió hacia el ascensor—. Nada elegante, Sully, pero la pasaremos bien.

Al menos eso esperaba.

En su apartamento, se duchó. Aunque lo había hecho antes de ir al médico, ahora lo hacía con un propósito. El agua tibia le salpicó el cuero cabelludo, mojándole el cabello oscuro y pegándole las puntas a la cara, y luego le goteó por la espalda, las nalgas y las piernas para acabar dando vueltas por el desagüe.

Grayson observó cómo el agua se arremolinaba alrededor de la tapa plateada del desagüe. Comparó el movimiento con su vida. Su fase de reciclaje. La última segunda oportunidad.

El agua estaba más fría de lo que él prefería y Grayson ajustó el dial. Podía pasarse fácilmente todo el día en el agua, algo que había aprendido a amar durante su adolescencia como socorrista en el centro recreativo cercano a la casa de su infancia. Que le pagaran por nadar siempre que quisiera, coquetear con todas las chicas hermosas y hacer sonar el silbato cuando los niños se ponían demasiado revoltosos era el trabajo de verano perfecto para él. Por suerte, nunca tuvo que utilizar las técnicas de salvamento que la organización le había enseñado.

Grayson se lavó y enjuagó antes de cerrar el grifo. Una de las citas que planearía con Reid sería un viaje a la playa. Se merecía una escapada. Había ido mucho más allá de lo que una amiga o incluso una mejor amiga hace por otra persona. Grayson tenía que agradecerse de una forma que sólo él podía hacer.

Sacudió la cabeza, rociando las paredes ya húmedas con gotas de agua. Sólo después de cerrar la puerta se dio cuenta de que no había tomado una toalla y tuvo que elegir entre ir desnudo y mojado al armario de la ropa blanca o usar la toalla de mano que Reid insistía en que guardara en el baño.

—Toalla de mano será —murmuró mientras recogía el paño con el monograma. Tenía un juego de toallas a juego -regalo de Reid las Navidades



# Hill

pasadas-, pero no eran para uso diario, según ella. La decoración del hogar estaba fuera de su ámbito. No entendía la necesidad de poner en su apartamento algo que no podía usar. Reid y su mamá le habían hecho la vida imposible cuando se habían presentado en su casa con bolsas de HomeGoods.

Grayson volvió a colgar la toalla húmeda en el toallero, se lo pensó mejor y la llevó, junto con su ropa, a su cesto. Si Reid la usaba para secarse las manos después de haberla usado él para secarse debajo... No. Le tenía demasiado respeto como para permitirlo.

En su dormitorio, se paró frente al armario y miró su ropa. Había perdido unos kilos desde la operación y la mayoría de su ropa le quedaba un poco holgada. Nada que un cinturón no pudiera arreglar. Sacó un par de vaqueros del estante de arriba, tomó una camisa blanca de botones y los puso sobre la cama deshecha. Gimió al verlo.

Grayson levantó la sábana y el edredón. Eso era lo mejor que podía hacer cuando se trataba de hacer su cama. Al menos por ahora. Por mucho que quisiera a Reid en su cama, iba a tener que avanzar lentamente en la construcción de esta relación, y con razón.

Se vistió mientras hacía planes para la noche. Empezarían cenando en el nuevo local de ensaladas que habían abierto no muy lejos de su apartamento. Esto apaciguaría a Reid en la búsqueda de mantenerlo saludable, y luego irían al cine. Pensó que la mejor manera de empezar era hacerlo con discreción. Por supuesto, la invitaría a ver otra película o a relajarse en el sofá. Tanto si venía como si no, pensaba acompañarla hasta la puerta y, si había ganas, le daría un beso de buenas noches. Sólo un beso. Uno que permaneciera. Y posiblemente le mostrara algo prometedor.



102



# Heartbreak

## Hill

## Trece

NADIA

Nadia se puso de lado y se quedó mirando el espacio vacío que había a su lado. Las chicas dormían con ella de vez en cuando, pero anoche había querido estar sola. Era el cumpleaños de Rafe. El primero de los muchos que vendrían sin él, y sería un día de luto, recuerdo y llanto. No había pasado un solo día desde su muerte sin que llorara. Siempre había algo que provocaba la emoción, y normalmente era algo tan trivial como un calcetín en el suelo del armario que se había dejado allí la mañana del maratón, o la pila doblada de su ropa encima de la secadora. Esta mañana se debía a su cumpleaños y al hecho de que su almohada ya no olía a él. De hecho, olía ya muy poco, a menos que abriera su frasco de colonia e inhalara. Hacía tiempo que su olor se había disipado de su dormitorio.

Durante los últimos meses, había esperado a que la vida volviera a la normalidad como todo el mundo le había dicho. Se había tomado una excedencia en el trabajo y apenas había hecho que las niñas fueran al colegio. Si no querían, no las obligaba. Esos días, se quedaban acurrucadas en su casa, en el sofá bajo una manta, viendo películas. Sabía que tenía que ser una mamá más fuerte y obligar a sus hijas a ir a la escuela, pero no se atrevía. Si ella no iba a trabajar por cómo se sentía, por qué las niñas debían sufrir lo mismo.

Nadia se llevó la almohada de Rafe a la cara y gritó. Dejó fluir la rabia. Sus gritos fueron amortiguados por el lugar donde su esposo solía reclinar la cabeza por la noche. La vida era injusta y no sabía si sobreviviría al dolor que sentía en el pecho. Nada volvería a ser igual, por mucho que lo intentara.

Si quería que la vida volviera a la normalidad, tendría que *intentarlo*. Nadia tendría que esforzarse por ser la mamá que las niñas habían tenido antes y que se merecían. Quitó la almohada y la abrazó antes de volver a colocarla en su sitio. Se levantó de la cama y se dirigió al vestíbulo, donde las habitaciones de las niñas estaban vacías. Cuando llegó a la escalera, las oyó reírse en el piso de abajo.

Nadia se sentó en el último escalón y apoyó la cabeza en el poste. Escuchó sus risas. Hacía meses que no los oía reír y se encontró sonriendo. Necesitaban que fuera mejor mamá, o ninguna de ellas soportaría los días y meses que les aguardaban.

Subió las escaleras despacio, para no interrumpir lo que Gemma y Lynnea estuvieran haciendo con su mamá. Nadia se detuvo en la puerta de la cocina y apoyó la mano en la pared para estabilizarse. Estaban preparando un pastel de



103



Heartbreak

## Hill

cumpleaños, aunque su papá no estaría allí para comérselo. Con una profunda inspiración y una sonrisa falsa, dobló la esquina y saludó a sus hijas.

—¡Mamá! —chilló Lynnea y se bajó de la silla, cubierta de harina. Nadia la levantó, sin preocuparse por las manos sucias de su hija—. Estamos haciendo el pastel de cumpleaños de papá.

—Ya lo veo. —Dejó a Lynnea en el suelo y se acercó a Gemma, pasándole la mano por el cabello—. Buenos días, Gemma.

—Buenos días. —Gemma se arrodilló en la silla, pero no parecía demasiado dedicada en la preparación del pastel. Nadia le besó la parte superior del cabello e inhaló el aroma a coco limpio.

—Buenos días, mamá.

—Hola, cariño.

Lorraine Bolton casi se había mudado con Nadia y las niñas, y cuando ella no estaba, lo hacía Sienna. Ambas habían aparcado sus vidas para estar al lado de Nadia. Estaba agradecida y una parte de ella deseaba que la dejaran en paz, pero si lo hacían, no tenía ni idea de dónde estaría.

Lo último que quería hacer era prepararle un pastel a Rafe. No tenía ni idea de cómo iría el día, pero parecía inútil celebrarlo. ¿Qué iban a hacer, sentarse a cantarle el *cumpleaños feliz* como si estuviera sentado a la cabecera de la mesa?

Aun así, fue a la despensa, descolgó el delantal y se pasó la correa por la cabeza. Mientras caminaba de vuelta a la improvisada estación de horneado, se ató la espalda. Intentaría estar presente para las niñas en ese día porque era importante para ellas.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —Le costó un gran esfuerzo preguntarlo cuando lo único que quería era acurrucarse en la cama y ver repetidamente el vídeo de su boda. Estaba increíblemente agradecida por haber insistido en tener un camarógrafo en su boda. Cuando quería oírlo decir *te amo* lo único que tenía que hacer era encenderlo.

—La masa está casi hecha —dijo Lorraine—. ¿Qué tal si empiezas con el glaseado? He puesto un par de bolsas de azúcar en polvo en la despensa, y la mantequilla ablandada está sobre la mesa. Les dije a las niñas que podían elegir los colores.

El intento de Nadia de sonreír se quedó corto. Su mamá lo vio y le dedicó una amable. Agradeció que su mamá no la cubriera con palabras de simpatía como *Sé por lo que estás pasando* o *Todo va a ser más fácil*. Ninguna de las dos cosas era cierta. Lorraine había perdido a sus padres, pero eso es normal cuando la gente envejece. Y nada iba a ser más fácil. Nadia estaba sola y criando a dos niñas pequeñas sin la ayuda de su pareja. Prefería divorciarse a tener que enfrentarse a la vida de esta manera.

## Heartbreak



## Hill

A lo largo de los años, Nadia y las niñas habían hecho un millón de pasteles. Lorraine le había enseñado a hacerlos desde cero.

—Siempre saben mejor —les decía a Nadia y Sienna. El glaseado también era siempre casero, de colores y sabores vibrantes. Nada de lo comprado en la tienda. Además, esos envases que se compraban en la tienda nunca eran suficientes para cubrir por completo un pastel o unos cupcakes y no eran más que una pérdida de dinero.

Gemma se acercó para ayudar a su mamá. Echó la leche después de que Nadia midiera y movió lentamente la batidora mientras los ingredientes se unían.

—¿Qué colores vamos a hacer para el pastel de papá? —Las palabras apenas salieron sin que se ahogara con ellas.

—Azul y rojo —dijo Gemma.

Nadia asintió.

—También le gustaba el verde.

Rafe era un fan incondicional de los deportes de Boston, y siempre llevaba el equipamiento del equipo que fuera durante la temporada.

»¿Qué tal si hacemos un poco de color para cada equipo que papá amaba? —preguntó Nadia a Gemma—. Así los metemos a todos.

Gemma asintió y se secó los ojos. Intentó acallar su sollozo tosiendo, pero fue en vano. Nadia la atrajo hacia sí y la abrazó.

—Está bien llorar —le dijo—. Todos lo extrañamos.

—Sólo quiero que vuelva —dijo al lado de su mamá—. Iba a llevarme al baile de padres e hijas.

Nadia se había olvidado del baile. Había pasado y ella no le había prestado atención. Su padre o Reuben habrían llevado a Gemma, o incluso Otto o Lars. Podría haber llamado fácilmente a Kiran para que la llevara. Había muchos hombres en la vida de Gemma que habrían ocupado el lugar de Rafe -no sus zapatos, porque nadie podría hacerlo nunca-, pero estarían allí si Gemma o Lynnea necesitaran una figura masculina para cualquier cosa.

—El año que viene —le dijo Nadia mirándola a los ojos—. Tío Reuben o tío Lars, o uno de tus abuelos, puede llevarte. No volverás a perdértelo. —Le besó la punta de la nariz y volvió a centrar su atención en el glaseado, colocando un cuenco para cada color con una cucharada colmada de glaseado.

—¿Quieres agregar el color? —le preguntó a Gemma, que negó con la cabeza—. Okey, lo haré yo, y tú mezclas para que nos quede el color correcto.

—¿Crees que papá verá su pastel en el cielo?

—Sí, nena, lo hará.

## Heartbreak



105



## Hill

Nadia echó colorante azul en uno de los cuencos y se lo dio a Gemma con una cuchara. La sostuvo mientras Gemma mezclaba el colorante con el mejunje blanco.

—No está lo suficientemente oscuro.

—Podemos arreglarlo. —Con unas gotas más de colorante alimentario azul y un poco más de batido, el glaseado tenía casi el color correcto. En opinión de Nadia, nunca nada sería perfecto. Después del azul, hicieron el rojo, el verde y el dorado. Todos los colores del equipo de Nueva Inglaterra. Lynnea se sentó frente al horno, con la luz encendida, y observó cómo la masa subía hasta formar un pastel. Si eso la hacía feliz y no se metía el pulgar en la boca, Nadia la dejaría en paz.

Gemma encontró las mangas pasteleras y las llevó a la mesa. Nadia y ella las llenaron de glaseado y luego hicieron otra tanda, *por si acaso* según Gemma, que enseguida tomó una cucharada y se la metió en la boca. Sonrió a su mamá con una sonrisa que Nadia no había visto en meses. Nadia puso un poco de glaseado en la nariz de Gemma y se deleitó con su risa. A pesar de lo triste que había sido el día, oír reír a su hija le alegraba el corazón.

—¿Me das un poco? —Lynnea dejó su posición frente al horno y se acercó a su mamá y a su hermana. Nadia le dio una cucharada de glaseado y también le puso una cucharada en la nariz. Otra risa y otra punzada en el corazón de Nadia. Felicidad, pena y arrepentimiento. Ansiaba que Rafe estuviera con ellas y odiaba que él y las niñas se perdieran tanto el uno del otro.

Cuando el pastel terminó de hornearse y se enfrió, las chicas lo decoraron con colores surtidos mientras Nadia y Lorraine se sentaban. Las niñas estaban sucias y se divertían. Gemma mandoneaba a su hermana pequeña, pero era de esperar.

—Solías hacer lo mismo con Reuben, y Sienna les decía a los dos lo que tenían que hacer.

—Todavía lo hace —bromeó Nadia. Su hermana no estaba allí para defenderse. No había mucho que ella pudiera decir. Sienna siempre había sido la líder de la manada. El tipo de persona que tomaba las riendas. Ella era la razón por la que el funeral de Rafe había transcurrido sin problemas y por lo que Nadia se había despedido como era debido. Sienna lo había exigido. Nadia nunca había apreciado tanto a su hermana como en aquellos momentos.

—Ya hemos terminado, mamá —dijo Gemma mientras ella y Lynnea se deslizaban de sus sillas. Nadia se acercó a la mesa del desayuno con la mente abierta. En cuanto vio el pastel de cumpleaños de Rafe, un pastel que no había tenido ninguna intención de hacer, su corazón se llenó de orgullo, alegría y un amor insuperable por sus hijas. Ante ella, el pequeño pastel había sido decorado en cuadrados, cada uno de un color distinto que representaba a Rafe. Las niñas habían hecho un trabajo impecable, para su edad, creando es pastel perfecto.



## Hill

—Guau, esto es hermoso.

—Ahora sólo tienes que añadir las palabras, mami —dijo Lynnea. Señaló cada cuadrado—. Este es de béisbol. —Siguió con cada uno, mostrando a Nadia qué equipo iba con cada uno, junto con el baloncesto, el fútbol y el hockey.

—Chicas, este pastel es perfecto —dijo Lorraine cuando Nadia no encontraba la voz—. A su padre le va a encantar. Vamos a despejar el espacio para que su mamá pueda añadir las palabras.

Las chicas se movieron rápidamente. Gemma limpió su silla y se la tendió a Nadia para que se sentara.

—Aquí tienes, mamá —dijo Gemma mientras le daba a Nadia la primera manga pastelera. Nadia se aclaró la garganta y apartó de su mente los pensamientos sobre Rafe. Tenía que hacer esto por sus hijas, para hacerlas felices, a pesar del dolor que le causaba. Si por ella fuera, seguiría en la cama.

Nadia decoró los bordes del pastel y escribió *Feliz cumpleaños* en el centro. Se sentó y estudió su trabajo. Años atrás, por capricho, ella y su amiga Hazel habían tomado clases de decoración de pasteles porque estaban hartas de pagar los precios de las pastelerías. Lo hicieron cómo un proyecto casero y les causaba ansiedad cada vez que el colegio necesitaba algo. Todo el mundo daba siempre por hecho que Nadia y Hazel lo harían gratis. Por supuesto, tampoco ayudaba que nunca dijeran que querían ser compensadas por su talento.

—¡Vaya! —exclamó Lynnea—. Es precioso.

—A papá le encantaría su pastel —dijo Gemma mientras aplaudía y abrazaba a su mamá.

—Lo haría —aceptó Nadia. La pregunta que le rondaba por la cabeza era: ¿Y ahora qué? ¿Añadirían velas? ¿Cantarían el *cumpleaños feliz*? ¿Celebrarlo como si él estuviera allí?

—Bien, chicas, suban y cámbiense. Yo lo empaquetaré —dijo Lorraine. En cuanto sus estruendosos pasos llegaron al rellano, Nadia se agarró al brazo de su mamá y recogió el pastel.

—¿Qué está pasando?

—Las niñas quieren ir al cementerio a celebrarlo. Sé que a ti probablemente no te apetezca, pero a ellas sí, y es importante para ellas —dijo Lorraine en tono directo. Nadia abrió la boca para decir algo, pero la cerró—. Ve a vestirte —le dijo Lorraine a su hija—. Nos vamos dentro de diez minutos.

Lorraine metió el pastel en una caja y la puso encima una bolsa. Si Nadia tenía que adivinar, eran platos de papel. Iban a celebrarlo, quisiera ella o no.

Lentamente, subió las escaleras y se detuvo en el cuarto de baño, donde estaban las niñas. Las escuchó hablar de cómo a papá le encantaría su pastel y



## Hill

de cómo las vería desde el cielo cuando estuvieran en el cementerio. Nadia no tenía elección.

En su armario, de espaldas a la ropa de Rafe, eligió su vestido favorito y lloró cada segundo que tardó en ponérselo. No se maquilló y se pasó un cepillo por el cabello antes de atárselo con una goma para que no se le cayera de a la cara. Se calzó unas sandalias y, al salir de la habitación, se detuvo. El marco plateado que tenía en la mesilla de noche con una foto de Rafe bailaba bajo la luz del sol. Nadia la recogió y pasó los dedos por la tapa de cristal, trazando el contorno de su cara.

—Dios, te echo de menos —le dijo a su imagen. En lugar de dejarla en la mesa, se la acercó al pecho y la llevó consigo.

La mitad de los restos de Rafe estaban en el cementerio, en un nicho de un columbario. La otra mitad estaba en casa, en la cómoda de Nadia, en una caja de mármol gris acero. En cualquier momento podía abrirla y sacar sus cenizas, pero aún no lo había hecho. Supuso que, con el tiempo, encontrarían un lugar donde esparcir sus cenizas, pero hasta entonces, la caja seguiría allí.

Cuando llegaron, Lorraine colocó una manta cerca del nicho de Rafe y recorrió cuidadosamente el pastel. Gemma y Lynnea se sentaron, mientras Nadia colocaba un ramo de rosas en el jarrón de metal adherido al columbario. Mientras observaba las demás flores, vio notas pegadas con cinta adhesiva en la parte delantera de algunas y se preguntó si escribir una carta a su esposo sería terapéutico. Pero no quería que un extraño leyera sus pensamientos.

Nadia dudó cuando se volvió hacia su mamá y sus hijas.

—Siéntate entre las niñas —le dijo Lorraine. Nadia lo hizo antes de que su mamá montara una escena.

En el centro del pastel, debajo de «Feliz cumpleaños» Lorraine colocó una única vela. *¿Será para celebrar el primer cumpleaños de Rafe en el cielo?* se preguntó Nadia.

—De acuerdo —dijo Lorraine mientras se sentaba sobre sus talones. Empezó a cantar y las demás se le unieron. Cantaron en voz baja, diciendo —*papá* o *Rafe* cuando la canción lo pedía. Cuando terminaron, todas tenían lágrimas en las mejillas.

Lorraine siguió celebrando, a pesar del ambiente sombrío, y cortó el pastel. Les dio un trozo a Gemma, Lynnea y Nadia antes de tomar el suyo. Cada una tomó un bocado y saboreó el pastel casero.

—Esto está riquísimo, abuela —dijo Gemma con la boca llena de pastel, y también muy colorida gracias al glaseado. Nadia no pudo evitar sonreír. No quería estar allí, pero estaba agradecida de que su mamá la hubiera empujado a estarlo.

—Es un pastel estupenda, mamá.

—Y yo —dijo Lynnea—. Yo ayudé.

## Heartbreak



108



## Hill

—Lo hiciste, y es perfecto —dijo Nadia.

—Realmente lo es, si lo digo yo. —Lorraine se dio una palmadita en la espalda y todas rieron.

—¿Puedo decirle algo a papá? —preguntó Gemma.

A Nadia se le cortó la respiración y asintió.

—Por supuesto.

Gemma se levantó y miró al nicho de Rafe.

—Hola, papá. —Nada más empezar, Nadia no pudo contener sus emociones—. Siento que no estés aquí por tu cumpleaños. Pero te hemos hecho el mejor pastel y espero que puedas verlo desde el cielo. Te extraño mucho. —Gemma se atragantó con sus palabras. Nadia empezó a levantarse, pero Lorraine le puso una mano encima y negó levemente con la cabeza.

—Las chicas necesitan esto. Déjala hacerlo.

Lo único que Nadia quería era consolar a sus hijas. Alejar su dolor. Asintió y se mordió el labio inferior en un intento de contener sus emociones.

—Feliz cumpleaños, papá —continuó Gemma—. Te amo. —Besó sus dedos y los acercó al nicho.

Lynnea fue la siguiente, y Nadia tuvo que hacer todo lo posible para no levantarse, recoger a su hija en brazos y salir corriendo. Había fracasado como mamá al no poder protegerlas de aquella angustia. No se lo deseaba a nadie.

Las palabras de Lynnea fueron las mismas que las de Gemma, sólo que más tranquilas. Se estiró de puntillas para acercar los dedos al nicho y luego se sentó a terminarse el pastel. Las niñas eran resistentes. Los adultos, no tanto. Nadia tenía el corazón en la garganta, ardiendo de rabia, resentimiento y nostalgia.

Se quedaron una hora y luego recogieron todo. Lorraine llevó a las niñas al auto, mientras Nadia se quedaba atrás. Necesitaba un momento. Cuando se perdieron de vista, trazó el nombre de Rafe con la punta de los dedos.

—Hoy, como todos los días desde que nos dejaste, ha sido insondable. El tiempo no cura las heridas —dijo en voz alta—. Mis heridas están abiertas. Mi corazón y mi alma fracturados. —Nadia respiró hondo—. Tú estás en alguna parte, mientras nosotras estamos aquí, intentando sobrevivir. Intentando averiguar cómo vivir sin que tú seas la constante en nuestras vidas. Nada es igual y nunca lo será. Mi amor por ti es inconmensurable, Rafe Karlsson. Feliz cumpleaños, mi amor.

Nadia dio un paso atrás y se giró, sólo para encontrarse con una mujer que sostenía un ramo de flores y la miraba fijamente. Sabía, sin confirmación, quién era aquella mujer.

Heartbreak



# Hill

—Tu esposo me salvó. —La mujer dijo las palabras lentamente—. Sé que el que yo diga esas palabras no significará nada para ti, al menos no hoy, ni siquiera el año que viene. No pretendo entender el sacrificio que tu familia ha hecho por la mía. No pasa un día sin que piense en ti y en tus hijas.

En un momento dado, Nadia tenía muchas cosas que decirle a la mujer que tenía delante, pero las palabras le fallaron. Esta mujer vivía con la culpa del superviviente, que probablemente era suficiente para paralizar su ser.

—¿Son para Rafe? —Nadia preguntó por las flores.

—Lo son. Obtuve su cumpleaños de su obituario. Espero que esto esté bien.

Asintió.

—A Rafe le gustaría que lo visitaras.

Nadia se dio la vuelta y se alejó. Cuando llegó al final de la columna, se volvió y vio a la mujer mirando fijamente el nicho de Rafe.

—Espero que estés haciendo algo magnífico con tu vida. Rafe querría eso.

—Lo haré —dijo—. Para honrarlo por lo que hizo por mí.

Nadia sonrió y se marchó.



## Hill

## Catorce

REID

Cuando llamaron a la puerta, Reid sonrió y colgó la llamada con Melanie. Se dirigió a la puerta y, creyéndose graciosa, preguntó:

—¿Quién es?

Grayson rió al otro lado.

—Tu... —Hizo una pausa. Reid frunció el ceño mientras esperaba—. Soy Grayson. —Sospechó que iba a decir algo bonito y posiblemente romántico, pero no lo hizo. ¿Por qué? ¿Porque le había metido en la cabeza que no quería estar con él? Eso estaba muy lejos de la realidad. Lo quería más que a nada, pero no a costa de su corazón.

Reid abrió la puerta. Llevaba un vestido de verano rosado de tirantes finos con un par de sandalias blancas. En comparación con la camisa blanca y la tez más oscura de Grayson, se verían bien juntos. Ella hizo una nota mental para tomar fotos juntos, queriendo capturar la noche.

Se apoyó en la jamba de la puerta, encendiendo el encanto. Llevaba las manos en los bolsillos y las mangas de la camisa abotonada remangadas hasta medio brazo. Grayson sonrió con una media sonrisa en los labios.

*Engreído*, pensó.

Y *mío* también le vino a la mente. Rápidamente despejó el pensamiento.

—¿Estás lista, Sully?

—Ya voy. —Tomó su suéter y su pequeño bolso de mano y se reunió con él en el pasillo. Le sujetó la mano, se la puso en el brazo y volvió a metérsela en el bolsillo. Engreído y seguro de sí mismo. Le esperaba una nueva faceta de Grayson.

Caminaron unas manzanas hasta un nuevo restaurante de la ciudad especializado en ensaladas. Reid sabía que no era lo que Grayson tenía pensado para cenar, pero el hecho de que se atuviera a su dieta en su primera cita significaba mucho. Su salud era importante para ella. Ser testigo de lo que había pasado... no quería volver a pasar por eso.

Durante la cena, Grayson picoteaba su ensalada, moviendo la abundante cantidad de verduras y carne magra de un lado a otro.

—¿Estás bien?

Heartbreak



## Hill

—Lo estoy. —La miró y sonrió.

—¿Entonces qué pasa?

—Sólo pensaba en cómo debería haber hecho esto antes. —Grayson se sentó en su asiento—. Este no es un buen lugar para una primera cita. —Miró a su alrededor—. Quiero decir, supongo que es como la primera cita, pero nos conocemos desde hace años. ¿Recuerdas cuando fuimos al Inn at Little Washington por tu cumpleaños el año pasado?

Reid asintió.

—Esos son los tipos de lugares en los que nuestra primera cita oficial debería ser. No en este lugar.

Reid le tomó la mano y se la estrechó.

—Si no nos conociéramos, ¿me traerías aquí?

Miró a su alrededor y negó con la cabeza.

—Sinceramente, no. Es por esto. —Señaló su pecho—. Por eso estamos aquí.

—Grayson. —Dijo su nombre en voz baja—. Podemos ir a todos esos sitios y seguir comiendo sano. Todo depende de lo que pidas. Nadie dice que no se pueda comer bien, sólo que hay que tener más cuidado. ¿Quieres ir a otro sitio?

Empujó su ensalada hacia delante y asintió.

—Sí, pero primero, tenemos entradas para el cine. En el Heritage Palace ponen *The Notebook*. Hace ya veinte años de esa.

Una oleada de excitación recorrió a Reid. Sonrió alegremente.

—¿Y nos compraste entradas?

Grayson se sonrojó y asintió.

—Sabía que era tu favorita.

Golpeó el suelo con los pies y soltó un chillido.

—Después de la película, iremos por el postre.

—¿No tienes hambre? —le preguntó.

—Sí, pero vamos por palomitas.

Por fin había vuelto la sonrisa que tanto le gustaba a Reid. Grayson tomó los cartones desechables y luego le sostuvo la puerta. Una vez que estuvieron afuera, ella volvió a poner la mano donde él la había colocado, y entonces se dio cuenta de que eran casi como una escena sacada de su película favorita. Sólo que ella y Grayson no dejarían que pasaran siete años entre ellos. Ahora quería cambiar las cosas.

El Heritage era uno de los cines más antiguos de DC y, por suerte para Reid y Grayson, estaba muy cerca de su complejo. A menudo proyectaban



## Hill

películas extranjeras e independientes. No tenían estrenos ni éxitos de taquilla. Reid y Melanie iban a menudo cuando ella estaba en la ciudad, pero esta sería la primera vez de Reid con Grayson.

La taquilla circular, con una ventana enmarcada en latón, estaba situada bajo una gran marquesina que mostraba los nombres y horarios de las dos películas que se proyectaban. Una alfombra roja, y en un tiempo probablemente de terciopelo, recibía a los clientes antes de que atravesaran dos puertas dobles que daban al vestíbulo. El quiosco olía a palomitas recién hechas.

Reid guió a Grayson hasta el mostrador, donde pidieron unas palomitas grandes con mantequilla, una caja de caramelos de cáscara dura y dos refrescos. Reid llevó las palomitas y entregó las entradas al acomodador.

—Teatro uno —dijo mientras partía las entradas por la mitad y le daba los talones a Reid. Como Grayson llevaba sus bebidas, Reid les abrió la puerta. Sacó el pie y lo golpeó contra la puerta.

—Las damas primero.

Reid sonrió, y fue una tontería hacerlo. Grayson no era de los que no le sujetaban la puerta o le llevaban cosas, pero esta noche era diferente. Quería que esta noche se sintiera diferente. Reid eligió la primera fila en el centro. Esto era normal para ellos, siempre que iban al cine. Grayson era alto y Reid siempre se sentía mal por los que se quedaban detrás de él.

Los asientos estaban desgastados y eran incómodos. No estaban allí por comodidad, sino por nostalgia. Grayson dejó las bebidas en el suelo y rodeó a Reid con el brazo, haciéndole cosquillas en el hombro. El problema de los cines antiguos era que, aunque habían mejorado las pantallas, no habían mejorado los asientos, y el molesto reposabrazos estaba ahí. El año pasado, habían ido con Pearce y su novia a un cine recién remodelado donde podías sentarte en una butaca o en un gran sillón reclinable. Reid se había quedado dormida después de ponerse demasiado cómoda.

Después de darle a Grayson las palomitas para que las sujetara, abrió los caramelos y los echó dentro.

—Dale una sacudida —le dijo.

—Había olvidado que te gusta hacer esto —dijo mientras revolvía cuidadosamente las palomitas, creando una mezcla dulce y salada.

—Hace tiempo que no vamos al cine.

—Ni siquiera recuerdo la última que vimos.

Reid lo pensó un momento y luego negó con la cabeza.

—No, yo tampoco. —Subió las piernas, metiéndolas debajo de ella y hacia un lado, lo que la obligó a inclinarse más cerca de Grayson. Colocó el cubo de palomitas en el bolsillo que ella había creado y se relajó un poco. Cuando



## Hill

aparecieron los avances en la pantalla, tomó una porción de palomitas y se lo dio a ella. Era la primera vez. Y algo que ella no olvidaría.

A mitad de la película, Reid apoyó la cabeza en el hombro de Grayson. Él inclinó su cuerpo lo mejor que pudo para estar algo más cerca de ella e intentó pasarle la mano más por encima del hombro. De vez en cuando le daba palomitas y, cuando ella encontraba uno de los caramelos, se lo daba.

Cuando se emitieron los tres últimos minutos de la película y empezaron a caer lágrimas, Grayson le tendió una servilleta e intentó abrazarla lo mejor que pudo para consolarla. Ella lo miró y, con la iluminación procedente de la pantalla, vio que tenía lágrimas en los ojos.

Se sentaron allí hasta que se encendieron las luces, necesitando el pequeño respiro para controlar sus emociones.

—Siempre lloro —dijo Reid.

—No creo que la haya visto así desde las primeras veces que me obligaste. Ciertamente nunca había llorado.

No, no lo había hecho. Había sido un tipo duro, diciendo que las películas no lo hacían llorar. Ella miró rápidamente su pecho y luego a él, negándose a decir lo que pensaba. ¿Había cambiado su nuevo corazón su opinión sobre las películas ñoñas? Reid había leído algo sobre los pacientes trasplantados, en concreto de corazón. Había muchas probabilidades de que a Grayson le gustaran cosas nuevas y desechara cosas que antes le gustaban. Le parecía bien, siempre y cuando no fuera ella.

Regresaron a su complejo. Era una noche agradable. Reid pudo protegerse del frío con su suéter y, por extraño que parezca, sintió el calor de Grayson.

Pasan por delante de un restaurante italiano. Las ventanas estaban abiertas y dentro se oía música de jazz. En lugar de entrar, Grayson sujetó a Reid de la mano y la hizo girar delante de él. Ella soltó una risita mientras él la acercaba a su pecho. Su mano se posó sobre el corazón de él, sintiendo cómo latía rápidamente contra su palma.

Lentamente, levantó la vista hacia él y lo encontró mirándola fijamente.

—Tengo miedo.

—Lo sé —dijo mientras empezaba a balancearlas al ritmo de la música—. Tienes todo el derecho a cuestionar mis motivos e intenciones, Sully.

Apartó la mirada, sintiendo que el corazón la tiraba en una dirección que no conocía. Grayson le acarició la cara y le acercó la barbilla para mirarla a los ojos.

»Quiero que sepas —empezó suavemente, su voz apenas más alta que las bajas melodías del bar de jazz que se filtraban por el aire nocturno—, que no



## Hill

estoy aquí para jugar o hacerte daño, Sully. Estoy totalmente de acuerdo. Con lo que tú quieras.

—Hay cosas que quiero.

—Dame la lista de tareas pendientes. —A pesar de la seriedad de su conversación, él intentó que la situación fuera desenfadada. Ella apreció sus esfuerzos.

—Matrimonio —dijo, saltándose la parte de las citas. Ya habían pasado suficiente tiempo juntos. No había nada, al menos ya no, que no supieran el uno del otro.

Grayson sonrió.

—De acuerdo.

—Niños.

—Dime cuándo y allí estaré —dijo sonriendo.

Sus palabras la hicieron reflexionar. Lo miró a los ojos, buscando respuestas a preguntas que temía formular. Sin embargo, si no lo hacía, Reid siempre se lo preguntaría.

—¿Por qué ahora, Grayson?

Un atisbo de comprensión inundó su rostro. Era como si hubiera esperado a que ella le preguntara esas palabras, necesitando una explicación. Apartó brevemente la mirada y volvió a mirarla.

—Sabes, no recuerdo mucho del día en que me desmayé, pero recuerdo a un tipo hablando contigo, y yo estaba enfadado. Con él. Contigo. Cuando la única persona con la que podía estar enfadado era conmigo. Tomé la decisión de mantenerte a distancia porque pensé que te estaba protegiendo. Protegiéndome a mí mismo, en cierto modo. Ha sido la peor decisión de mi vida. Todo lo que hizo fue hacerme miserable, viviendo cada día preocupándome de que podría ser el último. Nuestro último. Preguntándome cuándo vendrías a mí, diciéndome que habías conocido a alguien, que por fin habías terminado con mi mierda y dejarías Wold o te mudarías.

»Todo lo que quieres, la casa, los niños, yo también lo quiero, y lo quiero contigo. Odio estar en la zona de amigos, pero lo hice porque no quería que me vieras roto y no quería que sintieras que tenías que cuidar de mí o que nuestra relación girara en torno a mi cuidado. —Grayson apartó la mirada un momento y sacudió la cabeza—. Reid, probablemente no soy el tipo más brillante del planeta por lo que he hecho, y tienes todo el derecho a mandarme a la mierda, pero te pido una oportunidad para demostrártelo, para probarte que estoy dentro.

Reid inspiró profundamente y asintió.

—Se acabaron las idas y venidas —le dijo—. Ya no puedo hacer lo de los amigos contigo.

Heartbreak



# Hill

Su mirada era amable, comprensiva y llena de una cruda honestidad que la hizo respirar entrecortadamente. Sintió una innegable atracción hacia él que no pudo ignorar. Sus dedos permanecían bajo su barbilla, sosteniéndola con delicadeza como si fuera lo más preciado del mundo.

—Si me quieres, si nos quieres, aquí estoy. —Le apartó delicadamente un mechón de cabello de la cara y se lo colocó detrás de la oreja. Cada segundo que pasaba en su presencia era como un cálido abrazo que le producía un cosquilleo en las terminaciones nerviosas. Observó cómo sus ojos recorrían sus rasgos y la sonrisa que se dibujó cuando sus miradas se cruzaron. Reid lo había deseado durante mucho tiempo, y ahora que estaba aquí, frente a ella, todo lo que tenía que hacer era dar un salto.

Continuaron balanceándose al ritmo de la música, bajo la luz de la luna. Aquello era, con diferencia, lo más romántico que había hecho nunca, y estaba encantada de vivirlo con Grayson.

Grayson se acercó más y presionó su frente contra la de ella manteniendo el contacto visual, sin importar la diferencia de altura. Su pulgar trazó círculos en su mejilla con suavidad mientras ella tragaba saliva, contemplando una decisión que podría cambiar sus vidas para siempre. Las mariposas revoloteaban en su estómago. Sus labios estaban a escasos centímetros de los de ella, creando entre ellos una tensión eléctrica que sólo podría romperse con un beso.

—Estoy aquí, donde pertenezco y donde he querido estar desde el principio. Tú eres la única que invade mis pensamientos, por quien late mi corazón —continuó en voz baja con una leve sonrisa jugando en sus labios mientras miraba su boca por un breve momento antes de encontrarse de nuevo con su mirada—. Porque estoy dispuesto a arriesgarlo todo por la posibilidad de tener algo real contigo. Si tú estás dispuesta a hacer lo mismo. Podemos ir tan despacio como quieras. Con saber que quieres intentarlo me basta ahora mismo.

El corazón de Reid latía tan fuerte contra su pecho que reflejaba el ritmo de la música de jazz que salía del restaurante. Rápido e intenso. Abrumada por la emoción, se inclinó hacia él, cerrando la brecha entre sus cuerpos y sus corazones.

Levantó la vista hacia él una vez más antes de susurrarle en tono tierno:

—Yo también estoy dispuesta a correr ese riesgo contigo. —Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Grayson, que inclinó ligeramente la cabeza.

Sus labios se encontraron en un dulce beso bajo el cielo iluminado por la luna. Su primera cita fue el comienzo de algo hermoso y aterrador. Reid tenía todo que perder si Grayson cambiaba de opinión, y todo que ganar si no lo hacía. Sin ninguna duda en su mente, cuerpo y alma, él era el hombre para ella.



## Hill

## Quince

NADIA

El verano se desvanecía lentamente. Lorraine y Sienna habían vuelto a sus vidas. También Reuben. Cleo y Otto habían mantenido las distancias, lo que molestaba a Nadia. Aún tenían otras dos nietas y ella necesitaba su ayuda. Warren venía de visita cada dos fines de semana, en tren desde Washington a Boston. Sus visitas eran breves y se debían sobre todo a la necesidad de asegurarse de que la casa no necesitaba reparaciones y el césped seguía cortado. Todo en la vida de Nadia seguía evolucionando y cambiando, pero nada para mejor. La gente que se había preocupado y había expresado su dolor por la muerte de Rafe, o que les había llevado comida en los días posteriores, ya no llamaba ni se pasaba por allí. Todos lo habían olvidado, mientras Nadia y las niñas seguían viviendo con un dolor atroz.

Cuando Nadia volvió a su clase por primera vez desde la muerte de Rafe, ya no era la misma. La sustituta había quitado todos los adornos de Nadia, había guardado en cajas las fotos de sus hijas y de Rafe y había convertido su clase en un lugar poco acogedor. La pared dedicada a la Revolución Americana y a la historia de Boston estaba en blanco, las estanterías vacías. Los libros estaban apilados de forma desordenada. Se sentía fuera de lugar, como si no perteneciera al aula que había sido suya durante años, y definitivamente no quería estar allí. Al menos, todavía no. Pasó la mayor parte de la primera semana colocando las cosas donde quería. Una tarea que debería haberle llevado horas le llevó cinco días. Nada era como era, y ella no podía hacer que fuera igual, por mucho que lo intentara.

Era como su vida.

Cuando llegaron las reuniones de personal, ya había encontrado su ritmo. Sin embargo, no era a lo que estaba acostumbrada. Atrás había quedado la burbujeante Nadia, a la que le encantaba la vida. En su lugar había una mujer triste y huraña a la que le costaba levantarse de la cama por las mañanas y buscaba cualquier excusa para quedarse en casa.

Nadia temía el primer día de clases, un día que solía esperar con impaciencia. Le encantaba conocer caras nuevas y ver a los alumnos que volvían de sus clases avanzadas. Enseñar historia era lo suyo, y pensaba que vivir en un lugar que había hecho todo lo posible por preservarla era algo que la gente debía aceptar. La excursión anual a pie por el Sendero de la Libertad siempre había sido uno de los momentos culminantes de su curso. También lo había sido para



# Hill

en el Boston Common para montar en el carrusel, recorrer la historia sabiendo que los hombres y mujeres que habían forjado nuestro país habían luchado en los mismos lugares por los que ellos caminaban; luego almorzaban en el Quincy Market. Sus excursiones los llevaban a Marshall Street, donde visitaban la Green Dragon Tavern, que databa de 1654. Allí escribió Paul Revere sus memorias sobre sus encuentros clandestinos con Samuel Adams, John Adams y otros. Allí se sentaban y escuchaban a escondidas a las tropas británicas que discutían abiertamente los planes de guerra.

Tenía que encontrar la forma de volver a ser la Nadia de antes, lo cual era más fácil de decir que de hacer cuando se sentía tan vacía por dentro.

El primer día de colegio también significaba que cada una se embarcaba en un nuevo curso escolar con un cambio que ninguna de ellas había esperado. Su rutina matutina sería diferente. Rafe no estaría allí para controlar a una Lynnea demasiado excitada o calmar los nervios de Gemma. No les daría un beso de despedida ni les desearía el mejor primer día de sus vidas, ni le diría a Nadia que enseñara historia de una forma que los alumnos nunca olvidarían. No compartiría con ellas el desayuno del primer día de clase ni las esperaría cuando llegaran a casa, ansioso por escuchar las historias de nuevos profesores, amigos y el chico apuesto que tiró del cabello a Gemma.

Nadia sería la encargada de rellenar los papeles, preparar los almuerzos y asegurarse de que las niñas estuvieran presentables para ir al colegio. Revisaba sus deberes, las ayudaba a bañarse y las arropaba por la noche, a la vez que corregía exámenes, hacía la cena, lavaba la ropa y recogía lo que ensuciaban. La ayuda que había recibido de su familia desde el accidente había desaparecido. Querían que fuera independiente, y lo entendía. El problema era que nunca había sido una mamá sola. Ella y Rafe habían sido un equipo, desde el principio.

Por la noche, hablaba con su foto, le contaba sus miedos y cómo se sentía inadecuada como mamá porque le costaba afrontarlo todo. Era su forma de terapia. No necesitaba que un psiquiatra le dijera que era una mamá de mierda o que estaba obsesionada con la muerte de su esposo. Nadia lo tenía claro. Por cincuenta dólares la hora, podía contarle todo lo que le pasaba a ella, a las niñas y a sí misma como mamá: había perdido a su esposo y las niñas a su padre en un extraño accidente evitable. Eso no se supera en días, semanas o incluso meses. No se supera y se sigue adelante porque la sociedad no lo permite.

Si Nadia quería pasar el curso escolar, necesitaría ayuda. Tal como estaban las cosas, no podía permitirse una niñera a tiempo parcial sólo con su sueldo, y la póliza del seguro de vida aún no había llegado. Si no hubiera sido por la ciudad, las donaciones y sus padres, el funeral de Rafe se habría celebrado en su patio trasero. La gente se había volcado con ellos y ella necesitaba que alguien más hiciera lo mismo.

Tomó el teléfono, marcó el número de Cleo y esperó a que su suegra contestara. En los últimos cinco meses, desde el funeral de Rafe, Nadia no había



## Hill

visto mucho a su familia política. Venían, pero nada como antes. Eso tenía que cambiar.

—Hola —dijo Cleo con su voz cantarina, lo que por alguna razón enfureció a Nadia. No debería estar alegre.

—Hola, Cleo —dijo Nadia, y luego respiró hondo. No se sentía cómoda pidiendo ayuda.

—¿Están bien las chicas?

*¿Sólo las chicas? ¿Yo no?*

—Ellas son la razón por la que llamo. El colegio empieza mañana, y ellas terminan sus clases antes que yo. Esperaba que tú u Otto pudieran recogerlas por mí, y quedarse en la casa hasta que yo llegue.

—¿Todos los días?

*No pareces muy entusiasmada por pasar tiempo con tus nietas.*

—Hasta que encuentre a alguien a tiempo parcial que no trabaje todos los días hasta las cinco.

—¿No sabía que estabas buscando a alguien?

¿Cómo iba a hacerlo? Ni había llamado, ni se había pasado por casa, ni había dejado de culpar a Nadia por donar los órganos de su hijo. Nadia se quedó allí sentada, incapaz de encontrar algo que decir. Quería gritar y decirle que Rafe no apreciaría la forma en que actuaba, pero él lo habría esperado de su mamá.

—Está bien, Cleo. Ya se me ocurrirá algo. —Nadia colgó antes de que su suegra pudiera decir algo. No la necesitaba ni a ella ni a Otto, aunque lo quería mucho. Su siguiente llamada fue a Hazel.

—Me odia —dijo Nadia cuando Hazel contestó—. Y se está desquitando con las chicas.

—Creo que sabías que esto iba a pasar. Ella no es como tu mamá. No tengo ni idea de cómo crió a alguien como Rafe.

—Yo tampoco. —Nadia hizo una pausa—. Estoy en un aprieto, Hazel. No sé qué hacer.

—¿Qué pasa?

—No tengo a nadie que recoja a las niñas o se quede con ellas hasta que llegue a casa. Las actividades extraescolares no empiezan hasta dentro de un par de semanas.

—Voy por ellas —dijo sin dudarlo.

—¿Cómo? Tienes que trabajar.

## Heartbreak



## Hill

—Puedo trabajar en casa por las tardes —le dijo a Nadia—. No iba a hacerlo porque Dios sabe que nunca terminaré nada de trabajo con Hayden quejándose en mi oído, pero puedo hacerlo por ti.

—¿Estás segura?

—Sin duda. Pasaré por la mañana a recoger tu llave extra. Asumo que las llevarás a la escuela.

—Sí, por mucho que no quiera. Tengo que hacerlo. Va a ser duro.

—Iremos juntas. Un esfuerzo de equipo. Además, Hayden echa de menos a Lynnea, y será bueno para las chicas estar juntas.

—Tienes razón. Gracias.

—Tú harías lo mismo por mí —dijo Hazel.

—Rezo para que nunca tengas que pasar por lo que yo estoy pasando.

Hazel no respondió. No le hacía falta. Nadia sabía lo que diría su amiga: Yo también.

—Te veré por la mañana. Intenta dormir un poco, Nadia. Mañana darás clases a alumnos de secundaria y debes estar alerta.

Después de colgar, Nadia se sintió un poco mejor. Seguía sin querer ir a trabajar, salir de casa todos los días o perder de vista a las niñas. Deseaba que llegara el día en que se sintiera mejor, en que echar de menos a Rafe fuera más fácil y su vida volviera a tener sentido.



A la mañana siguiente, se levantó mucho antes de que Gemma y Lynnea tuvieran que salir de la cama, decidida a empezar de cero. Se duchó, se vistió y evitó todo lo que en su habitación le recordara a su esposo. En la cocina, preparó la masa para las tortitas, sirvió jugo de naranja en vasos y puso la mesa. Nadia tarareaba una canción que había oído, pero de la que no estaba segura ni de la letra ni del título. Ni siquiera estaba segura de dónde la había oído.

Nadia apiló tres tortitas en su espátula y se dio la vuelta. Las chicas no estaban en la mesa, ni ella podía oírlas arriba. Las tortitas cayeron al suelo en y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se había olvidado de despertarlas y, a juzgar por los números del reloj de la estufa, llegarían tarde.

Todo en ella le gritaba que volviera a la cama, que dijera que estaba enferma, que dejara a las niñas en casa porque no estaban listas para volver. ¿Cómo iba a sobrevivir si no podía levantarlas a tiempo?

No lo haría, a menos que lo intentara. Intentarlo era tan difícil como vivir estos días.

## Heartbreak



# Hill

Dejando las tortitas en el suelo, se dirigió al piso de arriba, tratando de aclarar sus pensamientos y sentimientos en la ya de por sí caótica mañana. Esta noche le encargaría a Gemma un despertador y le pediría que por favor la ayudara con Lynnea. Era lo mejor que Nadia podía hacer.

—Gemma —dijo Nadia al entrar en su habitación. Encendió la luz y encontró a su hija despierta y mirándola fijamente—. ¿Cuánto tiempo llevas despierta?

Se encogió de hombros.

—Un rato.

La ira surgió en el interior de Nadia y se convirtió en un dolor de cabeza instantáneo. Sabía que no debía enfadarse. Gemma sólo tenía ocho años, pero la irritación se cebaba con ella, haciéndola sentir emociones que nunca hubiera deseado.

—Sal de la cama y ayúdame con tu hermana. Vamos a llegar tarde. —Salió de la habitación de Gemma y entró en la de Lynnea, empujando la puerta bruscamente. Lynnea se sobresaltó y se frotó los ojos.

—Tienes que levantarte. Llegamos tarde. —Nadia buscó la ropa que había tendido la noche anterior, recordando concretamente que la había dejado sobre la silla—. ¿Dónde está tu ropa?

—No me gusta.

—No me importa, Lynnea. ¿Dónde está?

Lynnea no dijo nada y se echó a llorar.

Gemma era su chica de la mañana. La que se despertaba con una sonrisa en la cara y estaba lista para enfrentarse al mundo. Lynnea, no tanto. Era un sol gruñón que quería que la abrazaran y necesitaba tiempo para despertarse antes de que las exigencias del día hicieran de las suyas.

Nadia lo sabía y había fracasado.

Al ver las lágrimas de Lynnea, Nadia salió de la habitación. No podía consolar a la niña. No de la forma que ella necesitaba. Nadia fue a su habitación, entró en el cuarto de baño, cerró la puerta y abrió la ducha. Con el agua a chorro, Nadia gritó. El sonido gutural que salió de su cuerpo la conmocionó. Se agarró a la encimera para apoyarse. Se vio reflejada en el espejo. Los hombros le pesaban y el pecho le gruñía mientras seguía emanando aire. El cansancio de los últimos cinco meses había hecho mella en ella y era como si acabara de darse cuenta. Sus ojos se habían hundido, rodeados de profundas bolsas oscuras. El cabello castaño natural que tanto le gustaba a Rafe estaba apagado, en el mejor de los casos. Las puntas abiertas cubrían los últimos cinco o seis centímetros, pero eso no era nada comparado con las arrugas que le rodeaban la boca, los ojos y la frente. Había envejecido cincuenta años desde la muerte de su esposo.

# Heartbreak



## Hill

Nadia necesitaba recomponerse o no sobreviviría. Tenía dos hijas en las que pensar. Tenían que ser lo primero.

Después de cerrar el grifo, salió de su habitación, se dirigió a la de Lynnea y la encontró sentada en su cama, todavía en pijama. Nadia sintió hervir la ira y la ignoró.

—Siento haber gritado —le dijo—. Mamá está frustrada y enfadada, y se desquitó contigo. Ven, vamos a vestirnos. Puedes ponerte lo que quieras. Nos vemos abajo para desayunar, pero date prisa porque ya llegamos tarde. —Besó la punta de la nariz de Lynnea e ignoró el pulgar que tenía en la boca.

La habitación de Gemma estaba vacía, pero había hecho la cama, lo que hizo sonreír a Nadia. Encontró a la mayor abajo, sentada a la mesa. Las tortitas ya no estaban en el suelo y habían apagado la plancha. Nadia se sintió culpable. Gemma tenía ocho años, cumplía nueve en diciembre, y era más adulta que Nadia a estas alturas.

—Siento haber gritado. —Pasó la mano por el cabello de Gemma y le besó la parte superior de la cabeza.

—Yo también lo extraño, mamá.

Nadia asintió, incapaz de encontrar la voz. Se acercó a la plancha y volvió a encenderla para hacer más tortitas.

—Quizá necesitemos ayuda.

Nadia miraba por la ventana de la cocina al pájaro que había en la valla de su vecino. ¿Cómo podía una niña ser más sabia que su madre?

—Tienes razón, Gemma. Llamaré a alguien hoy.

Cuando salieron de casa, Nadia ya llegaba tarde al trabajo. Llamó a la escuela y dijo que llegaría enseguida, sin dar ninguna otra explicación.

Lynnea abrió la puerta principal y dijo:

—Qué diablos.

—Lynnea, por favor, no digas eso en la escuela. —Nadia se acercó a la puerta y se quedó inmóvil. Kiran se detuvo al acercarse a la casa. Llevaba flores en una mano y botellas de leche con chocolate en la otra. Rafe les compraba flores y leche chocolatada a las niñas el primer día de colegio de cada año. Nadia se tragó el nudo que tenía en la garganta.

Él sonrió, pero no era a la que ella estaba acostumbrada. Hoy era diferente. La amplia, brillante y alegre sonrisa mostraba felicidad, entusiasmo.

—¿Qué estás haciendo aquí, Kiran?

—Bueno —dijo mientras se miraba las manos—. Esperaba encontrarlas en casa antes de que ustedes, encantadoras damas, se fueran por hoy. —Subió los escalones y se detuvo frente a Lynnea, entregándole una botella de leche con



# Hill

chocolate y uno de los ramos en la mano, y luego hizo lo mismo con Gemma—. Sé que no es lo mismo cuando no viene de su papá, pero no estaría haciendo mi trabajo como su mejor amigo si no tuviera esto para ustedes hoy.

—Gracias —dijeron ambas chicas por sus gerberas.

—¿Por qué no llevas tus flores a la casa? Gemma puede conseguirte un jarrón, Lynnea. —Nadia observó a las chicas hasta que desaparecieron de su vista.

Se volvió hacia Kiran.

—No tenías que hacer eso.

—Tenía —dijo, asintiendo—. No es justo por lo que tú y las niñas están pasando, y si algo tan simple como aparecer el primer día de colegio las hace sonreír.... te hace sonreír, entonces sé que he hecho lo correcto.

—Gracias.

Le tendió la mano y le entregó el último ramo. El suyo tenía rosas blancas y claveles, junto con lirios de lavanda, acentuados con aliento de bebé y vegetación. No era un ramo de flores de los que se compran en el supermercado por menos de diez dólares al lado de la caja. Era un arreglo en el que alguien había pensado mucho. Después de aspirar las rosas, miró a Kiran. Parecía avergonzado.

—Gracias, Kiran —dijo. Nadia volvió a inspirar, pero sólo para ocultar su sonrisa. No quería que él la viera sonreír.

—Es un placer, Nadia. —Él asintió y se dio la vuelta. Ella le vio caminar hacia su auto. Cuando llegó al lado del conductor, la miró fijamente durante un largo rato y luego se metió para marcharse.



Hill

## Dieciséis

REID

El texto de Grayson decía: **¡Prepárate para las 6!**

Reid había perdido la cuenta de cuántas veces lo había mirado o alguno de los anteriores. El cambio en su relación también se reflejaba en la forma en que le enviaba mensajes de texto. Atrás habían quedado los memes ridículos, aunque seguía enviando algunos de vez en cuando, y en su lugar había corazones y ojos saltones. Cada mensaje le arrancaba una sonrisa.

Por fin había conseguido a su hombre.

Melanie, la mejor amiga de Reid, le había dicho que, si Grayson no quería estar con ella, algo tan insignificante como que le reemplazaran el corazón no iba a hacerlo cambiar de opinión. Por supuesto, no había nada de insignificante en un trasplante de corazón, y Melanie lo sabía. Era su forma de demostrarle a su amiga que sus pensamientos errantes eran eso: errantes. Desde que Grayson había vuelto a casa del hospital y Melanie los había visto juntos, pudo comprobar por sí misma lo enamorado que estaba de Reid, y Mel se empeñaba en decírselo a su amiga cada vez que podía.

Reid apagó el teléfono e intentó trabajar, pero las palabras aparecían borrosas en la pantalla del ordenador. Hacía tres meses, Grayson le había dicho que estaba decidido, que ella era la persona con la que quería estar. Aunque Reid lo aceptó, lo hizo esperar hasta que estuvo lista para volver a acostarse con él. Tenía que protegerse y, aunque estaba locamente enamorada de él, volver a entregarse a él de esa manera era algo que se tomaba muy en serio.

Grayson se lo tomó como un reto y la colmó de regalos como flores, así como de visitas aleatorias a la oficina (a la que estaba deseando volver), cenas a la luz de las velas que él había preparado y picnics los fines de semana. Habían ido a la playa el Día del Trabajo con sus amigos y se iban a disfrazar para la fiesta de Halloween de Pearce dentro de unos días como Ariel y el príncipe Eric, idea de Reid porque ella ya era pelirroja como Ariel. Por no mencionar que consideraba a Grayson su príncipe. Él había querido que fueran de Forrest Gump y Jenny. Más que nada porque le gustaba exagerar el nombre con su acento de Forrest.

Tomó el teléfono. Sus dedos se posaron sobre los botones, listos para escribir un mensaje a Grayson. Sólo había respondido a su mensaje con un **okey**



124



Heartbreak

# Hill

y un guiño, esperando que él le diera más detalles. No lo había hecho, y eso la dejó aturdida por la curiosidad.

Reid nunca había considerado a Grayson del tipo romántico. La única vez que habían salido antes de su trasplante, habían estado en una fiesta y, aunque no estaban borrachos, sí estaban achispados, y ella había coqueteado, y él le había correspondido. Por desgracia para ella, aquella noche no había dado lugar a muchas más, como esperaba, incluso después de decirle que estaba locamente enamorada de él.

Había dicho que no le correspondía.

Ahora sabía por qué.

Oír sus palabras le había dolido. Ella había intentado distanciarse de él, atribuir la noche a un gran error, pero él se había negado a desaparecer en la noche. Grayson estaba allí, actuando como si no hubiera pasado nada, como si no le hubiera roto el corazón en un millón de pedacitos, cada uno más irregular que el otro. Era como si hubiera recogido esos fragmentos y hubiera seguido apuñalándola, hasta que ella dejó de sentir y se limitó a disfrutar de su presencia. La única gracia salvadora era que él no tenía citas. No traía a otras mujeres ni le hablaba de alguien que había conocido en el bar. Grayson y Reid pasaban tanto tiempo juntos como lo haría una pareja, sin las ventajas de serlo.

Y ahora su vida con Grayson era diferente. Con su nueva vida, él aceptó lo que ella había sabido desde el principio: estaban hechos el uno para el otro. Podían terminar las frases del otro y percibían cuándo el otro estaba listo para salir de casa de un amigo, y él nunca la presionó para dar el siguiente paso en su relación. Reid quería hacerlo. Ansiaba volver a estar con él.

La oficina de Recursos Humanos del Wold Collective estaba dispuesta de forma similar a las demás oficinas, y tenía un concepto abierto con cubículos. El problema que planteaba esta disposición era que el personal no podía mantener conversaciones privadas con los empleados, y siempre tenían que reservar una sala de conferencias. Además, nadie tenía intimidad. Así que, si tenías un mal día o un momento emocional y necesitabas tiempo para ti mismo, no tenías un lugar donde tomarte un respiro. Eso era un inconveniente para Reid. Aunque le encantaba trabajar para Wold, desde que Grayson había hecho público que eran pareja, se había visto bombardeada por personas odiosas y entrometidas que curioseaban en su vida personal. Por supuesto, salir con un compañero de trabajo probablemente no era lo más inteligente.

Reid oyó su nombre y se asomó al final de su cubículo. Su despacho estaba en la parte de atrás, hacia la pared, con un despacho delante de ella y luego la zona de mostrador abierto donde los aspirantes esperaban sus entrevistas. La recepcionista, que había empezado a trabajar a principios de semana y cuyo nombre Reid no recordaba, estaba de pie junto al mostrador con un enorme ramo de rosas rojas.

# Heartbreak



125



## Hill

—¿Reid? —gritó—. Tienes otra entrega.

Sus compañeras se levantaron para ver cómo la recepcionista llevaba el ramo hacia su cubículo. No sabía si estaban celosas o si, como sospechaba, algunas de ellas estaban enamoradas de Grayson. El ramo de rosas era sin duda el más grande que había recibido nunca, y en los últimos meses Grayson le había llevado flores o había hecho que se las entregaran. De hecho, todavía tenía un jarrón en su escritorio de la entrega de la semana pasada.

—Sabes, ninguna de nosotras necesita preguntar sobre tu relación si él sigue así —dijo Lily, una de sus compañeras de trabajo, riendo. No se equivocaba. Grayson no estaba siendo tímido con su afecto por ella. En el fondo, Reid apreciaba cada gesto, se regodeaba en ellos, en realidad, e incluso los marcaba en su calendario.

Se inclinó hacia delante y olfateó una de las fragantes flores.

—Celestial.

—¿Quién es el afortunado? —preguntó la nueva recepcionista.

—Su nombre es Grayson. Lo conocerás pronto. Trabaja aquí y ha salido de permiso.

—No puedo esperar —dijo alegremente mientras saludaba con un dedo y se marchaba.

Reid recogió el pesado jarrón de cristal y lo colocó sobre su escritorio. El arreglo ocupaba la mayor parte de su espacio de trabajo libre, y pasó los diez minutos siguientes limpiando la parte superior de su archivador para hacer sitio a las rosas.

—Gracias por ponerlas ahí —dijo Lily—. Ahora todas podemos disfrutarlas.

—¿Estás bromeando, Lily?

—Absolutamente no. Quiero que mi esposo pase una semana aquí y vea cómo te trata Grayson, entonces quizá mi bulto se haga una idea. Creo que la última vez que me regaló flores... —Se interrumpió—. Sí, hace tanto tiempo que ni me acuerdo. —Lily tenía quince años más que Reid. Era mamá de tres hijos y estaba casada desde los dieciocho. Reid la apreciaba mucho y a menudo acudía a ella en busca de consejos maternos. Lo sabía todo de Reid y de lo que sentía por Grayson: el miedo que tuvo mientras estuvo en coma y lo que le hacía sentir ahora.

—Lo siento, Lily. Para ser justos, hasta Grayson, nadie me había comprado flores, aparte de mi padre. —Reid no contaba el ramillete habitual que le traían sus parejas de graduación. Todo el mundo sabía que eran las mamás las que los encargaban, no los chicos.

—Vaya, ¿es el día de San Valentín o algo así? —dijo Rosalyn al entrar en la oficina. Caminó hasta el puesto de Reid y suspiró—. Mierda. Ese hombre te

Heartbreak



# Hill

está agasajando a lo grande. —Sus dedos se dispararon, como si fueran fuegos artificiales.

—Tiene mucho que compensar, si me lo preguntas —gritó Lily desde su cubículo—. Ese hombre debería besar el suelo que pisas, Reid. Y otras cosas.

Grayson había hecho un gran trabajo demostrándole lo mucho que la quería durante los últimos meses.

Decidió compartirlo con sus compañeras de trabajo.

—Tiene planeado algo especial para esta noche. Aunque no me da ninguna pista, así que estoy un poco nerviosa.

—Quizá te pida que te mudes con él. —Lily se acercó al cubículo de Reid y se apoyó en el separador de media pared. Reid la estudió un momento. Era de estatura media y llevaba el cabello largo con unos rizos naturales que Reid envidiaba. Pagaría un buen dinero por tener textura, cuerpo y algo de vida en el cabello que no la obligara a echarse producto y rizárselo todos los días. Tenía los ojos de un azul intenso y se maquillaba muy poco, ya que, con tres hijos, apenas tenía tiempo para sí misma por las mañanas. No es que lo necesitara, su piel era perfecta.

—Lo dudo —dijo Reid—. Creo que si acaso se mudará al mío. Tengo mejores muebles —añadió riendo.

—Entonces eso es lo que va a hacer —dijo Rosalyn mientras se levantaba y apoyaba los codos en su media pared—. Va a preguntarte si puede mudarse contigo. —Rosalyn era más alta, casi igualando la altura dominante de Grayson. Con su larga melena rubia y sus ojos azul océano, los hombres acudían en masa a ella. Había tenido mala suerte en el amor demasiadas veces para contarlas. Era de las que se enamoran de todo el mundo y planeaba todas sus futuras bodas a los pocos días de conocer al próximo gran amor de su vida. En una ocasión, se había enamorado de Grayson y le había preguntado a Reid si eran pareja. Reid le había dado permiso para perseguir a Grayson y se alegró en secreto cuando él la rechazó.

Reid podía imaginarse fácilmente a Grayson viviendo con ella y, sinceramente, haría las cosas mucho más fáciles. No tendría que preguntarle todos los días si se había tomado la medicación o si la llevaba consigo cuando fuera a su casa. Lo último que quería era insistirle con la medicación, pero la necesitaba literalmente para vivir. Uno de los mayores temores de Reid era que su nuevo corazón rechazara su cuerpo y volvieran a empezar de cero.

—Lo dejaría —dijo a sus compañeras encogiéndose de hombros—. Ahora pasamos tanto tiempo juntos que tiene sentido. —Aunque todavía no se hubieran acostado. Ella ya sabía que había química entre las sábanas.

Rosalyn suspiró y echó la cabeza hacia atrás.

—Ponme verde porque estoy oficialmente celosa.

# Heartbreak



## Hill

—Es de alto mantenimiento —bromeó Reid—. Me lo agradecerás.

Rosalyn agitó la mano en el aire.

—No importa —dijo a Reid y Lily—. Recuerdo cuando empecé. Estaba caliente por él. —Se abanicó—. El rechazo dolía.

*Dímelo a mí.*

—De todos modos, me alegro por ti, Reid.

—Gracias —le dijo a su amiga—. Siento que lo que sea que tenga planeado para esta noche, me va a encantar.

—Gah, cómo no —dijo Rosalyn.

—Vuelvan al trabajo, señoritas. Hablaremos de la cita mañana —dijo Lily—. *Porque Reid nos dará todos los detalles.*

Reid podría haber puesto los ojos en blanco, pero Lily tenía razón. Lo contaría todo por la mañana mientras tomaban café y comían donas.

**¡Prepárate para las 6!**

Reid había cedido y le había enviado un mensaje a Grayson preguntándole qué significaba su mensaje, sólo para recibir a cambio el emoticono de un encogimiento de hombros. La única información que le dio fue que se pusiera algo informal, pero no *para salir a correr*.

Había salido pronto del trabajo, temerosa de que alguno de los trenes que tomaba para volver a casa se retrasara o de que hubiera algún incidente que la retrasara. Llegar tarde a lo que Grayson había planeado no era una opción, al menos no en su mente. Además, se enorgullecía de ser lo más puntual posible, e incluso quince minutos antes era tarde en su opinión.

Después de ducharse para quitarse la suciedad del trabajo y del metro, se paró frente a su armario y apartó cada percha a un lado. La mención de Grayson a *no salir a correr* significaba que no quería verla con sus cómodos pantalones de yoga ni con una de sus sudaderas, que le quedaba tan grande que podía hacer las veces de vestido.

Reid buscó unos pantalones negros, pero pensó que era mejor vestirse como si fuera a ir a la oficina, y sacó un sencillo vestido. Aún se respiraba el final del verano, a pesar de que Halloween estaba en el horizonte. Combinó el vestido con unas sandalias de tiras y tacón modesto, agradecida de que Melanie y ella hubieran pasado el fin de semana en un spa. Unas uñas de los pies y de las manos recién pintadas y pedicuradas ayudaban mucho a que una mujer se sintiera hermosa. Además, el masaje y el tratamiento facial que le habían hecho a Reid habían sido divinos. Se había quedado dormida y había acabado roncando.



# Hill

Reid se echó el perfume francés que Grayson le había comprado por Navidad y se rizó el cabello, asegurándose de arreglar los mechones que se habían caído. Se concentró sobre todo en la parte delantera debido a su incapacidad para no pasarse los dedos por el cabello durante el día. Era una mala costumbre, y lo hacía sobre todo cuando estaba aburrida o pasaba demasiado tiempo preguntándose qué estaría tramando su novio. Se maquillaba de forma natural, se ponía un poco de brillo de labios rojizo y ya estaba. Si ella iba a casa de Grayson demasiado arreglada y él no, uno de los dos sentiría la necesidad de cambiarse, y ella no quería eso. Él había planeado algo y ella quería asegurarse de que todo saliera bien.

Sería más rápido para Reid tomar las escaleras. Podría estar en la puerta de Grayson en menos de dos minutos. Hacerlo aumentaría el ritmo de su ya palpitante corazón. Optó por el ascensor y aprovecharía el tiempo para calmar los nervios. Por lo que sabía, no tenía motivos para estar nerviosa. No era como si Grayson no hubiera pasado los últimos meses planeando cada una de las citas a las que la llevaba. Le preguntaba si quería hacer algo, pero la mayoría de las veces tenía todo planeado para cuando ella llegaba a casa del trabajo. Esto era algo que ella apreciaba sin saber que era algo que quería. Con sus anteriores novios, siempre era el clásico:

—¿Qué quieres hacer? —seguido de interminables horas de idas y venidas mientras intentaban averiguar qué debían hacer antes de darse por vencidos y dar por terminada la noche.

Con Grayson, si Reid mencionaba una película que ella quería ver, él compraba las entradas y se lo decía con días de antelación, no con horas. Cuando ella mencionaba un festival, él reservaba un auto para ellos porque el tren no llegaba tan lejos como necesitaban. Desde que empezaron a salir, se había mostrado muy atento, lo que le demostró la clase de hombre que podía llegar a ser. Odiaba que le hubiera ocultado su verdadero yo debido a su enfermedad cardíaca.

Sin embargo, Reid lo entendía. Era joven cuando falleció su mamá, pero recordaba ciertas partes de su infancia en las que veía a su padre añorar a su esposa. Había momentos, incluso tantos años después, en los que Reid tenía flashes de recuerdos con su mamá. Bailaban delante del árbol de Navidad o cantaban villancicos. Su padre se ponía un gorro de Santa y repartía regalos, cada uno de los cuales venía de parte de Santa. La primera Navidad sin su mamá fue tranquila. Tenían un árbol, pero Luther no había llegado a decorarlo. Apenas encendió el fuego, ni puso música, y definitivamente no volvió a ponerse el gorro. La mañana siguiente, se sentó en el sofá y le dijo a Reid que podía sentarse junto al árbol y abrir los pocos regalos que había conseguido comprar. El año siguiente fue mejor, al igual que los siguientes, pero nunca fueron lo mismo que cuando su mamá vivía.

# Heartbreak



129



# Hill

Sus padres tenían el tipo de amor que Reid quería y, cuando conoció a Grayson, supo que él era el indicado. Cada día daba gracias por no haber renunciado a él.

El ascensor sonó y la sacó de su ensueño. Entró, sonrió a los demás y pulsó el botón de la planta de Grayson. Se detuvieron en el segundo y las puertas se abrieron para que ella saliera. Normalmente, Grayson abría su puerta para asomarse cuando sabía que ella se dirigía a su casa, pero su puerta permanecía cerrada. Su mente tenía la capacidad de pensar en todos los escenarios posibles, desde *¿Está herido?* hasta *¿Está en casa?*

Se paró frente a su puerta, levantó la mano para llamar y luego pensó en lo ridículo que sería. Hacía años que no llamaban a la puerta del otro, a menos que estuviera cerrada. Sabía que la puerta de Grayson estaría abierta porque él la esperaba.

Reid abrió la puerta y su respiración se entrecortó. Desde la entrada, pétalos de rosa se alineaban en el pasillo. Entró y siguió el rastro, y pudo ver al hombre de sus sueños, cerca de la puerta corredera de cristal, de rodillas.



130



# Heartbreak

## Diecisiete

REID

Reid se tapó la boca en cuanto sus ojos vieron a Grayson de rodillas. Por todo su apartamento ardían velas y jarrones de rosas cubrían casi todos los espacios visibles. De fondo, sonaba una música suave, y cerca de la puerta corredera de cristal que daba a un pequeño balcón estaba Grayson, esperando pacientemente a que ella diera unos pasos más para poder hacerle una pregunta muy importante.

¿Estaba preparada para esto?

La romántica desesperada que había en ella quería gritar ¡Sí! antes incluso de que las palabras hubieran salido de su boca. La romántica esperanzada sentía que su relación era demasiado nueva para ese tipo de declaración. Habían dicho en broma que se amaban, pero ninguno de los dos lo había confesado. Claro que ella lo amaba y, a veces lo sospechaba, más de lo que él la amaba a ella, pero eso también podía deberse a que ella lo había amado tanto tiempo y él tenía mucho que hacer para ponerse al día. Luego estaba la parte de la intimidad. Él había hecho avances al principio, pero ella había cerrado la puerta a cualquier cosa entre las sábanas. Reid no podía permitirse que le rompieran el corazón de nuevo. Grayson no había sacado el tema. Nunca le preguntó por qué no quería acostarse con él. Eso la molestaba. ¿No debería querer estar con ella en todos los sentidos? ¿Tenía miedo, igual que ella?

Tan asustada como estaba por el futuro, se acercó a él con confianza. Sus miradas se cruzaron y ambos se sonrieron ampliamente. A ella se le llenaron los ojos de lágrimas de felicidad cuando Grayson levantó la mano.

—Tenía todo este discurso planeado... —Grayson sacudió la cabeza y se aclaró la garganta—. Sé que esto parece inesperado, pero la semana pasada me desperté de un sueño y tú no estabas allí, o yo ya no estaba en tu vida, y pensé que iba a morir, y supe que tenía que cambiar las cosas antes de perderte de verdad. —Miró el anillo que tenía en la mano y luego a ella.

»Estoy enamorado de ti, Sully. Lo he estado todo este tiempo, pero tenía miedo de dejarte entrar por mis problemas. No sabía cómo existir como el hombre que era, el que estaba muriendo lentamente, y ser el hombre que te merecías. Ahora lo sé. Sé lo que quiero, y eso eres tú, en mi vida. En una vida que construyamos juntos. Reid, ¿quieres casarte conmigo?

Sin dudar, asintió y se secó las lágrimas.



131



## Hill

—Sí —dijo mientras daba un paso adelante. Reid se inclinó a su altura; evitando el anillo, le enmarcó la cara y lo besó con fuerza. Cuando se separaron, él se levantó, le puso el anillo en el dedo y volvió a besarla.

Después, la levantó y la hizo girar.

—Mierda, tenía miedo de que dijeras que no.

La dejó en el suelo.

—¿Por qué iba a decir que no?

Se encogió de hombros.

—Sé que faltan algunas cosas en nuestra relación. Bueno, no faltan, sólo no...

—¿Estás hablando de sexo?

Grayson se ruborizó. Abrió la boca para decir algo y la cerró rápidamente. Reid se echó a reír.

»No es que no hayamos tenido sexo antes —señaló.

—Lo sé, pero. . . Mierda, ¿por qué es tan difícil?

Reid quería divertirse con él. Puso la mano sobre su entrepierna y le dio un apretón. Empezó.

—Todavía no, pero podemos trabajar en ello.

—¡Sully!

—Oh, no me digas *Sully*. —Se rió—. Soy yo quien ha frenado el sexo esta vez. Necesitaba tiempo, y cuando llegué a la cúspide del tiempo, no supe cómo sacarlo a relucir —le dijo.

—Oh, simple —le dijo—. Dices: *Grayson, quítate los calzoncillos porque necesito sexo* —se burló.

Reid puso los ojos en blanco.

—Siempre el romántico.

—Reid, escucha con atención lo que voy a decirte: desde la noche que pasamos juntos y te aparté tontamente, no he estado con otra mujer.

Se quedó boquiabierta.

—Espera, ¿qué?

Grayson negó lentamente con la cabeza.

—Nadie, Sully. Ni una sola desde ti.

—¿Qué hay de todas esas veces que Pearce te arregló una cita con alguien?

—¿Te refieres a todas las veces que acababa en tu apartamento después?

## Heartbreak



## Hill

Ella asintió.

—¿De verdad crees que me acosté con alguien y luego iba a tu casa?

Ahora era ella la que estaba avergonzada. Sí, eso es lo que había pensado, y a menudo había llorado hasta quedarse dormida después de que él se hubiera ido.

—YO... YO... —Dejó de hablar.

—Jesús, Reid. —Grayson se pasó la mano por el cabello—. Mierda, no. Iba ahí después de esas citas porque tú eras con quien quería estar. Desde que te conocí, eres la única a la que he querido.

—No lo sabía.

—Claramente. —Puso los ojos en blanco—. Aunque lo estoy arreglando ahora.

Grayson la recogió en brazos y ella chilló. La llevó hasta la cama, la dejó con cuidado en la cama y tiró del lazo que sujetaba su vestido. El vestido se abrió, dejando al descubierto el sujetador negro de encaje y las bragas a juego.

—La primera vez que te vi así, supe que nunca sería suficiente. —Grayson le sujetó la mano izquierda y le besó el dedo anular—. Y ahora te tengo para siempre —dijo mientras la miraba a los ojos.

Reid utilizó la mano libre para desabrocharle el cinturón y luego el botón de los pantalones. Miró a Grayson mientras deslizaba los dedos por la cintura de los calzoncillos y tiraba de ellos hacia abajo hasta que le caían a los pies.

Su mano se deslizó bajo la camisa de él, recorriéndola con las uñas. Lo sintió estremecerse bajo su contacto, excitándola. Reid empezó a quitarle los botones de la camisa, quería que se desnudara. Apartó las manos de ella y pasó los pequeños discos por los agujeros. Cuando llegó al último, se lo pasó por los hombros y lo dejó caer al suelo.

El ambiente cambió cuando Grayson se acercó a Reid y le sujetó la cara con las manos, mirándola a los ojos. Se inclinó hacia ella y le besó suavemente la comisura de los labios antes de apretar ligeramente los suyos contra los de ella. Su lengua buscó la entrada mientras su beso se convertía en algo apasionado pero suave. Reid soltó un pequeño gemido que hizo que Grayson se apartara un poco para poder mirarla incrédulo, preguntándole sólo con los ojos si quería más.

—Eres la mujer más hermosa que he visto nunca. —Grayson susurró las palabras mientras sus labios recorrían su piel. Se le puso la piel de gallina y se estremeció. Él sonrió en respuesta y comenzó a dejar besos con la boca abierta en su cuerpo hasta llegar de nuevo a sus labios. Sus manos la recorrían, acariciando cada centímetro de su cuerpo. Reid soltó un gemido y echó la cabeza hacia atrás mientras él le acariciaba los pechos y jugaba con sus pezones tensos. Se estremeció cuando su sonrisa se volvió perversa. Estaba jugando con ella. No



## Hill

estaba segura de cómo se sentía al respecto. Habían esperado tanto para este momento. Estaba ansiosa por él. Pero también quería saborear cada parte de la tortura.

Grayson la levantó sin esfuerzo y la llevó al centro de su cama, colocándola sobre el suave edredón. Besó su vientre hasta llegar al borde de sus bragas. Miró a Reid y esperó su permiso; ella asintió.

Deslizó la tela de encaje por sus piernas y la tiró a un lado. Empezó a explorar cada centímetro de su cuerpo con la boca, la lengua y las manos, mostrándole cuánto amaba y adoraba cada parte de su ser.

Grayson se acomodó entre las piernas de Reid e inhaló profundamente su aroma antes de enterrarse en ella. Ella gimió con fuerza y le agarró un mechón de cabello mientras él le pasaba la lengua por el nódulo.

—Grayson. —Ella arqueó la espalda y le agarró el hombro para acercarlo a donde necesitaba que estuviera. Él obedeció y se deslizó en sus sedosas profundidades, empujando lentamente hasta llenarla por completo. Puso los ojos en blanco e inhaló profundamente.

—Mierda, Sully —murmuró.

—Dios, sí —replicó Reid mientras ella gemía y le clavaba las uñas en el trasero, empujándole cada vez más adentro. Sus caderas se balanceaban dentro de ella, empujando con urgencia para satisfacerla. Ella levantó las rodillas, dándole un ángulo diferente. Él siseó ante la sensación y empujó con más fuerza.

—Estoy cerca —dijo ella sin aliento. Metió la mano entre los dos, presionando su nódulo. Sus gemidos se hicieron más fuertes, sus movimientos frenéticos. Murmuró palabras de aliento y adoración.

»Por favor, por favor —le suplicó, deseando que la llevara al límite. La besó profundamente para tragarse sus gritos mientras latía en su interior.

Se quedaron tumbados, agotados y felices, con sus cuerpos desnudos entrelazados, hasta que Grayson se apartó de Reid e inhaló profundamente.

—Sully.

Su respuesta fue inaudible.

—Sí, lo mismo. Tenemos que hacerlo otra vez.

—Okey.

—Excepto que tenemos reservación para cenar con nuestra familia.

Reid se incorporó sorprendida.

—¿Qué? —Miró a un Grayson desnudo, con el brazo sobre los ojos, respirando agitadamente.

—Sí, es parte de toda la sorpresa del compromiso.



134



Heartbreak

## Hill

—Ahora me lo dices. —Antes de que pudiera levantarse de la cama, él le rodeó la cintura con el brazo, atrayéndola hacia él.

Grayson se rió entre dientes.

—Danos un minuto. Quiero abrazarte.

También quería que la abrazara. Recostada, se acurrucó en su cuello y pasó una pierna por encima de la de él, rozándole el pene flojo. El simple contacto lo hizo estremecerse.

—Oh-oh.

—¿Qué es ese *oh-oh*?

—Parece que estoy listo para una repetición y una actuación más larga.

—Supongo que tendremos que esperar hasta que volvamos. —Para recordarle lo que había empezado, ella lo sujetó con la mano y lo acarició—. Podemos hacer un poco de esto cuando volvamos, pero recuerda que no soy yo quien se olvidó de la reservación cuando empezaste a quitarme la ropa.

Grayson gimió contra la almohada.

—¿Lo prometes?

—Prometido.

Se asearon, se volvieron a vestir y salieron, donde había una limusina.

—Ese es nuestro viaje —dijo Grayson—. Me sorprende que se quedara.

—¡Grayson!

Se pasó la mano por el cabello y saludó al conductor.

—Gracias por esperar.

—No hay problema.

Grayson siguió a Reid al asiento trasero. Tomó una botella de champán, descorchó y sirvió una copa a cada uno.

—Por nosotros —dijo mientras acercaba su copa a la de ella—. Te amo, Sully.

—Te amo, Grayson.

Durante todo el tiempo que bebió, él no le quitó los ojos de encima. Cuando ella retiró la copa, él se inclinó y la besó.

—Soy tan malditamente feliz.

—Yo también.

Extendió la mano, admirando su anillo.

—Es hermoso, Grayson.

—¿Te resulta familiar?



135



Heartbreak

## Hill

Las cejas de Reid se fruncieron mientras acercaba la mano, inspeccionando su anillo.

—No estoy segura. Pero creo que... ¿Lo es?

Grayson asintió.

—Reid, le pedí a tu papá tu mano antes incluso de ir a buscar un anillo. Pensé que buscaríamos juntos; al menos eso es lo que Pearce dice que hace la gente ahora. Sin embargo, cuando estaba con tu padre, me entregó el anillo de tu mamá. En cuanto abrí la caja, supe que era el anillo para ti.

Reid le acarició la mejilla y tiró de él hacia ella.

—Me encanta. No tienes ni idea. —Cuando se apartó, sintió humedad en las mejillas.

—No llores —le dijo mientras le secaba las lágrimas.

—Son lágrimas de felicidad.

—¿Sí? Entonces está bien.

Pararon delante del restaurante italiano donde Grayson y Reid habían bailado en su primera cita. La guió al interior y hacia el fondo, donde estaba su mesa y la pequeña reunión que había organizado con sus amigos y familiares.

Reid fue directamente hacia su padre y lo abrazó.

—Gracias, papá.

—Cualquier cosa por ti —le dijo mientras la abrazaba con fuerza. Cuando se separaron, ella le enseñó el anillo y volvió a abrazarlo cuando se le saltaron las lágrimas.

Después de que ella y Grayson saludaran a todo el mundo, se sentaron a disfrutar de una agradable cena, seguida de postre y baile. Y cuando llegaron a casa, exhaustos, Reid cumplió su promesa. Al igual que Grayson.



136



Heartbreak

Hill

## Dieciocho

NADIA

Halloween era cosa de Rafe. Le encantaba disfrazarse con las niñas, llevarlas a pedir caramelos y ser la cara de vecino que a todos en su bloque les encantaba ver. Nunca fallaba: acababa con más que sus propias hijas mientras caminaban por las aceras de su barrio, y nunca le importaba. Nadia solía ir con él y las niñas cuando Lynnea aún iba en cochecito, pero una vez que se decidió a caminar, subir escaleras demasiado altas para sus piernecitas y cargar con su propia y pesada bolsa de caramelos, Nadia se quedó en casa repartiendo caramelos a los niños que llamaban a su puerta.

Cuando llegaba el primero de octubre, Rafe decoraba la casa, añadiendo luces naranjas y moradas en los aleros y alrededor de las columnas y los husillos de su amplio porche de granjero, y siempre ponía telarañas falsas, a pesar de que Nadia las odiaba. Sin falta, los insectos pensaban que tenían un nuevo hogar y, para el 1 de noviembre, ella estaba dispuesta a utilizar un soplete para quitar las telarañas. Rafe se pasaba horas, si no días, haciendo cadáveres falsos que se sentaban en las dos mecedoras del porche. El año que añadió el felpudo de sonido espeluznante casi acabó con ella.

Faltaba una semana para la fiesta favorita de Rafe, aparte de la Navidad, y Nadia no había comprado los disfraces de las niñas. Ni siquiera había comprado caramelos para repartir. Tampoco había puesto una sola decoración. Al mirar las casas de sus vecinos, se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos la decoración.

Las chicas se amontonaron en el auto. Una vez abrochados los cinturones, Nadia las llevó al centro comercial donde estaba la tienda de Halloween. Esto formaba parte de la terapia a la que Nadia acudía una vez a la semana. Su terapeuta quería que empezara a vivir la vida a la que ella y las chicas estaban acostumbradas. Algo más que estar en el colegio.

Dentro de la tienda, Nadia empujaba un carrito y les decía a las chicas que tenían que agarrarse al lateral. En su cabeza, les rogaba que no se soltaran. Temía que una de ellas saliera corriendo y ella no pudiera encontrarla, lo que desencadenaría un ataque de pánico. Cuando iba a terapia, intentaba convencerse de que su miedo era irracional y de que vivir con miedo no era forma de vivir. Era fácil decir esas cosas en voz alta, pero cerrar la mente a esa idea era casi imposible.

Heartbreak



137



# Hill

Tardaron casi dos horas, pero al final las niñas eligieron disfraces. Intentaron convencer a su mamá para que se disfrazara, pero no iba a salir con ellas. Kiran llevaría a las niñas a pedir caramelos y se disfrazaría con ellas, como había hecho Rafe. Fue idea de Kiran y Nadia no podía estarle más agradecida.

De camino a casa, las niñas convencieron a su mamá de que necesitaban unos nuggets de pollo para terminar el día. Se comprometió a ir al autoservicio y les dijo que tenían que esperar a llegar a casa para comer. No quería encontrar nuggets en el asiento trasero ni que el olor a grasa se quedara en el auto.

Al girar en su calle, Nadia aminoró la marcha y observó las decoraciones, atenta a la gente que había fuera. Su barrio se vuelca con las fiestas, que atraen a cientos de personas de octubre a diciembre.

—¡Mami, mira!

Nadia vio y detuvo su auto en medio de la carretera.

—¿Pero qué...? —dijo. Sus vecinos estaban fuera de su casa, colocando adornos. La puerta principal estaba abierta y la gente sacaba cajas, mientras Kiran permanecía en el porche señalando en todas direcciones. Nadia entró en el garaje y, antes de que pudiera apagar el auto, las niñas ya se habían desabrochado el cinturón y estaban fuera de sus asientos.

Gemma y Lynnea corrieron hacia Kiran. Éste se agachó y las recogió en brazos. A Nadia le dio un vuelco el corazón. Rafe había hecho esto muchas veces con ellas. Salió del auto y caminó hacia él.

—¿Qué está pasando? —preguntó a pesar de lo obvio.

Kiran sostuvo a las niñas en sus caderas.

—¿Estamos decorando para Navidad?

—Tipo listo —murmuró Nadia—. ¿Entraste por la fuerza?

Kiran se rió y dejó a las niñas en el suelo.

—Llamé a Hazel.

—¿Llamaste a Hazel?

Asintió.

—Me di cuenta de la falta de decoración y pensé que tenía que hacer algo al respecto.

Desde el primer día de clase, Kiran venía al menos una vez a la semana, casi siempre los sábados, para ayudar en casa y en el jardín. Hace dos semanas, lo invitó a quedarse a cenar. Era un gran paso para ella. Sería la primera vez que cenaban con él sin Rafe, y temía enviar un mensaje equivocado a las niñas. E incluso a sí misma. El fin de semana pasado, él se había quedado a cenar otra vez, y luego se quedó a compartir una copa de vino con Nadia. Fue la primera vez que sintió que la vida podría estar bien, finalmente.



138



# Heartbreak

## Hill

—En cuanto empecé a sacar cajas, vinieron a ayudar.

Nadia miró a la veintena de personas que había en su patio. Saludaban y sonreían los rostros de personas con las que solía hablar a menudo, pero con las que hacía meses que no hablaba.

—Gracias —dijo mientras se ponía la mano en el corazón. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Las contuvo, diciéndose a sí misma que podría llorar más tarde, en la ducha, donde nadie tendría que verla y nadie podría oírla.

—No hay nada que no haría para ayudarte a ti y a las niñas, Nadia. Creo que ya lo sabes. —Kiran extendió la mano y se la apretó.

Nadia asintió y le dedicó la sonrisa más sincera que pudo. Les dijo a las chicas que llevaran sus disfraces a la casa. Kiran le preguntó de qué iban a disfrazarse. Nadia hizo una mueca y levantó la bolsa que llevaba en la mano.

—Siento decirlo, pero vas de hot dog.

—¿De un qué? —Kiran se inclinó hacia delante y se llevó la mano a la oreja—. Creo que no te he oído.

—Hot dog —volvió a decir Nadia—. Pero no como uno de los comunes. Más bien como un Fenway Frank<sup>2</sup>. Sólo que no llevarás el uniforme de los Red Sox.

Kiran la miró sin comprender.

—Las chicas van de ketchup y mostaza, si eso mejora la situación.

—En absoluto. —Se giró y miró a la casa—. Vaya, realmente me odian.

Nadia soltó una carcajada. Era un sonido que hacía tiempo que no oía y la tomó desprevenida. Se tapó la boca y se encontró con la mirada de Kiran. Él sonrió, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me alegro de oír eso.

—Se siente extraño.

—Me lo imagino. —Kiran miró detrás de él y luego de nuevo a Nadia—. Esto está bien, ¿verdad?

Asintió.

—Las chicas necesitaban esto, y creo que, en el fondo, yo también. Estas eran las vacaciones de Rafe, y sé que debería ser yo quien sacara a las chicas...

—Para —dijo mientras levantaba la mano—. Yo me encargo. Estoy deseando pasar algún tiempo de calidad con Ketchup y Mostaza.

—Estoy deseando verlos a los tres juntos.

---

<sup>2</sup> Fenway Frank: Es un hot dog de la marca Kayem Foods, que se ha convertido en un clásico de Boston y un favorito de los fanáticos de los Red Sox, equipo de beisbol, está hecho con cortes de carne de res y cerdo de primera calidad.



## Hill

—Ja. Apuesto a que sí. —Sacudió la cabeza—. Un hot dog, ¿en serio?

Nadia se encogió de hombros.

—Hay cosas peores.

—Nombra una.

—El trasero de un burro.

—Touché.

Extendió la mano y la tocó antes de volver a los adornos. Ella se quedó allí, con su disfraz de hot dog aún en la mano, y contempló qué hacer a continuación.

*Reírse sería un buen comienzo.*

Hacía mucho tiempo que no se reía a carcajadas. No era como si pudiera comprar una o hacer que apareciera mágicamente de la nada, pero lo intentaría, aunque sólo le ayudara a volver a sentir algo parecido a la normalidad.

Nadia entró en casa y se dirigió directamente a la cocina. En el frigorífico tenía un par de rollos de masa de galletas de azúcar ya hecha. Sin apartar a las niñas de sus tareas de decoradoras, encendió el horno, cortó la masa según las líneas de corte y colocó los círculos en la bandeja del horno. No podía hacer mucho, pero lo que sí podía hacer era hornear u ofrecer golosinas a sus vecinos.

Mientras se horneaban las dos primeras docenas, Nadia recogió todos los vasos posibles de la estantería de artículos para fiestas que tenía en la despensa y los puso en una bandeja, junto con una jarra de limonada y litros de refresco. Por alguna razón, la gente utilizaba los refrescos como muleta y le habían traído cantidades copiosas, junto con comida, después de la muerte de Rafe. Ella no le había dado uso hasta ahora.

Llevando la bandeja al exterior, tuvo que sortear a la gente -no, a los amigos- cuando llegó al porche.

—¡Bebidas! —gritó—. Las galletas saldrán enseguida. —Nadia se giró y vio que Gemma la miraba fijamente.

—¿Hiciste galletas?

Nadia asintió.

Gemma corrió hacia su mamá y la estrechó en un abrazo. Nadia apretó con fuerza a su hija. No necesitaban decir nada. Era suficiente. Cuando Gemma se soltó, le dedicó a su mamá la sonrisa más radiante que Nadia había visto en meses.

Cuando todo estaba dicho y hecho, y se habían acabado todas las galletas, Kiran, Nadia y las niñas se quedaron fuera al anochecer. Kiran le dio a Nadia la caja de pilas que encendería las luces. Ella negó con la cabeza.

—Hazlo tú.

Kiran la evaluó por un momento y luego miró hacia otro lado.

## Heartbreak



## Hill

—¿Chicas? —Se aclaró la garganta—. ¿Están listas?

Gemma y Lynnea gritaron

—¡Sí! —y levantaron los brazos. Kiran pulsó el botón, encendiendo las luces y los macabros animatronics que tanto le gustaban a Rafe. Sonaba una música espeluznante y un terrorífico espantapájaros intentaba atraer a los niños para que fueran a verlo.

—Tenía un sentido del humor de lo más perverso —murmuró Kiran en voz lo bastante baja como para que sólo lo oyera Nadia.

—Realmente lo hacía.

—Lo extraño mucho, Kiran, pero esto —señaló la casa—, nos lo has devuelto en espíritu. Gracias.

Kiran rodeó a Nadia con el brazo y le besó la sien. Ella se quedó paralizada. Si él se dio cuenta, no dijo nada ni pareció importarle.

—Ha sido un placer. Pero no estoy de servicio de limpieza. Eso es cosa tuya.

Por segunda vez ese día, se rió. Y le gustó mucho cómo sonaba.

—Chicas, hora de la ducha. —Las niñas le dieron las gracias a Kiran por poner los adornos y entraron corriendo en la casa. Nadia no quería que Kiran se fuera todavía y le hizo un gesto hacia las escaleras. Él la siguió y se sentó a su lado. Hacía un calor inusual para finales de octubre, lo cual era raro, pero también significaba que probablemente tendrían temperaturas bajo cero para Halloween.

—Estas últimas semanas...

Kiran levantó la mano.

—¿Vas a pedirme que deje de venir por aquí?

Nadia negó con la cabeza.

—No, iba a darte las gracias. Me has ayudado mucho a salir de esta depresión. Lo echo de menos, Kiran. No sé si alguna vez dejaré de hacerlo, pero contigo cerca, las chicas se ríen y sonríen. Yo sonrío. Nos haces bien.

—Realmente no hay ningún sitio en el que preferiría estar. Estoy deseando que lleguen los sábados.

Volvió a sonreír.

—Te gusta hacer tareas.

—Me gusta pasar tiempo contigo. Si eso significa que tengo que hacer tareas, entonces sí.

—¿Te gustaría cenar con nosotras también los domingos?

—Me gustaría mucho, Nadia.

## Heartbreak



# Hill

Nadia no sabía qué hacer a continuación. Quería que él supiera que le gustaba tenerlo cerca, más de lo que probablemente debería. Se deslizó un poco más cerca de él, hasta que sus cuerpos se tocaron, y no se atrevió a mirarlo por miedo a que viera algo en ella que no estaba dispuesta a admitir.

Cuando oyó que Gemma la llamaba por su nombre, se volvió hacia la casa.

—Debería irme. A menos que quieras esperar por una copa de vino o algo.

—O algo así —dijo—. Estaré esperando, Nadia.

## Diecinueve

### GRAYSON

Grayson recorrió con los dedos el brazo izquierdo de Reid hasta llegar a su mano izquierda. La levantó y admiró el anillo que le había colocado en el tercer dedo hacía casi dos meses. La luz del sol brillaba a través de las persianas parcialmente abiertas de la habitación de Reid. El anillo brillaba y creaba un caleidoscopio de luces en la pared. Cada vez que la sorprendía admirando el anillo, se sentía orgulloso.

Todo estaba bien entre ellos. Y estaba agradecido por esta segunda oportunidad en la vida. Le permitía hacer lo único que había pospuesto desde siempre: enamorarse, y estaba muy enamorado de Reid. Se arrepentía de no habérselo dicho hacía años.

Ella sonrió, pero mantuvo los ojos cerrados. Grayson besó su anillo, y luego a ella.

—Feliz Navidad. —Técnicamente, les quedaba un día más, pero ésta sería la única vez que estarían solos. Esta noche irían a casa de los padres de él, abrirían los regalos por la mañana y luego irían a casa de Luther. Para ellos era importante pasar el mayor tiempo posible con sus familias. El año que viene darían la vuelta y pasarían la Nochebuena y la mañana con Luther, y luego irían a casa de sus padres. Después de todo lo que había pasado con Grayson, él y Reid planeaban vivir el momento. No darían nada por sentado, y eso incluía las vacaciones, visitar a sus padres con regularidad y pasar tiempo juntos.

—El hombre del tiempo dijo que podría nevar —dijo, gimiendo.

Los ojos de Reid se abrieron. Sus orbes marrones brillaban de excitación.

—¿En serio?

Se encogió de hombros.

# Heartbreak



## Hill

—No se quedará, por suerte. —Era el inconveniente de vivir en un clima frío, pero no lo bastante frío como para que nieve durante el invierno, como en los estados al norte de ellos. En años anteriores, habían pasado algunos fines de semana largos esquiando en Nueva Inglaterra, donde tenían garantizado encontrar nieve fresca casi a diario. Si no era natural, las estaciones la fabricaban. Ahora la idea de ir les parecía una tarea pesada.

—¿Desde cuándo no te gusta la nieve?

Grayson pensó un momento en su pregunta y volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. Me invadió una sensación de terror cuando dije que podría nevar. Antes... —Hizo una pausa y pensó en el corazón que le latía en el pecho, preguntándose si tendría algo que ver con su actual aversión por la materia blanca—. Supongo que ya no me gusta.

Reid se sentó sobre su codo para mirarlo.

—¿Qué más es diferente?

—No mi amor por ti, si eso es lo que te estás preguntando. —Le besó la punta de la nariz.

—Es bueno saberlo —dijo mientras le colgaba el dedo anular.

—No lo sé. Creo que la mayoría de las cosas son sutiles, pero algunas me toman desprevenido. El otro día, en el supermercado, caminaba por el pasillo y puse distraídamente una lata de chucrut en el carro. Odio el chucrut, o lo odiaba.

—Qué extraño. Quizá deberías comentárselo a tu terapeuta en tu próxima cita. Haz una lista a medida que sucedan para que no se te olvide.

—Sí —dijo mientras tiraba de ella hacia él—. Deberíamos ir a Vermont el mes que viene e ir a esquiar. ¿Crees que Pearce querría venir con nosotros?

—Pero acabas de decir...

—Tú aún lo amas, y yo volveré a aprender a amarlo —le dijo.

Reid besó a Grayson.

—¿Sólo invitas a Pearce porque tiene auto?

Reid se sonrojó y Grayson la besó.

—Sí, por eso yo también lo invitaría —dijo riendo—. Voy a preguntar. ¿Quieres hacer una reservación? Aunque no vaya, podemos pedirle prestado el auto a mi mamá o alquilar uno para el fin de semana.

—Reservaré algo.

Su relación era fácil. Casi demasiado fácil a veces. Habían caído en una rutina rápida, que Grayson ni siquiera cuestionaba. Cuando llevaban una semana de novios, Reid le había pedido que se mudara con él. Aceptó y pudo subarrendar su piso hasta que expirara el contrato. El único problema real que tenían era el



143



Heartbreak

## Hill

tamaño de los apartamentos. Ninguno de los dos era demasiado grande y ambos eran demasiado pequeños para dos personas. Él había donado o guardado la mayoría de sus cosas, y Reid había guardado en cajas la ropa de temporada, que no necesitaría hasta la primavera o el verano. Estaban decididos a hacer que la vivienda funcionara hasta después de la boda, y entonces buscarían una casa.

La parte de *hacer que funcione* duró apenas un mes antes de que pusieran sus nombres en la lista para un apartamento de dos dormitorios con más espacio en el mismo complejo. Ninguno de los dos quería dejar el edificio donde vivían. Estaba cerca de la estación de tren y se podía ir caminando al centro, donde podían hacer algunas compras. Tener acceso a un gimnasio era una ventaja, al igual que la lavadora y la secadora. Internet era gratuito y el complejo tenía acceso controlado, algo difícil de encontrar en otros edificios.

Después de principios de año, se reunirían con una organizadora de bodas. Luther le había dicho a Reid que planeara la boda de sus sueños y que no se preocupara por el coste. Cuando ella dijo en broma que se fugarían, Luther se sintió dolido. Grayson prometió a su futuro suegro que se casarían en Washington o en los alrededores y que Luther llevaría a su hija al altar.

Reid quería una boda en primavera, en un lugar donde los cerezos en flor cubrieran el pasillo de forma natural. Ninguno de los dos tenía amigos con hijos, por lo que tener una niña de las flores o incluso un portador de anillos sería imposible, y ninguno de los dos quería esperar años para casarse. Dentro de un año, en marzo o abril, se convertirían en marido y mujer. Aún no habían decidido la fecha, pero sabían que sería después de las vacaciones.

—Feliz Navidad —dijo sorprendida—. No puedo creer que no te lo haya respondido.

Grayson no pudo evitar poner los ojos en blanco. Reid insistía en devolverle los sentimientos y buenos deseos cada vez que le decía uno. Era una de las muchas cosas que le gustaban de ella. Se puso encima de ella y se acomodó entre sus piernas, manteniendo la mayor parte del peso sobre los codos.

—Estas son las mejores Navidades de mi vida —le dijo mientras apretaba sus labios contra los de ella.

—Ni siquiera la hemos tenido todavía. ¿Y si odias mis regalos?

—Eres el mejor regalo de mi vida —le dijo y luego hizo una pausa—. Menos mi corazón, pero gracias a él puedo amarte libremente y sin reservas. — Grayson volvió a acercar sus labios a los de ella y profundizó el beso.

Los dedos de Reid recorrieron la espalda de Grayson. Sus músculos se flexionaron bajo su contacto. Se posaron en la cintura de sus calzoncillos. Ella jugó con el elástico antes de meter las manos bajo la tela y hundir los dedos en su carne para acercarlo más a ella. Sus lenguas bailaban salvajemente, explorando la boca del otro con una pasión ardiente e intensa que crecía

Heartbreak



# Hill

exponencialmente cada día. La mano de Grayson se deslizó bajo el dobladillo de la camisa que llevaba a la cama. Era suya, pero le quedaba mucho mejor a Reid. Trazó círculos en su vientre antes de subir hasta acariciarle el pecho.

Reid gimió en su boca, arqueando la espalda mientras se apretaba contra su mano. Grayson rompió el beso un momento para admirar su rostro sonrojado antes de inclinarse para besarla en la curva del cuello. Le pellizcó suavemente la piel, haciéndola jadear de placer.

Volvió a sentarse sobre sus rodillas y la incorporó con él. En un movimiento rápido, le quitó la camisa de dormir y se quitó los calzoncillos antes de volver a posarse sobre ella. Su mano acarició su mejilla y luego sus dedos se curvaron alrededor de su mandíbula, recorriéndola hasta llegar a sus labios, trazándolos.

No dejaban de mirarse a los ojos.

—Estoy deseando ser tu esposa —le dijo.

Grayson apretó la frente contra la de ella un instante, saboreando la cercanía antes de volver a besarla con fiereza. Su mano se deslizó entre ellos, encontrando la humedad entre las piernas de ella. Ésta había sido la parte más fácil de su relación. Tenían una conexión que él había negado durante demasiado tiempo. Una vez que había bajado la guardia y se había abierto a amarla, todo estaba decidido. No podía tener suficiente de ella. No quería. Día y noche, su deseo por ella era algo que nunca había experimentado.

Volvió a capturar sus labios. Reid gemía suavemente mientras él frotaba círculos alrededor de su clítoris. Cada gemido o estremecimiento le producía gratificación. Grayson quería hacerla feliz, complacerla, y haría lo que fuera para hacerla sonreír.

Cuando se deslizó dentro de ella, hizo una pausa y se concedió un momento. Para él, cada vez era como la primera vez. El corazón le latía con fuerza en el pecho, señal inequívoca de que aún funcionaba, y cuando empezó a moverse lentamente dentro de ella, el momento le desconcertó. Allí estaba, haciendo el amor con la mujer a la que amaba más que a la vida misma, en la mañana de Nochebuena, mientras ella no llevaba nada más que el anillo que él le había dado como promesa para su futuro. Por lo que a él respectaba, era el hombre más afortunado del mundo porque Reid la amaba más allá de lo razonable.

Saciados y agotados, pasaron el resto de la mañana en la cama, dormitando, haciendo el amor y planeando el futuro. Grayson quería mirar casas, sobre todo en barrios prometedores, o encontrar un piso cerca de un parque. Un barrio donde criar a su familia, pero cerca de las cosas que les gustaban hacer. Antes de pedirle que se casara con él, habían hablado de tener hijos. Él siempre había descartado la idea por sus problemas de salud. Reid quería hijos y un perro. No le importaba la valla blanca, pero definitivamente quería un auto de mamá sexy. Grayson se lo daría todo. Le daría la luna si pudiera.

# Heartbreak



145



# Hill

Por fin salieron de la cama, se ducharon, hicieron la maleta para los dos días que estarían fuera y casi se olvidan de los regalos que habían comprado para sus padres. Cuando salieron del apartamento, parecían dos personas que se iban tres meses de vacaciones a Europa y agradecieron que el edificio tuviera ascensor.

Cuando salieron, se sorprendieron al ver a Luther subiendo por el camino.

—Tu padre está aquí —dijo Grayson para que sólo Reid pudiera oírlo. Levantó la vista y Luther sonrió.

—Hola —dijo cuando se acercó—. Feliz Navidad. ¿Qué tal? ¿Va todo bien?

—No me quejo —dijo mientras les deseaba Feliz Navidad a cambio—. Pensé en llevarlos a casa de los Haney.

—Gracias —dijo Grayson—. Te lo agradecemos.

—Será un placer. Además, voy para allá de todos modos. —Luther tomó las bolsas de manos de Reid y se volvió hacia la calle donde su camioneta estaba estacionada en doble fila. La gente tocaba el claxon, entre otras cosas, pero a nadie le importaba. El camión no iba a permanecer allí mucho tiempo.

—¿Por qué te diriges hacia Sydney? —preguntó Reid. Grayson dejó las otras bolsas en la parte trasera de la camioneta y le abrió la puerta a Reid, tomándola de la mano mientras subía.

—Bueno —dijo Luther cuando se puso al volante—, Sydney me invitó a pasar la noche. Al principio le dije que no porque creía que sería incómodo, pero me convenció y me dijo que, después de todo lo que habíamos pasado como familia este año, no quería que me quedara solo cuando tenían la habitación extra. Aun así, me resistí, pero luego me dijo que las cosas serían diferentes cuando tuvieran hijos y que ninguno de los dos quería perderse momentos importantes. Así que cedí.

—Gracias —dijo Reid mientras le besaba en la mejilla. Luther sonrió, pero se giró rápidamente para que Reid no pudiera soltar más efusividad. Luego miró a Grayson—. Tu mamá es increíble.

—Lo sé. Ella me crió. —Le guiñó un ojo y pensó en besarla, pero con su padre allí, se guardó los labios. Y entonces él comenzó a preguntarse acerca de la situación de dormir. Aunque él y Reid vivían juntos, eso no significaba que todos los padres estuvieran de acuerdo en que durmieran en la misma habitación. Miró a Luther, que mantenía la vista fija en la carretera. Reid miró a Grayson con desconfianza y negó con la cabeza. Con su padre sentado junto a ellos, no podía decirle exactamente que quería acostarse con ella en la habitación de su infancia. Grayson reflexionaría sobre ello más tarde. No tenía sentido pensar lo peor hasta que llegaran a casa de su mamá. El resto del trayecto, se aferró con fuerza a la mano de Reid, casi como si no fuera a poder volver a tocarla hasta que regresaran



HEIDI  
MCLAUGHLIN

Hill

a su apartamento. Si ese era el caso, definitivamente saldrían a escondidas más tarde.



147  
Simply Books

Heartbreak

Hill

## Veinte

NADIA

Cuando llegó el momento de decorar para Navidad, Kiran había reclutado a los vecinos para que lo ayudaran. Incluso se había ofrecido a ayudarles a decorar si era necesario. Esta vez, Nadia estaba preparada y lo convirtió en una especie de evento. A cambio de su ayuda, Nadia sirvió comida, así como chocolate caliente, algunas bebidas alcohólicas y aperitivos. Puso música navideña, encendió un fuego en la chimenea (aunque no estaba acostumbrada a hacerlo) y se puso un gorro de Santa, a pesar de carecer de espíritu.

Cada día que se levantaba, lo intentaba. Intentaba vivir como ella y Rafe lo habían hecho o como ella pensaba que él querría que lo hiciera. Sobre todo, por las chicas. Las saludaba con una suave sonrisa y trataba de actuar como si todo hubiera sido igual. Las colmó de amor, a pesar de que ella misma se sentía totalmente desamada, a pesar de que sabía que las niñas la amaban. Mientras que el amor de un niño era incondicional -era dependiente e ingenuo y venía acompañado de un sentimiento de querer protegerse del mundo-, el amor de una pareja era diferente. Lo consumía todo, era impresionante, eran mariposas en mitad de la noche y de la mañana y un subidón de emoción cuando recibías un simple mensaje de texto o un *te amo*. Así se había sentido con Rafe, y ahora... bueno, ahora sentía que no tenía nada. Las vacaciones sólo exacerbaban esos sentimientos.

Las tarjetas navideñas llegaban a casa, dirigidas sólo a ella. La primera vez que llegó una, había llorado durante horas. Rafe había sido borrado de la mente de todos. Desaparecido y olvidado. Ansiaba ver su nombre junto al suyo, sólo una vez más. Y cuando llegó esa tarjeta, de alguien que no se había enterado de la muerte de Rafe, se había pasado el día llorando. Nadia no podía ganar.

Nadia tenía cero ganas de celebrar las fiestas y, de no ser por Hazel y Kiran, probablemente se habría olvidado de hacer la compra. Su excusa habitual era *lo haré mañana*. Halloween había sido sencillo. Ver a las chicas disfrazarse con Kiran fue divertido y entretenido. Pero ahora, el dolor de perder a Rafe se sentía como una tonelada de ladrillos en su pecho, y parecía que no podía moverlos. No importaba lo que hiciera.

Hazel se negó a dejar que Nadia se sumiera en un charco de tristeza. Insistió en que fueran de compras los fines de semana y contrató a su hermana pequeña para que vigilara a las niñas. Llevaba a Nadia al centro comercial, hacía



Heartbreak

# Hill

listas de las cosas que las niñas habían mencionado cuando las recogía después del colegio y obligaba a Nadia a estar presente.

—Es por las niñas, no por ti —le repetía Hazel.

A veces, Nadia quería repudiar a su amiga, pero era ella quien tomaba el teléfono cada vez que Nadia llamaba y siempre era la primera en acudir cuando las cosas se ponían al borde de lo insoportable.

Y luego estaba Kiran. Él estaba allí; incluso en los días en que ella no quería compañía, él estaba allí, haciendo notar su presencia. Kiran parecía tener un sexto sentido y sabía cuándo Nadia necesitaba un descanso. Llevaba a las niñas de compras para que pudieran comprarle regalos a su mamá, se aseguraba de que la casa estuviera preparada para el invierno, cambiaba los neumáticos de verano de Nadia por neumáticos de nieve y venía a quitar la nieve del camino cuando nevaba. Hizo todo lo que Rafe habría hecho, y lo hizo sin quejarse ni llamar para pedir ayuda. Cuando llegaban el sábado y el domingo, él estaba allí, cenando, igual que en los meses anteriores. Kiran no iba a ninguna parte.

El único aspecto de la vida con el que Nadia tenía problemas era con su familia política. Otto era fabuloso, venía los fines de semana para ver si Kiran necesitaba ayuda. Cleo, en cambio, estaba ausente. Tenía todas las excusas del mundo para no venir a casa. Nadia lo entendía, hasta cierto punto; la casa era Rafe. Había dejado su huella en todas partes, pero las niñas echaban de menos a su abuela y, aunque iban a casa de sus abuelos, Nadia se sentía menospreciada por Cleo.

Nadia miró por la ventana de la cocina, deteniéndose mientras lavaba una olla con restos de macarrones con queso caseros. Un cardenal estaba sentado en el árbol, mirándola. Al menos eso parecía. Si ella inclinaba la cabeza, el cardenal también lo hacía. Había oído (y visto en las numerosas tarjetas de pésame) que los cardenales eran mensajeros de los seres queridos fallecidos. Antes de perder a Rafe, nunca se habría creído nada de eso, pero últimamente incluso se había planteado visitar a un médium. Había visto suficientes programas y había visto la reacción de la gente que tenía noticias de alguien a quien echaba de menos, y ella echaba desesperadamente de menos a Rafe. Con esos pensamientos, el miedo se apoderó de ella. ¿Y si él no se comunicaba con ella? ¿Qué haría entonces?

Hazel le dijo que se mantuviera alejada de los médiums, por el momento. Nadia necesitaba curarse, empezar de nuevo su vida y dejar atrás a Rafe. Aquellas palabras hirieron profundamente a Nadia. A finales de octubre, pensó que podría empezar a seguir adelante, pero entonces llegó Acción de Gracias y su flamante mesa de comedor, que Rafe había insistido en comprar, estaba vacía. Nadia y las niñas habían tomado el tren para ir a ver a sus padres a Maryland. Su depresión volvió con una fuerza aplastante.

# Heartbreak



## Hill

No podía imaginar amar a nadie más que a Rafe durante el resto de su vida. En el fondo, no estaba enfadada con Hazel por ser sincera, sino con la situación. La curación llevaría tiempo, según el terapeuta. Al igual que seguir adelante. No había un plazo fijo para que un cónyuge lograra algo, aparte de vivir. Eso era lo importante. Rafe querría que Nadia viviera, tal y como habían estado.

Volvió a lavar la olla e intentó ignorar al pájaro. Cuando volvió a levantar la vista, el pájaro estaba más cerca de la ventana. La rama en la que estaba posado no era lo bastante fuerte para sostener a un pájaro, o eso pensaba ella. Nadia se secó las manos, tomó el teléfono, investigó qué les gustaba comer a los cardenales y lo encargó todo, incluido el comedero para pájaros de la ventana que llevaría a los pájaros a su casa de forma segura. Si el cardenal era Rafe, de alguna manera indirecta, haría todo lo posible por cuidarlo.

Cuando volvió a mirar por la ventana, el pájaro había desaparecido. El corazón le dio un vuelco y una oleada de tristeza la invadió. En su próxima cita hablaría de ello; le preguntaría a su terapeuta si estaba delirando o si realmente existían los mensajes del más allá. Necesitaba creer que existían. Mañana pondría el comedero para pájaros y esperaría lo mejor.

Las niñas bajaron las escaleras, vestidas y listas para ir a casa de sus abuelos. Su visita habitual el día de Navidad había cambiado cuando Nadia les dijo a Cleo y Otto que iban a casa de sus padres. Necesitaba rodearse de amor y cariño. Quería acurrucarse junto a su hermana en la cama que habían compartido, cuando hablaban de chicos, de la vida y de penas, como solían hacer cuando estaban en el instituto y volvían de la universidad. Reuben estaría allí, deseoso de pasar tiempo con sus sobrinas.

Gemma dio una vuelta de campana cuando entró en la cocina. Ambas llevaban vestidos de terciopelo verde a juego que complementaban su color de cabello: Gemma con su cabello castaño como el de Nadia, y los mechones rubios de Lynnea, que recordaban a los de Rafe.

—Vaya —dijo Nadia mientras se ponía la mano sobre el corazón—. ¿Cómo he tenido tanta suerte con ustedes dos?

Gemma hizo una reverencia. Lynnea, por su parte, se dio un golpecito en la mejilla y miró con malicia al techo.

—Sé cómo se hacen los bebés.

*Oh, Dios.*

—No, no es cierto, Lynnea. Deja de decir eso —dijo Gemma con tanto descaro materno que Nadia se encogió. Gemma había tenido que madurar mucho en los últimos meses. Algo que Nadia nunca había querido para su hija. Ni para ninguna de ellas. Tenían que seguir siendo bebés el mayor tiempo posible y no dejarla nunca.

—¡Sí, lo hago!

Heartbreak



150



## Hill

—Niñas, por favor. —Nadia no tenía intención de preguntarle a su hija cómo sabía de dónde venían los bebés, hasta más tarde.

—Hay una mamá y un papá, y ellos...

—Lynnea, para —exigió Nadia—. Esto no es algo de lo que hables si no es conmigo, ¿entendido? —Lo último que le faltaba era que Lynnea le dijera algo a Astrid hoy. Freya se volvería loca. Así las cosas, a Freya no le hacía ninguna gracia tener que celebrar la Navidad antes de tiempo porque Nadia quería estar en otro sitio. Nadia no podía ganar y sospechaba que ésta sería la última Navidad que pasaría con su familia política. El año que viene podrían llevarse a las niñas por un día. Cleo y Freya estaban haciendo un gran trabajo para que no se sintiera bienvenida.

Esos sentimientos no eran una exageración. Cuando llegaron a la casa de los Karlson, el ambiente era cualquier cosa menos acogedor. Freya apenas saludó. Lars no podía tomarse el día libre en el trabajo, a pesar de que era sábado. Leif no podía colgar el teléfono para hablar con nadie, aunque Nadia no podía culparlo. Ser el único joven de la familia tenía que ser aburrido para él.

Cuando llegó la hora de los regalos, todos se reunieron en el salón mientras Otto repartía los regalos. Freya prefirió que Astrid y Leif esperaran hasta el día de la fiesta, ya que estarían de nuevo en casa de los Karlson. Nadia lo comprendió. Entregó los regalos a sus sobrinos y esperó ansiosa a que los abrieran.

—Van a esperar —dijo Freya.

—Me gustaría mucho que los abrieran ahora —respondió Nadia—. Especialmente Leif. —Le había regalado una de las corbatas y pisacorbatas de Rafe, sabiendo lo importante que había sido para Rafe que los jóvenes se vistieran bien para las ocasiones. A Nadia le había costado mucho revisar algunas de las cosas de Rafe y encontrar la adecuada para Leif.

—Esperará.

—Astrid... —Nadia dejó de hablar y asintió. Era inútil discutir. Además, los niños no parecían ansiosos por abrir nada.

Nadia recibió una cajita. Esperó a que las niñas abrieran sus regalos, sonriendo con ellas cada vez que levantaban su nuevo juguete o prenda de ropa. Cuando terminaron, Freya y Cleo salieron de la habitación diciendo que tenían que preparar la cena. Nadia se quedó sentada, con la cajita en el regazo y una sonrisa forzada en los labios.

—Lo siento —dijo Otto—. La muerte de Rafe ha sido dura para ella, y verte a ti y a las niñas...

—Lo entiendo. —No lo entendía. Sus hijas eran las nietas de Cleo. Las hijas de su hijo. Cleo debería haberlas colmado de amor y afecto, como sólo una abuela podría hacerlo. Pero no, era fría y mezquina.

## Heartbreak



## Hill

—Mami. —Gemma llamó la atención de Nadia. Esbozó una débil sonrisa.

—Sí, nena.

—No me siento bien. ¿Podemos ir a casa? —Nadia quería abrazar y besar a su hija por estar enferma. Era la excusa que necesitaba para largarse de allí.

—Sí, podemos.

—Nadia... —empezó a decir Otto, pero se detuvo cuando ella negó con la cabeza. Había que salir de allí antes de que se derrumbara. Otto se levantó, recogió los regalos de las niñas y los llevó al auto. Nadia no dijo nada a su suegra ni a su cuñada y apenas pudo abrazar a Otto. Las primeras vacaciones después de perder a tu esposo no debían ser una mierda.

En cuanto se apartaron, miró a Gemma por el retrovisor y la vio llorando.

—¿Qué pasa, Gemma?

Gemma se secó las lágrimas con rabia.

—Estoy enfadada con los abuelos.

*Yo también.*

—¿Por qué? —preguntó Nadia—. Te han comprado ropa muy bonita.

—No es eso. Es la forma en que la abuela te trata. Es mala.

—Está bien, Gemma.

—¡No, no lo está! Perdiste a papá y necesitas que ella te quiera igual, y ella es mala. Ni siquiera abriste tu regalo de ella.

*No, porque no quiero saber lo que hay ahí.*

—No te compró muchas cosas —dijo Lynnea. En el semáforo, Nadia se volvió y vio lágrimas en los ojos de Lynnea.

—Mis amores. —Nadia apenas pudo contener un sollozo.

—El año pasado la abuela te hizo un millón de regalos.

*No lo hizo, pero es un bonito pensamiento.*

—No se trata de cuántos regalos recibas, Gemma. Lo que cuenta es la intención.

—Bueno, sus intenciones son mezquinas —dijo Gemma mientras miraba por la ventana.

Cuando llegaron a casa, Nadia descargó el auto, vació las cajas y tiró el papel de regalo. Subió y bajó las escaleras varias veces, cuando podría haber pedido a las chicas que vinieran por sus cosas. Mantuvo sus emociones bajo control hasta que entró en su dormitorio. Un soplo de la colonia de Rafe la envolvió. Juró que estaba en su habitación, abrazándola. ¿Sabía cómo había actuado su mamá?

## Heartbreak



152



## Hill

No, no lo hacía.

—Rafe. —Dijo su nombre suavemente—. Te necesito.

Treinta minutos después, Kiran llamó a la puerta principal. Estaba allí con un montón de regalos en los brazos. Nadia lo hizo pasar.

—¿Qué haces aquí?

—Otto llamó —le dijo—. Dijo que las cosas no fueron muy bien allí esta tarde.

—Eso es el eufemismo del siglo. —Nadia siguió a Kiran al salón. Puso la pila de regalos bajo el árbol y los organizó.

—Sé que te vas pronto a casa de tus padres, así que tú y las niñas pueden abrirlos cuando vuelvan o antes. Da igual. —No se le escapó lo de *tú y las niñas* pero pretendía ignorarlo.

—¿Tienes hambre?

Asintió.

—Pedí una entrega —le dijo mientras miraba su teléfono—. Debería llegar en breve.

—¿Para nosotros?

—Sí.

—Kiran...

—Sé lo que vas a decir —dijo encogiéndose de hombros—. Aquí es donde quiero estar.

Ella asintió y le dijo que iba a poner la mesa. Él la siguió a la cocina y ayudó hasta que sonó el timbre. En cuanto tuvieron un mini festín navideño en la mesa, Nadia llamó a las niñas. Querían a Kiran, y él había hecho todo lo posible para que los últimos tres meses fueran llevaderos.

—Mami, ¿has visto los regalos debajo del árbol? —preguntó Lynnea mientras gateaba en su asiento.

—Sí, Kiran los trajo.

—¿Podemos abrirlos después de cenar? —Lynnea preguntó.

—¿Qué tal si los abrimos después de comer el postre? —Kiran sugirió—. Tal vez podamos pedirle a tu mamá que nos haga chocolate caliente.

Lynnea asintió con entusiasmo, mientras Gemma permanecía sentada, reservada. Nadia observó cómo Gemma miraba fijamente a Kiran. ¿Veía ella lo mismo que Nadia? ¿Podía Gemma sentir que Kiran significaba para ellas algo más que ser el mejor amigo de Rafe?

Después de la cena y el postre, Kiran llevó a las niñas al salón, mientras ella preparaba chocolate caliente desde cero. Mientras esperaba a que la leche



153



Heartbreak

## Hill

alcanzara la temperatura adecuada, miró por la ventana las ramas sin hojas del árbol. Se sobresaltó cuando el cardenal se posó en la rama más cercana a ella.

—¿Eres mi señal? —preguntó en voz baja al pájaro—. ¿Te ha enviado mi esposo? —Siendo realistas, no esperaba respuesta. Pero eso no le impidió esperarla. Se quedó allí de pie hasta que el pájaro se fue volando, lo que hizo justo cuando la leche alcanzó la temperatura perfecta.

Nadia llevó al salón una bandeja con cuatro tazas de chocolate y un plato de galletas. Las niñas se sentaron en el suelo, con Gemma apoyada en la silla en la que normalmente se sentaba Nadia. Se sentó y pasó la mano por el cabello de su hija.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Gemma asintió.

—No estaba enferma cuando salimos de casa de los abuelos —le dijo a su mamá—. Mentí.

A Nadia se le hinchó el corazón.

—No tenías que hacer eso por mí.

—Sí, tenía. —Gemma se arrastró hasta el regazo de Nadia y se acurrucó en su abrazo.

—Te amo, mi dulce niña.

—Te amo, mamá.

Durante la hora siguiente, más o menos, abrieron los regalos de Kiran y bebieron chocolate caliente, y luego Kiran les dijo que las vería por la mañana para llevarlas al aeropuerto y tomar un vuelo rápido a Maryland. Nadia lo acompañó hasta la puerta y le dio las gracias por los regalos y, para su sorpresa, él se inclinó y le besó suavemente la mejilla.

—Feliz Navidad, Nadia. —Kiran salió de la casa y bajó los escalones antes de que ella pudiera responder.

Una vez que la casa quedó en silencio, se sentó junto al árbol con sus luces parpadeantes y una suave música de fondo. El regalo de sus suegros estaba sobre la mesa, a su lado. Una parte de ella no quería abrirlo porque le dolería demasiado. Gemma había tenido razón con lo de los regalos y era una mierda que una niña reconociera lo mal que Cleo había tratado a Nadia.

Tomó la caja y la agitó. Algo se movió. Sabiendo que no debía abrirla, lo hizo. Dentro de la caja había una bufanda, un gorro y unos guantes. De los que se compran para el intercambio barato de la oficina. Nadia miró el contenido y luego volvió a mirar el envoltorio. La etiqueta decía: NADIA. Cleo ni siquiera podía escribir De: MAMÁ y PAPÁ o CLEO y OTTO.

Nadia lo dejó a un lado, lo apagó todo y subió las escaleras. Despertó a las niñas y les dijo que se metieran en su cama. Las necesitaba con ella.

## Heartbreak



HEIDI  
MCLAUGHLIN

Hill



155  
Simply Books

Heartbreak

## Veintiuno

NADIA

Las vacaciones fueron de todo menos especiales. Nadia había tenido problemas emocionales, al igual que las niñas. Se había ido la magia que Rafe había traído a la mañana. Lo echaban de menos más de lo que pensaban. La magnitud de su situación pesaba mucho sobre ella.

Cuando Nadia miró el extracto del banco y vio que la cifra de su cuenta de ahorros bajaba, se preocupó. Las Navidades no eran fáciles con un solo sueldo, y no creía que fuera justo para Gemma y Lynnea tener que recortar gastos. Al menos no la primera sin su padre. Estaba agradecida de que alguien, supuso que el ayuntamiento o el hospital, hubiera cubierto todos los gastos médicos de Rafe y ella no tuviera que hacer frente a esas facturas. Pero había otras. La hipoteca, a la que ambos habían contribuido. El seguro médico, que antes se obtenía a través de la empresa de Rafe, era ahora responsabilidad de Nadia. El que tenía a través del distrito escolar no tenía su antiguo plan de cuotas y franquicias bajas. Aun así, estaba agradecida por tener cobertura.

Al mirar los números, pensó que, como tenía los veranos libres, conseguiría un trabajo de camarera en el centro. Cuando la temporada turística estaba en pleno apogeo, los bares y restaurantes estaban tan concurridos que los lugareños rara vez iban a alguno de ellos. Podría complementar fácilmente sus ingresos. Sin embargo, nada de eso funcionaría. Todo lo que ganara iría a parar a una niñera, dejándola donde estaba.

Su suerte cambió cuando su hermano llamó una tarde lluviosa de finales de febrero.

—Tengo una oferta de trabajo en Boston —le dijo.

—Eso es fantástico. —En Navidad, había mencionado cambiar de trabajo, pero no había dicho dónde. Tenerlo tan cerca sería un alivio y un regalo. Vivir lejos de su familia, especialmente durante una época tan tumultuosa, había sido duro. Su mamá se había quedado con ella durante algún tiempo, y su padre había hecho numerosos viajes al norte para ayudar en casa y mantener el jardín hasta que Kiran se hizo cargo. Tener a su hermano cerca significaría que tendría a alguien, aparte de Hazel y Kiran, de quien depender. Y las niñas querían a su tío. Él podría ayudar con ellas siempre que ella lo necesitara.

—Voy a necesitar un sitio donde quedarme —dijo.

—Definitivamente puedo ayudarte a buscar.



156



# Hill

Reuben se aclaró la garganta.

—¿Y si vivo contigo y las niñas? —sugirió—. Podemos convertir un espacio en el sótano en una habitación. Ya hay un baño ahí abajo. Papá puede ayudarme a ampliarlo y convertirlo en una ducha. Así tendrán un hombre en casa, no es que necesiten a un hombre viviendo allí. Pero, además, pagaré el alquiler. Prefiero vivir contigo y las niñas que en un apartamento donde me sienta solo, y espero pasar la mayor parte de mi tiempo libre en tu casa de todos modos. Me ahorrarías el dinero de la gasolina.

Nadia tardó tres segundos en aceptar. Ahora, cuando mirara su cuenta bancaria, tendría un poco de margen gracias a su hermano.

En ese momento, Warren, Reuben y Kiran estaban trabajando duro en el sótano, y su mamá revoloteaba en la cocina, haciendo copiosas cantidades de comida para congelar más tarde. Lorraine se había preocupado de que Nadia no comiera lo suficiente cuando la vio en Navidad. Había comentado lo mucho que había adelgazado, pero Nadia lo había explicado por el dolor que sentía por la pérdida de su esposo. Se prometió mejorar. Si no por ella, por sus hijas. Necesitaban que su mamá estuviera fuerte y sana.

Era algo que había dicho el terapeuta. Nadia tenía que encontrar la forma de seguir adelante, de volver a vivir su vida. En su mayor parte, la vida había seguido adelante. Nadia y las niñas se levantaban cada mañana, se vestían y seguían con su día. En su mente, casi podía fingir que Rafe se había ido temporalmente, en viaje de negocios, con Kiran o a visitar a sus padres. Eso era hasta que Kiran llegaba. Cuando él estaba allí, sonreían y reían. Él sacaba eso de ellos, y ella realmente apreciaba tenerlo cerca. Cuando por la noche apoyaba la cabeza en la almohada y miraba el lugar en el que Rafe debería haber estado, su corazón volvía a romperse.

Nadia se quedó mirando por la ventana. Tras la muerte de Rafe, habían mantenido las persianas cerradas. Uno de sus propósitos de Año Nuevo era mantenerlas abiertas para que la luz y la naturaleza volvieran a entrar en su casa, aunque fuera gris y lloviera. Quería ver cómo cambiaban las estaciones, cómo florecían los narcisos y los tulipanes, y ser testigo de la transformación de la monotonía invernal en una primavera vibrante.

Los chicos subieron a comer. Nadia sonrió al ver a Kiran. Era como si la respuesta fuera automática. Después de que todos charlaran y comieran, Nadia empezó a limpiar.

—Ya lo he visto —dijo Lorraine mientras llevaba platos al fregadero.

—¿Ver qué?

—La forma en que miraste a Kiran.

—¿De qué estás hablando?

Lorraine se puso junto a Nadia. Cerró el grifo, obligando a su hija a mirarla.

# Heartbreak



157



# Hill

—Gemma dice que Kiran viene mucho.

Nadia suspiró.

—Viene los sábados, hace las tareas exteriores y se asegura de que todo siga funcionando correctamente. A cambio, yo le doy de comer.

—¿Y el domingo?

Nadia se quedó mirando por la ventana.

—Es el mejor amigo de Rafe, mamá. Nada más. —Excepto cuando su terapeuta había hablado de seguir adelante, Nadia se había negado incluso a considerar la idea. La idea le parecía tan descabellada. Hasta que cerró los ojos por la noche y vio a Kiran allí.

—No pasa nada si, es más, Nadia. Eres joven y tienes hijas pequeñas. Nadie espera que no sigas adelante o que te vuelvas a casar. Rafe querría eso.

—¿Querría? —preguntó mirando a su mamá—. ¿Querría que su mejor amigo se casara con su esposa?

—Creo que lo haría. Si sé algo de mi yerno, es esto: querría que siguieras adelante con alguien en quien confiara, y él confiaba en Kiran. Él ha sido parte de tu vida desde el día que conociste a Rafe. Conoce a las chicas de toda la vida, y nunca ha hecho nada para que desconfíes de él. Date la oportunidad de volver a ser feliz, Nadia.



La mañana del primer aniversario, Nadia, las niñas y su familia se despertaron con el día nublado, aunque el sol hacía todo lo posible por alegrar el ánimo de todos. Nadie parecía hablar mientras estaban sentados alrededor de la mesa del comedor, tomando el café y el desayuno. De vez en cuando, Warren, Reuben o Adam hacían algún ruido mientras hojeaban el periódico. Warren estaba chapado a la antigua. Quería las noticias impresas y no en su teléfono.

Una a una, se ducharon y se vistieron. Nadia fue la última, aunque fue la que más tiempo necesitó. Últimamente se había mostrado fuerte; hacía meses que no lloraba. Pero cuando se despertó esta mañana, la enormidad del día pesaba sobre ella. Todo lo ocurrido el año anterior estaba fresco en su mente, desde la forma en que se despertaron aquella mañana, hasta lo que llevaban puesto ella y las chicas, pasando por la última vez que vio a Rafe con vida.

Hoy, Nadia volvería a encontrarse cara a cara con su suegra, una mujer a la que no veía desde hacía cuatro meses. Ni siquiera habían hablado. Sin embargo, Otto pasaba mucho tiempo con ella, sobre todo cuando Warren no estaba. Sospechaba que su padre seguía en contacto con su suegro, ¿o era ahora su exsuegro? Nadia no tenía ni idea de cuáles eran las normas allí. Pero Cleo había mantenido las distancias. A Nadia le costaba explicar las acciones de



158



# Heartbreak

## Hill

Cleo. Una cosa era apartar a Nadia, pero no a las niñas. Necesitaban a su abuela, esa conexión con el padre que habían perdido. Cleo tenía sus razones y, por mucho que no quisiera, Nadia las respetaba. Pero no como trataba a Gemma y Lynnea. Al fin y al cabo, seguían siendo hijas de Rafe. Su sangre corría por ellas.

Cuando abrieron la puerta principal, Kiran se dispuso a llamar. Algo que había dejado de hacer a menos que los padres de Nadia estuvieran en la ciudad.

—Hola —dijo a la familia sin dejar de mirar a Nadia. Le tendió el brazo para que lo tomara—. Me gustaría acompañarlas a la ceremonia.

—Gracias.

Kiran la acompañó hasta el todoterreno que había alquilado su padre. Era un elegante monstruo negro de gran tamaño con cristales tintados para que ella y las niñas tuvieran intimidad. En general, los medios de comunicación locales la dejaban en paz. Pero con el aniversario de la Copa de la Commonwealth, ahora conocida como la Rafe Karlsson Memorial Cup, los medios empezaron a pedir entrevistas a Nadia. Nadia declinó todas, porque no tenía nada que decir. Kiran le abrió la puerta trasera, ayudó a las chicas a entrar y la cerró detrás de Gemma. Habló un momento con Warren y luego se subió al auto.

El año pasado, cuando Nadia había llevado a Rafe a la carrera, había dos o tres autos de policía. Esta mañana había perdido la cuenta después de diez. Cuando Kiran la sujetó de la mano al salir del asiento trasero, vio que la policía era necesaria para controlar a la multitud.

—¿Por qué necesitan estar aquí? —La pregunta era retórica.

—A la gente le gusta presentar sus respetos —afirma Kiran—. La carrera ha triplicado su tamaño. El dinero recaudado se destinará a un nuevo parque infantil.

—Será bueno para la zona.

Kiran estuvo de acuerdo.

—Van a ponerle el nombre de Rafe.

—Por supuesto que lo harán.

¿Cómo iban a seguir adelante? Aunque apreciaba el sentimiento, era demasiado pronto. Así las cosas, Nadia evitaba Harvard Square por culpa de los recordatorios. Ahora ya no podría venir a la ciudad a comprar o a disfrutar de los cafés.

Tia, una representante del comité de carrera saludó a Nadia. Había hablado varias veces con Tia sobre la ceremonia de inauguración. No era algo que Nadia quisiera hacer, pero tampoco quería que el nombre de Rafe apareciera por toda la televisión y en las noticias junto con menciones a cómo su familia no aparecía.



159



Heartbreak

## Hill

—Buenos días —dijo Tia. Nadia y ella se dieron la mano y Tia se presentó al resto de la familia. Le indicó a Nadia dónde quería que se sentara, delante y en el centro, con las cámaras apuntándola.

Ante ella había una foto de Rafe. Al verlo, sonriente y feliz, se le cortó la respiración. No había una palabra para describir lo que sentía cuando lo echaba de menos. Gemma y Lynnea se sentaron junto a ella, con sus padres al lado de las niñas. Al final quedaban dos asientos para Otto y Cleo, aunque no sabía si aparecerían. Esperaba que sí.

Reuben, Sienna, Adam y sus hijos se sentaron detrás de Nadia. Al igual que Kiran, que planeaba honrar a Rafe de la única manera que sabía, corriendo. Nadia esperaba que Kiran se diera cuenta de que honraba a Rafe todos los días cuando aparecía por su familia.

Minutos antes de que comenzara la ceremonia, sintió una mano en el hombro. Miró y encontró a Otto. Se levantó y lo abrazó, y luego vio a Cleo. Nadia odiaba haber dudado el más mínimo instante. Extendió los brazos y abrazó a su suegra, y luego sonrió cuando las niñas se pusieron en pie de un salto para saludar a su abuela. A Nadia se le encogió el corazón cuando sus padres bajaron dos asientos y permitieron que Cleo y Otto se sentaran junto a las niñas. Si hacía falta este momento sombrío para que se unieran como familia, que así fuera.

Tras los discursos del director de la carrera y del alcalde, Nadia subió al improvisado escenario para aceptar la llave de la ciudad en nombre de Rafe. ¿Qué demonios se suponía que iba a hacer con ella? A continuación, declaró abierta la carrera por carretera. Fue como si una avalancha instantánea de gente saliera a la calle para ver correr a sus amigos y familiares, mientras los corredores subían a los autobuses que los llevarían a la línea de salida.

Kiran la ayudó a bajar del escenario.

—¿Nos vemos en la línea de meta?

—¿Vas a correr con traje? —le preguntó, observando su ropa.

Se rió.

—No, tengo una bolsa en el todoterreno. Voy a cambiarme.

Ella asintió. Estaban cerca. Nadia estaba segura de que Kiran quería ser algo más que un amigo, o alguien de quien dependiera, pero no estaba ni mucho menos preparada para nada, con nadie. Sabía que Kiran no salía con nadie, a pesar de las mujeres que intentaban llamar su atención. Él iba a trabajar todos los días, le enviaba mensajes de texto por la mañana y por la tarde, la llamaba después de cenar y se quedaba en su casa de sol a sol los fines de semana. Estaba allí para ellas, y ella lo apreciaba más que nunca.

—Estaremos allí —dijo mientras extendía la mano y le tocaba el brazo—. Rafe pretendía ganar el año pasado, así que.... —Nadia se estremeció—. Haz que se sienta orgulloso.

Heartbreak



160



HEIDI  
MCLAUGHLIN

# Hill

—Te veré en la meta —le dijo—. Seré el primero en cruzar.  
Nadia no tenía ninguna duda.



161  
Simply Books

# Heartbreak

## Veintidós

GRAYSON

Grayson se sentó en una silla de felpa azul. Era antigua, con un acolchado extraordinariamente bueno. Sin embargo, era una elección extraña para la consulta de un terapeuta, aunque disfrutaba pasando los dedos por la tela, sintiendo cómo la textura cambiaba de suave a áspera. Lo había hecho tantas veces que cada vez que se sentaba allí era un hábito distraído. Grayson había leído una y otra vez que la gente debía acudir a terapia después de someterse a un trasplante de corazón de urgencia. Aunque Grayson ya había cumplido un año, había seguido visitando al Dr. Littleton porque así tenía a alguien con quien hablar que no era pariente suyo. El Dr. Littleton lo escuchaba, le aconsejaba y no lo juzgaba cuando decía que a veces se sentía desbordado por las emociones. Grayson estaba locamente enamorado de Reid y a menudo sentía que no se expresaba correctamente.

—Esta es una gran semana para ti —dijo el Dr. Littleton desde la otra silla azul de felpa. Grayson lo comparó con un trono, digno de la realeza, y Grayson era el esbirro o campesino que suplicaba al todopoderoso que lo guiara y tranquilizara.

—¿Lo celebro?

—Podrías, o podrías seguir como si no fuera gran cosa.

Grayson sacudió la cabeza y se miró los dedos, que se movían formando un patrón. Intentó detenerlos, pero siguieron girando y girando, de un lado a otro.

—¿Qué pasa, Grayson?

—Nada —dijo como respuesta automática.

—Te conozco desde hace un año —dijo el Dr. Littleton—. No sería muy bueno en mi trabajo si no notara que algo te molesta.

Grayson suspiró, pero no sintió alivio. Sacudió la cabeza, se mordió el labio inferior y se balanceó un poco en la silla.

—Mi corazón. —Se puso el puño sobre el corazón y lo mantuvo allí—. Me duele.

—¿Se lo has dicho a tu cardiólogo? —Littleton hojeó sus notas—. Lo siento, no recuerdo su nombre. ¿Se lo dijiste en tu cita?

—Sí. Hizo algunas pruebas, y no hay nada. Está sano. Estoy sano. No hay miedo al rechazo. Pero estoy triste y no puedo explicarlo, y no es de repente. El



162



## Hill

sentimiento ha estado ahí, y pensé que era porque el corazón necesitaba acostumbrarse a mí, a Reid... ya sabes, a mi vida. El sentimiento persiste. A veces es fuerte y me dan ganas de llorar sin motivo, y otras veces, es esta sensación sorda.

—¿Desde cuándo experimentas esto?

—¿La tristeza? —Grayson se encogió de hombros—. Durante un tiempo, creo. Siento que sólo supe realmente que estaba allí después de que me desperté llorando el otro día.

—¿De un sueño?

Asintió.

—Ni siquiera sé de qué se trataba, pero había otras personas allí, pero estaban borrosas, y luego me desperté con lágrimas corriendo por mi cara, empapando mi almohada. —Estaba agradecido de que Reid se hubiera levantado temprano y se hubiera ido al gimnasio; tenía miedo de lo que ella podría haber pensado o hecho si hubiera visto este colapso mañanero.

—¿Has sentido esto alguna otra vez?

—Creo que sí. Tengo graves momentos de tristeza. Son aleatorios. Es como si tuviera un plan pero no me atreviera a hacer nada. Tengo suerte de que Reid se contentara con pasar el día tranquilo, pero no es propio de mí. Me gusta estar activo, estar fuera, explorar la naturaleza. No estar sentado en nuestro apartamento, encerrado con las persianas cerradas.

El Dr. Littleton escribió en su bloc de notas amarillo. Sin levantar la vista, preguntó:

—¿Cómo está Reid? ¿Cómo le van las cosas románticamente? ¿Físicamente?

Grayson se sonrojó. Aunque le encantaba hablar de Reid, hablar de su vida sexual le resultaba un poco incómodo. Quería respetar su intimidad, cosa que el Dr. Littleton comprendía. Pero Grayson comprendió que las preguntas no eran invasivas, sólo estaban destinadas a sanar y procesar el calvario por el que había pasado.

—Reid es increíble —dijo—. Nos reunimos con la organizadora de bodas y probamos algunos pasteles el otro día. Nunca supe que era del tipo '*pastel blanco con relleno de frambuesa*', pero lo soy. Hablamos del tema de '*pastel aplastado en la cara*', y le dije que me parecía un poco irrespetuoso y que no quería hacerlo.

—¿Y eso por qué?

—Porque ella habrá pasado mucho tiempo perfeccionando su look para ese día; no quiero arruinarlo porque alguien por el camino pensó que untar pastel en la cara de tu esposa sería una tradición divertida. Es de mala educación.

## Heartbreak



163



## Hill

—¿Cómo se sintió?

—Agradecida. Me dio las gracias, cosa que no necesitaba hacer, pero lo entiendo. —Grayson se pasó la mano por delante de los pantalones—. La amo, con este corazón, mi otro corazón. —Se encogió de hombros—. Pero a veces la miro y...

—¿Y?

—No lo sé —dijo—. No tengo ninguna duda de que ella es la indicada para mí. Pero cuando me duele el corazón, me hace cuestionarme si debería estar aquí ahora mismo. Alguien murió para que yo pudiera vivir, ¿y si no estoy a la altura de su potencial? ¿Y si era una persona increíble que acompañaba a las abuelas a cruzar la calle, que donaba su tiempo al comedor social o a la colecta de ropa? ¿Y si mi corazón me está diciendo que estoy fracasando en ser la persona para la que estaba destinado?

El Dr. Littleton se levantó y se dirigió a su escritorio. Tecléo en el ordenador, rasgó los dedos sobre el escritorio y luego asintió.

—Esto va a sonar raro, pero escucha lo que tengo que decir —le dijo a Grayson—. No hay ninguna prueba científica de que los órganos puedan cambiar tu personalidad, tus recuerdos o cómo te sientes. Sin embargo, me parece que tu corazón, muy sano, está experimentando algunas emociones que desconoces, ¿verdad?

Grayson asintió.

»Cuando estás con Reid, ¿qué sientes?

—Euforia, felicidad, gratitud, satisfacción —le dijo al médico—. Amor, deseo, como si quisiera estar con ella todo el tiempo. Todo lo que me negaba al principio, sigue ahí y más fuerte. Pero a veces, cuando el dolor es fuerte, me pregunto qué me falta, porque siento que algo falta definitivamente en mi vida ahora mismo.

El Dr. Littleton volvió a su silla.

—Creo que lo que estás experimentando se conoce como memoria celular. Muchos médicos no están de acuerdo en que esto exista, ya que la investigación es limitada.

—¿Qué es?

—La memoria celular permite al cuerpo recordar cómo luchar contra las enfermedades. En cuanto a un órgano, en este caso el corazón, tenía que recordar cómo funcionar en una nueva cavidad. El equipo de trasplantes se aseguró de que tuviera un ritmo cardíaco y un flujo sanguíneo normales. Sin embargo, algunos científicos han interpretado que la memoria celular también significa que los recuerdos, sentimientos, gustos y aversiones del donante se almacenan en esas células y luego son recordados por el receptor.



## Hill

—¿En mis términos, por favor?

El Dr. Littleton se rió.

—En pocas palabras, podrías estar experimentando recuerdos del donante.

Grayson dejó que la afirmación germinara. No creía que fuera posible, pero tampoco era médico y lo que había dicho el Dr. Littleton tenía cierto sentido. Si así fuera, ¿alguien que bebiera cerveza y recibiera un hígado nuevo dejaría de hacerlo de repente? ¿Podría su corazón guardar recuerdos y sentimientos de su vida anterior al trasplante?

No, Grayson no se lo creía. Lo que dijo el Dr. Littleton no tenía sentido. No había forma de que un órgano pudiera recordar emociones. Algo más tenía que estar pasando.



Esa noche, cuando él y Reid se metieron en la cama, se tumbaron de lado, mirándose el uno al otro, con la única luz de la luna que entraba por la ventana.

—¿Estás bien? —preguntó Reid. Le pasó la mano por el cabello. Le besó la palma y luego apretó la mano contra su corazón. Este latía salvaje y apasionadamente por ella.

—Desde el verano, hay veces que estoy increíblemente triste —empezó—. Me he despertado de sueños que no recuerdo, llorando. Y mi corazón. —Le cubrió la mano con la suya—. A veces me duele.

—¿Has hablado con tu médico?

Asintió y luego pronunció su respuesta.

—He pasado todas las pruebas —dijo—. Todas las imágenes muestran un corazón reactivo y sano.

—¿Te estás arrepintiendo de lo nuestro? —preguntó con un deje de tristeza en la voz. Grayson se inclinó hacia delante y apretó los labios contra los de ella.

—Ni remotamente.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué es?

Se acercó más a ella, acortando distancias. Necesitaba sentir su presencia, estar en su espacio y compartir la calma natural que ella llevaba consigo.

—No lo sé —le dijo—. Hoy he visto al Dr. Littleton. Sugirió que tal vez el corazón está recordando al donante, y eso es lo que estoy sintiendo.



165



Heartbreak

## Hill

—Eso no es nada —le dijo—. Tu mamá le preguntó a uno de los cardiólogos si eso podía ocurrir después de tu trasplante porque temía exactamente esto. Dijo que no era posible.

—No está demostrado científicamente, sólo es una teoría. Otras personas que han recibido donaciones de órganos han indicado un cambio en su comportamiento o en lo que comían.

—Tu comportamiento sí cambió —señaló.

—Si te refieres a lo que siento por ti, no. Siempre me he sentido así, pero no quería agobiarte con mis problemas. Una vez que supe que tenía un nuevo corazón y que el viejo corazón de chatarra estaba fuera de mi vida, hice lo que quería hacer hace mucho tiempo. Decirte lo que sentía o quería fue literalmente el momento más estimulante y aterrador de mi vida. Tenía tanto miedo de que las cosas se rompieran irrevocablemente entre nosotros por cómo actué.

—Deberían haberlo hecho —le dijo—. Pero he estado enamorada de ti desde que tengo uso de razón. Creo que la única forma en que podría salir de tu vida es si me mudara y no te dijera adónde fui.

—Definitivamente presentaría una denuncia por desaparición. —Sonrió, agradecido por la luz de la luna que entraba por su ventana.

—Esta sensación que tienes, ¿qué podemos hacer al respecto?

—No lo sé. No estoy seguro de que haya algo que podamos hacer.

—Podrías ponerte en contacto con UNOS, averiguar si la familia del donante es receptiva a la comunicación o incluso a una reunión. Ellos son los únicos que lo sabrán. Quizá esto forme parte del proceso de curación. ¿Y si buscas un grupo de apoyo? Puede que alguien haya vivido una situación similar y pueda orientarte.

—Gracias —dijo mientras la besaba—. No sé cómo he tenido tanta suerte de tenerte en mi vida, Reid. Pero realmente soy el hombre más afortunado del planeta.

—Y el más cursi. —Soltó una risita cuando él le hizo cosquillas en el costado. Se acercó y se acurrucó contra él, poniéndole la mano en el corazón—. Sea lo que sea, mientras estés sano, lo averiguaremos.



A la mañana siguiente, se sentaron a tomarse el café y a ver la televisión antes de emprender la jornada. Grayson hojeó sin pensar por los canales hasta que vio las palabras *donaciones de órganos*. Había un documental de varios episodios. Inmediatamente le dio a grabar y empezó a verlo absorto.

Cuando Sydney llamó y preguntó a Reid si quería ir de compras, Grayson le dijo que fuera y se divirtiera. El documental había captado su atención. Estuvo

## Heartbreak



# Hill

sentado durante horas, escuchando a los demás contar sus historias sobre los trasplantes, intentando asimilar lo que podía. Sólo un receptor habló de experimentar emociones inexplicables. Grayson rebobinó el segmento y lo vio repetidamente, anotando su propia serie de preguntas. Cuanto más escuchaba, más pensaba que lo que él experimentaba era lo mismo. La memoria celular existía, y él la tenía. Sin embargo, no sabía qué hacer con ella. Podía hacer una petición a través de la UNOS para conocer a la familia, pero eso podía llevar hasta un año, y eso sólo si la familia estaba receptiva.

Grayson no podía esperar un año para oír un no. Su corazón no podría soportar el rechazo. Tampoco podría vivir más tiempo con el dolor en el pecho.

Ahora necesitaba respuestas.

Cuando terminó de verlo, le entraron ganas de saber más. Tomó su laptop y empezó a leer todo lo que pudo sobre pacientes trasplantados, la vida después de un trasplante y dónde podía encontrar grupos de apoyo. En persona o virtuales. No importaba.

La información era escasa. Sólo encontró un par de blogs que trataban el tema, pero uno que leyó era bastante intrigante. El receptor había pedido conocer a la familia del donante. Se negaron. Estaba tan obsesionado con encontrar respuestas a los sentimientos de su corazón que, durante su estancia en el hospital, buscó en los obituarios locales. Al final, no encontró nada. Nunca descubrió el problema y seguía luchando con emociones inexplicables.

Había pasado un año desde el trasplante de corazón de Grayson. Siguiendo las advertencias de su terapeuta, había evitado buscar las cosas que se había perdido durante su estancia en coma. El Dr. Littleton le había explicado que, debido a la forma en que la mente absorbe y procesa la información, era normal que las personas se perdieran uno o dos días de las noticias, pero oyeran algo de pasada. Pero perderse semanas o incluso meses y luego intentar ponerse al día podía causar más problemas al paciente. Grayson había hecho caso del consejo, excepto cuando se trataba del campeonato universitario de baloncesto. Tenía que saber quién había llegado al Final Four y ganado el título. Por suerte, no era seguidor de ninguno de los dos equipos.

Grayson tecleó palabras clave en la barra de búsqueda del navegador de Internet. Su meñique se detuvo sobre la tecla enter. Podía mirar, o mover el dedo dos filas hacia arriba y borrarlo todo.

Pulsó enter y se pasó las siguientes cinco o seis horas mirando todo lo que pudo desde los días que estuvo en coma y en la unidad de cuidados intensivos hasta los días posteriores al alta. El único momento en que abandonó la laptop fue para tomar su medicación y comer, ambas cosas tras escuchar los recordatorios que sonaban desde su teléfono. Grayson se zambulló en las noticias, cautivado por lo mucho que había ocurrido en el tiempo que estuvo dormido.

# Heartbreak



## Hill

*Ni siquiera fue una siesta reparadora.*

La oleada de emociones que lo invadió le dejó abatido. Estaba conmocionado por lo que se había perdido, entristecido por lo que había leído. No debería haber tardado un año en leer las noticias, pero comprendió por qué su terapeuta le había advertido que no lo hiciera.

Grayson cerró su laptop cuando Reid llegó a casa. Le contó cómo había pasado el día.

—Creo que necesito dar un paseo —le dijo después de cenar—. Necesito un poco de aire fresco.

—¿Quieres que vaya contigo?

Se lo pensó un momento y luego asintió. Estar en su presencia lo tranquilizaba. Lo mantenía con los pies en la tierra. Grayson esperó mientras ella se ponía las zapatillas y luego salieron.

—Caminemos hasta el centro comercial —le dijo—. Quiero ver dónde nos casaremos el año que viene.

Reid sonrió. Se tomaron de la mano y recorrieron el barrio hasta llegar al National Mall. Los cerezos estaban en plena floración. El dosel rosa de flores creaba una estética preciosa. Era fácil entender por qué Reid quería casarse allí.

Grayson también.

Ella no lo sabía, pero él tenía una cuenta atrás en su teléfono para el día en que se convertiría en su esposa. Pedirle que se casara con él fue la mejor decisión de su vida, excepto cuando la besó por segunda, tercera, cuarta y cuántas veces más.

—Esto es perfecto y lo que quiero para nuestro día —dijo Reid cuando llegaron al centro comercial—. Mira el suelo. La belleza natural de la forma en que caen las flores. Me veo caminando hacia el altar aquí. —Ella le sonrió, con una sonrisa más brillante que la Estrella Polar.

—Sucederá —le dijo mientras la besaba—. Déjame hacerte una foto.

Reid se alejó unos pasos de él y posó. Cada pocos segundos, cambiaba de postura, inclinaba la cabeza o colocaba los pies. Hizo fotos a toda velocidad, tantas como pudo, sabiendo que se quedaría con todas porque le encantarían.

Cuando ella se acercó, él le enseñó las fotos. Reid frunció el ceño ante la mayoría de ellas, pero le parecieron preciosas.

—Las borraré más tarde —le dijo.

—No, las quiero.

Puso los ojos en blanco.

—Tomémonos una selfie.



HEIDI  
MCLAUGHLIN

# Hill

Se dieron la vuelta y Grayson le pasó el brazo por encima del hombro. Ella se arrimó a su lado, apoyando la mano sobre su corazón. Él extendió el brazo y lo levantó lo suficiente para captar no sólo a ellos, sino también el paisaje que tenían detrás. A través de la cámara, la vio mirarlo. Se giró y la besó, rezando como un demonio para que su pulgar tomara la foto.



169  
Simply Books

# Heartbreak

Hill

## Veintitrés

GRAYSON

A la semana siguiente, Grayson se sentó en el mismo sillón azul de felpa y relató las mismas sensaciones que había tenido la semana anterior. En todo caso, el dolor en el pecho había aumentado, hasta el punto de que lloraba todos los días. No podía identificar la causa, aunque lo había intentado. Grayson había empezado un diario después de su última cita, detallando todo, incluyendo los nuevos alimentos que le gustaban. Cosas que no había comido antes, como platos italianos. Nunca le había gustado la ricotta, pero se le hacía agua la boca cuando veía anuncios de lasaña, y el otro día en el desayuno había pedido tortitas de ricotta con sirope de arce de mantequilla marrón y compota de arándanos. Antes de la operación, había aborrecido la fruta en la comida, sobre todo cuando estaba caliente. A Grayson no le gustaban las tartas, a no ser que estuvieran hechas de pudding con una corteza de galleta Graham; entonces, todo estaba perdido.

—¿Hablaste con tu médico sobre la memoria celular? —preguntó el Dr. Littleton.

—Se lo mencioné, pero dice que es casi imposible.

El Dr. Littleton asintió.

—Imposible de demostrar, pero no improbable de intuir. Creo que una cosa que hay que recordar es que, si la ciencia no está ahí para apoyar y probar, es difícil de calcular. La ciencia necesita pruebas -hechos fríos y contundentes- y en una situación como ésta es casi imposible conseguirlas. No podemos preguntar a un órgano, y si preguntamos al paciente, la respuesta sería sesgada. Algunos serán como tú y dirán que han experimentado algo, mientras que otros dirán que no han experimentado nada. Eso nos lleva de nuevo a 'algo', que fácilmente podría significar una cosa para ti y ser algo diferente para otro.

—Esto es complicado —dijo Grayson—. Y difícil de describir para mí. — Se puso el puño sobre el corazón y sacudió la cabeza—. Esto es diferente, y aunque sé que el corazón -mi corazón- no es con el que nací, lo siento como mío, y sin embargo ahora me recuerdan casi a diario que no lo es. —Grayson suspiró—. Siento que tengo el corazón roto y no sé por qué.

—¿Cómo está Reid? ¿Hablaste con ella de esto?

Grayson asintió.

—Lo hice. Es muy comprensiva y me apoya mucho. No la merezco.



170



Heartbreak

## Hill

—Ella opina lo contrario —dijo el Dr. Littleton—. Hemos hablado largo y tendido sobre su papel en tu vida, tu rehabilitación y tu relación. Sé que ambos han hecho el trabajo de comunicar cómo se sienten. No me sorprende que te apoye, pero definitivamente te la mereces, Grayson.

Se encogió de hombros.

—El otro día, mientras ojeaba los canales, me topé con un documental sobre trasplantes. Me pasé horas viéndolo y perdí un día entero buscando en Internet otras historias. Y luego busqué en las noticias la época en que estuve en coma.

—¿Oh?

Grayson volvió a encogerse de hombros.

—Sé que me lo desaconsejaste, pero perderme esas semanas... Pensé que tal vez algo estimularía un recuerdo, y mi corazón empezaría a cantar o algo así. No sé.

—¿Has aprendido algo?

—La noticia en sí es deprimente.

—Los deportes son más lo tuyo, ¿verdad?

Grayson asintió.

—Pasé mucho tiempo desplazándose a través de ESPN como un limpiador de la mente.

—¿Has encontrado algo interesante?

Otro encogimiento de hombros.

—La verdad es que no. No sé. Nada mantuvo mi interés.

—¿Que UConn no gane el campeonato universitario de baloncesto?

Grayson puso los ojos en blanco.

—No soy un fan —dijo con un suspiro. Algún día, mis Zags estarán allí. — Cuando los Gonzaga Bulldogs hicieron su primera carrera en el torneo, allá por 1999, Grayson se convirtió en un fan incondicional. Apreciaba su tenacidad y determinación y le encantaba que fueran una escuela pequeña que triunfaba.

Por un momento, el estado de ánimo de Grayson mejoró, y entonces le volvieron flashes de lo que había encontrado.

»Para los pocos momentos felices, ha habido tanta muerte —le dijo al Dr. Littleton—. Y entonces recuerdo que alguien perdió a su ser querido para que yo pudiera vivir... —Se interrumpió y miró por la ventana—. Estoy luchando con este conocimiento ahora más que nunca.

—Lo que viviste es una experiencia sin igual.

## Heartbreak



# Hill

—Excepto para la familia que perdió a alguien —dijo—. ¿Cómo es su experiencia?

—Es difícil decirlo. Cada persona lo afronta de forma diferente. ¿Has pensado en ponerte en contacto con UNOS?

Grayson asintió.

—Sí, pero al mismo tiempo, no sé cómo me sentiría si no les interesara saber de mí. El papeleo que tengo dice que puedo escribir una carta a la familia de mi donante, y aunque me parece bien, ¿y si no la leen y entonces mis preguntas quedan sin respuesta?

—¿Cuáles son? —preguntó Littleton.

—¿Qué tipo de persona era mi donante? ¿Qué le gustaba? ¿Mi nueva afición por la comida italiana es algo que les gustaba, o mi paladar cambió a causa de la cirugía? —Grayson se encogió de hombros.

—Pueden o no tener las respuestas, a menos que lo intentes.

Grayson asintió. Su vida tenía este extraño desequilibrio. Si se inclinaba demasiado a la izquierda, se caía. Lo mismo con la derecha. El problema era que ninguno de los dos bandos tenía las respuestas que él buscaba para entender sus sentimientos.

De camino a casa, se detuvo en la librería y compró otro diario. Al que tenía sólo le quedaban unas cuantas páginas, que pensó que rellenaría esta noche antes de irse a la cama. Reid también había empezado a llevar un diario. Documentar lo que era importante para ellos -cómo se sentían, sus objetivos, logros y fracasos- les proporcionaba un desahogo eficaz. En ocasiones, Grayson había sufrido episodios de depresión, a menudo provocados por la ingesta diaria de medicamentos, sabiendo que si faltaba un día, estaría un día más cerca de la muerte. Su propia mortalidad pesaba mucho en su mente. Lo asustaba y a veces incluso lo paralizaba.

Antes de abandonar la sección, eligió otro diario para Reid y luego se dirigió a la sección de autoayuda, sin saber qué era lo que buscaba, pero esperaba que alguien hubiera escrito un libro sobre su viaje de receptor de un trasplante a vivir con el corazón de otra persona. Nadie lo había hecho. Al menos, ningún libro a la venta en la tienda.

Había empezado a llover mientras estaba en la librería. Optó por tomar el metro para volver a casa en lugar de caminar. Si caminaba bajo la lluvia, su mamá y Reid lo matarían por irresponsable. Salvarlas de la cárcel era sin duda una ventaja.

A medio camino de casa, sus auriculares se apagaron y pudo oír la conversación que tenía lugar frente a él. Dos mujeres jóvenes estaban sentadas, con las cabezas juntas, hablando de cómo habían buscado en Internet a una de sus citas para ver qué podían averiguar. A Grayson le pareció una idea brillante

# Heartbreak



# Hill

y, si tuviera una hermana, le diría que hiciera lo mismo. Hoy en día todo está en Internet.

Se le ocurrió una idea y, a pesar de que la voz de su mente le decía que era una mala idea, Grayson procedió de todos modos. Sacó su teléfono del bolsillo, abrió un navegador web y tecleó: *personas que murieron el 9 de abril o alrededor de esa fecha en Estados Unidos*.

Lanzar una red tan amplia era una apuesta arriesgada, sobre todo porque sólo sabía una cosa con certeza: su donante procedía de Estados Unidos. La otra la adivinó por la fecha de la operación.

El resultado principal era muertes notables en todo el mundo, y enumeraba más de diez al día. Tendría que encontrar la forma de limitar la búsqueda. No había forma de obtener esta información de la UNOS a menos que la familia del donante le diera permiso. Tendría que hacerlo a la antigua usanza, con la ayuda de Internet y las necrológicas.

Lo único que quería saber era cómo era su donante, y entonces quizá podría averiguar qué le pasaba en el pecho.

Grayson abrió otro navegador y tecleó la URL del periódico local. Hizo clic en los obituarios, esperó y se quedó mirando la barra de búsqueda. Tenía que saber el nombre de la persona que buscaba. No podía poner un intervalo de fechas ni una fecha concreta.

Grayson cerró la aplicación con un poco más de agresividad en el dedo de la necesaria. Aferró el teléfono y apoyó la cabeza en la ventanilla del tren. Tenía que haber una forma de averiguar quién había pasado localmente sin tener que esperar a UNOS.

Cuando anunciaron su parada, estaba tan sumido en sus pensamientos que casi se la salta y apenas pudo escapar por las puertas que se cerraban. Subió por las escaleras mecánicas y, al salir, vio una fila de taxis estacionados frente a la estación, y decidió tomar uno para volver a casa. Llegar a casa era más importante ahora. Grayson necesitaba estar delante de su laptop, con una pantalla más amplia, para poder buscar con más eficacia.

En la recepción del edificio de apartamentos, la recepcionista le entregó a Grayson tres cajas y una pila de revistas de novias. Verlas lo hizo sonreír. Ahora que ya tenían el lugar, otras cosas empezaban a encajar. Aún les quedaba tiempo para decidir la lista de invitados, lo que iban a dar de comer a cada uno y, lo que era más importante, los colores que iban a llevar. Grayson pensaba que lo ideal sería un esmoquin negro tradicional, pero alguna revista le había dicho que las bodas de primavera en negro y al aire libre no siempre eran lo más elegante. Reid pensó que un traje de lino estaría bien. La verdad era que se pondría lo que Reid le dijera, siempre y cuando la cicatriz de su pecho estuviera cubierta. No era tan nudosa como cuando lo habían operado, pero seguía viéndola como una línea de color rojo brillante, aunque se había desvanecido.

# Heartbreak



## Hill

De algún modo, consiguió abrir la puerta sin que se le cayera ninguna de las cajas ni las numerosas revistas que, sin duda, mostraban los mismos vestidos en cada una de ellas. Tenían muchas de esas, todos con las páginas de dobladas. Reid le había pedido que no mirara, y no lo había hecho. Nunca le faltaría al respeto espiando.

Después de prepararse algo de comer, se sentó con su laptop, un bolígrafo y un bloc de papel. Se quedó mirando la pantalla un momento y luego tecleó *Quién falleció en Washington, DC*, junto con el intervalo de fechas que se le había ocurrido.

Aparecieron unos cuantos nombres. Copió el primero en la sección de obituarios del periódico local y leyó, luego leyó el siguiente, y luego el siguiente. Cada vez, Grayson encontraba algo que eliminaba al difunto: edad o enfermedad, o una expresión como *sobredosis*.

Buscó en algunos periódicos más, pero cada vez se topaba con un obstáculo. Sobre todo porque buscar a alguien que pudiera haber donado órganos vitales era difícil y, sinceramente, no estaba seguro de saber lo que buscaba.

Y cada vez que hacía una búsqueda, se deprimía más y más. A punto de darse por vencido, hojeó un periódico de más allá de DC, y un nombre familiar llamó su atención: Warren y Lorraine Bolton. Grayson hizo clic y leyó la primera línea, sobre cómo habían perdido a su yerno, Rafe Karlsson, en un accidente en Boston.

Había conocido a los Bolton durante todo el instituto, pero había perdido el contacto después de graduarse. Grayson había pasado muchos días y algunas noches, aunque nadie lo sabía, en su casa, a las afueras de la ciudad. Hacía años que no pensaba en ellos.

Grayson continuó hasta que vio qué hija había perdido a su esposo.

Tragó saliva cuando sus ojos se posaron en su nombre.

Nadia.

La chica con la que había salido en el instituto, hasta que tomaron caminos separados cuando se fueron a la universidad, perdiendo prácticamente el contacto. Nadia había ido a la Universidad de Boston, lejos de sus padres y hermanos, con la necesidad de extender sus alas. Grayson había elegido la American. Estaba cerca de su mamá y, aunque no era un niño de mamá, no quería estar demasiado lejos de ella. Antes de irse a estudiar, habían acordado que lo mejor sería ser solteros para poder disfrutar de la universidad sin preocuparse de lo que pensara el otro.

Nadia y Grayson habían salido durante dos años y, aunque el desengaño inicial les había dolido, ambos habían seguido adelante. Se mantuvieron en contacto durante el primer semestre y luego la comunicación fue disminuyendo

Heartbreak



gradualmente. A Grayson nunca le había disgustado perder a Nadia. Iban en dos direcciones distintas y era más fácil que tener una relación a distancia.

Grayson siguió leyendo el artículo. Rafe y Nadia tenían dos hijas, Gemma (ocho) y Lynnea (seis). Cada vez que leía, Grayson sentía más lástima por la que había sido su novia, y sentía una punzada de dolor y rabia que desconocía. Nunca había comprobado con su mamá si seguía hablando con los Bolton. No vivían lejos el uno del otro. Seguramente, su mamá debía tener noticias del vecindario.

Tomó el teléfono y pulsó la imagen de contacto de su mamá. Al segundo timbrado, ella descolgó.

—Hola —dijo contenta.

—Hola. Um, te acuerdas de los Bolton, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Todavía viven en la zona?

Sydney guardó silencio un momento.

—No, creo que se mudaron más lejos hace unos cinco años. Si no recuerdo mal, Warren se jubiló, y creo que o bien vendieron la casa o bien su hija vive en ella con su familia.

—¿Nadia? —No tenía ni idea de por qué había dicho su nombre. El artículo que había leído decía que vivía en Boston.

—No, la otra. ¿Sierra?

—Sienna.

—Sí, Sienna. Tiene dos hijos. Los veo de vez en cuando. ¿Por qué preguntas por los Bolton?

Grayson amplió la foto de Nadia y su familia y la estudió. Ella parecía feliz. Ellos parecían felices. Su hija mayor se parecía a Nadia, mientras que la pequeña se parecía a Rafe.

—¿Grayson?

—Uh, ¿qué?

—¿Por qué preguntas? ¿Ha pasado algo?

—Curiosidad —le dijo Grayson a su mamá.

—Bien. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. ¿Puedo llamarte luego?

—Bien. ¿Va todo bien? —Había preocupación en su voz, y Grayson se reprendió por preocuparla. Debería haberle mandado un mensaje en vez de llamar.

—Sí, estoy bien. Te lo prometo.



## Hill

—Okey, llámame más tarde.

Colgó y abrió otro navegador. Esta vez buscó la esquila de Rafe Karlsson. Al pulsar enter, no tenía ni idea de lo que estaba buscando. Supuso que tenía curiosidad porque conocía a alguien que se había visto afectado por la tragedia, lo cual era una primicia para él. A menudo se consideraba afortunado, ya que nunca había perdido a un compañero de clase o a un amigo a causa de la muerte.

Grayson hojeó, y pronto se enteró de que Rafe había muerto tras salvar la vida de otra corredora durante la Copa anual de la Commonwealth. Rafe estaba locamente enamorado de Nadia. Un padre cariñoso para Gemma y Lynnea. Hijo único de Otto y Cleo Karlsson. Hermano cariñoso de Freya y tío de Leif y Astrid. Dejó atrás a su mejor amigo y compañero de universidad, Kiran Dunlap.

Y al final, la frase que estremeció a Grayson estaba allí en blanco y negro: *Rafe Karlsson dio el regalo de la vida.*

Grayson se sentó y se concentró en aquellas palabras. No era un hombre de apuestas, pero si lo fuera, apostarí a que los órganos de Rafe habían sido donados.

En otra ventana, Grayson buscó información sobre la Copa de la Commonwealth, que ahora se conocía como la Rafe Karlsson Memorial Cup. Leyó extensamente y tomó notas de lo que pudo. Allí estaba Nadia, recibiendo la llave de la ciudad. Ahora la reconocía. Llevaba un abrigo de lana oscura y un sombrero negro. Sus hijas llevaban algo parecido. Nadia tomaba de la mano a sus hijas. Las cámaras seguían todos sus movimientos.

Perdió la cuenta del tiempo que pasó allí sentado, buscando cosas al azar, aprendiendo cada vez más sobre el accidente, la familia de Nadia, ella, su esposo y cualquier otra cosa a la que pudiera hincar el diente. Lo que le pareció interesante fue la falta de entrevistas con ella. En todas las búsquedas, sólo pudo encontrar una, y era reciente.

La Nadia que él recordaba era extrovertida, vivaz y le encantaba que la enfocaran. Capitana del equipo de animadoras y mejor estudiante, le encantaba ser el centro de atención. Grayson supuso que probablemente su vida había cambiado cuando tuvo a sus hijas o que su luz se había apagado tras perder a su esposo.

El dolor constante que había sentido en el corazón cambió. Ya no era sordo. Ahora palpitaba, y por mucho que se frotara el punto no disminuía. Las lágrimas amenazaban al mirar los rostros de Gemma y Lynnea, lo que parecía una tontería. ¿Por qué iba a llorar por dos niñas que no conocía? Su mente le decía que era por conocer a Nadia, por sentir lástima por ella. Habían tenido una relación y era lógico que sintiera algún tipo de escozor al enterarse de su pérdida.

Grayson no había visto a Nadia desde el verano en que acabaron el instituto, cuando la ayudó a empaquetar su auto. Tenía grandes dotes organizativas y ella le había suplicado que la ayudara. Ella le llevaba sus cosas y



176



Heartbreak

# Hill

él las metía en el auto. Warren, su padre, quería asegurarse de que Nadia pudiera ver por el retrovisor cuando conducía. Grayson se encargó de ello.

Ahora, en lugar de apartarla de su mente, teclea su nombre en un buscador y observa cómo aparece su nombre y el de su esposo. Por un precio, podía pagar a una empresa para que le diera su número de teléfono, dirección y correo electrónico. Le pareció excesivo e invasivo.

Sin embargo, lo hizo por la única razón de que tenía que saberlo. Aunque su mente le decía que no lo hiciera, su corazón lo empujaba a seguir adelante. Tecleó sus datos, junto con el número de su tarjeta de crédito, y esperaba que el banco lo llamara de inmediato para acusarlo de fraude.

La pantalla cambió y en ella apareció su dirección y una foto de su casa. La casa era todo lo que Nadia siempre había deseado. La casa, de estilo artesano, tenía un amplio porche con una mecedora blanca. En la escalera había macetas con flores, florecidas y rebosantes. Tenía un hogar, una familia y había perdido a su esposo.

Se dijo a sí mismo que, a pesar de su pérdida, lo estaba haciendo bien.  
¿O no?



## Veinticuatro

GRAYSON

—Necesito tu ayuda —le dijo Grayson a Pearce cuando llegó a la cancha de baloncesto. Habían empezado a jugar de nuevo, uno contra uno, en cuanto el médico había dado el visto bueno a Grayson. Hasta el día de hoy, no había vuelto al juego que tanto le gustaba, temeroso de que alguien lo golpeará en el pecho y le estropeará el corazón. Confiaba en Pearce. En los otros, no tanto.

Pearce dribló el balón entre sus piernas e hizo algún movimiento que hizo que Grayson pusiera los ojos en blanco.

—¿Van bien las cosas con Reid?

—Nunca mejor dicho. —Grayson terminó de atarse los zapatos y luego extendió las manos, pidiendo la balón. Pearce se la pasó y luego caminaron hacia el aro. Grayson tomó su turno para driblar—. Definitivamente, ella no es el problema.

—¿Problema? ¿Qué problema?

Grayson disparó. Pearce recuperó el rebote y le devolvió el balón a Grayson. Hizo otros cinco tiros y luego se detuvo.

—Últimamente, siento un dolor en el pecho. He ido al médico. Dice que estoy bien. El terapeuta cree que puede ser memoria celular.

—¿Celular qué?

Grayson volvió a poner los ojos en blanco.

—Memoria celular. Es cuando el órgano donado recuerda a su antiguo huésped.

Pearce se quedó mirándolo.

Y siguió parpadeando.

—¿Estás diciendo que tu corazón recuerda su vida anterior?

Grayson se encogió de hombros.

—No lo sé. Es difícil saberlo porque no hay ningún hecho científico que respalde que los órganos retienen recuerdos. Pero piénsalo. Si te hicieran un trasplante de cerebro, no serías tú, sino la persona cuyo cerebro te hubieran trasplantado.



178



## Hill

—Ésa es una de las razones por las que la gente no puede someterse a un trasplante de cerebro —afirma Pearce—. Aparte de que hay que reconectar todo el sistema nervioso.

—Cierto, pero piénsalo. —Grayson colocó un puño sobre su corazón—. Este corazón perteneció a alguien. Amaba a alguien. Trajo alegría y tristeza; sintió y se dolió por la gente, aficiones, y quién sabe qué más. ¿Cómo sé que le hago justicia existiendo?

—Eso es profundo —dijo Pearce—. No creo que necesites profundizar en lo que hizo este corazón antes de convertirse en tuyo. Quienquiera que haya sido, se ha ido. Abandonó este reino y te dejó el regalo de la vida.

*Regalo de vida.* Había visto esas palabras en la escuela de Rafe Karlsson. Grayson asintió.

—¿Y si lo que siento es pérdida? ¿Y si este dolor es el corazón añorando a la gente que dejó atrás? —Lanzó la balón y falló, y ninguno de los dos se movió para recoger el balón.

Pearce estudió a Grayson y luego negó lentamente con la cabeza.

—¿Amas a Reid?

—Más que nada.

—¿Dónde sientes ese amor? —preguntó Pearce.

Grayson evaluó a su amigo y puso la mano sobre su corazón.

—Aquí. Sin ninguna duda. Pero eso no significa que no sienta algo por otra persona.

—¿Pero quién?

Sacudió la cabeza y se dirigió hacia donde estaba el balón, inmóvil en la pista. Regateó, lanzó y recuperó su propio rebote.

—Eso es todo, no lo sé. Puedo escribir a la familia de mi donante a través de UNOS, pero ellos no tienen por qué elegir conocerme, lo que me deja justo donde estoy ahora. O puedo seguir una corazonada.

—Las corazonadas nunca son buenas —dijo Pearce. Grayson le pasó el balón. Disparó y lo consiguió—. Pueden meterte en problemas.

—Si ignoro mi corazonada, ¿entonces qué?

Pearce disparó de nuevo y luego suspiró.

—¿Cuál es la corazonada?

Grayson le devolvió el balón a su amigo.

—Creo que mi corazón vino de un hombre de Boston que murió salvando a alguien de ser atropellada por un auto.

## Heartbreak



## Hill

Pearce se congeló en mitad del tiro. El balón vaciló y nunca llegó a la canasta. Normalmente, Grayson regañaría a su amigo, pero hoy no. El balón rebotó lejos de ellos.

—¿Qué dices? ¿Cómo?

—Cuando mi terapeuta me habló de la memoria celular, empecé a buscar cosas en internet...

—¿Qué tipo de cosas? —Pearce interrumpió.

—Muertes —dijo Grayson—. Empecé a pensar en la gente que había muerto cerca del día de mi operación. Busqué en los obituarios de la zona, sobre todo porque no sabía hasta dónde podía viajar un corazón para un trasplante. Sin embargo, los fallecidos tenían cáncer, habían sufrido una sobredosis o no parecían candidatos viables para la donación. Entonces busqué más y me encontré con un artículo sobre Warren y Lorraine Bolton. Perdieron a su yerno en el accidente que mencioné. No habría ido más lejos si no fuera porque conozco a los Bolton.

—¿Cómo?

—Salí con su hija Nadia en el instituto, hasta que nos fuimos a la universidad.

Cualquier color que Pearce tenía en sus mejillas se fue con la declaración de Grayson.

—Eso es una exageración, Grayson.

Sacudió la cabeza.

—Leí su obituario. Era donante de órganos. Ninguno sobre los que había leído hasta entonces decía nada parecido.

—No todos harán pública su decisión.

—Eso es lo que pensé, pero luego busqué diferentes palabras clave y encontré numerosas esquelas de años pasados e incluso de semanas atrás, todas con la misma frase: *don de la vida*. Está por todas partes —le dijo a su amigo—. UNOS, anuncios, mire donde mire, lo veo o lo oigo. Incluso tú lo has dicho hoy.

Esta vez fue Pearce quien fue a recuperar el balón de baloncesto. No regateó ni intentó tirar. Lo llevó bajo el brazo y caminó hacia Grayson.

—¿Le contaste algo de esto a Reid?

Grayson negó lentamente con la cabeza.

—Lo haré, pero todavía no.

—¿Qué esperas?

—Quiero saber si tengo razón.



180



Heartbreak

## Hill

—¿Sobre qué, exactamente?

—Sobre mi corazón. Si estoy en lo cierto, cuando vea a Nadia, mi dolor debería desaparecer.

—¿Le preguntaste a los de UNOS?

Grayson negó con la cabeza.

—Tardarán demasiado. Podrían negarse.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Ir a verla.

Pearce negó con la cabeza.

—Tu corazonada es estúpido.

—¿Lo es, sin embargo? —Grayson preguntó—. ¿Y si mi corazón la echa de menos?

—¿Entonces qué? ¿Dejas a Reid por cómo se llama?

—Nadia.

—Mi pregunta era retórica, Grayson.

—Estoy enamorada de Reid. Eso no cambiará.

—Eso no lo sabes. Especialmente si tienes historia con esta mujer. —Pearce levantó las manos—. Te lo juro, eres como una de esas películas románticas de segunda oportunidad que mi mamá siempre está viendo, donde un amor perdido hace mucho tiempo regresa a casa y mágicamente se enamora de su primer amor porque la persona que tienen esperando en casa es algún tipo de 'pon el trabajo primero' y no se preocupa por las vacaciones.

—Tómame un respiro —intentó bromear Grayson.

—Afronta la realidad —replicó Pearce—. Estás jugando con fuego. Alguien va a salir herido. No, tacha eso. Mucha gente va a salir herida.

—¿Y si necesito esto para curarme?

—¿Y si te hace más daño?

Grayson negó con la cabeza. Caminó hacia las gradas y se sentó. Pearce lo siguió.

—Mira —dijo Pearce—. Entiendo que estés confundido, que hayas jugado un partido de baloncesto y luego te hayas despertado con un corazón nuevo. No puedo ni imaginar por lo que han pasado y siguen pasando tu cuerpo y tu mente, pero esta no es la forma de hacer las cosas. Hay demasiado en riesgo. Tu amiga perdió a su esposo. No puedes aparecer en su puerta y esperar que esté de acuerdo con esto. Además, ¿sabes siquiera dónde vive?

—En Boston. Pagué una cuota y conseguí su, quiero decir su, dirección.



## Hill

—Jesús, Grayson.

—Lo sé —dijo—. Pero estoy metido en un lío, y si no lo averiguo, me sentaré aquí y me lo preguntaré, y tengo miedo de arruinarlo todo con Reid.

—Ella tiene derecho a saber lo que pasa. Ocultarle esto no es sano para su relación.

—Reid sabe cómo me siento. Me animó a que me pusiera en contacto con UNOS. Pero no quiero esperar —dice—. No quiero que llegue la carta de rechazo diciendo que no quieren conocerme.

—¿Así que qué, apareces y dices, *hola, hace mucho que no te veo, pero creo que tengo el corazón de tu difunto esposo en mi pecho; quieres sentirlo?*

Grayson miró de reojo a Pearce.

»¿Y bien?

Grayson suspiró.

—Pensé en ir allí y ver si hay una conexión.

—Lo habrá, porque salieron.

Sacudió la cabeza.

—No hemos hablado desde que nos despedimos. No estaba triste cuando se fue. Sólo nos divertíamos en el instituto. Y ya está. Nunca la quise. No como amo a Reid. —Grayson empujó la grava suelta con el pie—. Sé que esto suena ridículo.

—Subestimado —murmuró Pearce.

—Pero si no voy y este dolor no desaparece, siempre me lo preguntaré.

—¿Y si te vas y el dolor desaparece?

Grayson se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Creo que estás cometiendo un gran error.

—Lo sé —dijo—. ¿Quieres venir conmigo?

Pearce se atragantó.

—¿Para hacer de niñera?

Grayson lo miró y negó con la cabeza.

—No, de apoyo.

Le llevó un momento, pero Pearce finalmente asintió.



Hill

## Veinticinco

NADIA

Por mucho que Nadia no quisiera admitirlo, ella y las niñas habían encontrado una rutina que les funcionaba. Lo que no le gustaba admitir era que su hija, que ahora tenía nueve años, estaba asumiendo más protagonismo en la casa del que Nadia quería que tuviera. Ahora que había pasado un año, trabajaba duro para que los meses venideros fueran mejores. Nadia se levantó con el despertador a las cinco de la mañana, encendió la televisión de su habitación y empezó el programa de yoga que había encontrado en Internet. Según el horario que se había impuesto, haría yoga durante quince minutos, meditaría durante diez y luego se metería en la ducha. El objetivo era estar abajo a las seis para preparar los almuerzos y luego levantar y preparar a las niñas.

Su rutina nocturna también había cambiado. Después de ducharse, las chicas elegían dos conjuntos para la mañana siguiente, lo que les daba una opción en caso de que cambiaran de opinión por la mañana. De este modo, Lynnea tenía menos problemas y más libertad. De vez en cuando seguía bajando con un viejo disfraz de Halloween o uno de esos vestidos de princesa que tenía. Esos días, Nadia sonreía, besaba a su hija y seguía con su mañana. La pelea no merecía la pena, y si vestirse de princesa hacía feliz a Lynnea, que así fuera. Gemma era igual que Nadia y rara vez cambiaba de opinión, lo cual era un alivio.

Hacía tiempo que Nadia había renunciado a preparar el desayuno y había recurrido a los cereales. Cuando había hecho ese cambio, había llorado durante días y se había sentido como una mamá fracasada. La vida había sido más fácil con Rafe. Aparte del hecho obvio de tener a su esposo, él había hecho que cada día fuera coser y cantar. Su enfoque tranquilo y colectivo del día equilibraba la frenética ansiedad de Nadia, que se tiraba de los cabellos por su cuenta. Le daba demasiadas vueltas a todo y odiaba llegar tarde, lo que a menudo se traducían en la sensación de que siempre iba con retraso. Las chicas nunca parecían cumplir su horario, pero poco a poco lo iban consiguiendo. Las tres trabajaban juntas para encontrar un término medio que les permitiera superar la ausencia de Rafe.

La primavera en Boston siempre había sido la época del año favorita de Nadia, aparte de la Navidad, que siempre le había parecido demasiado mágica hasta el fallecimiento de Rafe. No había ido a ninguna de sus salidas habituales, desde llevar a las niñas a ver *El Cascanueces* hasta patinar sobre hielo en Frog Pond. Cuando le llegó el correo electrónico para reservar sus asientos para el Holiday Pops, lo borró sin ni siquiera abrirlo.



183



Heartbreak

# Hill

Ahora que la primavera estaba en pleno apogeo, había llevado a las niñas al Acuario de Nueva Inglaterra para que vieran los pingüinos africanos, los leones marinos de California y el pulpo gigante del Pacífico, que era el favorito de Lynnea. El animal preferido de Gemma era el pingüino roquero austral. Le gustaban porque se les erizaban las plumas de la cabeza y las rayas amarillas los hacían parecer estrellas de rock.

Rafe había preferido las focas del puerto atlántico porque podían visitarlas siempre que estuvieran en el centro y hacerlo sin tener que entrar en el acuario. Ahora también eran las favoritas de Nadia.

Nadia estaba de pie en el jardín, con el cortacésped delante. Lo miró con recelo y pensó en entrar a buscar a Reuben. Vivía en el sótano, pero su trabajo lo mantenía ocupado. Ella apreciaba tenerlo en casa por las noches, pero aparte de eso y de pagar el alquiler, él no podía ayudar. Luego estaba Kiran. Nadia podía llamarlo, pero tenía que arreglárselas sola.

Ahora se arrepentía de querer ser independiente. Nadia necesitaba ser hábil, pero no quería serlo. En su mente, repasaba las visiones que tenía de Rafe y las muchas veces que habían trabajado juntos en el jardín. Ella en los parterres, escardando y plantando, mientras él cortaba el césped, bordeaba y rastrillaba. Eran un equipo eficiente los sábados por la mañana.

Por muy vívido que fuera el recuerdo de su esposo, no tenía ni idea de cómo arrancar el cortacésped. Sacó el teléfono y, aunque tentada de llamar a su padre o a Kiran, abrió una aplicación, buscó la marca y el modelo de su cortacésped y escribió vídeos al buscador. Después de un tutorial, las cosas parecían bastante sencillas.

La puerta principal se abrió y las chicas salieron al porche. Gemma llevaba dos vasos de limonada en la mano. Dejó uno en la barandilla y se sentó en la mecedora blanca. Lynnea imitó a su hermana mientras sostenía su propio vaso de limonada.

—¿Qué están haciendo, chicas?

—Te trajimos algo de beber —dijo Gemma mientras señalaba el vaso.

—Les agradezco a las dos —dijo a sus hijas.

—¿Quieres que escardemos como solías hacer con papá? —preguntó Gemma, mientras Lynnea suspiraba pesadamente. Desherbar era lo último que Lynnea querría hacer. Nadia lo sabía. Plantar era su especialidad. A Lynnea le encantaba plantar semillas o bulbos perennes, regarlos y verlos crecer. O ayudar a Nadia a escoger las flores anuales y trasladarlas de la bandeja del jardín al hoyo que había cavado.

Nadia asintió. No es que necesitara ayuda, pero quería que las niñas sintieran que contribuían.

# Heartbreak



## Hill

—Quédense ahí —dijo mientras salía del jardín y se dirigía al cobertizo de atrás. Rebuscó entre sus herramientas y pronto volvió con un cubo lleno de palas, paletas y un rastrillo. Junto con los guantes que les había comprado a las niñas el año pasado.

Dejó el cubo en el escalón y Gemma se acercó, trayendo consigo la bebida de Nadia. Nadia sorbió con avidez y dedicó a su hija una suave sonrisa.

—Lynnea, cuando terminemos aquí, iremos a la tienda a comprar las flores. ¿De acuerdo?

Lynnea sonrió y asintió.

—¿Puedo cavar los agujeros?

—Por supuesto. Podemos hacerlo mucho más rápido si ayudas a Gemma.

—¿Con qué?

—Cuando arranque una mala hierba, si pudieras meterla en el cubo, así, cuando ella termine de desherbar y yo de segar, podremos ir a la tienda.

—De acuerdo, mamá. —Lynnea bajó los escalones y recogió su par de guantes azules de jardinería. Hacían juego con los de Rafe, mientras que los de Gemma y Nadia eran rosas.

Las tres se dispusieron a dejar el jardín delantero como la primavera pasada. Después de volver a ver el tutorial sobre cómo arrancar el cortacésped, consiguió ponerlo en marcha al segundo tirón. Las chicas aplaudieron y Nadia sintió que por fin había conseguido algo bueno en el último año. Supuso que sobrevivir era un logro en sí mismo.

Mientras cortaba el césped, se fijó en otras cosas que había que hacer. La valla blanca necesitaba una nueva mano de pintura y había un ladrillo suelto en el camino. Una de las tablas de la casa se había torcido y había que cambiarla. Y había que pintar la casa. De la valla y el pasillo podía ocuparse ella. Para el resto, tendría que contratar a alguien, y eso costaría dinero. Dinero que no tenía.

Nadia terminó el jardín delantero e hizo que las niñas se trasladaran a la parte trasera mientras ella cortaba el césped. La parte del jardín que Rafe había quitado el año pasado con el deshielo para construir un columpio se había llenado de hierba. Las niñas nunca habían preguntado por el columpio, que estaba guardado en cajas bajo el toldo del cobertizo del jardín. Nadia podía venderlo, o tal vez Kiran podía traer a algunos compañeros de trabajo para que se lo montaran a las niñas.

Le preguntó a su padre por el columpio: si debían ponerlo o venderlo. En retrospectiva, se preguntaba cuánto lo usaría Gemma y cuánto tiempo le interesaría a Lynnea. Parecía una empresa enorme para uno o dos años de entretenimiento.

## Heartbreak



185



## Hill

Nadia observaba a las niñas. Gemma utilizaba la rodillera de espuma para arrodillarse mientras metía la paleta bajo la maleza. Lynnea estaba tumbada en la hierba, mirando al cielo. Nadia la siguió con la mirada. Las nubes se movían sobre ellas, creando sombras e ilusiones ópticas. Si perdía la concentración, parecía que el cielo se movía.

En lugar de volver a arrancar el cortacésped, se acercó a Gemma, le dio un golpecito en el hombro y le indicó que la siguiera. Nadia se tumbó junto a Lynnea, mientras que Gemma se tumbó a su otro lado. Se tomaron de la mano.

—¿Crees que papá puede vernos? —preguntó Gemma.

—Puede —dijo Lynnea—. Siempre está mirando. ¿Verdad, mamá?

Ella creía que lo hacía.

—Lo hace.

Se quedaron allí, mirando las nubes, señalando qué formas les parecían y riendo. Era la risa lo que calentaba el corazón de Nadia, lo que le decía que iban a estar bien. Nunca volverían a la época en que Rafe estaba en sus vidas, pero encontrarían un término medio -feliz o no- que les ayudaría a seguir adelante.

Perdieron la noción del tiempo, hasta que la barriga de Lynnea rugió. Se rieron y finalmente se levantaron. Gemma señaló las huellas que sus cuerpos habían dejado en el suelo.

—¡No puedes segarnos! —Se puso las manos en las mejillas y dejó caer la boca abierta, haciendo una O.

—Vamos a comer algo —dijo Nadia—. Creo que los nuggets están en el menú.

Las chicas saltaron, animando.

Entraron corriendo, chocando con Reuben.

—Eh, ¿dónde está el fuego? —preguntó mientras recogía a Lynnea en brazos.

—¡Nos van a dar nuggets! —dijo exultante.

—¿Quieres venir con nosotras? —preguntó Nadia.

—No, vayan ustedes. Yo voy a terminar el patio. —Dejó a Lynnea en el suelo, abrazó a Gemma y luego se acercó a su hermana—. Te dije que cortaría el césped.

—Lo sé, pero es algo que necesitaba hacer hoy.

Reuben asintió como si lo entendiera.

—Haz una lista de tareas —le dijo—. Abordaremos los proyectos juntos. Lo primero: limpiar la nevera.

Nadia abrió mucho los ojos.

Heartbreak



186



## Hill

—¿Qué? ¿Por qué? —Se apartó y se dirigió a la nevera, tirando de la puerta. Cuando se abrió, soltó un grito ahogado—. Lynnea —murmuró en voz baja.

—Esa es mi suposición, pero no quería acusar a ninguna de ellas ni preguntarles.

—Lo limpiaré cuando vuelva —le dijo a Reuben—. Les prometí nuggets; además, no lo hicieron por maldad. Intentaban ser serviciales y me trajeron limonada, Reuben. Tendrías que haberlas visto, saliendo al porche como si fueran los padres y yo la adolescente haciendo las tareas del sábado. No puedo enfadarme con ellas.

—No, pero podemos enseñarles algo de responsabilidad.

Ella soltó una carcajada. Al ser el único varón de la familia, Reuben se había salido con la suya en todo. Un *mamá* suyo y Sienna y Nadia se metían en un lío, aunque no hubieran hecho nada que lo justificara. Le dio una palmada en el hombro a su hermano.

—Eres graciosísimo. Deja el desorden, lo limpiaremos cuando volvamos.

Encontró a las chicas esperándola en el porche. Después de acomodarlas en el auto, se dirigieron al McDonald's más cercano. Por mucho que odiara entrar, estacionó y entraron. Después de pedir, Gemma las condujo a un reservado.

—Echo de menos el patio de recreo —dijo Gemma con un suspiro.

Nadia no. Era una meca de gérmenes, suciedad y quién sabía qué más. Los padres se habían alegrado cuando el establecimiento cambió de marca, se remodeló y eliminó el PlayPlace.

Después de comer, fueron a la tienda de jardinería y las chicas eligieron una amplia gama de plantas anuales. Nadia se decantó por las moradas, Lynnea por las amarillas y Gemma por las azules. A Nadia no le importaba que sus parterres tuvieran cohesión esta temporada, porque sabiendo que las chicas habían hecho todo el trabajo serían los más bonitos de la historia.

—¿Podemos comprar una pileta para pájaros? —preguntó Gemma mientras recorrían la tienda.

—Los pájaros no se bañan, ganso tonto —dijo Lynnea riendo.

—¿Verdad que lo hacen, mami?

—Lo hacen. —Nadia dirigió el carro hacia la sección de los bebederos para pájaros. Había de todas las formas, tamaños y materiales. Algunas estaban adornadas. Algunas tenían casitas adosadas. Otras eran una simple bañera ovalada con un pedestal de plástico.

—¿Qué color les gusta? —preguntó Nadia a las chicas. Darles a elegir a cada una nunca era la mejor opción. Sin duda elegirían dos colores diferentes.

—Me gusta el blanco —dijo Lynnea.

## Heartbreak



# Hill

—A mí también —añadió Gemma, sorprendiendo a Nadia. Ella las miró fijamente—. El blanco quedará bien con todas las flores que hemos comprado.

¿Quién era Nadia para discutir esa lógica? Colocó la parte superior de la pileta bajo el carrito y el pedestal delante, donde llevaba el bolso. Ambas se agarraron al carrito mientras Nadia se dirigía al pasillo contiguo para comprar más alpiste. Desde que había puesto el comedero el año pasado, se había aficionado a tener pájaros cerca.

En la caja, vieron dos cajas de metal apiladas una encima de otra, cada una con un gato. Nadia gimió en cuanto las chicas vieron a los simpáticos felinos.

—¿Podemos tener un gato? —preguntó Gemma, ya agachada con los dedos empujando a través de los listones para acariciar al animal.

—Ahora no. —No había dicho que no porque eso solía provocar una rabieta, y el día había ido muy bien. No quería oír que era mala o que papá les habría dejado tomar uno si hubiera estado allí. Las niñas nunca sabrían lo hirientes que eran a veces sus palabras.

Nadia hizo todo lo posible por ignorar a las niñas, que seguían preguntando y diciendo a ambos gatos que los iban a querer siempre. Sonrió a la dependienta cuando recibió el recibo y luego les dijo a las niñas que se despidieran.

De camino al auto, charlaron de lo impacientes que estaban por tener un gato. O gatos, ya que cada una quería el suyo. Nadia sólo podía pensar en el dinero que les costaría tener una mascota y en que un gato ahuyentaría a sus pájaros. Esto último no podía ocurrir. Deseaba ver al cardenal cada dos mañanas, si no todas. Por ese cardenal había aceptado comprar una pileta para pájaros. Haría todo lo posible para que el pájaro volviera a su casa. Nadia necesitaba creer que el cardenal era un regalo de Rafe.

Una señal de que todo iba a salir bien.



188



# Heartbreak

Hill

## Veintiséis

GRAYSON

Grayson odiaba mentir a Reid. Se decía a sí mismo que era lo mejor y que era cosa de una sola vez. Ella se había tragado la excusa de que Pearce y él iban a pasar un fin de semana juntos. No era la primera vez que hacían algo así, pero sí la primera desde su operación y desde que Grayson había empezado a salir con Reid. Aun así, ella lo apoyó mucho y casi lo empujó por la puerta. Había hecho sus propios planes con Melanie. Planeaban comprar un vestido de novia. Algo de lo que Grayson no podía formar parte.

Pearce y él volaron a Boston. Grayson había hecho los arreglos para que volaran de inmediato. No quería esperar para demostrar que su teoría era cierta. Cuanto antes descubriera la causa del dolor en el pecho, antes podría acabar con él y decirle a su médico que el diagnóstico era la memoria celular.

Tras aterrizar y registrarse en el hotel, tomaron la línea roja del metro hasta Harvard Square. Desde allí, caminaron hasta el lugar del accidente. La zona estaba marcada con cintas y una cruz.

Miró a su alrededor. La zona estaba atestada de autos y peatones, la mayoría de los cuales supuso que eran universitarios de Harvard que se dirigían a la plaza. Caminaron de vuelta hacia el centro de la ciudad, donde aún se veían las palabras LINEA DE META en la carretera desde la carrera más reciente. La gente entraba y salía de restaurantes y cafeterías. La música sonaba en los altavoces portátiles y a través de las ventanillas abiertas de los autos.

Cuando el semáforo se puso en rojo, Grayson salió a la carretera y miró hacia el monumento. Nadia podría haberse quedado donde Grayson estaba ahora y haberlo visto todo. ¿Habría presenciado la muerte de su esposo? Dios, esperaba que no.

Pearce se apoyó en uno de los edificios de ladrillo. Al otro lado de la calle, un hombre bailaba e intentaba seducir a las mujeres que caminaban por la calle para que bailaran con él. Grayson se acercó con una sonrisa en la cara.

—¿De qué te ríes?

Grayson asintió hacia el hombre.

—Quiere bailar con alguien.

Automáticamente, Pearce respondió:

—Quiere sentir el calor con alguien.

Heartbreak



# Hill

Era como si el hombre pudiera oírlos. La canción cambió a una de Whitney Houston y siguieron riendo. Grayson y Pearce encontraron un banco libre y se sentaron, y Grayson suspiró al cabo de un rato.

—¿Y bien?

Sacudió la cabeza.

—Nada. No sé. Supongo que pensé que si me paraba en el lugar donde murió, sentiría algo.

—¿Como pánico o miedo?

—Sí, tal vez. —En la investigación que había realizado, se había enterado de que las personas que creían haber experimentado memoria celular observaban que habían empezado a comer alimentos que antes no les gustaban o a escuchar música que normalmente no escuchaban. Una persona señaló que empezó a vestirse de forma diferente y descubrió que le gustaba el béisbol, un deporte que antes detestaba. Nadie escribió que sintiera un dolor indescriptible. Sólo sus personalidades habían cambiado.

Como técnicamente estaban de excursión de fin de semana, compraron entradas para el Boston Duck Tour. Caminaron hasta el Prudential Center, que era otro lugar en la lista de sitios de Grayson. Sabía que allí era donde Rafe había trabajado y, sin embargo, no sintió nada cuando miró el edificio. Sentía cero familiaridad, y el dolor seguía presente.

Subieron a bordo de un barco azul brillante con ruedas de aspecto ridículo y eligieron asientos en el centro. Pearce se sentó junto a la ventanilla abierta y se ofreció a cambiar de asiento. Grayson le dijo que se quedara dónde estaba. Era lo menos que podía hacer, ya que su amigo había venido con él.

Grayson pensaba que Washington DC tenía mucha historia, pero la ciudad no tenía nada comparada con Boston. Desde el Sendero de la Libertad hasta los cementerios de la Revolución Americana, pasando por sus exitosos equipos deportivos, a Boston no le faltaba de nada. Muchas de las calles laterales seguían siendo estrechas calzadas empedradas, con casas adosadas que daban paso a muy poca acera. La vista desde el Charles, mirando hacia la ciudad y a lo largo de la explanada, era una de las más impresionantes que había visto nunca. Al instante, se arrepintió de no haber traído a Reid para que experimentara esto con él, y el dolor que sentía aumentó. Odiaba mentirle.

Cenaron en el Quincy Market, pasearon por el puerto (donde Pearce amenazó con tirar su refresco al agua, bromeando con que era té), entraron en la estación de tren, bajo el estadio que albergaba a los Celtics y los Bruins, y finalmente llegaron a su habitación de hotel, donde se durmieron a pierna suelta, ambos agotados por un día de turismo.



# Heartbreak



## Hill

A la tarde siguiente, Grayson condujo su auto de alquiler hasta la dirección por la que había pagado por Internet. Durante todo el trayecto se dijo a sí mismo que la dirección era falsa, que lo habían estafado, y merecidamente. Se detuvo frente a la casa, con su valla blanca, su gran porche con dos mecedoras blancas y un cartel que decía BIENVENIDOS.

—¿Estoy cometiendo un error?

—Sí —dijo Pearce—. Sin embargo, si te hace superar este sentimiento, entonces hay que hacerlo.

Grayson miró al frente. Nadia vivía en un barrio bonito. De esos en los que la gente se sentaba afuera, hablaba con sus vecinos y probablemente cerraba la calle para las fiestas de verano.

Pearce salió primero del auto y esperó a Grayson en la acera. Respiró hondo y salió. Atravesaron la verja y subieron las escaleras, y él llamó a la puerta. Una parte de él rezaba para que ella no estuviera en casa, mientras que la otra mitad quería verla y averiguar si ella era la razón de los sentimientos que tenía.

La puerta se abrió de golpe y a Grayson se le aceleró el corazón. Estaba cara a cara con Reuben, el hermano de Nadia.

Se dijeron sus nombres al mismo tiempo, y luego Reuben le dio a Grayson un abrazo de hombre.

—¿Qué haces aquí? —Reuben preguntó con entusiasmo.

—Me enteré de lo del esposo de Nadia y estaba en la ciudad. Pensé en pasarme. Aquí es donde vive, ¿verdad?

—Sí, sí. Pasa. Vaya, ¿cuánto ha pasado? ¿Catorce, quince años?

—Algo así. —Grayson entró en la casa. La calidez y el amor se apoderaron de él cuando se percató de lo que lo rodeaba. De las paredes colgaban fotos de Nadia, su esposo y sus hijas. El corazón le latió un poco más deprisa. Lo atribuyó a los nervios.

Grayson presentó a Pearce y siguieron a Reuben a la otra habitación. Grayson se sentó en el sofá, absorbiendo todo lo que lo rodeaba.

—Vaya, Nadia se va a llevar una gran sorpresa al verte. Recuerdo cuando se fue a la universidad y nos dijo a Sienna y a mí que habían roto. Estábamos destrozados. Nos divertíamos tanto saliendo con ustedes dos. Fue una pena. — Reuben negó con la cabeza.

—¿Vives aquí? —preguntó Grayson.

—Sí, me mudé a principios de año para ayudarla. Ha sido duro, sobre todo con las chicas.

—Dos de ellas, ¿verdad?

Reuben asintió.

Heartbreak



## Hill

—Gemma y Lynnea, o como me gusta pensar de ellas, Sienna y Nadia reencarnadas.

Grayson hizo una mueca por el uso de *reencarnadas*, pero tenía la sensación de que entendía el eufemismo. Sienna era alocada en el instituto, y Nadia siempre era la que tenía la nariz metida en un libro.

Charlaban sin más, poniéndose al día de años de vida. Cuando Grayson oyó cerrarse tres puertas de un auto, se puso rígido. Se sintió invadido por el arrepentimiento, el miedo y el mal humor. Sus emociones estaban a flor de piel, yendo y viniendo de un lado a otro. Estaba a punto de marcharse cuando oyó a las recién llegadas moverse por la casa.

—Lynnea es la más joven y un huracán —advirtió Reuben—. Gemma es Nadia personificada. Callada, tímida y probablemente no te dirá ni dos palabras. Lynnea querrá saberlo todo, desde quiénes son tus padres hasta cuál es tu grupo sanguíneo.

Grayson esperaba que Reuben estuviera bromeando.

Podía oler su florido perfume antes de que ella entrara en la habitación.

—Lo siento, no quería interrumpir.

Su contacto visual fue breve. Grayson se levantó cuando ella se dio la vuelta para salir de la habitación. Sonrió, esperando que ella recordara quién era.

—¿Grayson?

Su sonrisa se iluminó.

—Hola, Nadia. Ha pasado mucho tiempo. Siento lo de tu esposo —dijo—. Debería haber llamado antes.

Ella se acercó y lo abrazó. Él no sintió nada.

—Gracias. ¿Qué haces aquí?

Grayson le contó la misma historia que le había contado a Reuben, que no era del todo mentira. Él y Pearce estaban visitando Boston.

Antes de que pudiera sentarse, las chicas entraron en la habitación. No necesitó que ella se las presentara; ya lo sabía por la forma en que su corazón reaccionó al tenerlas tan cerca. El dolor había sido sustituido por añoranza y dolor.

Luchó contra una oleada de lágrimas que amenazaban con derramarse si no lograba contener sus emociones. La garganta le cerró las vías respiratorias, provocándole un jadeo que cubrió con una tos.

Ellas eran la razón del dolor en su pecho, la razón por la que no se había sentido completo en más de un año. Aquellas chicas formaban parte de él. Tenían un control sobre él que nunca podría ser cortado. Pasara lo que pasara.

Heartbreak



# Hill

—Estas son mis hijas —dijo Nadia—. Gemma y Lynnea. Este es Grayson. Un amigo de mamá del instituto.

Grayson se agachó a la altura de sus ojos, les tendió la mano y se la estrechó.

—Es un verdadero placer conocerlas —les dijo.

## Veintisiete

### GRAYSON

Por mucho que Grayson quisiera marcharse, no podía. Nadia los había invitado a él y a Pearce a quedarse a cenar y había enviado a Reuben por todos los aperitivos para una noche de parrillada. Pearce apoyó a Grayson y se había ofrecido de voluntario para ir con Reuben, dejándolo a solas con Nadia y las niñas. No era Nadia quien le molestaba; eran Gemma y Lynnea. Ellas eran la razón por la que se había sentido vacío, y ahora que estaba en su presencia, el dolor había disminuido.

Llevaron vasos de limonada en la terraza trasera y se sentaron a la mesa. Nadia puso la sombrilla y se relajó, mientras Grayson observaba a las niñas jugar en el jardín.

—Entonces, ¿qué has estado haciendo? —preguntó Nadia.

Grayson bebió un sorbo y luego jugó un poco con el vaso mientras formulaba una respuesta.

—Me licencié en diseño gráfico en la American. Quería ser arquitecto, pero no podía con las matemáticas, lo cual es estúpido, ya que hoy en día los ordenadores lo hacen todo por ti. De todos modos, no hay muchas matemáticas en el diseño gráfico, así que seguí ese camino y me gradué. En los últimos años he estado en Wold Collective, donde diseño mesas de juntas ridículamente caras y de alta gama.

—¿Como las mesas con incrustaciones de diferentes colores?

Grayson asintió.

—Diferentes brillos, incrustaciones, maderas. Lo que quieras, yo lo diseño.

—Eso es increíblemente...

—¿Aburrido? ¿Mundano?

—Seguro —dijo—. Trabajo en un instituto con chicos infernales. De acuerdo, no todos son malos, pero un puñado de ellos me dan guerra.



193



# Heartbreak

## Hill

—¿Te licenciaste en Historia?

Sonrió y asintió.

—Así fue. Tenía intención de volver a Arlington, pero entonces conocí a Rafe y las cosas cambiaron.

—Lo siento —fue todo lo que Grayson pudo decir.

Nadia forzó una sonrisa.

—Me alegro de seguir teniéndolas. —Señaló a las niñas—. No puedo imaginarme perderlos a las tres. Supongo que, si lo hubiera hecho, probablemente no estaría aquí hablando contigo ahora.

Quería decirle que no hablara así, pero no tenía derecho. Ella tenía derecho a sentirse como se sentía y a seguir sintiéndose así, sin reservas.

—Háblame de él —incitó—. Ya que él es la razón por la que nunca volviste.

Nadia se rió.

—Iba a casa —le dijo—. Sólo que no conduje por tu calle ni nada parecido. —Miró su regazo—. No te ofendas, pero fue amor a primera vista cuando lo vi.

—No hay problema. Hicimos lo correcto al romper antes de la universidad. Ninguno de los dos era lo suficientemente maduro para manejar una relación a distancia.

Se quedó con la boca abierta.

—¡Oye!

Grayson levantó las manos.

—Sólo digo la verdad.

Nadia se rió.

—Tienes razón, pero, aun así. De todos modos, era increíble, amable y atento. El tipo de hombre que te sujeta la puerta y te aparta la silla. Era el tipo de hombre del que la gente dice que murió demasiado joven, porque cuando se trataba de Rafe, era verdad. Trabajaba duro, pero nunca traía trabajo a casa. Una vez que entraba por la puerta, las únicas personas que existían para él eran su familia. El trabajo podía esperar hasta la mañana, era lo que siempre decía. Los fines de semana eran nuestros. Dormíamos hasta tarde, nos acurrucábamos con las niñas y luego preparábamos el desayuno en familia. Nuestras vidas giraban en torno a nosotros. Sé, sin duda, que me amaba. Y adoraba a esas niñas. —Nadia señaló hacia el patio—. No fuimos sólo nosotras quienes lo perdimos aquel día: todos los que lo conocían perdieron un hijo, un hermano, un tío, un amigo, un compañero de trabajo, un vecino. Cuando nevaba, limpiaba los tejados de las casas de nuestros vecinos mayores para que no les robaran el dinero, y les cortaba el césped cuando se iban de vacaciones. Semanas antes de morir, iba a dirigir un programa extraescolar para chicos que no tienen padre en casa,



## Hill

enseñándoles modales, a hacerse el nudo de la corbata y a dar la mano. Ese tipo de cosas. Rafe era un gran hombre que no se merecía esto.

A Grayson se le apretó el pecho. Si Rafe no hubiera muerto, otro lo habría hecho. Fue por decreto divino que le tocara el corazón de Rafe. Al menos eso se decía a sí mismo mientras estaba allí sentado con Nadia, fingiendo. Estaba seguro de tener la respuesta. Su nuevo corazón echaba de menos a las dos niñas que tanto amaba. Incluso cuando estaba allí sentado viéndolas jugar, anhelaba estar cerca de ellas, estar en el patio, disfrutando de su presencia. La mente de Grayson le dijo a su corazón: *Esto es todo, una visita única*. Pero incluso su mente sabía lo contrario.

»Aparte de fabricar mesas de juntas ridículamente caras, ¿qué más haces?

*Nada comparado con tu esposo*. Grayson nunca se había sentido menos hombre hasta ahora. Si Rafe no merecía morir, entonces Grayson no merecía su corazón.

—Sinceramente, mi vida es bastante mundana —le dijo—. Estoy comprometido. Aunque ella no es la parte mundana. —Grayson sacó su teléfono y le mostró una foto de Reid.

—Es preciosa. ¿Cómo se llama?

—Reid. Nos casaremos la próxima primavera en el National Mall.

—¿Bajo los cerezos en flor?

Asintió.

»Será precioso. Tienes mucha suerte.

Riendo, se guardó el teléfono en el bolsillo.

—No tienes ni idea. Casi la cago con ella. En algún momento de mi vida, decidí que ser su amigo era más fácil que admitir mis sentimientos por ella. Me alegro de haber despertado antes de que fuera demasiado tarde. —Su afirmación contenía una increíble cantidad de verdad a pesar de que le faltaba un componente clave. Grayson pensó en preguntarle directamente a Nadia si habían donado los órganos de Rafe, pero ya lo sabía. No había forma de que dos niñas le hicieran sentir que todo estaba bien en el mundo cuando no sabía nada de ellas.

Grayson se sintió agradecido cuando volvieron Reuben y Pearce. Mientras ellos se ocupaban de la parrilla y Nadia preparaba las guarniciones, Grayson bajó las escaleras y se dirigió al patio trasero con las niñas, que estaban tomando el té.

—Hola —dijo al sentarse, sintiéndose a gusto al instante.

—Hola —dijo Gemma en voz baja, mientras Lynnea no decía nada.

—¿Qué están haciendo?

## Heartbreak



195



## Hill

—Fiesta del té con nuestras muñecas.

Tomó una, la sostuvo y la volvió a dejar en el suelo después de que le guiñara un ojo. Las muñecas eran raras, siempre mirando.

—¿Conoces a nuestro papá? —preguntó Gemma.

*Lo siento.*

—No, desafortunadamente nunca tuve la oportunidad de conocerlo. Siento que no esté aquí.

—Una persona lo mató con su auto —dijo Lynnea en voz baja. Grayson no supo qué responder.

—Lynnea, no digas eso. Mamá se enfadará y llorará.

La expresión de Lynnea se tornó triste. Grayson le tiró de las puntas del cabello.

—Oye, no estés triste.

—Estoy enfadada —dijo mientras cruzaba los brazos sobre el pecho—. ¡Con ella! —Miró a su hermana.

—Ella está tratando de proteger a tu mamá —señaló Grayson—. No quieres que esté triste, ¿verdad?

—Hoy se ha reído —dijo Gemma—. De lo que sea que le hayas dicho ahí arriba.

—¿Ah, sí?

—Porque eres gracioso —le dijo Lynnea.

¿Cómo pueden estas niñas pasar de hablar de la muerte de su padre a reírse? Lynnea tenía razón. No había forma de endulzarlo. Sus palabras fueron directas a su corazón, que comenzó a latir salvajemente, golpeando en sus oídos. Puso la mano sobre él para sofocar el ruido. Mirando a las niñas, esperó a que hicieran contacto visual, a que le preguntaran por qué su corazón latía tan fuerte. Nunca lo hicieron. ¿Es que no lo oían?

*¿Querrán escucharlo?*

Podía hacerlo por ellas. En casa había un folleto que describía unos ositos de peluche que almacenaban latidos del corazón entre veinte y treinta segundos. Estaban pensados para ayudar a las familias de quienes habían perdido a seres queridos y habían hecho el último sacrificio donando sus órganos.

Gemma puso una taza y un plato delante de Grayson.

—¿Te gusta la nata en el té?

—No lo sé —dijo—. Nunca he tomado el té ni he estado en una fiesta del té.

Heartbreak



196



# Hill

Lynnea se levantó, corrió hacia una caja y volvió con un sombrero y una boa de plumas que le colocó sobre los hombros. El sombrero no le cabía, así que se lo colocó sobre el cabello.

—Tienes una cabeza grande —dijo mientras se reía—. Cerebro grande. —Sacudió la cabeza mientras reía hasta que se dio la vuelta.

—Mi padre la llamaba huracán —le dijo Gemma mientras seguía preparando su té imaginario—. Te pondré nata en el té. Así es como le gusta a mi abuela.

—¿A la abuela Lorraine?

Gemma lo miró bruscamente.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Como dijo tu mamá, fuimos juntos al instituto. Conozco a tus abuelos y a tu tía Sienna también.

—¿Conoces a mis primos?

Grayson negó ligeramente con la cabeza.

—No, no lo creo. ¿Cómo se llaman?

En un movimiento chocante, Lynnea se sentó en su regazo. Actuó con la mayor frialdad posible.

—Lincoln y Jaxon. Viven en Arlington.

—Mi mamá también —le dijo Grayson a Gemma—. Quizá cuando vengas a visitar a tus abuelos la próxima vez, vayamos al zoológico. Podemos visitar a los elefantes.

—Me gustan los pandas —dijo Gemma.

—Son divertidos —le dijo Lynnea—. Los vemos en el vídeo cuando nieva. Siempre está revolcándose en la nieve. Parecen un muñeco de nieve.

Grayson no podía estar más de acuerdo y no quiso decirles que los pandas ya no estaban en el zoológico.

Gemma levantó su taza de té y lo miró fijamente, como si esperara que él hiciera lo mismo. Él tomó la de Lynnea y se la dio antes de levantar la suya. Chocaron sus tazas de plástico y bebieron un sorbo. Grayson estaba fuera de su elemento, pero supuso que había visto suficiente televisión durante su recuperación como para seguirles el juego.

Siseó y se abanicó la boca.

—Oh, está caliente, pero delicioso. Debes decirme el sabor para que pueda hacerlo en casa.

Gemma y Lynnea rugieron de risa.

# Heartbreak



## Hill

—Nuestro papá solía hacer lo mismo —dijo Gemma—. Actuaste igual que él.

—¿Lo hice?

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se pellizcó la parte exterior de la pierna para evitarlas. Se negaba a llorar delante de ellas, de Nadia o de cualquiera.

—¿Tienes hijos? —preguntó Lynnea.

—Todavía no —le dijo—. Algún día, espero.

—¿Tienes esposa? —preguntó Gemma.

—Casi. Nos casaremos el año que viene. ¿Quieren ver una foto de ella?

Las niñas asintieron, y él sacó su teléfono del bolsillo y mostró sus fotos.

—Es hermosa —dijo Gemma.

Mientras Lynnea señalaba lo obvio:

—Tiene el cabello de mamá.

—¿Cómo se llama? —preguntó Gemma.

—Reid.

—Es un bonito nombre —dijo Gemma.

Nadia los llamó. Se quedó en cubierta y esperó. Grayson ayudó a las chicas a limpiarse y no se molestó en quitarse la boa de plumas. Pensó que, si lo hacía, podría insultar a Lynnea. Dentro, se lavaron y Grayson ayudó a las chicas a poner la mesa afuera. Hacía una noche preciosa y, al ponerse el sol, se encendieron unas luces blancas.

Grayson quería esto. Quería el estilo de vida suburbano. La casa con la valla de piquetes, el patio trasero acogedor y los vecinos amistosos: todo aquello de lo que Reid había hablado antes de que ella le diera la oportunidad que le había suplicado. Donde vivían ahora, saludaban a la gente con la que se cruzaban, pero no tenían ni idea de quiénes eran ni qué tipo de vida llevaban. No le había importado hasta ahora. Aprender sobre Rafe y el hombre que era hizo que Grayson quisiera ser mejor persona.

Cuando se sentó, eligió sentarse entre las chicas. Allí se sintió como en casa, acurrucado en su calor y su abrazo. No le importaba que le quitaran comida del plato. Aceptó el perrito caliente que Lynnea no quería cuando fingió que era un avión dirigiéndose hacia su boca. Cuando Pearce sacó el tema de su boa, en lugar de avergonzarse, le preguntó a su amigo si estaba celoso de no tener una. Gemma se lo solucionó. Tras una rápida carrera hasta su dormitorio, le puso una púrpura alrededor de los hombros y le colocó una tiara muy elegante sobre la cabeza.

Grayson enarcó una ceja y esperó a que Pearce dijera algo. No lo hizo. Inclino la cabeza y siguió comiendo.



198



## Heartbreak

# Hill

Había tardado menos de una hora, y las niñas tenían a Grayson envuelto entre sus dedos. Su corazón les pertenecía. El dolor había desaparecido, ahora lleno del amor y la risa de dos niñas que habían perdido a su padre demasiado pronto.

No quería irse.



# Heartbreak

## Veintiocho

REID

Durante los últimos seis años, Reid había visto *Say Yes to the Dress*, criticando cada vestido, admirando a las novias en su gran día y deseando que su mamá estuviera allí en su gran día. La mayoría de las niñas crecieron jugando a las novias, ya fuera con las populares cortinas que colgaban de las ventanas del salón o con la práctica funda de almohada.

Reid no había hecho ninguna de las dos cosas.

Criada por un padre soltero, había pasado la mayor parte del tiempo fuera de casa, cavando en la tierra, haciendo montañas en el jardín para que sus camiones Tonka treparan por ellas o viendo cualquier acontecimiento deportivo en la televisión. No fue hasta que empezó a ir a fiestas de pijamas que las cosas cambiaron para ella. Aprendió a ser más femenina, como su padre llamaba a los cambios que se habían producido en ella. Reid absorbía todo lo que podía de las mamás de sus amigas. Cómo peinarse y maquillarse, cómo cuidar su cuerpo y cómo cocinar. Le encantaba llevar recetas a casa para que su padre las probara. No fue hasta la adolescencia, cuando empezó a soñar con su boda, que se enteró por su padre que él había guardado el vestido de novia de su mamá.

Ahora, mientras recorría los percheros, después de haber ido de tienda en tienda sin sentir ninguna conexión con ninguno de los preciosos vestidos, Reid sabía qué vestido sería perfecto.

—Deberíamos ir a comer —dijo a Melanie, a quien había invitado a pasar el fin de semana con ella, ya que Grayson se había ido con Pearce.

—No te has probado ni un solo vestido, Reid. Sé que tienes tiempo, pero, aun así. ¿No quieres hacerte una idea del estilo?

Reid negó con la cabeza.

—Ya sé qué tipo quiero llevar.

Melanie levantó las manos de forma dramática.

—Ahora dímelo. —Se dirigió a la sección frente a la que estaba Reid—. ¿Cuál?

—¿Ninguno de estos?

—¿Qué tienda, entonces?



## Hill

Reid se mordió el labio inferior y volvió a negar con la cabeza. Melanie abrió mucho los ojos. Reid ni siquiera iba a intentar adivinar lo que estaba pensando su amiga.

»Reid Sullivan, si me dices que te vas a casar en un saco de arpillera, te estrangulo.

Reid ahogó una carcajada.

—Mierda, no. Pero es de época. De encaje. Y en el armario de mi papá.

Los ojos de Melanie volvieron a abrirse de par en par, y entonces su cabeza empezó a moverse arriba y abajo.

—¡Sí! ¿Por qué no pensamos en esto desde el principio?

—No lo sé, pero se siente bien, ¿sabes? No dejo de mirar esos vestidos, y aunque son preciosos, no son yo. El vestido de mi mamá... —Reid hizo una pausa y miró su anillo—. Tiene mucho sentido. Ella estaría conmigo en todos los sentidos de la palabra.

Melanie dio un paso adelante y puso las manos sobre los hombros de Reid.

—Esto es perfecto. Creo que Grayson debería ir de azul marino. ¿Qué te parece?

Reid tardó dos segundos en aceptar.

—Le encantará.

—Perfecto. Ahora a comer. Vamos.

Por suerte, estaban en Georgetown, donde la venta al por menor y la terapia de alimentos estaban en la cima de su juego para DC. Encontraron un restaurante moderno y elegante que no requería reserva. Se sentaron afuera, bajo una amplia sombrilla. Era curioso: aunque era mayo y los días eran espléndidos, las estufas de propano seguían en las esquinas. Sobre todo por las tardes y las aglomeraciones nocturnas, donde el frío en el aire podía arruinar una buena comida.

Pidieron una botella de vino blanco, agradecidas por la comodidad de vivir en la ciudad, donde había transporte público. Mientras esperaban la comida, bebieron vino y comieron bruschetta.

—He hecho una lista de cosas que tienes que hacer y cuándo —le dijo Melanie a Reid—. La he compartido contigo.

Reid tomó su teléfono, abrió la lista y leyó.

—Gracias —dijo—. Me siento bien sabiendo que la mayoría de las cosas importantes están resueltas. Contratar a la organizadora de bodas fue literalmente la mejor y más fácil decisión.

—Aparte de decirle que sí a Grayson —señaló Melanie.

—Era una obviedad.

## Heartbreak



## Hill

—¿Cómo va la lista de invitados?

—Creo que llegamos a cien. Todavía tenemos tiempo antes de hacer nuestros mensajes de reserva la fecha.

—¿Cuándo es tu sesión de fotos de compromiso de nuevo?

—En junio. Finalmente nos decidimos por los Jardines Smithsonian.

Melanie asintió.

—Lo juro, este tiene que ser uno de los mejores lugares para casarse.

¿Estás segura de que Grayson no tiene un hermano?

Reid soltó una risita.

—Sólo Pearce.

Melanie arrugó la nariz al oír su nombre.

—Me cae mal.

—¿Por qué? Es un buen tipo. Siempre se llevan bien cuando están juntos.

—Demasiado bien, a veces. No sé. Da vibraciones de amigo.

—¿Y eso es malo? —preguntó Reid.

Melanie se encogió de hombros y bebió un sorbo de vino.

—¿Han elegido su música de entrada? —preguntó.

—Sí. Grayson y yo vamos por un ambiente muy relajado, con elegancia, sin embargo. Quiero que esta boda sea elegante y hermosa.

—Una parte de mí está celosa. Quiero decir, he sabido desde el principio que él era el indicado para ti. Y a pesar de mis muchas -y quiero decir demasiadas- veces de querer golpearlo en la cabeza, estoy feliz de ser parte de tu día especial. La otra parte de mí es como, de ninguna manera en el infierno me casaría. Vivir juntos, tener hijos y lo que sea, pero lo del matrimonio.... — Melanie se estremeció.

Reid sujetó la mano de Melanie y la apretó.

—Creo que por cómo son tus padres, te ha desanimado el matrimonio.

Los padres de Melanie llevaban años casados y, sin embargo, se peleaban constantemente, dormían en habitaciones diferentes y viajaban el uno sin el otro. Había pasado muchas noches llorando en el hombro de Reid por sus padres y no entendía por qué no se divorciaban. Todos sus hijos habían crecido y vivían fuera de casa, así que utilizarlos como excusa ya no era válido.

—No son la imagen de lo que debería ser un matrimonio, pero, aun así. — Melanie hizo una pausa para dar un bocado a su aperitivo—. El matrimonio es un contrato con reglas no escritas que se leen entre líneas. Se supone que tienes que saber lo que la otra persona quiere y necesita sin que te lo comunique. No suena atractivo.



202



Heartbreak

## Hill

Reid se prometió a sí misma que nunca vería el matrimonio como lo hacía Melanie.

—La comunicación es clave. Grayson y yo hemos trabajado mucho esta parte de nuestra relación. Hemos tenido que hacerlo.

—El trasplante lo cambió.

—Para mejor.

Melanie tomó su copa y se la tendió a Reid para que la chocara.

—Es triste decirlo, pero es verdad.

Después de comer, se apresuraron a acudir a su cita en el spa. Optaron por un masaje en pareja, sobre todo para poder hablar, mientras ambas se daban cuenta de que beber una botella de vino en el almuerzo probablemente no fue lo más inteligente que podrían haber hecho. Tenían sueño y luchaban por mantener los ojos abiertos, pero aún tenían una cita con las uñas.

—¿Luna de miel? —murmuró Melanie entre dientes.

—En algún lugar cálido —respondió Reid con el mismo vigor—. Grayson está eligiendo. Se está tomando el trabajo muy, muy en serio. —Bostezó.

—¿Apruebas su tiempo libre?

Reid trató de reírse, pero su masajista le deshizo un nudo en la parte baja de la espalda que la hizo estremecerse y doblar los dedos de los pies, y no en el buen sentido que ella prefería.

—Oh, Dios —gimió mientras las manos amasaban y presionaban la piel sensible—. Eso me va a dejar un moretón.

—Lo siento —dijo la masajista.

Melanie levantó la cabeza y miró a su chica por encima del hombro.

—No dejes que te asuste. No me importan los moretones.

—Sádica —murmuró Reid—. Lo último que necesito es explicarle un moretón a Grayson. Le preocupará que algo vaya mal.

—No había pensado en eso. ¿Supongo que cualquier cosa fuera de lo normal es una bandera roja para él?

Reid asintió como pudo.

—Se preocupa, y me parece bien. Prefiero que se cuestione todo a que ignore las cosas. Es muy consciente desde la operación.

—Como he dicho, tienes suerte.

—Lo sé —dijo en voz baja mientras cerraba los ojos y se entregaba al masaje.



## Heartbreak



## Hill

Al día siguiente, cuando Grayson debía llegar a casa a primera hora de la tarde, Reid y Melanie compartieron auto para ir a casa de Luther y decirle que Reid quería usar el vestido de novia de su mamá. Esperaba que dijera que sí, pero también que dudara y llorara. Su padre nunca se había vuelto a casar y rara vez tenía citas, aunque Reid lo había animado a que volviera a salir. Adoraba a su papá, con toda su rudeza y quería verlo feliz. En una época de su vida, había intentado emparejarlo con diferentes profesoras que había tenido, a propósito, metiéndose en problemas para que él tuviera que ir a hablar con la profesora que ella considerara que sería una buena compañera para su papá. Sus esfuerzos fracasaron. Todas las veces.

Cuando las chicas llegaron a la casa de la infancia de Reid, la camioneta de su padre estaba estacionada en la entrada, y cualquier esperanza que había tenido de que pudieran tomarlo desprevenido se desvaneció cuando lo encontraron desbrozando los parterres. Habían sido el orgullo y la alegría de su mamá. Siempre estaba plantando, cultivando y podando sus preciados rosales, el parterre lleno de peonías rosas y el seto de dalias, que necesitaban musgo de turba para mantener el suelo bien drenado. Cuando Reid salió del auto, vio los rosas, morados y blancos de las dalias y tomó nota de que cambiaría las flores que había elegido para la boda. Honraría a su mamá de todas las maneras posibles.

—Hola, chicas —dijo Luther al levantarse. Se quitó los guantes de trabajo, se limpió las manos en los pantalones y las abrazó. Siempre había tratado a Melanie como a una hija y le había abierto las puertas de su casa muchas veces cuando sus padres estaban peleados—. ¿A qué debo el placer?

—Charla de boda, pops —dijo Melanie, a lo que Luther gimió cómicamente.

—Entren, entonces. Puse una olla de chili en la estufa esta mañana. Probablemente esté a punto.

Siguieron a Luther al interior de la casa, que efectivamente olía a cayena y chili. Su chili era famoso y a menudo lo pedían en las reuniones familiares. Reid pensaba que era porque los parientes querían que su papá se sintiera incluido, pero hacía unos años había descubierto que era porque tenía un ingrediente secreto. Uno que se negaba a revelar.

—Papá, este ramo es precioso. —Reid hizo girar el jarrón y se maravilló ante las dalias azules y las rosas color crema—. ¿De dónde lo sacaste?

—Uh, del patio delantero —dijo tímidamente—. No hice nada especial. Sólo recorté, añadí agua y las metí ahí.

—Papá, es precioso. No dejes que las revistas de novias se enteren de que un blandengue como tú es diseñador floral.

Melanie y Reid soltaron una risita mientras Luther se encogía de hombros.

## Heartbreak



204



## Hill

Sirvió tres tazones llenos de chili y los puso sobre la mesa antes de volver por el queso rallado y la nata agria. Cuando las chicas eran pequeñas, Luther solía rallar el queso él mismo hasta que empezó a aparecer todo ya picado en las tiendas. Ahora, cocinar era fácil. Todo pre cortado, desde las cebollas hasta las zanahorias, el apio y el jengibre, había cambiado las reglas del juego para la mayoría de las familias. Se sentaban, preparaban sus platos como preferían y se ponían manos a la obra.

—Qué bueno está, pops —dijo Melanie—. Necesito la receta.

Luther se limitó a negar con la cabeza. Reid supuso que en algún momento tendría que decirlo. Hasta entonces, ella y Mel tendrían que ser pacientes.

—¿Cuál es la charla de boda que debemos tener? —preguntó Luther entre bocado y bocado. Reid miró a su padre y vio cómo fruncía la nariz. No podía decir si había algo malo con su almuerzo, lo cual dudaba, o si pensaba que había algo malo con sus planes de boda.

—Hoy hemos decidido ir por el vestido —le dijo Reid. La cuchara de Luther se detuvo en el aire antes de dejarla en el plato.

—¿A qué tienda? Te haré un cheque antes de que te vayas.

—Ninguna tienda. Al menos todavía no —le dijo mientras colocaba su mano sobre la de él—. El caso es que cada vestido que miro, no me gusta. Ni siquiera como para probármelos.

—He visto en *Extra* que últimamente las mujeres se casan con traje pantalón —le dijo. Melanie se atragantó con su chili y empezó a toser.

—Lo siento —resolló—. Me tomaste desprevenida, pops.

—Papá, me gustaría casarme con el vestido de mamá.

Las palabras calaron hondo y los ojos de Luther pasaron de la duda a la alegría, mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

—¿Estás segura?

Las lágrimas nublaron la vista de Reid.

—Sí, así es. Cuando pienso en llevar su vestido, me da mucha alegría. Es lo que quiero.

Luther asintió, se limpió la boca con la servilleta y echó la silla hacia atrás. Salió del comedor y regresó minutos después con una gran caja blanca. Se la presentó a Reid. La cubierta de plástico transparente le permitió vislumbrar el vestido de su mamá. Habría que limpiarlo, posiblemente hacerle un dobladillo, pero estaba en perfecto estado. Era lo único con lo que Luther nunca había dejado jugar a Reid cuando era más pequeña.

—Es perfecto.

Melanie se acercó a mirar el vestido.

## Heartbreak



## Hill

—Vas a estar impresionante con este vestido, Reid. Es el vestido adecuado para ti.

Mientras Reid miraba la caja, se imaginó a sí misma caminando por el pasillo cubierto de cerezos en flor, llevando un ramo de dalias y rosas del jardín de su mamá. Miró a su papá.

—Tengo que pedirte un favor más.

—Cualquier cosa —dijo, conteniendo visiblemente sus emociones.

—Mi ramo —empezó—. Sé que ya lo he encargado en la florería, pero me gustaría que las flores fueran del jardín de mamá. Sus dalias son siempre tan bonitas, y me gustaría tenerlas en mi ramo. Las rosas, el florista puede conseguirlas de donde sea, pero quiero que la mayoría de mis flores provengan del jardín.

—Cariño, me parece una idea estupenda, pero dependerá de varias cosas —le dijo—. Necesitaríamos una primavera temprana para que estuvieran listas para la fecha de tu boda.

La emoción de Reid cayó en picada. El año que viene por estas fechas, Grayson y ella estarían casados. Gran parte de su ceremonia dependía de la primavera.

—No había pensado en eso.

—Pops, ¿y si las propagamos y las plantamos en el dormitorio, convirtiéndolo en un invernadero improvisado o algo así? —preguntó Melanie encogiéndose de hombros.

—Es una posibilidad. Preguntaré a una de las chicas del trabajo a ver si han hecho algo así antes.

—¿Podría una de estas señoritas ser tú pareja en la boda? —Reid enarcó las cejas hacia su papá, que se puso colorado.

—Cómete el almuerzo, Reid. —Luther recogió su cuchara y se metió un montón de chili en la boca, evitando todo contacto visual con las chicas mientras lo veían. Reid tenía intención de enviar a su papá una invitación a la boda, a pesar de que él lo pagaba todo, y se aseguraría de que incluyera un acompañante. Lo único que quería era que su papá fuera feliz.



206



Heartbreak

Hill

## Veintinueve

GRAYSON

En cuanto se encendió la luz de **QUITARSE EL CINTURÓN DE SEGURIDAD**, Grayson se levantó del asiento y se dirigió al baño.

Cerró la puerta, encajó la cerradura y se derrumbó. Las lágrimas que había estado reteniendo desde que conoció a Gemma y Lynnea se multiplicaron por diez. Ya no podía contenerlas y agradeció que el rugido de los motores del avión ahogara sus sollozos desgarradores.

Desde el momento en que había puesto los ojos en las niñas, supo que eran la razón del dolor constante que sentía en el pecho. Rafe amaba a esas chicas más allá de toda medida, y ese amor se había quedado en su corazón, y ahora Grayson sufría por ello.

Se miró en el espejo empañado. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Algunas crearon un rastro sobre su mandíbula y resbalaron por su cuello, mientras que otras fueron directas a su camisa, mojando la tela.

Grayson se sintió tonto y con el corazón roto. Dos emociones que le costaba manejar cuando se mezclaban. No debería sentirse así por dos pequeñas humanas a las que no conocía, o apenas conocía. Sin embargo, cuando estaba allí sentado, disfrutando de su té, se sentía como si las conociera de toda la vida. Las quería. Mucho antes incluso de saber que existían. Ese era el único modo en que podía explicar cómo se sentía. Eran parte de él, y tenía que encontrar la manera de permanecer en sus vidas.

Sonó un golpe.

—Un minuto —dijo mientras se aclaraba la garganta. Grayson se miró fijamente, esperando que todas las respuestas que buscaba aparecieran por arte de magia en el espejo. No había nada. Excepto un hombre con los ojos enrojecidos, la nariz goteando y las mejillas sonrojadas. No habría forma de ocultárselo a Pearce, que sin duda tendría preguntas o le dirigiría algún tipo de mirada que rozaría el asco.

Pearce había ido con él como apoyo moral. Había hecho todo lo que Grayson le pidió, pero estaba claro que no lo aprobaba. Nadie podía entender cómo se sentía Grayson. Despertarse cada día, saber que algo iba mal pero no ser capaz de precisar qué era ese algo hasta ahora. Ahora lo sabía, pero saberlo no mejoraba las cosas para él. No con la distancia entre él y las niñas. Y aunque Pearce había advertido a Grayson sobre ver a su ex, Nadia no era a quien



207



Heartbreak

# Hill

Grayson quería en su vida; eran Gemma y Lynnea. Su presencia lo hacía sentirse completo. Eran el dolor que sentía.

Grayson se disculpó al salir del baño. Volvió a la fila que compartía con Pearce, agradecido de que estuvieran los dos solos y no en el temido asiento del medio. Se sentó y mantuvo la mirada fija en las azafatas mientras servían las bebidas.

—¿Estás bien? —Pearce preguntó.

Grayson asintió y se mordió los labios para contener sus emociones.

»¿Quieres hablar de ello?

Sacudió la cabeza. Después de cenar la noche anterior, habían vuelto al hotel y no habían hablado de su visita con Nadia, Reuben y las chicas. Hacerlo era lo último que le apetecía a Grayson. Le dijo a Pearce que estaba cansado y se metió en la cama. En lugar de dormir, se quedó mirando al techo, recordando el encuentro. Odiaba marcharse, pero sabía que ya habían abusado de su intromisión.

Grayson agradeció que estuvieran en un avión y no conduciendo. Sus voces tendrían que elevarse para mantener una conversación completa, y cualquier cosa que tuviera que decir, no querría que otros la oyeran. No le importaba lo que dijera la gente; era una reacción natural a las escuchas. No pasaba un día sin que escuchara lo que hablaban los demás. Sabía más de las personas que viajaban en sus trenes diarios y en su oficina de lo que le importaba.

El vuelo de Boston a Washington fue rápido. Pasaron más tiempo esperando en el aeropuerto que volando. Una vez que el avión aterrizó, salieron y atravesaron la terminal como si les ardiera el trasero. Grayson quería volver a casa con Reid. Necesitaba verla, abrazarla y confesarse. Mentirle y ocultarle sus verdaderas intenciones de pasar un fin de semana de chicos le pesaba en la conciencia. Se había prometido a sí mismo que siempre sería sincero. Era lo más fácil que podía hacer por ella.

Grayson y Pearce tomaron juntos el metro hasta que tuvieron que cambiar de línea. Pearce abrazó a su amigo, le dio unas palmaditas en la espalda y le dijo que lo llamara si necesitaba algo. No quería hablar. Pearce podía ser su mejor amigo, pero Grayson sintió que no podía comprender la magnitud de lo que Grayson sentía. No lo culpaba en absoluto, sobre todo cuando él mismo no podía comprender del todo las cosas.

Cuando llegó al complejo de apartamentos, optó por las escaleras. Tomó cada tramo lentamente, retrasando lo inevitable. Reid se quedaría extasiada al verlo, pero enseguida notaría que algo no iba bien. Pensaría que estaba enfermo o que le había pasado algo en el corazón. Tendría razón, pero por razones equivocadas. Cuando Grayson se acercó a la puerta, supo que se lo contaría todo.

# Heartbreak



208



# Hill

Antes de introducir la llave en la cerradura, se detuvo y escuchó. Sonaba una música suave en su apartamento y se la imaginó bailando y, probablemente, sirviéndoles una copa de vino. Reid les habría preparado la cena, o al menos la habría pedido, para cuando Grayson le dijera que estaría en casa. Si se tratara de un regreso a casa normal, compartirían la comida y luego la llevaría a la ducha con él, no dispuesto a pasar más tiempo a solas. Le haría el amor allí, utilizando su altura como una ventaja cuando se trataba de sexo en la ducha. Después de la ducha, se la llevaba a la cama, donde podían hacer el amor con más libertad.

Pero esta no era una vuelta a casa normal.

Esta noche se sentarían a la mesa, con el vino sin tocar y la comida fría, mientras él le contaba todo sobre su viaje, quién era Nadia, lo feliz que se había sentido al ver a las niñas por primera vez y lo desconsolado que se había sentido al dejarlas. Grayson tenía que encontrar la forma de explicarle a Reid que nada de esto tenía que ver con ella y que todo tenía que ver con el corazón que le habían dado.

Un corazón que no había pedido.

Antes de girar la llave, cerró los ojos e imaginó a Reid, cariñosa y paciente con él. En su mente, la vio llorar. Podía sentir su tristeza, y se odió por lo que estaba a punto de hacer.

Abrió la puerta lentamente. Reid estaba en el pasillo y se giró. Su sonrisa empezó despacio, pero se fue ensanchando a medida que establecían contacto visual, y luego se desvaneció. Se abalanzó sobre él, le puso las manos en las mejillas y lo miró a los ojos.

—Grayson, ¿qué pasa?

Sacudió ligeramente la cabeza y la abrazó. Por mucho que intentó contener las lágrimas, no pudo.

»Me estás asustando —murmuró contra su camisa—. ¿Estás herido? ¿Necesitas un médico?

—No —le dijo. Un médico no podía arreglar lo que estaba pasando. Sin volverse, echó la mano atrás y cerró la puerta, luego la sujetó de la mano y la llevó al sofá. Se sentó pesadamente, con un suspiro, que no liberó nada de la tensión que sentía.

Grayson se aclaró la garganta y le agarró la mano con fuerza.

»Necesito que escuches lo que voy a decirte. Necesito sacar todo esto, y entonces podré responder a todas tus preguntas y hablar de todo. Pero lo primero que quiero decirte es que te amo y que estoy deseando ser tu esposo.

Reid sonrió, pero no llegó a sus ojos. No podía imaginarse lo que estaría pasando por su cabeza ahora mismo.

»¿Recuerdas el día que fuiste de compras con mi mamá?

# Heartbreak



209



## Hill

Reid asintió.

Grayson relató lo que había hecho, desde mirar en Internet las esquelas hasta ampliar su búsqueda y dar con el artículo sobre el esposo de Nadia, quién era ella para él y cómo había ido a verla.

Reid apartó su mano de la de él.

—¿Fuiste a verla?

Asintió mientras se le saltaban las lágrimas.

—Has... —Reid tragó saliva—. ¿Me engañaste? —Apenas pudo formular la pregunta sin perder la voz.

Sus ojos se abrieron de par en par y su cuerpo se puso rígido.

—¿Qué? Dios no, Reid. —Grayson se acercó y le tendió la mano—. Estoy muy enamorado de ti. Eres todo mi mundo y la razón por la que estoy aquí hoy. Si no fuera por ti... —Se interrumpió. A menudo pensaba en aquel día. No lo recordaba todo, pero Reid le había contado la historia y cómo ella había planeado empezar a tener citas porque necesitaba salir del limbo en el que había estado con Grayson.

—Nadia es una ex, nada más. Cuando nos fuimos a la universidad, eso fue todo. Nunca he suspirado por ella ni he intentado recuperarla. Sólo he amado a una mujer en mi vida, aparte de mi mamá, y esa eres tú, Reid.

Ella lo miró y no dijo nada.

»Fui allí. Me paré donde murió Rafe, esperando experimentar o sentir algo que aliviara la sensación en mi pecho. Cuando la vi, mi corazón no se disparó como cuando te veo a ti. Fue como ver a una vieja amiga a la que, si no la hubiera visto, no habría echado de menos, si eso tiene sentido.

—Un poco —dijo.

Grayson inhaló.

—Cuando vi a sus hijas... *a sus hijas*, todo cambió. Quería llorar, gritar, como si hubiera experimentado la pérdida más profunda de mi vida. Este — Grayson se puso el puño sobre el corazón—, espacio es suyo y de ellas. No puedo explicarlo, aparte de lo que dijo el doctor Littleton sobre la memoria celular. Mi corazón *su* corazón echa de menos a esas niñas.

—Ni siquiera sabes si tienes el corazón de este hombre, Grayson. —Reid se levantó del sofá y fue a la cocina. Grayson le dio un minuto y luego la siguió. Se quedó de pie, apoyado contra la pared.

—Ojalá pudiera hacerte sentir lo que yo siento. Ojalá hubiera una forma de que supieras cómo me hace sentir verte y amarte cada día, pero también estar con ellas me quitó el dolor.

Reid estaba de pie en la estufa, revolviendo la salsa en la sartén.

Heartbreak



## Hill

—Entonces, ¿vas a jugar a ser su padre y yo voy a hacer qué? ¿Compartirte con tu ex? Como, ¿te tendré dos semanas al mes?

Se secó las lágrimas caídas.

—No, Reid. Nada de eso, pero necesito conocerlas. Estar en sus vidas de alguna manera. Por primera vez en un año, me sentí completo.

Levantó la cabeza y se quedó inmóvil. Antes incluso de que se girara y lo mirara, él supo que estaba llorando.

—Se supone que yo soy suficiente, Grayson —dijo señalándose el pecho—. Se supone que debemos bastarnos el uno al otro. —Su mano señaló entre ellos.

—Lo eres.

—Pero no es verdad. —Le tembló el labio inferior—. Ellas te hacen sentir completo. Dos extrañas.

—No es lo mismo —le dijo—. No puedo explicarlo, pero esa sensación de que algo va mal no existía cuando estaba con ellas. —Grayson se acercó más—. Me senté con ellas, las escuché hablarme de su padre, de cómo murió y de cómo se sentían. Tuvimos una fiesta de té. Me abrazaron. Hicieron que yo importara en su mundo.

—Estoy segura de que estaban siendo educadas —dijo Reid.

Sacudió la cabeza.

—Esto era diferente.

—Quieres que sea diferente para tener una respuesta. Necesitas que sea diferente para poder justificar lo que me estás diciendo. —Reid se empujó más allá de Grayson, en dirección a la otra habitación.

—Reid.

Se dio la vuelta.

—¿Por qué ocultaste la razón de tu viaje?

Grayson no esperaba que se lo preguntara, aunque debería haberlo hecho. Se pasó la mano por el cabello, tirando de las puntas.

—Porque quería asegurarme de que mi corazónada era cierta.

—¿Y no podías compartirlo conmigo?

—Pensé que me disuadirías.

—¿Sabe tu ex por qué apareciste al azar en su casa?

Sacudió lentamente la cabeza.

»Bien, así que nos mentiste a las dos. Eso es encantador, Grayson. —Reid se alejó más de él—. Sabes qué, tienes razón. Te habría disuadido, porque lo que hiciste está mal. No se miente a la gente que amas, y desde luego no te presentas

Heartbreak



## Hill

en casa de alguien con el pretexto de estar en la ciudad y querer presentar tus respetos. No sé qué es peor, si mentirme a mí o mentir a una esposa afligida y a dos niñas pequeñas.

—Lo sé y lo siento, Reid. De verdad que lo siento. Lo último que quiero es hacerte daño. O a Nadia y a las niñas. Es que... —Grayson se interrumpió.

—¿Es que, qué Grayson?

No sabía cómo responderle.

»¿Piensas volver a verla?

—No es a Nadia a quien quiero ver —le dijo—. Son las niñas. Mi corazón, este corazón. —De nuevo, puso su mano sobre su pecho—. Les pertenece a ti y a las niñas, Gemma y Lynnea. No a Nadia.

Se quedó allí de pie, mirando al suelo con los brazos cruzados sobre el pecho. Grayson dio unos tímidos pasos hacia ella, temiendo que saliera corriendo de la habitación, por la puerta principal y de su vida. Se arrepintió de no habérselo dicho.

—Ese es el quid de la cuestión, ¿verdad, Grayson? Ese no es tu corazón. —Reid se atragantó con sus palabras mientras las lágrimas caían por sus mejillas—. El que tenías antes, el que jurabas que me amaba, pero estabas demasiado en tus cabales para comprometerte. Con el que me mentiste... ése. —Le señaló el pecho y negó con la cabeza—. Ese no me ama. Así que aquí estamos otra vez. De vuelta al principio, otra excusa.

—Eso no es verdad, Reid. Tienes mi corazón. Todo él. Pero esas chicas también tienen una parte. Quizá los sentimientos desaparezcan o cambien, pero ahora mismo tengo el corazón roto por no estar con ellas.

—Eso es genial, Grayson.

—Mis sentimientos son sobre ellas, Reid. No sobre ti. Soy sólido en eso. Estoy enamorado de ti y lo he estado desde que tengo memoria.

—No mientes a la gente que amas, Grayson. —Se alejó de él—. Necesito algo de espacio. —Con eso, ella recogió su bolso y salió por la puerta principal.



Hill

## Treinta

REID

Habían pasado dos semanas desde que Grayson había ido a Boston y había vuelto con una confesión que le había cambiado un poco la vida. Después de salir, había ido al parque y se había sentado en la zona de juegos, donde observaba a las familias jugar. Algunos niños estaban allí con ambos padres, otros con mamá o papá o con alguien que podría haber sido una niñera. Lo que Reid hacía era imaginarse a la mamá que estaba allí, empujando a su hijo pequeño en el columpio y bajándolo luego por el tobogán, como Nadia. Reid se refería a la ex de Grayson por su nombre porque era más que su ex, y sospechaba que no tardarían en conocerse. Si Reid y Grayson iban a seguir juntos, y si él insistía en estar en la vida de las niñas, tendría que confesárselo a Nadia.

La joven que llevaba al pequeño atrajo la atención de Reid. Vio cómo mimaba al niño, lo llenaba de besos y abrazos y no le daba importancia cuando se caía. No lloró, pero le enseñó la mano y ella se la besó, con lo que todo parecía ir mejor.

Reid apenas recordaba a su mamá y, de lo que recordaba, no estaba segura de si eran recuerdos reales o historias que había oído a lo largo de los años. Incontables veces, su abuela o una de sus tías empezaban una historia con *Cuando tu mamá...* o *Tu mamá solía...* y esas historias se habían convertido de algún modo en momentos que Reid recordaba. La mente es así de divertida, crea falsedades y difumina los límites entre lo que es real y lo que no lo es.

Algo parecido a lo que sentía Grayson con su corazón. Había muy pocas pruebas científicas que respaldaran su afirmación, o la de otros, de que la memoria celular existía. Reid había investigado por su cuenta después de que Grayson le hablara de Boston. Buscó todas las palabras clave que se le ocurrieron, leyó todos los artículos y recorrió las librerías en busca de material de lectura sobre el tema. Existían muy pocos, lo que la asustó de un modo que no había imaginado. Su mente le decía que Grayson estaba imaginando cosas o inventando respuestas para obtener la validación que buscaba. También le hizo pensar que él podría convertirse en un sujeto de pruebas, para el caso, y eso no le gustaba. Lo que él sentía era algo personal para él y su experiencia, y no estaba segura de que tuviera que compartirlo. Al menos no con el mundo exterior.

Mientras estaba allí sentada, sonó su teléfono, sacándola de sus cavilaciones de ver a una desconocida interactuando con un niño. La foto de Grayson llenó su pantalla. Su dedo se posó en el botón de silencio mientras

213  
Simply Books

Heartbreak

## Hill

pensaba si quería hablar con él o no. Si lo enviaba al buzón de voz, él seguiría llamando o enviando mensajes. Contestó.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Se quedó pensativa un momento ante la pregunta abierta. Físicamente, estaba bien. No estaba herida ni en peligro, que ella supiera. Emocionalmente, estaba destrozada y confusa, y no sabía cómo procesar todo lo que Grayson le había contado. Reid quería apoyarlo, pero pensaba que había ido demasiado lejos.

—Estoy bien, Grayson.

—¿Dónde estás? ¿Puedo ir a verte?

Dijo que sí antes de que pudiera evitar que la palabra saliera. Cada fibra de su ser deseaba estar con él, cerca de él, aunque su corazón y su mente entraran en conflicto.

—Estoy en el parque. Donde está el parque infantil.

—Estaré allí en un minuto.

Colgó. Tardaría diez minutos en llegar. Llamó a Melanie. Cuando contestó, le contó todo lo más rápido que pudo. Todo lo que Reid quería era un pequeño consejo sobre cómo manejar la situación o seguir adelante.

—Espera, ¿se enrolló con ella?

—No —le dijo Reid. Le creía a Grayson cuando decía que no la había engañado, y no tenía motivos para decir lo contrario. Incluso antes de que fueran novios, rara vez había salido con otras mujeres, y las pocas veces que había salido, había acabado quedándose en casa de ella o llamándola cuando había llegado a casa demasiado pronto para haber terminado la cita.

No era un infiel.

Lo que había hecho estaba tan fuera de su carácter que era imposible que ella no lo perdonara, pero no sería fácil.

—¿Qué hago? —preguntó a Melanie.

—Mierda si lo sé —le dijo—. Quiero decir, mi primera inclinación es patearle el trasero, pero ¿y si esto es real, Reid? Como, ¿y si lo que está sintiendo es algo legítimo?

—Eso es lo que me preocupa. ¿Qué pasa si quiere estar con ellas? Él tiene una historia con ella, y ahora hay estas dos niñas que perdieron a su papá, que al parecer tienen un control sobre Grayson. ¿Dónde me deja eso?

—No lo sé, cariño. Pero definitivamente tienes que hablar con él. Hazle saber que tienes miedo. Tal vez deberías ir con él a una de sus citas de terapia. Un profesional podrá darte más consejos que yo. Yo soy de las que primero golpean y luego preguntan, por eso soy la dama de honor de tu boda.



## Hill

Reid sonrió ante lo que dijo Melanie.

—Viene hacia aquí —le dijo a su amiga—. Llamó y le dije dónde estaba. Por mucho que quiera seguir enfadada con él, no puedo. Pero tengo miedo.

—Grayson te ama, Reid. Dudo mucho que hiciera algo que pusiera en peligro su relación. Y si lo hace, estará buscando ese nuevo corazón en el fondo del Potomac. Créeme, esta sería una cirugía que él sentiría porque no lo anestesiaría.

—Brutal.

—Mira, sabes cómo me siento. Esperaste a este tipo. Si mete la pata, se merece lo que le venga. Te recordaré lo que me dijiste: la comunicación es la clave.

—Lo es, y él mintió.

—Así que, ponlo en la parte de mentir y ayúdalo a descubrir el resto. Sólo díselo, no más secretos.

—Está aquí. Te llamaré.

Grayson se acercó al banco donde ella estaba sentada. En lugar de sentarse, le tocó la mejilla y apretó los labios contra los suyos. El beso fue tierno, pero lo dijo todo.

—Te amo —le dijo mientras se sentaba a su lado. Ella no le quitó los ojos de encima.

»De todos los lugares, ¿por qué aquí?

Reid se encogió de hombros y se acercó más a él cuando le pasó el brazo por detrás.

—No sé. Estaba en el parque, oí risas y me acerqué. He estado observando a la gente.

—¿Algo interesante?

—La verdad es que no. Supongo que pensé que, si veía a los otros padres con sus hijos, podría entender lo que me has dicho.

—¿Y lo haces?

Ella le miró a los ojos y negó con la cabeza.

—No, y lo siento. Creo que tu situación es única. Te dieron el don de la vida, y con él vinieron muchos cambios. No sólo físicos, sino también personales. No puedo evitar preguntarme: si hubieras sabido que ibas a tener un corazón nuevo y hubieras pasado por la terapia necesaria de antemano, ¿seguiría siendo así?

—No veo cómo no iba a serlo —le dijo—. He llegado a un acuerdo con mi propia mortalidad. Al principio, sí, estaba enfadado, asustado y me sentía indigno. Pero este sentimiento no empezó de inmediato. O tal vez sí, y lo achaqué a los



## Hill

pinchazos de dolor que me dijo el médico. Lo más parecido a lo que siento es nostalgia o unas largas vacaciones y ganas de volver a casa. Esas niñas están en casa, en el sentido de que es lo que mi corazón necesita para sanar. Es un testamento del tipo de hombre y padre que era, que quiero ser. Por lo que sé, ellas también lo necesitan. Busqué esos ositos de corazón o como se llamen. Podría hacer eso por ellas eventualmente. Devolverles una parte de su padre.

—Haces que suene como si pretendieras formar parte de sus vidas, Grayson.

—Sí, lo hago —le dijo—. Y espero que estés conmigo.

Sacudió la cabeza y miró a lo lejos.

»Reid, ¿quieres hablar conmigo, por favor?

Su cabeza se giró al instante, y sus ojos brillaron.

—¿Cómo tú hablaste conmigo de todo esto antes de actuar? ¿Antes de pararte a pensar cómo me sentiría?

—Yo... esto no es sobre ti, es sobre...

—Se trata de nosotros, Grayson —dijo, señalando entre ellos—. Se supone que estamos haciendo todo esto juntos, ¿recuerdas? Porque antes eras tú y era yo, y luego me prometiste cosas, y ahora estás.... —Se interrumpió y se secó con rabia las mejillas mojadas.

—¿Yo qué?

Reid no podía mirarlo. No ahora.

—Me estás alejando. Dándome esas excusas, y me temo que no van a parar, que se te ocurrirá otra cosa dentro de unos meses, y volveremos a estar como ahora: yo sin confiar plenamente en ti... y odio esa sensación, Grayson. —Lo miró y señaló—. Me has metido estos pensamientos en la cabeza, cuando pensaba que todo iba bien, que éramos sólidos, y ahora siento que estoy fuera, desmoronándome porque tienes estos otros sentimientos. Sentimientos que me temo sobre los que vas a actuar, ¿y luego qué?

—Sully, te amo. Más de lo que sé describir —le dijo—. Estos sentimientos que tengo se suman a lo que siento por ti. Quiero que compartas este viaje conmigo, que estés ahí y aprendas mientras yo avanzo. No es algo de lo que quiera excluirte. Pero si no lo intento, estaré triste. Esta cosa que me mantiene vivo anhela a esas niñas, Reid. No sé cómo apagarlo.

Permanecieron sentados largo rato, sin decir nada. Cada uno enjugándose sus propias lágrimas caídas. Una pelota rodó hacia ellos y Reid observó mientras Grayson se agachaba y lo recogía. Se la devolvió al niño que había venido corriendo tras ella y recibió un sonriente agradecimiento. Grayson era amable, siempre lo había sido. En parte tenía sentido, pero ella no podía hacerse a la idea. No sin pensar que al final saldría perdiendo.

Heartbreak



# Hill

Finalmente rompió el silencio entre ellos.

—Necesito tiempo.

—¿Lejos de mí? —dijo, con la voz entrecortada.

Tomarse un tiempo lejos de él sería lo más inteligente. Reid negó con la cabeza.

—No, no de ti, sino de lo que haya pasado en Boston. No puedo lanzarme con los dos pies, al menos todavía no, y quizá nunca. Necesito que respetes mi postura al respecto.

Grayson asintió.

Reid jugueteó con el anillo que llevaba en el dedo y pensó si debía quitárselo o no. ¿Cómo superaría este obstáculo? No estaba segura de poder hacerlo, y definitivamente no estaba segura de poder compartir a Grayson con las hijas de su donante.

Tenía que hacer un examen de conciencia, pero Grayson también.



En los últimos catorce días, venir al parque todos los días se había convertido en un hábito. Ahora que los días eran más largos, venía después del trabajo y observaba a la gente interactuar con sus hijos. Estaba segura de que pensaban que era una especie de acosadora y no una mujer que disfrutaba del ambiente caótico. Era algo que tenía que hacer sola. Le daba un respiro de Grayson y de la situación en la que se encontraban.

Recordó la conversación sobre Boston, lo que habían dicho Melanie y Grayson. Reid le había cerrado la puerta a sacar el tema hasta que estuviera preparada. Cada día y cada noche, trabajaba escenarios a través de su mente, intercambiando posiciones con Grayson, siendo ella la que tenía el nuevo corazón y experimentaba estos sentimientos. Cada vez llegaba a la misma conclusión: ella querría lo mismo que él.

Entonces, ¿por qué era tan difícil de aceptar?

Reid sabía por qué.

Porque tenía miedo.

Miedo de perder a Grayson.

A ella misma.

En qué se habían convertido.

¿Y si su corazón la rechazaba?

El pensamiento la paralizó. Peor ahora que antes. Tenía miedo de no encajar más en su vida, de que no hubiera espacio para ella.

# Heartbreak



## Hill

¿Era irracional su miedo?

No. No había nada que le impidiera apartarla de nuevo.

¿Pero lo haría?

No. Grayson la amaba.

Cuando las nubes oscuras se cernieron sobre ella, todo el mundo se puso en marcha. Reid caminó a paso ligero hacia el apartamento que compartía con Grayson, sabiendo que estaría en casa. Apenas había subido las escaleras hasta la entrada del complejo antes de que el cielo se abriera, estallaran los truenos y cayeran láminas de lluvia como si alguien estuviera encima de ella echando agua de un cubo.

Dentro de su apartamento, Grayson estaba de pie junto a la puerta corredera de cristal, mirando hacia fuera, sin llevar nada más que su pantalón de chándal gris favorito. Tenían vistas. No era nada espectacular, pero era suya y la disfrutaban.

Reid dejó la bolsa en el suelo, se quitó los zapatos y se acercó a él. Le rodeó la cintura con los brazos y le besó la espalda con la boca abierta. Grayson se estremeció.

—Estoy muy contento de que no estés empapada —le dijo llevándose su mano a los labios. Después de besarla, se volvió y la estrechó entre sus brazos. La cicatriz en el centro del pecho le quedaba a la altura de los ojos. La única vez que la tocaba a propósito era cuando hacían el amor; de lo contrario, se mantenía alejada porque sus terminaciones nerviosas eran sensibles y su contacto provocaba una sensación desagradable.

—Logré entrar a tiempo, lo cual es bueno porque no tengo mi paraguas, y estaría triste si arruinara mis zapatos.

Grayson se inclinó y la besó. Ella se abrió hacia él y le rodeó el cuello con los brazos, estrechándolo contra sí. Nunca se cansaría de besarlo, ni de estar con él, y odiaba que esa nube oscura se cerniera sobre ellos. Sin embargo, no podía evitar sentirse así.

—¿Qué tal el parque?

—Esclarecedor —le dijo mientras daba un paso atrás y lo miraba. Sacudió la cabeza y suspiró—. Tú y los pantalones de chándal grises deberían ser ilegales. Supongo que es bueno que estés dentro y no paseando entre las masas.

Grayson guiñó un ojo y se acomodó, a lo que ella puso los ojos en blanco. Reid fue y se sentó en el sofá, acariciando el cojín junto a ella. Se sentó y le puso las piernas sobre las suyas.

—¿Qué tienes en mente?

—¿Cómo sabías que tenía algo en mente?

Heartbreak



## Hill

—Te conozco, Reid —le dijo mientras le empujaba el cabello detrás de la oreja—. Casi puedo ver las ruedas girando en tu cabeza. ¿Qué pasa? Puedes decir lo que tengas que decir. Puedo soportarlo.

Abrió la boca para hablar, pero él levantó la mano. Ella enarcó una ceja.

»Puedo aceptar cualquier cosa que tengas que decir, a menos que me digas que se acabó; entonces me niego a escuchar.

Reid le apartó la mano.

—No ha terminado, pero tengo algo que decirte —le dijo—. Sé que han pasado dos semanas desde que te dije que necesitaba un poco de espacio lejos de la situación. Todos los días he pensado en nosotros, en el último año, en el último mes. Cómo has expresado tus sentimientos al respecto, cómo lo he hecho yo. Nunca podré decirte que sé por lo que estás pasando o cómo te sientes, porque no lo sé.

—Toco madera. —Grayson se inclinó todo lo que pudo y golpeó con los nudillos la mesa auxiliar.

—Cierto, pero eso no significa que no sienta, o que no me afecte todo esto. He tardado dos semanas en darme cuenta de lo que siento. No hace falta decir que estoy avergonzada y que, sinceramente, nunca me había sentido así.

Reid se ajustó para poder ver mejor a Grayson.

»Mi duda a la hora de aceptar que quieres una relación con las niñas es el miedo. Miedo a que quieras estar con ellas y no conmigo. Que me alejarás o me ocultarás cosas si no aprendo a amar esta faceta tuya. Miedo a que ya no encaje en tu vida —dijo con una respiración temblorosa.

—Encajas justo aquí. —Le sujetó la mano y se la puso sobre el corazón—. Esto late por ti —le dijo—. Y por esas niñas, pero no de la forma que tú crees. Esta cosa que me mantiene vivo late por ellas porque está ligada a su padre. Pero a ti te pertenece. No me van a alejar de ti. En cuanto a Nadia, no estoy interesado en ella. Ni remotamente. No puedo imaginar el dolor que sentiría si te dejara. No estoy seguro de que el corazón sobreviviera. Eres la única con la que pienso en estar, día y noche. Te amo, Reid. Planeo ser tu esposo en menos de un año. Tendremos bebés y envejeceremos juntos.

—Odio tener que decírtelo, pero voy a tener veintinueve años para siempre.

Grayson se rió y la besó.

—Te amo.

—Te amo —respondió ella.

—¿Estamos bien?

Sin dudar, asintió.



## Hill

—Lo haremos, pero me reservo el derecho a cuestionarlo todo.

—No lo haría de otra manera.

Después de cenar, se tumbaron juntos en el sofá, con la larga figura de Grayson colocada detrás de Reid. Estaban viendo un reality show, pero ella estaba concentrada en los dedos de él que giraban perezosamente sobre su cadera y se abrían paso lentamente por debajo de la cintura de sus pantalones cortos. Bostezó y se acurrucó más cerca de él, adorando la forma en que su cuerpo la mantenía caliente.

—¿Quieres ir a la cama? —Sus labios estaban cerca de su oreja cuando preguntó.

—Sí, pero no estoy cansada.

—Yo tampoco. —Se levantó y le tendió la mano, sólo para que sonara su teléfono.

Reid vio el nombre de Nadia antes de que Grayson pudiera descolgar el teléfono. No es que le ocultara nada. Se sentó en el sofá.

—No pierdas ninguno de esos pensamientos no cansados —le dijo a Reid y luego la rodeó con el brazo, atrayéndola hacia su lado.

—¿Hola?

—Hola, Grayson. —La voz de Lynnea revoloteó por el auricular.

—Hola, ¿qué pasa?

—Nada —dijo ella—. ¿Cuándo vienes aquí?

—No lo sé. ¿Por qué?

—¿Puedes llevarme al baile padre-hija?

A Reid se le encogió el corazón. La parte romántica que había en ella quería que fuera, mientras que la parte lógica quería que Nadia controlara lo que hacía su hija.

—¿Dónde está tu tío Reuben, no te lleva?

—Sí, pero él llevará a Gemma, y yo iré contigo.

Reid vio cómo la nuez de Adán de Grayson se movía al tragar. Luchó por contener emociones que no le pertenecían. No era su corazón el que lo hacía sentir así; era el del donante. Reid podía verlo.

—¿Dónde está tu mamá? ¿Sabe que me estás llamando?

—No —dijo Lynnea en voz baja—. He pulsado tu nombre.

—Está bien que me llames, Lynnea. Pero tienes que preguntarle a tu mamá primero.

—Oh. ¿Puedes llevarme a la escuela mañana?

## Heartbreak



220



## Hill

—No vivo allí, cariño. Recuerda que vivo cerca de tus abuelos.

—¿Con Leid?

Reid se tapó la boca cuando oyó a Lynnea decir su nombre.

—Sí, con Reid. —Grayson le sujetó la mano—. ¿Dónde está tu mamá?

—Afuera.

—De acuerdo, déjame hablar con ella.

El teléfono se sacudió y luego se silenció.

—Ha colgado —dijo Grayson mientras miraba la pantalla en negro—. Nadia mencionó que era un poco alborotadora.

—¿Reuben no es simpático?

Grayson se encogió de hombros.

—Está bien. Es joven. Cumpliendo el papel de padre ahora mismo. Se mudó de Arlington a Boston para ayudar a Nadia. El problema no es él, sino Gemma. Las chicas son muy opuestas y se pelean.

Se levantó y se llevó a Reid con él.

—¿A dónde vamos?

—A la cama, porque ninguno de los dos estamos cansados. —Grayson guiñó un ojo.

—Oh.

En lugar de dejarla caminar, la levantó.

—Cuando te digo que eres la persona más importante de mi vida, lo digo en serio. ¿Estoy descolocado por la llamada? Sí —dijo mientras la llevaba a la habitación—. ¿Quiero amarte ahora mismo? También sí.

Cayeron juntos sobre la cama. Reid se puso de lado.

—Vas a ir allí, ¿verdad?

Grayson no dijo nada.

Ella le pasó los dedos por el cabello.

»Necesito que hagas algo.

—Cualquier cosa.

—Quiero que se lo digas a Nadia, y dile la verdad, Grayson. Llámala antes de irte o díselo cuando estés allí. En privado. Dile lo que piensas y cómo has llegado a esta conclusión y lo que sus hijas ya significan para ti. Por mucho que te ame, estás siendo increíblemente egoísta. Están de duelo. Nadia perdió a su esposo, y esas niñas perdieron a su padre. Sé que sientes una conexión, y Lynnea también. Sin embargo, ¿qué pasaría si te encontraras con ellas en un



## Hill

momento en el que estuvieran susceptibles y buscando a alguien a quien aferrarse?

Reid se incorporó y añadió:

»¿Has pensado en lo que pasaría si no tuvieras el corazón de Rafe?

Para su sorpresa, Grayson asintió.

—Pienso en ello a diario, pero luego pienso en esas niñas y.... es tan difícil de explicar, Reid. ¿Sabes cómo te sentiste cuando tuve el infarto y no sabías si iba a sobrevivir?

Ella asintió.

»Toma ese sentimiento y magnifícalo. Antes de conocerlas, soñaba con seres sin rostro y me despertaba llorando, y no podía explicarlo. Sabía que algo iba mal, pero no sabía qué hasta que las vi. Y entonces me di cuenta de que no pasaba nada, sólo me faltaba esa pieza para estar completo.

—¿Pero ya estás completo?

Grayson le pasó los dedos por un lado de la cara.

—Tú me completas, Sully.

—Odio saber que hay secretos por ahí. Ella necesita saber que, crees que tienes el corazón de su esposo. No decírselo es engañarla. Es engañar a las niñas, y honestamente es prepararlas para más angustia.

—Puedo darte todas las excusas posibles, como que es demasiado pronto o que puede ser demasiado para que Nadia lo soporte. Sinceramente, creo que esperas que diga esas cosas.

Reid asintió.

Grayson suspiró.

»No sé si estoy preparado para decirle esas palabras, pero lo haré.

—¿Cuándo?

—Después del baile —dijo—. No quiero arruinarles la noche.

Reid volvió a tumbarse a su lado.

»¿Y si me dice que no puedo ver a las niñas? —preguntó en voz baja.

Se giró y se encaró con él, viendo el dolor en sus ojos.

—Entonces escucha lo que te dice y respeta su decisión.

—Eso me rompería el corazón —le dijo a Reid.

—Y tú podrías romper los suyos.



222



Heartbreak

## Treinta y Uno

NADIA

Cuando Nadia llegó de regar el césped, sorprendió a Lynnea hablando por teléfono. Los ojos de la chica se abrieron de par en par, horrorizada, mientras soltaba el teléfono y corría hacia su habitación. Nadia lo recogió, vio el nombre de Grayson en la pantalla y se quedó helada. Miró hacia el piso de arriba y, presa del pánico, cortó la llamada.

*Tal vez no contestó.* De cualquier manera, su hija menor iba a pagar por haberle robado el teléfono. No sólo eso, sino por llamar a Grayson.

Tras su visita sorpresa, que la había tomado desprevenida y la había alegrado al mismo tiempo, las chicas le confesaron que Grayson les caía muy bien y que les recordaba a su padre. Nadia lloró durante días por la revelación. Aunque le había emocionado verlo después de tantos años, nunca quiso que las niñas sustituyeran a su papá. Tampoco tenía intención de traer a alguien a casa ni de volver a casarse. Pero tener a Grayson allí, aunque sólo fuera por un día, había llenado de alegría a Gemma y Lynnea. Cuando se marchó, prometió volver muy pronto y se aseguró de que Nadia tuviera su número programado en el teléfono. Les dijo a las niñas que podían llamarlo cuando su mamá se los permitiera. Parecía que Lynnea se había tomado a pecho aquella invitación y se había olvidado de que necesitaba permiso.

Nadia subió las escaleras y llamó a la puerta de Lynnea. Oyó murmullos, pero no obtuvo respuesta.

—Lynnea, ¿puedo entrar?

—Lynnea no vive aquí —dijo una vocecita tímida.

—Ah no, ¿no lo hace? No se despidió. La voy a echar mucho de menos. ¿Sabes a dónde se fue?

—No. —Esta vez la voz había cambiado a un chillido más grave.

—Oh bueno, ahora estoy triste. Si ves a Lynnea, ¿puedes decirle que su mami la ama mucho?

Hubo movimiento en la habitación. El pomo giró, la puerta se abrió de golpe y Lynnea se lanzó a los brazos de su mamá.

—Oh, estás aquí —dijo Nadia mientras la abrazaba—. Creía que te había perdido para siempre.

—Sólo estaba bromeando, mami.



223



## Hill

—Eso me hace muy feliz. —Llevó a Lynnea a su habitación, cerró la puerta y las sentó a las dos en la cama. Nadia sostuvo a la pequeña en su regazo y le acarició el cabello—. Ahora, ¿quieres decirme por qué has llamado a Grayson sin preguntarme?

Lynnea negó con la cabeza y luego enterró la cara en el hombro de su mamá. Nadia siguió abrazándola, añorando los momentos en que era más pequeña y podía llevarla a todas partes. Daría cualquier cosa por volver atrás en el tiempo, por vivir algunos de sus recuerdos favoritos. Volver a ver a su esposo. Sentir sus brazos a su alrededor.

Nadia aún no había limpiado su parte del armario ni vaciado su cómoda. No sabía cuándo estaría preparada para sacarlo por completo de su vida. Cuando Kiran se había acercado, fingiendo estar por la zona, pero en realidad para ver cómo estaba, ella le había preguntado si quería algo de Rafe. Él se negó, pero le pidió el derecho de cambiar de opinión más tarde, y ella accedió. Todo tenía sentido para ella. Cada mañana, se despertaba y miraba el lado vacío de la cama, rezando para que todo fuera un sueño. Sabía que no lo era, pero tenía esperanzas.

—¿Respondió Grayson cuando llamaste?

Asintió y la ansiedad de Nadia se disparó. Le había colgado y tendría que disculparse no sólo por eso, sino también por lo que Lynnea le hubiera dicho.

—¿De qué hablaron Grayson y tú? —Nadia intentó una táctica diferente.

—El baile.

Su corazón cayó al suelo con un ruido sordo. El año pasado había ignorado el baile padre-hija. El acontecimiento había tenido lugar tan cerca del fallecimiento de Rafe que no había forma de que tuviera energía para preparar a Gemma o siquiera sugerirle que asistiera. Su abuelo la habría llevado fácilmente, o cualquiera de sus tíos, pero Nadia no había estado de humor para ponerlo en marcha. Así que Gemma se lo había perdido, lo que había añadido más angustia y devastación a una niña que ya tenía el corazón roto.

—¿En tu escuela?

Lynnea asintió. Tenía edad suficiente para ir este año, pero Nadia no había pensado mucho en ello. Reuben había dicho que llevaría a Gemma, y eso era todo. Nunca se había parado a pensar que Lynnea querría ir. Supuso que, si Rafe hubiera estado allí, se habría llevado a las dos chicas. Supuso que Reuben haría lo mismo.

—Estoy segura de que el tío Reuben te va a llevar. Sólo que no hemos hablado de ello.

—No quiero ir con él y Gemma.

*Pero habrías ido con tu papá y Gemma.*



## Hill

¿Cuál era la diferencia?

—¿Quieres ir con el tío Lars? Puedo llamarlo. ¿O a Kiran?

Lynnea negó con la cabeza.

»¿Y el abuelo Otto?

Otra negativa.

Podía preguntarle a su padre, pero no quería que viajara tan lejos para un baile de dos horas.

—Cariño, ¿es por esto por lo que llamaste a Grayson?

Lynnea se acurrucó aún más en el hombro de Nadia, casi como si se sintiera avergonzada. Nadia le dio un codazo y se esforzó por apartar las manos viscosas de Lynnea de su cuello.

»Quiero ver tu cara bonita —le dijo a su hija, que la soltó de mala gana—. Ah, ahí está mi preciosa niña. ¿Llamaste a Grayson por lo del baile?

Lynnea asintió.

»Ya veo. Sabes que vive cerca de donde crecí, junto a los abuelos. No está en Boston.

—Lo sé —dijo mientras jugueteaba con las mantas de la cama.

—No puede dejar su vida y venir aquí, Lynnea. Además, él... —Se interrumpió. Lo último que le había dicho cuando se marchó fue que lo llamara para lo que necesitaran las chicas. No ella, lo que le pareció extraño. Era como si hubiera escogido a las niñas por alguna razón. Podría ser que pensara que necesitaban a su propia persona como apoyo moral o algo así. Ella había visto cómo se habían compenetrado durante la fiesta del té, y las chicas estaban increíblemente disgustadas cuando él se fue esa noche.

—¿Por qué te gusta Grayson?

Lynnea se encogió de hombros.

—Es cálido como papá, y huelen igual.

Nadia ni siquiera se había dado cuenta de si llevaban la misma colonia, lo cual le resultaba extraño, porque la colonia que había usado Rafe -la había llevado porque ella se la había comprado- era su aroma favorito. La reconocería en cualquier parte y, sin embargo, no recordaba haberla oído en Grayson.

—Entiendo que te guste Grayson. A mí también me gusta...

—¿Va a ser mi nuevo papá?

Nadia jadeó.

—¿Qué? No. ¿Por qué dices eso?

Lynnea se encogió de hombros y volvió a refugiarse en su mamá.



225



Heartbreak

## Hill

—Es igual que papá —murmuró. Las lágrimas de Lynnea mojaron la camiseta de Nadia, que abrazó a su hija con más fuerza. Le costaba entender que las niñas pensarán que Grayson era como Rafe. No se parecían en nada. Ni en el aspecto, ni en los modales, ni siquiera en las actitudes. Cuando ella había salido con Grayson, él era poco comprometido, distante, y muy de *seguir la corriente* a menos que no le conviniera. Por eso le había resultado tan fácil romper con él cuando se fue a la universidad. Había hecho bien porque allí había conocido a Rafe, que era todo lo contrario a Grayson. Rafe era atrevido y aventurero, y cuando se proponía algo, trabajaba hasta conseguirlo. Ni una sola vez había echado de menos a Grayson, e incluso ahora, si no volvía a verlo o a saber de él, no sería el fin del mundo. Pero algo le decía que él no iba a dejar que eso ocurriera, y tampoco sus hijas.

—Cariño. —Nadia frotó la espalda de Lynnea—. Nadie podrá reemplazar a tu papá. —Al decir estas palabras, se dio cuenta. Lynnea tendría muy pocos recuerdos de Rafe, y eso destripó a Nadia. Inspiró profundamente y se prometió hablar *siempre* de Rafe, incluso si alguna vez salía con alguien o se volvía a casar. Rafe siempre estaría en primer plano. Era lo menos que podía hacer como esposa y mamá de sus hijas.

Lynnea levantó la cabeza. Tenía el pulgar en la boca. Un hábito que había retomado después de la muerte de Rafe, pero que parecía haber abandonado por sí sola. Por mucho que Nadia quisiera tirarle de la mano, no lo hizo. Odiaba verlo, pero reconfortaba a Lynnea, y eso era importante.

—¿Nuca?

—Nunca —dijo Nadia mientras golpeaba la punta de la nariz de Lynnea con el dedo índice—. Tu papá es insustituible. Siempre vivirá en tu corazón.

—Lo extraño.

—Sé que lo haces, cariño. Lo extraño más de lo que las palabras pueden describir.

Se quedaron abrazadas hasta que Gemma subió. Estaba cubierta de tierra, de pies a cabeza, después de pasar un rato en los parterres. Desde que se había encargado de quitar las malas hierbas, se había convertido en lo suyo. Nadia agradeció la ayuda y le encantó que todas tuvieran algo que hacer juntas.

—Parece que necesitas una ducha —le dijo Nadia a Gemma.

Ella asintió.

—Mira, tengo tierra bajo las uñas, y llevaba guantes. No lo entiendo. —Levantó las manos exasperada.

Nadia se rió y le tendió la mano, tirando de ella hacia su lado.

—La amo mucho, chicas. —Las abrazó todo lo que pudo, agradecida de que ninguna de ellas se retorciera. De algún modo, sabían cuándo necesitaba su



## Hill

amor y su afecto. Sus vidas podrían haber ido fácilmente en picada, al agujero de la depresión, pero de alguna manera las tres estaban tirando hacia adelante.

—Vamos —dijo Nadia mientras se levantaba—. Gemma, vete a la ducha mientras tu hermana y yo vamos a hacer la cena.

—Tío Reuben y Kiran la están haciendo.

—¿Kiran está aquí?

Gemma asintió.

—Sí, trajo cerveza y filetes —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero no podemos tomar su cerveza, así que nos trajo la nuestra.

—¡Quiero cerveza! —gritó Lynnea, mientras Nadia se encogía de hombros. No le cabía la menor duda, ni a ella ni a Rafe, de que Lynnea acabaría siendo su niña salvaje, la que los mantendría despiertos toda la noche cuando fuera a su primera cita o mintiera diciendo que iba a una fiesta de pijamas cuando en realidad iba a una fiesta. Nadia conocía todos los trucos, gracias a Sienna, y no había olvidado ni uno solo. La ventaja de que Nadia y Rafe hubieran comprado su casa era que todas las habitaciones estaban en el segundo piso y, aunque las chicas tenían escaleras de emergencia, ella esperaba que no las utilizaran para escabullirse. Porque escaparse era exactamente lo que Nadia había hecho. Tal vez fuera un rito de iniciación.

Con Gemma en la ducha, Nadia y Lynnea bajaron a la cocina y salieron a la terraza trasera, donde Reuben se sentó a la mesa y Kiran estaba en la parrillada. Kiran la miró por encima del hombro y sonrió antes de que pudiera saludarla. Reuben sonrió, soltó una risita, recogió su botella y bebió un sorbo.

—Esto es una sorpresa —dijo Nadia.

—Estaba en el barrio —le dijo Kiran.

—¿Con la cena?

Kiran sonrió tímidamente y se encogió de hombros.

¿La sonrisa de Reuben significaba algo?

*No, no hay manera. Kiran era el mejor amigo de Rafe.*

Pero ¿y si...?

Nadia sacudió la cabeza y se alegró cuando sonó su teléfono. Lo sacó del bolsillo trasero y le mostró la pantalla a Lynnea, cuyos ojos se abrieron de par en par.

—Hola, Grayson.

—¿Todo bien?

—Sí, siento que Lynnea te haya gastado una broma.

—Ella y Gemma pueden llamar cuando quieran, ya lo sabes.



## Hill

Nadia lo sabía, pero no entendía por qué. ¿Cómo se había vinculado tan rápidamente con sus hijas?

—Lo sé. Aun así, debería haber pedido permiso.

—No pasa nada. Sólo quiero asegurarme de que todo está bien.

—Sí, estamos bien. ¿Y tú?

—Las cosas van bien —le dijo—. Escucha, si te parece bien, voy a ir el próximo fin de semana. Llevaré a Lynnea al baile de padres e hijas, y me gustaría trabajar en el columpio.

—Grayson, no tienes que hacerlo.

—Lo sé —le dijo—. Quiero hacerlo.

—Reuben puede hacerlo —le dijo—. O Kiran.

—Cualquiera puede hacerlo, Nadia. Lynnea me lo pidió.

No podía oponerse a esa lógica, y si eso hacía feliz a Lynnea, que así fuera. Grayson le dijo que más tarde le enviaría un mensaje con los detalles del viaje y que le dijera de qué color sería el vestido de Lynnea para que pudiera encargar un ramillete a juego.

Cuando colgó, miró a su hija.

—Grayson te va a llevar al baile. —Lynnea dio un respingo—. Sin embargo... —La voz de Nadia tenía un tono más estricto—. Si no te portas bien, esconderé su número en mi teléfono y no volverás a hablar con él.

—De acuerdo, me portaré bien.

—Gracias.

Lynnea corrió a avisar a Gemma de que Grayson volvía de visita. Nadia suspiró y se sentó a la mesa, entre su hermano y Kiran, que seguía ocupándose de la parrilla.

—¿Quién es Grayson? —preguntó Kiran. Al principio, su pregunta tomó a Nadia desprevenida, pero luego recordó que no había estado por allí hacía un par de semanas, cuando Grayson había venido por primera vez.

—Es un ex del instituto —dijo—. Oyó hablar de Rafe y estaba en la ciudad, así que se pasó por aquí.

Kiran miró de Nadia a Reuben.

—Un ex, ¿eh?

—Sí. Las chicas le tomaron cariño.

—¿Así es cómo lo llamamos? —Reuben preguntó—. Era como una vela, y ellas eran las polillas. Fue raro.

—¿Qué significa eso? —preguntó Kiran.

## Heartbreak



## Hill

Reuben se encogió de hombros.

—A las chicas les recuerda a Rafe —dijo Nadia—. Lo que tiene cero sentido porque no se parecen en nada.

—Cero similitudes, y sin embargo actuaron como si lo conocieran de toda la vida —añadió Reuben.

—Ajá —fue todo lo que Kiran pudo decir, y volvió a la parrilla.

Mientras las chicas ponían la mesa, Nadia preparó una ensalada para acompañar las patatas fritas que Kiran había traído para cenar. Se sentaron, charlaron y rieron juntos. Los días iban mejorando para Nadia, pero las noches seguían siendo duras. Odiaba irse sola a la cama y detestaba estar en su habitación. Necesitaba hacer un cambio allí, pero cada vez que pensaba en ello le daban ganas de echarse a llorar. El dormitorio había sido su santuario, un lugar en el que podían estar el uno con el otro sin interrupciones. Allí podían ser Nadia y Rafe, dos personas locamente enamoradas desde el día en que se conocieron. Su amor no había muerto cuando él murió y, a veces, ella deseaba que así fuera. Amar a Rafe había sido lo más fácil y lo más difícil que había hecho nunca.

Después de cenar y de que las niñas se fueran a la cama, Nadia se sentó afuera y se quedó mirando el cielo oscurecido. Brillaban muy pocas estrellas; al estar en la ciudad, la observación de los astros no era nada habitual. Tendrían que conducir hasta el Cabo o dirigirse hacia el interior, lejos de las luces brillantes.

La puerta corredera de cristal se abrió y la silla que había junto a ella rozó el entarimado.

—Es una buena noche —dijo Kiran al sentarse junto a ella.

—Lo es.

Se sentaron en silencio durante un largo rato hasta que ella dijo:

—¿Crees que está ahí arriba, observándonos?

—Sí, pero espero que no —le dijo.

—¿Esperas que no? ¿Por qué? —Miró hacia él y se encontró con que la miraba fijamente.

Kiran le sujetó la mano.

—Porque si lo estuviera, entonces me vería sujetando la mano de su mujer, y me oiría decirle a su mujer que creo que es la mujer más hermosa que he visto nunca, y que cuando esté lista, me gustaría mucho llevarla a cenar.

Su rápida inhalación no podía pasar desapercibida.

—Kiran.

—Lo sé, Nadia —dijo—. La gente piensa que está mal, el mejor amigo y la viuda, pero no me importa. Alrededor de noviembre, empecé a tener estos



229



Heartbreak

# Hill

sentimientos. Pensé que pararían, pero no ha sido así. Supongo que si me dices que no te interesa o que nunca tendremos una oportunidad, entonces tendré que pensar en algo. Estoy dispuesto a esperar, Nadia. Hasta que estés preparada. Eso si estás interesada en mí.

Nadia absorbió sus palabras. Su amabilidad. Sonrió.

—Me interesas.



230



# Heartbreak

Hill

## Treinta y Dos

GRAYSON

Desde que le habían hecho el trasplante de corazón y había vuelto al trabajo, Grayson sólo tenía que decirle a su jefe que estaba estresado y que necesitaba una semana libre, y se la concedía sin hacer preguntas. Era una estrategia que Reid odiaba, pero que también alentaba porque sabía lo que ocurriría si Grayson se agotaba demasiado. Realmente tenía que ir por la vida sin estrés. Volar a Boston para pasar tiempo con Gemma y Lynnea, con el pretexto de estar a su lado, era lo menos estresante que podía conseguir. Eran como endorfinas naturales para él.

Grayson reservó un hotel lo más cerca posible de la casa de Nadia. Lo ideal habría sido alojarse en el centro, pero no estaba allí para hacer turismo. Estaba allí para hacer algo que Rafe habría hecho él mismo: llevar a su hija al baile anual padre-hija. La idea de arreglarse, colocar un ramillete en la diminuta muñeca de Lynnea y poner sus pies sobre los de él mientras él los hacía girar por la sala lo llenaba de tal orgullo que tenía un nudo perpetuo en la garganta. Para colmo de males, Reid había aceptado con gusto su marcha, pero le había dado un ultimátum: o le contaba la verdad a Nadia, o lo haría ella. Su instinto le decía que si era Reid quien desvelaba el secreto, las cosas se acabarían para él. No podía hacer nada que pusiera en peligro la confianza que tenía con ninguna de las dos mujeres. Tampoco quería hacer daño a las niñas.

Se duchó y se vistió con un traje negro y una corbata azul a juego con el vestido de Lynnea. Se miró por última vez en el espejo, recogió el ramillete y se dirigió a su auto de alquiler. También llevaría a Reuben y Gemma, y el plan era que los hombres llevaran a sus parejas a cenar. Las chicas habían elegido su sitio favorito de comida rápida, porque al parecer nadie podía ir al baile sin la barriga llena de nuggets.

Grayson se detuvo en la acera, apagó el auto y salió. Subió las escaleras de dos en dos y pudo oír risitas al otro lado de la puerta antes incluso de llamar. Sus nudillos golpearon dos veces la madera y la puerta se abrió.

Sonrió a Nadia.

—Hola, Sra. Karlsson. Soy Grayson Caballero. Vengo a acompañar a la Srta. Lynnea Karlsson al baile de esta noche.

Nadia sonrió, y más risitas surgieron de detrás de la puerta.

—Creo que te está esperando. Pasa.

231  
Simply Books

Heartbreak

## Hill

Nada de esto estaba ensayado, lo que agradó a Grayson. Se alegró de que Nadia le siguiera el juego. Entró, sostuvo la caja del ramillete delante de él y esperó a que Nadia cerrara la puerta. Lynnea salió de detrás de su mamá con un vestido azul marino, con brillos y capas de tul. Gracias a Reid, supo lo que era. Llevaba el cabello rubio rizado y recogido en la parte superior de la cabeza, con tirabuzones enmarcándole la cara. Por las fotos que había visto de Rafe, Lynnea era su gemela.

—Lynnea, estás preciosa —le dijo mientras se arrodillaba y abría la caja, que contenía dos rosas blancas envueltas en una cinta azul marino—. Esto es para ti —le dijo mientras se lo ponía en la muñeca—. Reid lo eligió para ti.

—¿Lo hizo? —Lynnea miró sus flores y luego levantó el brazo para que su mamá lo inspeccionara—. Mira, mamá. Leid hizo esto.

—Son muy bonitas. Como tú.

—Reuben tiene uno para Gemma, ¿verdad? —preguntó Grayson mientras se levantaba. Nadia asintió. Dio un paso adelante y le dio un abrazo con un solo brazo—. Me alegro de verte.

—Igualmente. Gracias por hacer esto.

—No tienes que darme las gracias —le dijo—. Quiero hacerlo. —Omitió la parte en la que necesitaba hacer esto para que su corazón se sintiera completo.

Reuben subió del sótano y saludó a Grayson. Llevaba un traje gris con corbata gris. Grayson estaba a punto de preguntar dónde estaba Gemma cuando ella empezó a bajar las escaleras vestida con un vestido rosa pálido y el cabello castaño suelto y trenzado. Era idéntica a Nadia, y por un momento lo único que Grayson pudo hacer fue mirar fijamente y recordar a la chica con la que había salido en el instituto.

—Hola, Grayson —dijo Gemma, sacándolo de sus pensamientos.

—Hola, Gemma. Estás muy bonita esta noche.

—Grayson me llamó *preciosa* —dijo Lynnea mientras le sacaba la lengua a su hermana. Los ojos de Nadia se abrieron de par en par.

Agarró a Lynnea por el hombro y la giró hacia ella.

—Deja de hacer eso o no irás —le dijo—. Prometiste portarte bien, y así no es como debe actuar una señorita. Discúlpate con tu hermana.

—Lo siento, Gemma.

Nadia sacudió la cabeza.

—Lo siento —dijo a Grayson y Reuben—. Ella es... —Nadia inhaló—. Como diría Rafe, *poseída por un demonio*.

—Sí —dijo Lynnea, asintiendo con entusiasmo a Grayson.



## Hill

—Es porque ve películas tontas —dijo Gemma mientras ponía los ojos en blanco.

—Okey, bien, ¿qué tal si dejamos a los demonios encerrados durante la noche para que podamos disfrutar? —dijo Reuben. Tomó la caja que había sobre la mesa auxiliar, la abrió y sacó el ramillete. Gemma extendió el brazo como si lo hubiera hecho un millón de veces. Grayson observó que el año que venía se aseguraría de que los ramilletes fueran a juego. Vio cómo Nadia apartaba a Lynnea antes de que pudiera decir algo sobre cómo el suyo tenía dos flores y el de Gemma sólo una. Ser madre era duro, y no envidiaba ni un ápice a Nadia por tener que hacerlo sola. Por su parte, intentaría aliviar la carga tanto como pudiera o le permitieran.

Grayson insistió en que Nadia les hiciera fotos, así como a ella y a las niñas. Ella se negó al principio, diciendo que no estaba vestida para fotos, pero Grayson y Reuben no aceptaron un no por respuesta.

—Creo que deberías imprimir una o dos de estas —le dijo Reuben a su hermana—. Enmárcalas y dale una a mamá y papá. Les gustaría.

Nadia miró su teléfono.

—Creo que imprimiré una ahora y la llevaré al nicho de Rafe. Me gustaría que la tuviera, para demostrarle que lo estamos haciendo bien.

Reuben besó a su hermana en la mejilla y les dijo a las niñas que abrazaran a su mamá, y luego él y Grayson las llevaron al auto, recogiendo los asientos elevadores del porche.

Una vez que Grayson colocó el asiento elevador de Lynnea, le tendió la mano para que se la agarrara mientras ella subía al asiento trasero. La ayudó a arreglarse el vestido antes de que se sentara y luego se acercó para asegurarse de que se abrochaba el cinturón antes de cerrar la puerta. Reuben hizo lo mismo con Gemma.

Grayson las llevó a McDonald's. No era lo ideal para él, pero quería asegurarse de que las chicas tuvieran la noche que querían. Pidió una ensalada. No estaba tan sabrosa como en otro sitio, pero sonrió, rió y comió cada bocado. Agradeció que nadie cuestionara su extraño pedido. Lo único que dijo Reuben fue:

—A mí tampoco me gusta esto.

Una vez que las barrigas de las chicas estuvieron llenas de nuggets, los cuatro se dirigieron al gimnasio de la escuela primaria. Lo habían preparado como si fuera un baile de graduación, con arcos de globos, serpentinas y un DJ en una esquina. Un fotógrafo estaba tomando fotos con un telón de fondo personalizado. Grayson y Lynnea posaron para su foto y luego, a sugerencia de él, las chicas se hicieron una con Reuben y luego solas. En todo caso, Nadia podría usar la foto para su tarjeta de vacaciones o algo así. O podría tomarla y



233



Heartbreak

## Hill

trabajar con ella, añadiendo a Rafe al fondo. El arte digital era su especialidad, pero no estaba seguro de cómo le sentaría a Nadia.

Lynnea y Grayson se lanzaron a la pista de baile. Él la hizo girar una vez, provocando un ataque de risa, y luego ella giró y giró tan rápido como pudo, para mostrarle cómo el tul de su vestido se esponjaba al girar en círculos. Se detuvo y estuvo a punto de caerse de al marearse. Grayson la recogió y le dijo que pusiera los pies sobre los suyos. La tomó de las manos y esperó, sintiendo muy poca presión. Era ligera como una pluma y no le haría daño. Una vez acomodada, empezó a balancearse al ritmo de la música.

Cuando cambió la canción, ella se bajó y empezó a moverse en la pista de baile. Grayson intentó seguirle el ritmo con sus propios movimientos, cualquier cosa para que ella siguiera sonriendo.

—Esto es muy divertido —gritó por encima de la música—. ¿Puedes venir la próxima vez? —le preguntó minutos después de empezar el baile.

—Por supuesto.

Después de dar un par de vueltas por la sala, Grayson bailó con Gemma. Ella imitó a su hermana y puso sus pies sobre los de él, y él los movió por la pista de baile. A medida que avanzaba la noche, Lynnea se cansó. Para su último baile, Grayson la recogió en brazos y la abrazó mientras bailaban. Durante toda la noche, su corazón latió a dos tiempos. Estaba destinado a estar aquí.

—Gracias —dijo medio dormida.

—De nada, Lynnea.

De camino a casa, pararon a tomar un helado; aunque Lynnea apenas estaba despierta, se empeñó en comerse un cono de helado. Cuando llegó a la acera, Lynnea ya se había dormido. Nadia los recibió en la puerta y los condujo a su dormitorio.

Acostó a Lynnea y le besó la frente.

—Gracias por una noche increíble —le dijo antes de salir de la habitación. Grayson esperó a Nadia al pie de la escalera. Cuando bajó, tenía los ojos llorosos.

—Gracias por hacer esto.

—Fue un placer —le dijo—. Me la pasé muy bien. —Le dio un beso en la mejilla, se despidió de Reuben y Gemma y se dirigió a su auto. Llegó hasta la esquina antes de echarse a llorar. La noche había sido emotiva para las niñas y para él, pero ellas no lo sabían. Lo único que sabían era que su mami tenía un viejo amigo que estaba dispuesto a hacer cosas con ellas. ¿Cómo se sentirían cuando descubrieran que el amigo tenía el corazón de su papá latiendo en su pecho?

¿Aún lo aceptarían?

¿Le perdonaría Nadia el engaño?

Heartbreak



234



## Hill

Grayson no quería averiguarlo. El ultimátum de Reid tendría que esperar. Pronto se lo diría a Nadia. Sólo necesitaba más tiempo.



A la mañana siguiente, Grayson llegó temprano. No se molestó en ir a la puerta principal, por si estaban durmiendo. En la parte de atrás, empezó a abrir las cajas y a leer las instrucciones para montar el columpio. Reuben salió de la casa, en chándal y sin camiseta, con los cabellos de punta.

—Llegas pronto, hombre.

—Sí, no podía dormir.

—Dame un minuto o sesenta —dijo Reuben, riendo.

—Tómate tu tiempo.

Nadia o Reuben ya habían quitado la hierba donde iría el columpio. Una vez construido, traerían paja y serrín para acolchar el suelo en caso de que las niñas se cayeran. Grayson esperaba que Lynnea se cayera mucho. Aún no la había visto, pero, según Nadia, era una temeraria, y se la imaginaba haciendo alguna locura desde aquel columpio.

Cuando Reuben regresó, Grayson ya lo tenía todo preparado. Él sería capaz de construir esto en un día y mentalmente cuestionó por qué Reuben estaba allí si en realidad no estaba ayudando con las chicas. Esto debería haberse levantado el año pasado para ellas, para darles algo que hacer.

Una hora más tarde, Kiran, el mejor amigo de Rafe, se acercó para ayudar o sustituir a Reuben. Grayson no estaba exactamente seguro. No es que le importara. Tenía la misión de construir el parque infantil para las niñas. Mañana, una vez que los cimientos de cemento hubieran fraguado durante veinticuatro horas, podrían columpiarse, deslizarse, trepar y jugar a las princesas, si eso era lo que querían hacer.

A la hora de comer, se tomaron un descanso. Nadia había preparado bocadillos para todos. En cuanto Grayson se sentó, Lynnea se arrastró hasta su regazo y se apoyó en su pecho. A él no le importaba, pero se preguntaba si ella sabría de algún modo que el corazón del hombre al que amaba incondicionalmente seguía latiendo por ella.

—Nadia dice que salieron juntos en el instituto —le dijo Kiran a Grayson.

—Sí, ¿cómo unos dos años? —Grayson miró a Nadia en busca de confirmación.

—Sin sentimientos persistentes, ¿eh? —Kiran miró a Nadia, que negó con la cabeza.

Grayson se rió.

## Heartbreak



235



## Hill

—No, no hay ningún sentimiento residual allí.

—Grayson se casa la próxima primavera —dijo Nadia.

—Con Leid —asomó la cabeza Lynnea para decir. Nadie tuvo el valor de intentar corregir a Lynnea en la pronunciación del nombre de Reid—. Es muy hermosa.

Grayson sonrió a Lynnea.

—Lo es, ¿verdad?

Lynnea asintió.

—Mamá también lo dijo.

Grayson miró a Nadia, que se sonrojó.

—¿Deberíamos llamarla?

Lynnea se incorporó y asintió rápidamente. Grayson sacó su teléfono, pulsó la imagen de contacto de Reid y esperó a que su rostro apareciera en la pantalla. En cuanto lo hizo, se le aceleró el corazón y sonrió de oreja a oreja. Estaba ridículamente enamorado de ella.

—Hola —dijo, casi sin aliento—. Alguien quería llamarte. —Grayson inclinó ligeramente el teléfono para mostrárselo a Lynnea. Ella se inclinó hacia Grayson y saludó.

—Hola, Leid.

—Hola, Lynnea. ¿La pasaste bien anoche?

Asintió.

—Giré mucho.

—Tu vestido era muy bonito. Grayson me envió una foto.

Susurró al oído de Lynnea sobre sus flores. Lynnea se levantó.

—Gracias por las flores.

—De nada. Me alegro de que te hayan gustado.

—Tan bonitas. Como tú.

Reid se sonrojó, cosa que a Grayson le encantó. Volvió a girar el teléfono hacia sí.

—Sólo queríamos saludar.

—Hola —me dijo—. ¿Cómo va el columpio?

—Bien. Tengo algo de ayuda, así que estará listo hoy. Las chicas deberían poder jugar en él mañana.

—Bueno, asegúrate de probarlo antes.

—Lo haré. Te llamaré más tarde esta noche. Te amo.



236



Heartbreak

## Hill

—Yo también te amo. Saluda a todos de mi parte. —Reid le lanzó un beso. Quería estar en dos sitios a la vez, pero no sabía cómo, a menos que llevara a Reid con él. Estaba agradecido de que le hubiera creído cuando le dijo que no había nada entre Nadia y él. No era a ella a quien necesitaba ver. Eran las chicas. Ellas eran la única razón por la que estaba allí, sometiéndose a todo esto.

Después de colgar, observó a Kiran y Nadia, con las cabezas juntas. Kiran estaba definitivamente interesado en Nadia, y ella parecía receptiva a la atención que él le prestaba. La pena era una emoción curiosa. Si Grayson se guiaba por lo que Reuben le había contado, sospecharía que Nadia no saldría con nadie hasta que las chicas estuvieran fuera de casa. Por lo que se veía al otro lado de la mesa, aquellos dos tenían algo entre manos, y si no estaba ocurriendo ahora, iba a ocurrir pronto.

Grayson y Kiran apretaron el último tornillo justo cuando se ponía el sol. En lugar de quedarse a cenar, les dijo a las chicas que las vería mañana por la mañana temprano. Kiran le había preguntado a Grayson si podía ayudarlo a arreglar algunas cosas de la casa, sobre todo cosas cosméticas que Rafe se había propuesto arreglar el año pasado. Sin dudarlo, Grayson aceptó. Se había tomado una semana libre en el trabajo para pasarla con las niñas y haría todo lo que Nadia le pidiera. Sería esa persona para ella hasta que encontrara a alguien más, e incluso si no lo hacía, Grayson sería la persona con la que las niñas podrían contar.

Cuando se metió en la cama, llamó a Reid. Su cara iluminó su pantalla, haciéndole echarla de menos más que a nada.

—Te amo —le dijo en cuanto le saludó.

—Yo también te amo. ¿Estás bien?

Asintió y se secó una lágrima perdida.

—Lynnea ha estado muy pegajosa estos dos últimos días. No me importa porque su presencia me hace sentir bien.

—¿Y Gemma?

—Con una amiga, así que estaba ocupada. También reprime sus sentimientos. Gemma se parece mucho a Nadia en eso.

—¿Se lo has dicho ya a Nadia?

Grayson hizo una pausa y se aclaró la garganta.

—Todavía no. Lo haré.

—Tienen que saberlo.

Cerró los ojos.

—Lo sé. Pero ¿podemos no hablar de eso? Te echo de menos, Reid. ¿Puedes venir aquí?

Heartbreak



237



## Hill

—No estoy segura.

—¿Porque no quieres o por el tiempo libre?

—Ambos —dijo—. Esto sigue siendo muy raro para mí, Grayson. Lo estoy intentando. De verdad.

—Lo sé, y te amo por eso. Sólo te quiero aquí, a mi lado. Te gustaría Nadia.

—Puede que tenga que luchar contra ella —dijo riendo.

Grayson negó con la cabeza.

—Estoy bastante seguro de que está interesada en el mejor amigo de Rafe.

Reid se quedó con la boca abierta.

—¿Qué?

—Sí. Aunque no estoy seguro. Sólo una observación.

—¿Cómo... —No terminó su pregunta.

—Afortunadamente mi corazón no está atado a ella. Sólo a las chicas. Son sólo ellas.

—Raro, ¿no crees?

—No lo sé. Las chicas son físicamente parte de Rafe. Tiene sentido, cuando lo piensas de esa manera. Te lo dije, cuando vi a Nadia, no sentí nada, pero esas chicas. Cambia el juego.

Grayson odiaba que la conversación se detuviera. Pasó el dedo por la pantalla, fingiendo que era su cara.

»Por favor, piensa en venir.

—Lo haré. ¿Estás tomando tus medicinas?

Asintió.

—No he faltado ni un día.

—Bien. Duerme un poco, Grayson. Te amo.

—Te amo —dijo mientras colgaban.

Grayson recorrió las fotos de su teléfono y se detuvo en una en la que aparecían él y las chicas. La miró fijamente, dejando caer sus lágrimas.

Eran las únicas personas que importaban en todo esto.

Grayson se lo contaría todo a Nadia. Rezaba para que lo entendiera y viera lo que de verdad importaba, las niñas, porque Grayson no tenía ninguna duda de que las hijas de Rafe se habían unido a él.

Y si Nadia le decía a Grayson que ya no podía ver a las niñas... bueno, no podía pensar en eso ahora.



## Hill

## Treinta y Tres

REID

En cuanto colgó con Grayson, miró los vuelos y se encogió al pensar en lo que costaría uno mañana. Aun así, introdujo los datos de su tarjeta de crédito, procesó el cargo y se levantó de la cama para hacer la maleta. Podía tomarse un par de días por enfermedad y no tener que preocuparse por nada. Además, quería estar con Grayson, e intuía que él la necesitaba allí. Estaba nervioso por contarle a Nadia la verdadera razón por la que se había puesto en contacto con él y Reid quería estar allí para apoyarlo. Tal vez incluso para demostrar que Grayson era un buen tipo, aunque Nadia ya debería saberlo. Reid sólo quería estar con él.

Durmió muy poco y a las tres de la mañana estaba en el aeropuerto para tomar su vuelo de las cinco a Boston. Si lo había planeado todo a la perfección, estaría en el hotel de Grayson cuando éste se despertara, sorprendiéndolo. Por supuesto, para que todo saliera como lo había planeado, su vuelo y su auto compartido tendrían que llegar a tiempo. Era cosa de esperar.

En cuanto su vuelo aterrizó, bajó del avión tan rápido como se lo permitió la gente que tenía delante y se apresuró a atravesar Logan, siguiendo las señales hasta el estacionamiento de vehículos compartidos. Esquivó a la gente, chocó los hombros y se disculpó profusamente por ser maleducada. Cuando por fin salió, vio una fila de autos esperando pasajeros. Subió, dio la dirección y miró el reloj como un halcón. Grayson la llamaría cuando se despertara y ella quería estar en cualquier sitio menos en el asiento trasero del auto.

Reid salió corriendo del auto, atravesó el vestíbulo y entró en el ascensor. Llegó a su planta y caminó a toda velocidad hasta llegar al número de su habitación. Con la mano preparada para llamar, la puerta se abrió y Grayson se quedó de pie, en estado de shock. Lentamente, su rostro se transformó. No hizo ninguna pregunta, la sujetó y la llevó a su habitación.

Grayson la giró, le enmarcó la cara y apretó los labios contra los suyos. Ella dejó caer el bolso y le metió las manos bajo la ropa. Le tiró de la sudadera y la camiseta por encima de la cabeza y le desabrochó el sujetador, liberando sus pechos. Apretó sus cálidas manos contra la parte baja de su espalda y la levantó del suelo. Ella le rodeó la cintura con las piernas y los acercó aún más. Grayson le sujetó el trasero con las manos y apretó. Ella gimió contra sus labios.

—Me alegro tanto de que estés aquí —le dijo entre besos mientras la dejaba en la cama.

Heartbreak



239



## Hill

—Yo también.

Le pasó las manos por el cuerpo terso y luego se sentó de rodillas, se quitó la camiseta por la cabeza, se pasó los pantalones cortos por las piernas y le bajó los pantalones de yoga favoritos, se quitó los zapatos y lo tiró todo al suelo. Reid se rió de su urgencia, pero también le dio la bienvenida. Se cernió sobre ella, mirándola a los ojos.

—La mejor sorpresa —le dijo.

—La mejor. —Sonrió.

Grayson apretó los labios contra los suyos y luego contra su cuello, deteniéndose para chuparle la piel de la nuca. Ella se estremeció. Siguió bajando entre sus pechos y rodeó cada uno de sus pezones con la lengua.

Reid gimió y arqueó la espalda, apretando los pechos contra su boca. Grayson se llevó un pecho a la boca y luego el otro. Le chupó los pezones hasta que ella le suplicó más, y luego volvió a besarla hasta los labios. La miró a los ojos y sonrió.

—Tan hermosa —susurró mientras le besaba una línea hasta el ombligo. Reid gimió en voz alta y volvió a moverse. Enredó los dedos en su cabello oscuro y suave.

Se colocó en la entrada de su cuerpo con una mano y utilizó la otra para mantenerse firme contra ella mientras la penetraba lentamente. Grayson maldijo mientras movía las caderas, creando un ritmo constante para ellos, sacando un leve gemido de ella mientras se arqueaba en sus movimientos.

Grayson sonrió satisfecho, lo que la excitó aún más.

—Eres tan engreído —consiguió decir entre empujones.

—No, cariño. Estás llena de mí.

Pretendía poner los ojos en blanco, pero en lugar de eso los agitó, lo que provocó una risita del hombre haciendo cosas en su cuerpo que sólo él podía hacer. Podía hacerla sentir como la mujer más hermosa del mundo cuando la miraba, pero también hacerla sentir como una zorra cuando estaban juntos así. Sabía cómo hacer que su cuerpo hiciera cosas sobre las que ella sólo había leído en los libros.

Alcanzaron su punto álgido y, al bajar de su euforia, la luz del sol se coló por la ventana. Reid miró hacia el haz de luz y jadeó.

—¡Las cortinas han estado abiertas todo este tiempo! —Se apresuró a taparse el cuerpo con el edredón.

Grayson miró por encima del hombro y soltó una risita.

—Ups.

Le dio una palmada en el pecho.

## Heartbreak



## Hill

—¿Ups?

Se encogió de hombros y la atrajo hacia su cuerpo.

—Seguro que nadie vio nada, y si lo hicieron, seguro que están celosos.

—¿De ti o de mí? —Levantó una ceja.

—Definitivamente de mí. —Grayson la besó y parecía listo para otra ronda hasta que sonó su teléfono. Gimió y cubrió el cuerpo de ella con el suyo mientras buscaba su teléfono en el suelo.

—¿Quién es?

—Kiran —le dijo mientras silenciaba la llamada. Volvió a su lado y la arrojó junto a él.

—Ese es el mejor amigo, ¿verdad?

—Sí, buen tipo. Me cae bien. Le ayudo a hacer algunas cosas en la casa: arreglar algunas tablas sueltas, limpiar los canalones y hacer mantenimiento básico. Cosas que su hermano debería hacer, pero no ha hecho. Lo cual, sinceramente, no entiendo.

—A lo mejor no es hábil.

—Tal vez, pero imagínatelo. —Grayson se encogió de hombros—. Estoy deseando que veas el barrio en el que viven. Es bonito y algo en lo que me gustaría que trabajáramos.

—¿Quieres mudarte fuera de la ciudad?

Asintió.

—Con el tiempo. Queremos formar una familia y, aunque me gusta lo que tenemos, creo que los niños necesitan un lugar donde jugar. Sí, hay parques, pero también es bueno tener patios.

Reid le pasó los dedos por el cabello.

—Deberíamos irnos.

Grayson gimió de nuevo.

—Honestamente, prefiero ser un turista hoy.

—Mañana —le dijo mientras lo besaba.

—Mañana será, entonces.

Se vistieron, desayunaron y se dirigieron a casa de Nadia con una docena de donas. Reid estaba nerviosa por conocer a las chicas. A Grayson le importaban mucho las niñas y había insistido en lo importantes que eran para él, lo que también planteaba un problema porque aún no le había dicho a Nadia por qué estaba allí de verdad.

Grayson estacionó junto a un bordillo, pero no apagó el auto.

## Heartbreak



## Hill

—¿Estamos aquí?

—No, su casa está calle arriba —le dijo a Reid—. He estado pensando en lo que has dicho y en cómo tengo que decírselo a Nadia. Estoy de acuerdo contigo: tiene que saberlo, pero no estoy seguro de poder hacerlo solo.

Reid le sujetó la mano.

—No estás solo, Grayson. Estoy aquí, y podemos hacerlo juntos. Pero tiene que hacerse. No más secretos; no más esconderse. ¿Recuerdas lo que me dijiste el año pasado, que sentías que tenías una segunda oportunidad?

Grayson asintió.

»No te enfades por lo que voy a decirte, pero sólo te tomas a pecho lo de la 'segunda oportunidad' cuando te conviene. Es lo mismo que hacía el viejo Grayson. Ese tipo, solía esconder sus sentimientos y alejarme bajo el pretexto de que me estaba protegiendo. Y entonces tuviste este don milagroso que se te dio, y quisiste hacer un cambio. Esta parte tiene que cambiar, Grayson. Si me dices lo mucho que esas niñas significan para ti, entonces sé el tipo de hombre que fue su padre. Sé alguien abierto y honesto con la gente a la que quiere, y acepta que puedan manejar la verdad.

Grayson agarró el volante y miró hacia delante.

»¿Puedo preguntarte algo?

Asintió.

»Además de temer que te mande al diablo, ¿de qué tienes miedo?

Grayson se volvió y miró fijamente a Reid durante un largo instante. Su boca se abrió y se cerró. Iba a hablar, pero se le quebró la voz. Pasó otro minuto, pero a Reid le pareció una eternidad mientras esperaba.

—Rechazo —dijo finalmente—. Recuerdo que cuando nos conocimos, pensé que estabas fuera de mi alcance. —Se rió—. Tacha eso: estás fuera de mi alcance. Pero te gustaba y, sin embargo, era una bomba de relojería. Sabes que nunca fue el momento adecuado para hablarte de mi corazón. No es algo que saques a relucir cuando conoces a alguien por primera vez o después de haberte enamorado locamente de ella. Nunca pude decírtelo, así que lo escondí. Así era más fácil.

»Ahora, aquí estoy, ocultándolo de nuevo, porque tengo miedo de que me rechacen o me consideren indigno de su amor o no quieran el mío a cambio.

Reid pasó los dedos por el cabello de Grayson.

—¿Quieres saber algo?

—¿Qué es?



## Hill

—Te quieren sin saber cómo llegaste a sus vidas, y algo me dice que te van a querer después de que se lo cuentes. El vínculo que comparten sólo se fortalecerá.

—¿Tú crees?

—Grayson, en el fondo, eres un buen hombre. Sólo tomas el camino equivocado para llegar al camino correcto.

Grayson suspiró.

—En retrospectiva, desearía haber hecho las cosas de otra manera. No esperaba...

—¿Que esto no sea lo que pensabas que sería?

Asintió.

—Sí. Pensé que vendría aquí y no sentiría nada. A veces, desearía que así fuera. Ahora, estoy encariñado. Las conozco desde hace semanas y parece que las conociera de toda la vida.

—Será duro para todos. Lo mejor que podemos hacer es ser honestos y partir de ahí.

—Sí —dijo con otro suspiro. Volvió a la calle, dobló la esquina y estacionó delante de una casa. Reid miró por la ventana, fijándose no en la casa sino en las dos niñas que se iluminaron en cuanto el auto estacionó. Bajaron corriendo las escaleras y corrieron hacia la valla.

—Gemma es un poco tímida.

—Pero no Lynnea —dijo Reid.

Grayson asintió.

—No estés celosa de ella —bromeó—. Le gusto de verdad.

Reid se rió.

—Intentaré frenarlo.

Salieron del auto, con Grayson llevando la caja de donas. Sujetó la mano de Reid cuando se encontró con ella en la acera y la guió hasta las chicas.

—¡Leid! —Lynnea gritó su nombre y dio un respingo. Tanteó con el pestillo de la verja y por fin consiguió abrirla, pero no traspasó el umbral hasta que Grayson estuvo allí. Se lanzó hacia Reid.

Grayson se quedó con la boca abierta y Reid sonrió satisfecha.

—Hola, Lynnea —dijo Reid mientras le daba un abrazo—. Me alegro de conocerte en persona.

—Yo también. Vamos. —Lynnea le sujetó la mano y empezó a tirar, pero Reid le dijo que esperara un poco.



243



Heartbreak

## Hill

—Hola, Gemma, encantada de conocerte también. —Reid le tendió la mano.

Gemma se le quedó mirando un momento y luego miró a Grayson. Le hizo un gesto para que se acercara y le puso la mano sobre la oreja, y entonces asintió. Gemma sonrió y luego rodeó la cintura de Reid con los brazos, tomándola desprevenida.

Reid le devolvió el abrazo.

—Grayson habla mucho de ti —le dijo.

—También habla de ustedes.

—Oh, no —gimió Lynnea.

Todos se rieron.

Llevaron a las chicas al interior, donde Grayson le presentó a Nadia y Kiran. Nadie más ofreció abrazos, cosa que a Reid le pareció bien. Abrazar a las niñas era una cosa. Los adultos eran otra cosa. Se reunieron con todos en la mesa del comedor para desayunar y, en cuanto Grayson se sentó a su lado, ella se inclinó hacia él.

—Tienes un tipo.

—¿Un qué?

Reid hizo un gesto hacia Nadia, que estaba ocupada poniendo platos delante de las chicas.

—Tenemos el mismo color de cabello.

Grayson miró de Reid a Nadia y luego a Gemma.

—No tengo nada que decir en mi favor —le dijo riendo.

—¿Todas las chicas con las que salías en la universidad eran pelirrojas?

Sacudió la cabeza.

—No. Tú y Nadia son los únicos.

—Ah, ya veo. Empieza con rojo, termina con rojo.

—¿Hay algo mejor?

Reid sonrió y dijo:

—No. Somos literalmente las mejores.

—Reid. —Nadia dijo su nombre para llamar su atención—. ¿Grayson dice que trabajan juntos?

—Lo hacemos. Yo trabajo en Recursos Humanos.

—Tememos a nuestro departamento de RRHH en el trabajo —dice Kiran—. Cada vez que recibimos un correo suyo, creo que perdemos un año de nuestras vidas.



# Hill

—Oh, no, no debería ser así —dijo Reid—. Donde trabajamos, intentamos que RR.HH. sea accesible y forme parte del equipo. Todos, menos nuestro director, somos defensores de los empleados. Cada uno tiene su equipo. Nuestro director habla en nombre de la empresa; nosotros hablamos en nombre de los empleados.

—Me sorprende que no estés sindicalizada —dijo Kiran a Grayson.

—La organización de Wold es diferente —dice Reid mirando a Grayson—. Los propietarios valoran mucho a sus empleados y se aseguran de que recibamos un aumento anual por el coste de la vida y bonificaciones, y siempre damos premios al mérito por productividad, cierre de ventas, cosas así.

—Seré sincera, nunca había oído hablar de alguien que diseñara mesas hasta que Grayson me contó lo que hace —dijo Nadia—. Ahora veo esta mesa de otra manera.

—Lo mismo —dijo Kiran—. El otro día fui a una reunión del consejo y miré la incrustación. —Sacudió la cabeza—. Grayson me ha arruinado. —Se rió.

—¿Qué puedo decir? —Grayson levantó las manos—. Cuando quieran venir a visitar las instalaciones, díganlo. Todo se hace in situ. Nada se subcontratar. De principio a fin, el producto se fabrica en Wold.

—Quizá podamos hacer una visita este verano —le dijo Kiran a Nadia.

Reid no se perdió el intercambio entre ellos y estuvo de acuerdo con Grayson en que Kiran estaba definitivamente enamorado de Nadia. Intentó ponerse en el lugar de Nadia, que tenía dos hijas pequeñas y había perdido a su esposo. ¿Seguiría adelante después de un año? Era difícil saberlo. El corazón hacía que la gente sintiera las cosas de forma diferente. La situación en la que se encontraba Grayson era el ejemplo perfecto. Había amado a dos desconocidas desde el momento en que las conoció y no podía imaginar su vida sin ellas. Tal vez fuera lo mismo para Nadia, siendo Kiran el mejor amigo de Rafe. Se conocían desde hacía años, y enamorarse podría haber sido una progresión natural. Y entonces Reid se imaginó con Pearce y rápidamente cambió de opinión. Era simpático y le gustaba, pero sabía demasiado sobre él y sus costumbres como para pensar que alguna vez encajaría bien con ella. Pero entonces, si perdías a alguien a quien amabas, el dolor podía cambiarte de verdad.

Cuando Kiran y Grayson declararon que era hora de trabajar, Nadia preguntó si Reid quería ir al centro comercial. Antes de que pudiera contestar, Lynnea dijo que sí: Reid quería ir al centro comercial con ellas. Si Reid pensaba que las cosas iban a ser incómodas, se equivocaba. A los pocos minutos de estar con las Karlson, se dio cuenta de por qué Grayson estaba tan enamorado de las chicas. Eran simpáticas y amables y trataban a Reid como si fuera de la familia.

Durante todo el día, Lynnea no se separó de Reid y Gemma le pidió su opinión sobre la ropa o las joyas que le gustaban.

# Heartbreak



245

Simply Books

## Hill

—Grayson habla muy bien de ti —dijo Nadia cuando pararon a tomar un café. Llevaron el café y a las niñas a la zona de juegos cubierta y se sentaron—. Seré sincera, cuando apareció por primera vez, pensé que estaba allí en un intento de reavivar las cosas. Uno lee sobre el amor perdido y todo eso, y un día llegué a casa y allí estaba. Pero en cuanto le pregunté por su vida, me enseñó fotos tuyas. Cuando dice tu nombre, hay estrellas en sus ojos, y se nota lo mucho que te ama.

—Lo amo desde hace mucho tiempo —dijo Reid—. Sólo llevamos juntos un año.

—Cuando lo sabes, lo sabes, ¿verdad?

Reid miró su anillo y asintió.

—No podía comprometerse.... —Se interrumpió, deseando poder retirar las palabras y temiendo que la conversación se dirigiera por un camino que no debía.

—¿Por su corazón?

Reid miró a Nadia, que mantenía la mirada fija en las chicas.

»Se puso enfermo un par de veces en el instituto y recuerdo que su mamá se puso como loca. Yo veía las pastillas en el baño y ella solía insistirle sobre los gérmenes, la medicación y el cuidado. Grayson nunca dijo que le pasaba algo, pero yo vi los nombres de los medicamentos y me lo imaginé.

—Nadia...

—Mis hijas lo adoran —continuó—. Lynnea, ha luchado mucho desde que Rafe murió. Mi padre y Reuben han estado mucho con las niñas, pero no es lo mismo. Entonces apareció Grayson hace un par de semanas, y mi niña enfadada que perdió a su padre volvió a tener luz en los ojos. Intento advertirle, decirle que tiene su propia vida, pero me dice que le recuerda a Rafe. Gemma dice lo mismo. Y entonces lo veo: la forma en que Lynnea se sienta con Grayson, siempre apretándose contra su pecho, y me pregunto.

Reid no sabía qué decir. No sabía qué decir o si debía decir algo. ¿Era su lugar?

No, no lo era.

—Creo que deberías hablar con Grayson.

—Tengo miedo —le dijo Nadia—. Tengo miedo de saber si lo que pienso es verdad.

Reid le sujetó la mano y se la apretó.

—Volvamos a la casa.

Nadia asintió y les dijo que era hora de volver a casa. El viaje de vuelta debería haber sido silencioso, pero Lynnea y Gemma cantaron al ritmo de la

## Heartbreak



## Hill

radio, y Reid y Nadia las siguieron. Mientras se giraba hacia la parte de atrás y cantaba con las chicas, Reid supuso que, si alguien le hubiera dicho ayer que iba a estar allí, se habría reído. Ella no quería esto, ni para Grayson, ni para sí misma, ni para esta familia, pero allí estaban, entretrejiendo sus vidas de la forma más caótica y hermosa posible.

Cuando llegaron a casa, encontraron a los hombres martilleando en el porche. Nadia se detuvo, miró a Grayson y a Kiran y les pidió que se reunieran con ella en el comedor. Grayson miró a Reid, que asintió, esperando que eso bastara para decirle que Nadia tenía sus propias sospechas.

Los tres se dirigieron al comedor, mientras Nadia situaba a las niñas con una película en la sala común. Volvió con una carpeta, la dejó sobre la mesa y tomó asiento.

—El 8 de abril, mi esposo se propuso correr una carrera por carretera de quince kilómetros desde Heartbreak Hill hasta Harvard Square. Algo que había hecho durante años. El año pasado, estaba decidido a ganar. Tardaría cincuenta minutos de principio a fin. A unas manzanas de la meta, un auto se abrió paso entre la multitud tras perder los frenos. Había una corredora que llevaba esos grandes auriculares sobre las orejas y no oyó los bocinazos. Rafe la apartó del camino, pero no pudo ponerse a salvo.

»Cuando lo estaba esperando en la línea de meta, oí los gritos y el claxon, pero no le di importancia hasta que vi la ambulancia bloqueando la vista de todos. Sabía que mi esposo estaba allí. Podía ver dónde estaba. Así que fui allí, pero no pude encontrarlo. Un espectador dijo que el hombre de la ambulancia no iba a sobrevivir. Vi en mi teléfono cómo el punto azul de mi esposo se alejaba cada vez más de mí. En el fondo, sabía que el espectador se refería a Rafe, pero no quería creerlo.

»Uno de los policías me llevó al hospital, donde me di cuenta de la realidad. Por desgracia, Rafe tenía muerte cerebral y le habían puesto respiración asistida hasta que pudieran avisar a sus familiares. Mi Rafe, mi esposo fuerte y sano, había muerto. Murió como un héroe. En más de un sentido. Tomé la decisión de donar sus órganos. —Nadia abrió la carpeta. No apartó los ojos del papel.

»Pedí que las personas que recibieran los órganos de Rafe fueran personas que tuvieran algo por lo que vivir, alguien que se cuidara a sí mismo, y que no fuera alguien que le quitara un órgano a alguien que realmente lo necesitara. Quería que quien fuera a recibir este regalo de mi esposo fuera alguien que pudiera prosperar. —Nadia recogió un papel y se aclaró la garganta—. El nueve de abril se extrajeron los órganos, algunos tejidos y las células madre de la sangre de mi esposo. El nueve de abril o alrededor de esa fecha, el corazón de mi esposo fue trasplantado a un varón viable. —Nadia leyó el resto de las donaciones que Rafe había hecho. Cuando terminó, dejó el papel.

Reid tomó la mano de Grayson. La apretó.

## Heartbreak



247



## Hill

»En la madrugada del diez de abril me hicieron un trasplante de corazón —dijo Grayson en voz baja—. Un mes antes, había sufrido un colapso después de un partido de baloncesto. —Miró a Reid—. Salíamos del gimnasio y ella me había dado una noticia que no me gustó. Me salvó la vida estando allí. Yo estaba muy mal. Mi corazón se había parado. Se me había acabado el tiempo.

Grayson miró a Nadia.

»Un año después, empecé a sentir este dolor. Es una sensación que no puedo describir. Se lo cuento a mi cardiólogo, hacemos todas estas pruebas, los escáneres, y todo sale limpio. Se lo digo a mi terapeuta, que me dice que podría estar experimentando memoria celular. Por supuesto, muy poca gente cree en esto. Reid y yo lo discutimos, y ella me animó a contactar con UNOS. Pero antes de poder hacerlo, me encuentro con este documental sobre trasplantes y cosas que la gente ha experimentado. Me hizo pensar, y empecé a hacer una inmersión profunda. Leo obituarios de gente de mi zona, y nada parece encajar. Amplié mi búsqueda, y fue entonces cuando vi un artículo sobre la pérdida de su yerno por parte de tus padres.

Se acomodó en su asiento y carraspeó.

»La línea temporal encajaba. Empecé a hacerme preguntas, ya sabes, mientras rezaba para que el dolor cesara porque temía que me pasara algo. Fue entonces cuando le pedí a mi amigo Pearce que viniera a Boston conmigo, porque tenía esta ridícula corazonada, y esperar a UNOS, sin saber si la familia de mi donante querría siquiera conocerme, podía llevarme un año. Pensé que, si los veía, obtendría mi respuesta. Y así fue.

Nadia lo miró a los ojos.

»El dolor permaneció hasta que oí a las niñas. El alivio fue instantáneo, y entonces las vi, y todo cambió. El dolor se convirtió en algo que sólo puedo describir como pura felicidad. Júbilo. Amor. Y luego tristeza. Me dolía sentarme a hablar contigo mientras las niñas estaban en el patio. Por eso tuve que ir a sentarme con ellas. Necesitaba estar en su espacio, sentir su presencia. Me calmaron —le dijo—. Me hacían sentir completo de una forma que no puedo explicar.

Grayson se puso el puño sobre el corazón mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

»Siento profunda y sinceramente no haber sido sincero sobre por qué vine aquí la primera vez. No estaba seguro de cómo decir *Oye, creo que tengo el corazón de tu difunto esposo* sin que las cosas sonaran descabelladas.

—¿Todavía crees que tienes el corazón de Rafe? —preguntó Nadia.

Grayson asintió.

—Cuando te fuiste, las chicas me dijeron que les recordabas a su padre. Yo no lo veía, ya que no se parecen en nada. Y luego, la otra noche, cuando



# Hill

Lynnea te llamó, dijo algo que me hizo dudar pero que seguía sin tener sentido. Dijo que olías como Rafe y no es así. Lo sabría porque huelo su colonia todos los días. La veo contigo, aferrándose a ti como si fueras una fuente de vida para ella. No importa cómo estés sentado: cuando se sienta contigo, su oreja está pegada a tu pecho. Es como si lo supiera, y lógicamente eso no tiene ningún sentido.

—¿Y si no tienes su corazón? —preguntó Kiran.

—Siempre existe esa posibilidad —dijo Reid—. Pero eso no explica por qué Grayson se ha unido a las niñas tan rápidamente. En mi caso, cuando me enteré de que Nadia era su ex, pensé que, seguro que sería yo la que perdería a Grayson, pero él no siente nada por ella, aparte de amistad. Si lo hiciera, yo no estaría aquí ahora.

Kiran miró a Grayson y luego a Nadia. Sacudió la cabeza, haciendo que Reid se preguntara qué estaría pasando por su cabeza. Se abrió una puerta y los cuatro adultos se incorporaron. El repiqueteo de unos pies bajó por el pasillo y entró en el comedor.

Era como si lo supiera.

Lynnea se acercó a Grayson y se subió a su regazo. Le sujetó la cabeza entre sus pequeñas manos.

—¿Por qué estás triste?

—No lo estoy —le dijo.

Ella le secó las lágrimas y luego apoyó la cabeza contra su pecho. El suspiro de satisfacción que dejó escapar bastó para que todos creyeran lo que Lynnea ya sabía.

El corazón de Rafe había encontrado el camino de vuelta a ellas.



Hill

## Epílogo

—Tu mamá estaría fuera de sí —le dijo Luther a su hija cuando se puso a su lado. La decisión de Reid de llevar el vestido de novia de su mamá había sido acertada, aunque había tenido que luchar contra los arreglos. La tela había envejecido, pero en general estaba en buenas condiciones. Lo mantuvo prácticamente igual, excepto el escote. Mientras que su mamá había preferido un cuello más alto, Reid optó por un cuello redondo y convirtió la tela sobrante en su ligero y la utilizó en su ramo.

El ramo era cortesía de su padre. Había seguido el consejo de Melanie y había creado un invernadero de interior para cultivar las flores que Reid quería para el día de su boda. El cortejo nupcial llevó flores que la mamá de Reid había plantado muchos años antes. El arreglo rosa, blanco y naranja de peonías, dalias y rosas no podía haber quedado más bonito.

En el último año, muchas cosas habían cambiado entre ella y Grayson. Cuando sus vidas podrían haber dado un vuelco, no lo habían hecho. Reid lo atribuyó a la comunicación. Tantas cosas podían haber salido mal, como que Nadia pensara que Grayson mentía al decir que tenía el corazón de Rafe. Aquel día había sido emotivo, pero terapéutico. Lloraron mucho, rieron un poco y juraron ser una familia. No importaba si alguien en el exterior no entendía por qué los antiguos ex se volvían increíblemente unidos; era lo que era. Todo el mundo era feliz.

Cuando todo estuvo dicho y hecho, Grayson envió su carta a la UNOS y Nadia le tendió la mano. No era que necesitaran confirmación, porque ya sabían lo que Grayson había sospechado. Era porque querían poder contárselo a las niñas y no querían que nadie dijera lo contrario.

Nadia se acercó con su vestido rosa sin hombros. Sujetó a Nadia de la mano, sonrió y besó a Luther en la mejilla. Se había convertido en abuelo honorario de dos niñas muy revoltosas y divertidas que lo adoraban. Por su parte, había abierto su casa y su corazón a Nadia y a las niñas y había pasado felizmente las fiestas en casa de los Bolton, en Arlington. Fue la mayor celebración en la que había estado ninguno de ellos. Lo mismo ocurrió con Sydney y Gilbert. Ella se deleitaba con su nuevo título de Pippy, mientras que Gilbert llevaba una camiseta en la que se leía MIS NIETAS ME LLAMAN POPPY. Con cuatro abuelos, las niñas se sentían queridas incondicionalmente.

Durante el último año, Nadia y Reid se habían acercado, casi como hermanas. Nadia le había confiado que amaba a Kiran pero que no estaba segura de poder amarlo como había amado a Rafe, y en un momento dado la había animado a seguir adelante. Él se negó. Su relación alcanzó un nuevo nivel

Heartbreak



250



# Hill

después de que Kiran corriera y ganara la Rafe Karlsson Memorial Cup, en honor a Rafe. Este año le habían asignado el número de Rafe, lo que Nadia interpretó como una señal, y por fin dejó que el último muro que había levantado se derrumbara. Kiran pasó la noche, por primera vez, aquella noche. En la cama nueva y el dormitorio recién pintado de Nadia. Llamó a Reid a la mañana siguiente y se lo contó todo. Son como hermanas y todo eso.

—Es un tipo con suerte —dijo Nadia sobre Grayson antes de dirigirse al altar. Reid observó cómo Kiran Dunlap no apartaba los ojos de Nadia. Era un hombre paciente, esperando a que la mujer de la que estaba locamente enamorado le correspondiera.

Melanie fue la siguiente. Besó a Luther y luego a Reid, diciéndole que la quería. Cuando llegó al final del pasillo, se quedó de pie, esperando a que su mejor amiga caminara por fin hacia el altar para casarse con el hombre que amaba.

Gemma fue la siguiente en caminar. Le dio un beso en la mejilla a Reid, abrazó a su papá, que le prometió bailar con ella más tarde en la recepción, y luego se precipitó hacia la parte delantera del altar, a pesar de que todo el mundo le decía que fuera más despacio. Gemma odiaba la atención y le había dicho a Reid una o dos veces que no estaba segura de querer estar en la boda. Nadie la presionaba para que lo hiciera. Había decidido esta mañana que lo haría.

Desde detrás de la pared falsa, Reid podía ver a Grayson. Esto era importante porque quería ver su reacción al ver a las chicas caminando hacia el altar. Después de que Reid las conociera y se enamorara de ellas, pedirles a Nadia, Gemma y Lynnea que participaran en la boda era una obviedad. Reid y Grayson las querían allí en su día especial, y en sus vidas.

Lynnea dio un paso adelante. Reid se agachó para abrazar a la niña.

—Estás muy hermosa.

—Tú también —dijo Reid mientras tocaba la réplica de su vestido—. ¿Recuerdas qué hacer?

Lynnea asintió. Reid la besó y Lynnea se dirigió al pasillo. Todo el mundo la ovacionó cuando empezó a dejar caer más flores de cerezo al suelo. Cuando llegó al final del pasillo, en lugar de estar junto a su mamá y su hermana, se puso junto a Grayson, rodeándole la pierna. Su vínculo era inquebrantable.

La música cambió y Luther sujetó a su hija.

—Sólo te estoy prestando a él —le dijo—. Sigues siendo mi niña.

—Siempre, papá.



# Heartbreak



## Hill

Después de la recepción, Grayson, Reid y Nadia llevaron a las chicas a una sala privada. Sobre la mesa había dos cajas envueltas con un enorme lazo rojo.

—¿Por qué nos dan regalos? —preguntó Gemma.

—Es una fiesta —le dijo Grayson—. Todo el mundo recibe algo. —No se equivocaba. Todos los invitados se irían a casa con algún tipo de regalo o detalle de la fiesta en representación de los novios.

Las chicas se acercaron a la mesa y cada una tomó la caja con su nombre. Gemma abrió la suya despacio, mientras el huracán Lynnea revolvía su paquete.

—¡Un oso! —dijo Lynnea alegremente.

—Apriétale la mano —le dijo Nadia.

Grayson se sentó en el suelo junto a ellas. Ayudó a Gemma a sacar el suyo de la caja y le enseñó dónde apretar.

—No está haciendo nada.

—Oh —dijo Grayson como si hubiera olvidado decírselo—. Pon tu oreja en su pecho.

Lynnea lo hizo, pero Gemma lo miró con recelo y negó con la cabeza.

—Sé lo que es esto.

—¿Sí? —Grayson preguntó.

Ella asintió.

—Tal vez no quiero esto.

—No pasa nada si no lo haces —le dijo—. Puedes guardarlo en la caja. Guárdalo para más tarde.

—¿Por qué mi oso tiene latidos? —preguntó Lynnea.

—Es de papá —dijo Gemma mientras luchaba contra las lágrimas—. Ahora puedes escuchar su corazón siempre que quieras.

—Oh. —Lynnea volvió a pulsar el botón y acercó la oreja al oso. Sonrió de oreja a oreja.

—¿Por qué nos das esto?

A Grayson se le aguaron los ojos. Reid se acercó y le puso la mano en el hombro, mientras Nadia se dirigía a su hija mayor.

—Cariño —dijo Nadia con suavidad. Sujetó a Lynnea y la abrazó también—. ¿Recuerdas cuando caminabas por el pasillo con tu padre y toda esa gente estaba allí?

Gemma asintió.

Heartbreak



# Hill

»Cuando tu papá murió, estaba tan fuerte y sano que tuvo la oportunidad de ayudar a los demás, aunque ya no iba a estar con nosotras. Dio a otros el don de la vida. Él vive en otros ahí fuera.

Gemma miró al oso, luego a su mamá y finalmente a Grayson. Con los ojos llenos de lágrimas, preguntó:

—¿Tienes el corazón de mi papá?

Grayson asintió mientras lloraba.

—¿Por qué nos diste los osos, entonces?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Grayson.

Gemma se encogió de hombros.

—Supongo que lo que pregunto es: ¿Por qué necesitamos un oso cuando tenemos uno de verdad ahí mismo? —Señaló el pecho de Grayson.

»No, gracias. —Volvió a meter el oso en la caja, para sorpresa de todos, y luego se arrastró hasta el regazo de Grayson. Lynnea hizo lo mismo, aunque Reid estaba segura de que Lynnea no tenía ni idea de por qué—. Esto es mucho mejor.

Reid estuvo de acuerdo. Escuchar la realidad era mucho, mucho mejor.



253



# Heartbreak

HEIDI  
MCLAUGHLIN

Hill

Acerca de la  
Autora



En 2012, Heidi McLaughlin convirtió su pasión por la lectura en una carrera literaria en toda regla. Ahora es la autora de los bestsellers *del New York Times*, *Wall Street Journal* y *USA Today* de la serie *Beaumont*, *Boys of Summer* y *Archer Brothers*. McLaughlin ha escrito más de veinte novelas, incluida su aclamada primera novela, *Forever My Girl*, que fue adaptada en una película protagonizada por Alex Roe y Jessica Rothe que se estrenó en los cines en 2018.



254  
Simply Books

Heartbreak

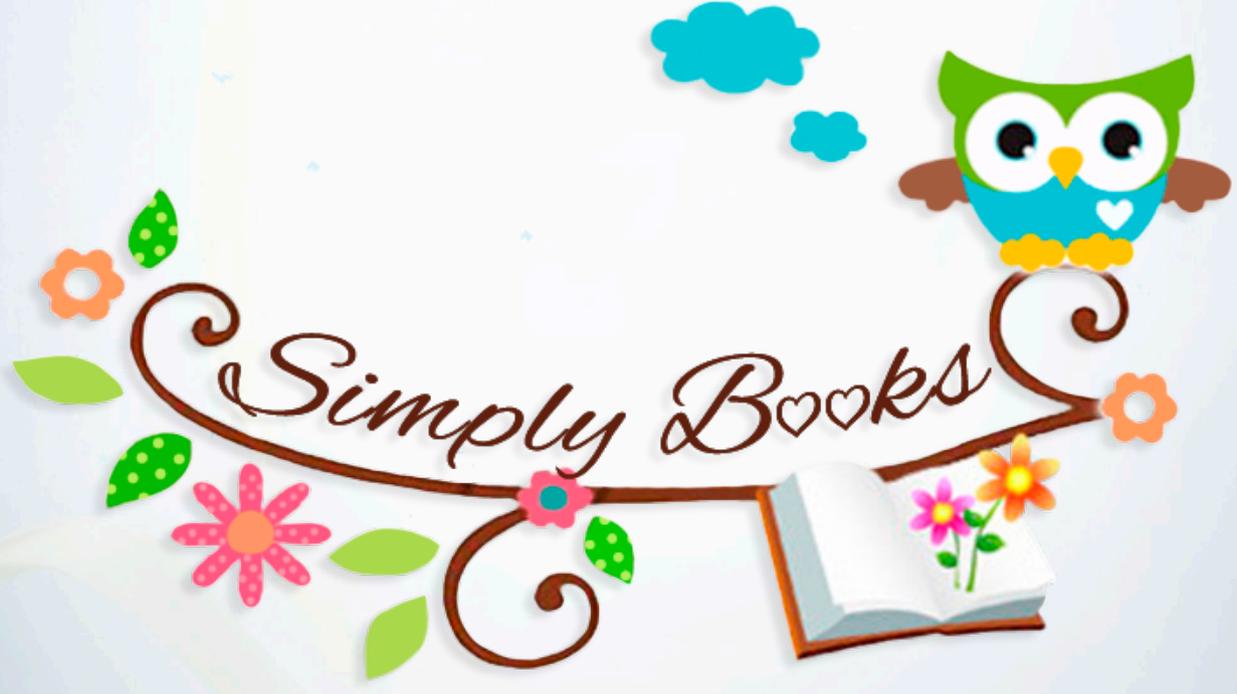
HEIDI  
MCLAUGHLIN

Hill

SIMPLYBOOKS TE INVITA A APOYAR  
LA LECTURA Y COMPRAR LOS  
LIBROS DE TUS AUTORAS  
FAVORITAS



255  
Simply Books



Heartbreak